


UNA CONMOVEDORA HISTORIA DE AMOR EN LAS LEGENDARIAS
PLANTACIONES VAINILLERAS DE VERACRUZ

Te
QUERRÉ
más
TODAVÍA

NORMA BLANCO MAASBERG

 Planeta



Te querré más todavía

Norma Blanco Maasberg

2017

Primera edición en formato epub: marzo de 2017

2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Imágenes de portada: © Shutterstock

I.S.B.N.: 978-607-07-3962-0

1856. Catherine y Charles abandonan su Francia natal para embarcarse en un viaje sólo de ida hacia la exuberante, lejana y exótica región de Veracruz, donde se cultiva una de las mejores vainillas del mundo. Allí se integrarán en una cultura ajena, lucharán por sobrevivir a las inclemencias del clima y las enfermedades, lidiarán con las revueltas políticas entre conservadores y liberales y, sobre todo, conocerán el significado de la pasión, la amistad y el odio.

Pero Catherine rebasará los límites de lo prohibido al enamorarse perdidamente de un hombre de ojos verdes y piel tostada. Su amor por él cambiará sus vidas para siempre y será el origen de un secreto que marcará la historia de su familia. 1939. Marie, nieta de Catherine, vuelve a la casa paterna en la misma región tras la muerte de su esposo. Entre las pertenencias de su padre, encuentra unas cartas intercambiadas entre Catherine y su amante, así como el diario de su tío. Marie se sumerge en el pasado de su abuela y descubre los entramados de ese secreto que finalmente será descubierto.

Marie, verano de 1937

Dicen que cuando un vivo está por dejar este mundo de alguna manera se despide, pero Antonio confiaba más en su revólver que en absurdos presentimientos. Ese día, como de costumbre, salió montando al Cubano, el alazán tostado que lo acompañaba igual recorriendo plantaciones que en interminables correrías.

Si tan solo hubiese compartido con Marie los pensamientos funestos que lo rondaban desde hacía un par de meses, los acontecimientos habrían tomado otro rumbo. Pero no, a él no le dio la gana hablar y ella, cegada por la resignación, no imaginaba que la suerte se le presenta al que sabe esperar.

Antonio y Marie se habían conocido nueve años atrás, cuando él, decidido a independizarse del tío que lo trajo a México, recorría la parte sur del Totonacapan. Lo llamaban el Transparente, quizá por el famélico cuerpo de color amarillento que le quedó como recuerdo del paludismo o tal vez por su capacidad para hacerse invisible cuando le convenía. Buscaba productores de tabaco y vainilla dispuestos a comprometer sus cosechas. La competencia entre los comercializadores iba en aumento, por lo que la habilitación de las plantaciones era una garantía para asegurar el abasto de las olorosas hojas y vainas, que tan bien pagaban los americanos. Otorgar anticipos a los agricultores llevaba su riesgo. Un huracán o una muerte en la víspera podían vaporizar la palabra empeñada. No faltaba el deudo que, afectado por la pena, comenzaba a perder la memoria. Pero él conocía bien el negocio, llevaba tiempo al frente de todo, hasta de la fastidiosa tienda de abarrotes en la que permaneció confinado buena parte de su juventud.

Detestaba ese rincón perdido entre la costa y la sierra. Una selva poblada de conflictivos totonacas a los que en más de una ocasión había tenido que separar. Apenas probaban un poco de aguardiente y no faltaba el que sacaba el machete. Y él, como siempre, corría atrás del mostrador para tomar dos pesados trozos de panela. Ya sabía que a punta de mancuernazos terminaban por apartarse. Después, los sacaba a empujones del local, mientras les gritaba: «Si se van a matar, ¡háganlo afuera!».

Recordar le sentaba bien. Refrendaba su determinación de abrirse camino por cuenta propia. El viejo déspota iba a seguir explotándolo. Y para colmo, ahí, en Agua Dulce, era imposible formar una familia. Ya los críos le caían más en gracia, señal inequívoca de que estaba listo para perpetuarse.

—Nos estamos haciendo viejos —balbuceó Antonio, mientras recortaba un poco la rienda del animal que montaba—. ¿Cómo vas? Eh, bonito, ¿descansamos un poco o seguimos hasta el río? —

le dijo al caballo, a sabiendas de que lo obligaría a continuar.

Ansiaba llegar a la colonia francesa establecida en la ribera baja del Nautla. Ahí algunos europeos poseían generosos vainillares que daban frutos de la mejor calidad. Luego se dirigiría a la cercana Hacienda del Pital, donde había vastos sembradíos de tabaco.

La monotonía del verdor que lo fue acompañando se disolvió al pasar por un lugar conocido como El Mentidero. Un manto negro cubría el patio frente a una de las tantas casas con tejas de escama y buhardillas. Miles de ennegrecidas vainas, tendidas sobre petates de hoja de palma, eran expuestas al sol para completar su largo proceso de deshidratación.

Antonio se detuvo y, aún sobre su caballo, le gritó a la única presencia femenina que observó:

—Oye, guapa, ¿está por ahí el encargado de esta finca?

Marie soltó el cinturón de manta con el que rodeaba una pila de vainillas. Volteó a verlo e indignada le contestó:

—Guapa, su madre. A mí, señor, me va tratando con respeto, que yo a usted ni lo conozco.

—Vaya, vaya, bonita y con mala leche. Con lo que me gusta esa combinación —susurró Antonio a su caballo—. ¡Hostia, que la guerra con España terminó hace un siglo! —gritó a la mujer, riendo—. Anda, deja la hostilidad para otro día y dime, ¿está el dueño?

—Sí, es mi padre, pero ahora está ocupado —contestó con sequedad.

El hombre reaccionó con sorpresa. ¡Cómo era posible que sus estúpidos galanteos le hicieran perder toda lógica! Esa rubia hermosa, trabajando a la par de tantos machos, solo podía significar que era parte de la familia. Bajó del caballo sintiéndose más pequeño de lo que de por sí era y se acercó para hablarle en otro tono:

—Si le ha molestado mi excesiva confianza le pido una disculpa. Ha sido una torpeza de mi parte. Llevo muchos años metido en la sierra y, como comprenderá, he olvidado las buenas maneras.

Marie le echó una ojeada mientras se acercaba. El español no era guapo, pero algo en él le agradaba. Tal vez su picardía, su desfachatez, su acento distinto. «Es extraño», pensó. Hacía tiempo que se había resignado a terminar sus días como hija de familia, por no decir que estaba convirtiéndose en una honorable solterona. Uno a uno fue ahuyentando a los pretendientes que la rondaron. El que no era vago era insulso, o un empalagoso, o hasta un esperpento. En el fondo los comparaba con Claude, su querido Claude: la mancha de tristeza en sus ojos, la fuente de melancolía, el dolor, la traición, el destino perdido, el sueño roto.

—Mire —le dijo—, él ahora se encuentra arreglando el horno de la vainillera. Si le urge lo puedo llamar; si no, le recomiendo que venga mañana como a las nueve que ya hayamos tendido las vainas.

—Entonces no lo distraiga. Estaré lo que resta de la semana por estos lugares y seguro que vuelvo.

—¿Quién le digo que vino a buscarlo? —preguntó interesada.

—Antonio Díaz de la Vega, exportador de tabaco y vainilla.

—Mucho gusto, Antonio, yo soy Marie. Marie Roussel.

Antonio se despidió con una timidez recién adquirida. Subió al caballo y, mientras avanzaba, volteó en repetidas ocasiones para seguir observándola. Tenía ganas de decirle algo más, pero no se atrevió. Esa chica rubia de complexión fuerte ya lo había puesto una vez en su lugar y no volvería a arriesgarse. No era una jovencita, sin embargo, la encontró interesante. Sus ojos color

avellana, sus caderas bien encarnadas, su excesiva franqueza. Por supuesto que regresaría.

Catherine, invierno de 1856

Los Roussel llegaron a México en 1856, en una época en que el Gobierno de la nueva nación, tan atrayente como extraña, daba la bienvenida a los europeos dispuestos a labrar sus tierras. El lugar elegido para encontrarse con la fortuna se llamaba Jicaltepec. En ese sitio se había establecido un grupo de aventureros franceses veintitrés años atrás. Formaban parte de la Compañía Agrícola Europeo-Mexicana, un proyecto para colonizar un fértil valle enclavado en el norte de Veracruz. Ahí, los suelos vírgenes, enriquecidos periódicamente por las aguas de un río saciado de peces, por completo navegable, producirían granos, algodón, vainilla, zarzaparrilla, pimienta, cacao, café, tabaco, caña de azúcar y cualquier variedad imaginable de frutas. En ese remoto lugar, lejos de plagas y enfermedades, las familias gozarían de los beneficios de un clima moderado y sano. Con los árboles de madera fina se construirían casas y muebles. Los animales, desde pequeños obreros como abejas y gusanos de seda hasta los grandes rumiantes, encontrarían alimento en abundancia. En Jicaltepec, incluso la vid y el olivo tenían posibilidades de prosperar. Su conveniente ubicación, en medio de los dos puertos más importantes del golfo de México, permitiría exportar con facilidad los productos de la colonia.

De su fundador, un exoficial de la Armada francesa llamado Stéphane Guenot, se dijeron muchas cosas. Unas que, movido por su admiración al filósofo Charles Fourier, decidió reunir a un grupo de cooperativistas para formar una falange y, al no encontrar las condiciones necesarias para desarrollar su proyecto en Francia, lo hizo en la joven nación. Otras, que había llegado a México con el deseo de hacer fortuna a través del comercio, y la fiebre amarilla lo obligó a reconsiderar sus planes. Al contraer la enfermedad en el puerto de Veracruz y tras una larga convalecencia en donde estrechó amistad con el doctor Chavert, la autoridad médica del estado, se convenció de adquirir un rancho contiguo al que este poseía. La creación de la comuna había sido una consecuencia de su falta de capital para explotarlo por sí solo.

Lo cierto es que el hombre, que había llegado en 1824, terminó por naturalizarse mexicano, adquirió una propiedad de seiscientas exuberantes hectáreas y regresó a su tierra natal, donde, a través de carteles y contratos, consiguió los fondos y a noventa y ocho colonos para comenzar su proyecto. Los agricultores recibirían un sueldo de trescientos francos, y los artesanos, cuatrocientos. Todos los gastos de alimentación y vivienda serían sufragados por la Compañía y si durante seis años mostraban una conducta apropiada, tendrían la posibilidad de adquirir una fracción de terreno. Un consejo de correspondencia con sede en la ciudad de Dijon vigilaría la adecuada administración de los recursos obtenidos por la venta de seiscientas acciones.

Tristemente, los que llegaron vivos al final del plazo no pudieron exigir el cumplimiento de la

promesa. Tras estar luchando contra el fiero clima tropical que arrasaba con vidas y cosechas, el ánimo de los colonos llegó a su punto más álgido cuando supieron que una segunda oleada de expedicionarios estaba por llegar. ¿Qué pensaba Guenot, que estaban dispuestos a compartir la poca comida existente? Seguro había encontrado a más ilusos a quienes embaucar, pero ellos no pagarían por sus malas decisiones. Para colmo de males, se enteraron de que había adquirido una deuda personal cuya garantía eran los terrenos de Jicaltepec. El director a su vez culpaba al consejo por el lamentable estado de la empresa. Según él, la pésima selección del personal y la falta de herramientas, instrumentos y maquinaria eran la causa del desastre que estaban atravesando. No habían sido capaces de mandar ni un triste molino, ni un alambique ni mucho menos un mecánico.

Cambios de estatutos, pequeños golpes de Estado. Cartas y personas iban y venían entre México y Francia con verdades a medias. Autoridades de ambos países intervenían para dirimir las controversias sobre la posesión de las tierras. Una nueva oleada de inmigrantes orquestada por la administración colonial para intentar salvar su inversión. Hambre, violencia, desunión. Guenot se retiró y los que pudieron lo imitaron. Otros, los resignados, los que alegaban que el destino elige por ellos, respetaron la decisión de seguir ahí, en un país de leyes poco conocidas, y sin saber si la tierra que araban era propia o ajena, luchando simplemente por sobrevivir.

Estos hombres fueron los auténticos forjadores de la comunidad en la que, años después, se integraron los Roussel. Ellos, navegando sin capitán, salvaron el barco llamado Jicaltepec del naufragio. Pues, aunado al embate de los males tropicales y la inseguridad que imperaba en un México aún bronco, debieron enfrentar un obstáculo que parecía insalvable. La joven nación en la que residían había declarado la guerra a su rey, Luis Felipe I. Y, como era natural, el Gobierno no estaba dispuesto a tener al enemigo en su territorio; les daba dos semanas de plazo para abandonar el país.

La desesperación fue generalizada. No querían dejar lo poco que poseían. Tal vez por ello, muchos de los hombres sanos y en posibilidad de viajar respondieron a la convocatoria del señor Castagné, un viejo práctico y con sentido común que, tras el fallo de los colonos en el que desconocían la Compañía, se había convertido en una autoridad moral para los habitantes del lugar. Ellos, que se estaban dispersando, preocupados por sus propios intereses, se vieron obligados a unirse de nuevo. Lo que les propuso requería de hombres fuertes y valientes. Debían serlo para dirigirse por su propio pie hasta la lejana hacienda de Manga de Clavo, donde hablarían con un expresidente de la República que había ostentado el cargo en el momento en el que ellos se instalaron en tierras mexicanas. El poderoso y temible general Antonio López de Santa Anna.

Una docena de voluntarios dejó el pueblo en cuanto la oscuridad comenzó a desteñirse. Empezaron la marcha por el camino que llegaba hasta las playas del Golfo y al llegar viraron hacia el sur. Los primeros días lidiaron con el bochornoso calor que antecede a los frentes fríos, refrescándose gracias a los frecuentes obstáculos fluviales que tenían que sortear. Esos oasis, llenos de árboles tropicales, lejos de representar una molestia, se convertían en la oportunidad para descansar y conversar bajo un poco de sombra. Dormían sobre la arena, a pesar de que por largas horas se dedicara a expulsar el calor recibido durante el día. Sabían que la incomodidad no había matado a nadie, pero los animales del trópico sí.

Avanzaron por terreno plano tres días. Poco a poco, a medida que se acercaban a las

montañas, la vegetación selvática se iba transformando. Comenzaron a observar la presencia de roca volcánica, nopales y palmas del desierto. Pronto tuvieron ante sí un gran risco que, gracias a la erosión de las olas, fue fácil de rodear por la parte colindante al mar.

—¡Uy, uy, uy! —gritó el guía de los viajeros.

—¿Qué pasa, Víctor, te da miedo el agua? —preguntó entre risas Guillaume, uno de sus viejos compañeros de infortunio.

—¡Seguro no quiere mojarse! —agregó el ingenuo que luchaba por guardar el equilibrio para salvar sus botas y una pequeña bolsa de cuero de los embates del agua.

—Tienen que ver estos moluscos, pero sobre todo tener cuidado con los pies. Hay algunos llenos de púas y otros con forma de pepinos. Solo Dios sabe si son venenosos —contestó Víctor.

—Qué ganas de quedarse un rato. Este paraje es espectacular. ¿Cómo ves, Castagné, si nos detenemos un momento y mientras algunos descansan otros echamos un vistazo? —preguntó Jean Paul.

—Me gustaría complacerte, pero tenemos que seguir avanzando. El norte se acerca, me lo dicen mis rodillas —afirmó Víctor, refiriéndose a los dolores que padecía cada vez que se avecinaba un cambio brusco de clima.

Los hombres durmieron en una ensenada no muy lejana, en la que despertaron cubiertos por una suave capa de bruma. El viejo Castagné tampoco les permitió permanecer mucho tiempo disfrutando la paz que irradiaba ese mar borroso y en calma. Caminaron media jornada sin parar. Las olas, que comenzaron a rugir con suavidad, originaban un ruido ensordecedor. Al llegar a la barra que delimitaba una laguna de color verde tierno, empezaron a padecer los embates del viento. El grupo se fue compactando, avanzaba con dificultad. Ráfagas de hasta cien kilómetros por hora convertían los finos granos de arena negra en pequeños proyectiles que se impactaban en rostros y cuerpos. Se sentían atacados por un ejército de minúsculos arqueros.

Para su fortuna, si un temporal llegaba con fuerza, se retiraba muy rápido. La siguiente jornada clareó y lograron dejar el camino de la costa, adentrándose en unas tierras más hospitalarias. Espléndidos sembradíos citrícolas y grandes parcelas con ganado fino les anunciaban que la magnífica morada del general Santa Anna estaba cerca.

Decidieron descansar. Al día siguiente, con la cabeza fresca y el cuerpo acicalado, se presentarían. Un grupo de hombres en uniforme azul y pechera roja los recibió y escuchó sus peticiones. El español, salpicado de cuantiosos sonidos guturales, del señor Castagné despertó la desconfianza del hombre de mayor rango, por lo que a la penosa travesía hubo que sumarle un copioso interrogatorio.

Los dejaron esperando afuera de la propiedad, cerca de una higuera que cobijaba hermosos gallos de pelea. A la distancia advertían el ir y venir de otro ejército, el comandado por doña María Inés de la Paz García de López de Santa Anna, la diestra administradora de los bienes de la familia.

El general, aún convaleciente por la pérdida de una pierna a causa de un obús francés, los recibió en un pequeño salón. Su presencia era tan imponente como el pánico que sentían. Víctor esperó con prudencia a que el exgobernante tomara la iniciativa.

—¿Cuánto llevan en México? —les preguntó.

—Cinco años, Su Excelencia —contestó el francés.

—Me sorprende que no se hayan unido a las tropas francesas ni hayan decidido abandonar el

país.

—Si nos permite, me gustaría hablarle de nuestra situación. Somos campesinos que venimos a México con la esperanza de encontrar, en la comuna de Jicaltepec, el sustento para nuestras familias. Nada tenemos, salvo nuestras manos para labrar la tierra.

El general los observó. Su aspecto era lastimoso. En sus ropas se reflejaba la pobreza y, en sus rostros, la serena angustia de quien ya no tiene mucho que perder.

—Entonces, díganme, ¿qué es lo que pretenden, combatir del lado mexicano? ¿Están dispuestos si lo requiero?

Víctor notó la mirada nerviosa de sus compatriotas. Ellos no querían participar en el conflicto armado y temían que una mala intervención de su representante los comprometiera.

—Su Excelencia, no deseamos pelear con ningún bando. Nuestra lucha es otra, completamente ajena a la política. Le rogamos nos ampare para permanecer en esta tierra, en la que hemos invertido todos nuestros sueños y recursos.

El polémico general, que poco antes había recibido a sangre y fuego a los invasores franceses durante su desembarco en Veracruz, mostró una extraña generosidad con ellos. Los mandó de regreso a sus humildes hogares, acompañados de un salvoconducto firmado por su propia mano, en el que ordenaba a las autoridades de Misantla y Nautla tratarlos con humanidad y darles garantías para llegar hasta su destino.

No sería la primera ni la última vez que el político y militar veracruzano tomaba una decisión controvertida, arbitraria, inadecuada o que, simplemente, se desdijera. Tenía el poder para hacerlo y lo ejercía a su antojo. Si el presidente Bustamante ordenaba expulsar a los franceses, a él le daba la gana que estos que tenía enfrente se quedaran. Total, era su estado, era un héroe de guerra y a últimas contaba con su *jarochada*, el cuerpo de milicianos que desde que fuera gobernador le servía para controlar la provincia.

Los colonos, agradecidos, regresaron a enfrentar las desgracias que el destino les continuó obsequiando. Si tan solo hubiesen llegado estas noticias a oídos de los Roussel, los acontecimientos habrían tomado otro rumbo. Pero la fortuna no lo dispuso así, y Catherine, cegada por sus anhelos, no imaginaba todo lo que su impaciencia iba a ocasionar.

Marie, verano de 1937

Marie flexionaba los pies, empujando una y otra vez la rejilla de hierro forjado de la máquina Singer. Observaba los pequeños montículos de hilo *beige* que dejaba la aguja tras su picoteo. En San Rafael no era menester contar con una buena dotación de blancos bordados con elegancia, pero Teziutlán era distinto y qué mejor que ocupar el tiempo ocioso preparando el ajuar de su nueva casa.

Estaban a punto de dejar el pueblo. En pocos días se marcharían a la ciudad, donde, según Antonio, vivía la gente decente y bien educada. A Marie le parecía un atropello. Si bien el clima de las montañas era más propicio para criar a sus hijos, estaría sola. La frialdad y la rigidez de la alta sociedad, dominada por los comerciantes españoles, la asustaban. No quería dejar a los suyos, no estaba acostumbrada a condescender y mucho menos a aparentar.

Se sentía molesta. No dejaba de preguntarse cómo era posible que el bribón de su esposo terminara siempre saliéndose con la suya. Repasaba sus conversaciones. Era un leguleyo que la dejaba sin argumentos. La propuesta de mudarse a una buena residencia, las necesidades de los hijos al crecer, la preocupación por su educación. La conocía bien, sabía qué iba a responder y hacia dónde encaminar la conversación. Cuando reaccionaba era tarde, el hombre la tenía acorralada.

Ya no podía dar marcha atrás, se lamentaba; al momento de ceder su casa a Joseph se condenó a sufrir lo que tanto temía. No era el destino, era ella —incapaz de mantenerse firme, enmarañada en discusiones absurdas— la que provocaba estas situaciones. Pero ¿qué podía refutarle? Se mudaban, la casa quedaría vacía, su hermano cumplía a cabalidad con su trabajo como administrador de los bienes de Antonio. «¿Qué decir? ¿Me niego a que ayudes a Joseph? ¡Tú no eres tan generoso, confiesa la verdadera razón por la que quieres alejarnos del pueblo!».

Marie exploraba en su memoria. Analizaba. El hombre se le perdía a menudo, a veces hasta por un par de días. Él invariablemente le echaba la culpa al trabajo, pero llegaba oliendo a destilería. No era difícil suponer dónde andaba, con seguridad enredado en alguna otra falda. ¿Sería tan estúpido de estar regando la sangre? ¿Tenía una casa chica? Su instinto le hablaba, debía de existir otro motivo, pero ¿cómo saberlo? Cada vez que tocaba el asunto, el arrogante Antonio se transformaba en un pobre hombre al que nadie valoraba y que estaba harto de luchar por el bienestar de su familia.

Decidió dejar de martirizarse y regresó al bordado. Las iniciales entrelazadas comenzaban a cobrar forma. Escuchó un lento golpeteo de cascos de caballos. El sonido provenía del Camino Real. Volteó y observó una caravana de cuatro esqueléticos jamelgos amarrados en fila india. En

el primero, el blanco, venía montado el varillero, un árabe residente en Nautla. En los centrales, telas, encajes, hilos, botones, agujas, elásticos y otros artículos de mercería, recubiertos con lonas de rayas azules y rojas. Al final, su mozo de plaza, un nauteco moreno y de baja estatura.

—¡Oh! —gritó el paisano Bujalí, mientras jalaba las riendas de los animales—. *Buenus* días, Marie, ¡cuándo tiempo sin verte!

—Buenos días, don Mohamed. ¡Qué gusto! ¿Cómo se encuentra? —preguntó enternecida.

—Un *bocos* más viejo y más achacoso —contestó riendo—. ¡Qué *sorbresa* encontrarte *bor Mentideros*!

La mujer se acercó hacia la tranca para hacerle una confesión:

—Me marchó, don Mohamed. A Antonio se le metió la idea de irnos a Teziutlán y, en lo que arreglamos los últimos pendientes, nos venimos a casa de mi padre.

—Triste *noticias* —replicó, al ver la cara de la mujer—. *Abrovecha* estos días, hija, necesitarás fuerza. Y nuevas ropas. Mira, mira, qué *bonitus* lo que traigo —dijo, mientras buscaba la vara con la que medía las telas.

—Qué pena, don Mohamed, pero, desde que mi esposo comenzó a vender cortes en la tienda, no me permite adquirirlos en ningún otro sitio.

—¡Oh, que es verdad! *Antonios* es el dueño del Surtidor. Ah, *bero* ahí tienen *buros* linos y cachemires. Anda, sin *combromiso*, déjame enseñarte un *cresbón* de China que estoy seguro te va a encantar.

—De verdad se lo agradezco, tal vez en otra ocasión —contestó Marie mintiendo.

El viejo, que dominaba el arte de la persuasión, buscaba y rebuscaba las palabras exactas para convencerla. No pudo pronunciarlas. Un jinete se aproximaba polveando los ojites, pichocos y cocuites que flanqueaban el camino. Era Joseph, el hermano de Marie. Venía todo colorado por el esfuerzo y por los treinta y ocho grados que se sentían bajo el rayo del sol.

—Marie, tenemos que hablar. *Víte*, es urgente —dijo mientras desmontaba.

El varillero notó la gravedad en el rostro de Joseph y con prudencia se retiró.

—*Buenus*, yo los deajo. Ha sido un gusto saludarlos —concluyó Bujalí, mientras ponía en marcha la caravana al acostumbrado paso de ganso.

—Igualmente, don Mohamed, Dios lo acompañe... Joseph, ¿qué pasa? Me asustas.

—Vamos adentro —pidió el hermano.

—¿Por qué adentro? *C'est grave?* —preguntó Marie, con un poco de angustia.

—Se trata de Antonio, ven, vamos adentro —insistió, mientras la tomaba del brazo.

—*Ne me touche pas!* —contestó liberándose—. ¿De Antonio? ¡Dime de una buena vez qué pasa!

Joseph no sabía por dónde empezar.

—¿Qué sucedió? ¡Por Dios, habla ya! —exigió la mujer.

—*Boff* —dijo Joseph con el rostro desencajado—. Antonio tuvo un accidente. Está mal.

La mujer escuchó las tradicionales palabras que anteceden al anuncio de alguna tragedia y dedujo lo que había sucedido. Sintió un chorro de agua helada corriendo por su espina dorsal.

—¿Qué le pasó? ¿Se cayó del caballo? *Il est mort?* ¿Es eso? ¿Está muerto? ¡Ay, Joseph, no me engañes, por favor, te lo ruego!

—Sí, Marie, lo mataron.

El río revuelto por las lluvias de verano comenzó a mezclarse con la milpa y los troncos de

los árboles cercanos. Todo se fundió en la oscuridad. El momento había llegado. Tantas veces le imploró a Dios que la librería del martirio que ese matrimonio implicaba, que él, a su manera, se lo concedió.

—¿Lo mataron? ¿Cómo que lo mataron? —preguntó, mientras sacudía la cabeza para acomodar un poco los pensamientos.

—No sé ni cómo explicarte —continuó el hermano—. Todo es muy confuso y hay varias versiones. Pero está muerto, Marie. Frédéric se quedó averiguando, yo vine a avisarte.

—Joseph, *attends*, no comprendo nada.

—Llevaba rato en la cantina. Ahí sucedió. Se le encasquilló el revólver, ¡carajo!

—Y qué diablos importa dónde haya sido. ¡Me lo mataron, Joseph, me lo mataron! —gritaba Marie.

La mujer se desmoronó en la tierra y abrazó sus rodillas. Gemía, hecha un ovillo. Su mente deambulaba del pasado al futuro. Pensaba en el Antonio del que se había enamorado. Una sensación de soledad y desamparo la invadía. Y sus hijos, ¿qué iba a ser de sus hijos? Toñito ya tenía siete años, se enteraría de todo. Carmen y Rodrigo preguntarían por él y echarían de menos sus apariciones cargadas de regalos. ¿Y Miguelito? Al pobre le tocaría hilvanar la imagen de un padre con pedazos de historias, fotos y algunos objetos.

Joseph no sabía cómo actuar. Esperó unos segundos y se acuclilló junto a ella. Le apretó la mano y le dijo:

—Tranquila, no te vamos a desamparar.

Ella lo miró, mostrando el rictus de dolor que le dejaba su viaje al futuro. Lucía vieja, amarga, abotagada.

—*Mes enfants, Joseph, mes enfants...* ¿Qué les voy a decir a mis niños? ¿Qué va a ser de ellos?

—Te juro que de tus hijos me encargo yo —aseguró enfático. Aquí estoy, Marie. Mírame. Seré un padre para ellos.

—¿Dónde está? Quiero verlo. Llévame con él.

—Después, Marie, primero hay que hablar con *notre père*. Hay cosas que no te he contado.

—¡Ya, Joseph! *Taistoi*, ya no quiero escuchar.

—Tienes que agarrar valor, de donde puedas —determinó, al tiempo que intentaba levantarla—. La gente preguntará, querrán saber lo sucedido.

La mujer se abalanzó sobre el hermano, apretando su robusta cintura con desesperación. Reclinó la frente en su torso mientras drenaba el dolor, empapando la camisa de Joseph.

—Es mi culpa, es mi culpa —gemía Marie—, pero yo no quería su muerte. No la quería, te lo juro. Solo que se largara y me dejara. Es que ya no aguantaba, hermano, ya no lo aguantaba. Pero los niños, Joseph, no pensaba en los niños. ¿Qué voy a hacer ahora, Joseph? ¿Qué voy a hacer?

Joseph le acariciaba el pelo con sus toscas manos. Le dolía su sufrimiento, deseaba confortarla, pero le incomodaba el contacto tan cercano. Era un hombre que prefería las palmadas a los abrazos y que en extrañas ocasiones manifestaba el afecto a través del tacto. Como si los poros de la piel, en lugar de calor, dejaran escapar los secretos.

—Escucha —le dijo, tomándola por los hombros para despegar un poco los cuerpos—, Antonio se murió por cabrón. Me duele confesarlo, pero es la verdad.

—Ay, Joseph, es que yo lo quería. Te juro que sí lo quería. Pero había cambiado tanto.

—Fue un pleito de faldas, para que lo vayas asimilando. Pero ya veremos con *notre père* lo que más conviene decir.

—Ay, Joseph, para qué me das detalles, no quiero saber, no ahora —le imploró.

—Se vienen tiempos difíciles, Marie, tus hijos te necesitan fuerte. *Est-ce que tu comprends?*

El silencio acudió.

—Busca a *mon père*, necesito estar sola —le pidió Marie.

El aislamiento le duró poco. Una cadena de bocas transmitió la noticia: al difunto se le velaría en El Mentidero. Acudieron vecinos, amigos, familiares e indiscretos que no resistieron la tentación de enterarse personalmente de lo acontecido. Para cuando el cuerpo de Antonio llegó, el lugar estaba repleto. Ese fue el único momento en el que Marie se quebró, al ver la caja que contenía sus restos y entrar en contacto con su nueva realidad.

La noche transcurrió con pasmosa tranquilidad. Murmullos acompañaban el canto de los grillos; jarras de café iban y venían; miradas vidriosas seguían a la viuda; algún manotazo para terminar con el asedio de los moscos; saludos, despedidas, palabras inútiles.

Pequeños escapes a la propiedad de al lado le dieron un respiro. Ahí estaban sus hijos, ajenos al evento que cambiaría su vida. Por la mañana llegaron los únicos familiares del español: el tío y dos hermanos mayores. Estaban listos. Podían partir hacia el panteón de San Rafael.

El cortejo acompañó al difunto en su último paseo por el Camino Real. Marie sentía que él iba merodeando y quizá disfrutaba de la vista de los campos sembrados o el saludo de las personas apostadas a lo largo de los ocho kilómetros que duró el recorrido. «El socarrón de Antonio era querido», pensó la mujer, así la había conquistado. Con su inagotable sentido del humor, con su chispa, con sus largas charlas. ¿Qué había pasado? ¿En qué momento se había transformado?

La carreta fúnebre llegó al lugar donde descansan las almas. Los hermanos de Antonio se aprestaron a cargar el sobrio ataúd de madera rojiza. Joseph y Frédéric también ayudaron. François, que tenía el corazón tan resistente como el de un cocuete, sostenía a su hija.

Llegaron junto a la tumba de Adélaïde. Marie volteó a ver a su padre. Tenía la expresión nostálgica, de los que no se resignan y siguen extrañando al amor perdido. Un grupo de hombres tomó unas cuerdas y las colocaron sobre una cavidad que mostraba sus oscuras entrañas. Otros más montaron el féretro sobre el rústico instrumento y lo bajaron despacio hasta el centro de la tumba.

El tío, que envejeció esperando a Antonio para pegarle un metrazo cuando regresara a la tienda, se acercó. Traía una cruz de vainillas tejidas en las manos. La arrojó sobre el ataúd. Los sepultureros comenzaron a palear la tierra. Ahí quedaría enterrado, lejos de la riqueza que se afanó en conseguir, pero eso sí, acompañado por el perfume de las que le dieron tanto y le quitaron todo.

Catherine, primavera de 1856

Charles y Catherine Roussel, viticultores de Champlitte, un pequeño pueblo situado en el Alto Saona, al este de Francia, llevaban tiempo luchando contra el oídio, un hongo que se instalaba en sus cultivos y los dañaba de manera alarmante. Cada temporada aumentaban las cepas que había que arrancar y remplazar. Y como ellos, la gran mayoría de los habitantes del Franco Condado resentían los efectos de las escasas y deficientes cosechas. La pobreza se acentuaba, se notaba al repartir el dinero aportado por los miembros de la cofradía de viticultores para ayudar a los más necesitados. Era insuficiente. Muchos artesanos se habían marchado buscando clientela en otros sitios. Y como si eso no fuera suficiente motivo de angustia, permanecía latente la amenaza de una helada o el temible cólera.

A Catherine, una joven de aparente carácter alegre y desafanado, que disimulaba una personalidad caprichosa y dominante, se le había metido en la cabeza la idea de emigrar a nuevas tierras. Sentía que no tenía mucho que perder o al menos que abandonar, salvo tristes recuerdos. En cambio, para Charles, su esposo, el hambre no era un motivo imperioso para dejar lo único que conocía: la región del Alto Saona y su gente.

La colonia agrícola fundada por Stéphane Guenot en América había recibido a muchos champlitenses. Charles era un recién nacido cuando el exoficial de la Armada llegó a su pueblo buscando tanto accionistas como empleados dispuestos a trabajar en comuna. Y aunque se sabía que los primeros colonos habían pasado por muchas dificultades, al parecer después de tantos años la situación había mejorado. Algunos decían que el Gobierno mexicano acababa de promulgar una ley que ofrecía a los europeos terrenos pagaderos a cinco años. Era una oportunidad maravillosa. Un nuevo mundo, un nuevo comienzo. Tierras generosas y poco explotadas. La posibilidad de hacer fortuna. La mujer no se cansaría de insistir hasta lograr su propósito.

—Hola, cariño —dijo Catherine al ver entrar al esposo—. Te esperaba más temprano. ¿Algún contratiempo?

—Vengo muerto. Se me pasó el tiempo podando.

—Come algo, te caerá bien.

—Por supuesto que comeré, si no he hecho otra cosa que pensar en una buena sopa mientras venía para acá —dijo riendo.

—Me parece perfecto, así recuperarás las fuerzas a la par que conversamos un poco.

El hombre la miró con resignación y preguntó:

—¿Charlar? ¿Quieres charlar?

—Querido, me enteré de que los Pernot tienen la intención de marchar a México —soltó Catherine al momento de sentarse a la mesa.

—Sí, mujer, me da mucha pena que ellos también abandonen el sitio al que ha pertenecido su familia por generaciones —contestó el hombre con poco interés.

—Es cierto, pero esto se ha convertido en un valle estéril. No queda nada, no se puede llevar una vida digna. Hasta mi vientre se ha contagiado. Estoy segura. Tanto trabajo y tan mal comer son la causa de nuestros hijos malogrados.

—No empieces, Catherine, sabes que la mala racha pasará. Pronto vendrán buenas cosechas y Champlitte se recuperará. ¡Esta situación es temporal!

—No, no lo es. Y no quiero estar aquí para averiguarlo. Quiero irme, empezar de nuevo.

—Las cosas no son tan sencillas. Para emigrar hay que contar con recursos. Se necesita dinero para el viaje, para sobrevivir algún tiempo y, por supuesto, para poder regresar si la dichosa aventura no resulta.

—¿Ves? ¡Siempre el mismo problema! Tu negatividad. Somos jóvenes, estamos sanos y no tenemos la responsabilidad de alimentar más bocas. Otros, con hijos, lo han hecho; no veo por qué nosotros no.

—Paciencia, mujer, paciencia, que todo se va a arreglar.

—Piénsalo, solo te pido eso. Progresaríamos más que en Francia.

—¿Progresar? Me gusta la palabra —dijo riendo—. ¿Me sirves ya?

—Charles, te lo ruego. Si al llegar la vendimia las cosas no mejoran, marchémonos.

No fue fácil arrancarlo de raíz, pero no partieron solos. Con ellos viajaron los Vaillard, los Capitaine, los Graillet, los Guichard y los Collinot: treinta personas entre adultos y niños que cruzaron el este de Francia hasta llegar a París, ciudad que ninguno conocía. De ahí continuaron hasta el puerto de Le Havre, donde los esperaba *La Leontine*, una goleta de tres palos.

Para Charles, el mar se convirtió en un espejo que reflejaba sus recuerdos. Setenta días pasó dibujando, en ese lienzo azul, los caminos de piedra caliza que atravesaban el valle hasta el pueblo. La calle de los Viñadores, la cerrada de Cotín, el recóndito callejón de Haye-Haute. Un laberinto de estrechas calles con tantas construcciones compartiendo paredes que parecían serpientes de ladrillo con escamas de barro deslizándose cuesta abajo.

La última velada junto a los suyos había sido muy emotiva. El sabor de las gofras y el vino que la familia les había ofrecido para despedirlos aún no se evaporaba de su mente. Los hombres, reunidos en la cava, se sentaron alrededor de una lámpara de aceite colocada sobre un tronco de árbol y brindaron entre anécdotas, promesas y perdones hasta que llegó el alba. Mientras tanto, Catherine y las mujeres revisaban el equipaje:

—Un poco de ropa y zapatos de trabajo.

—Tres pares de polainas.

—Chalecos, pañuelos y gorros de algodón.

—Utensilios de costura.

—Una batería de cacerolas de hierro fundido, dos platos hondos y dos vasos de hojalata, dos cucharas y dos tenedores de fierro.

—Una gofrera.

—Dos pares de sábanas.

—Un mosquitero de calicó de seis pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto.

- Herramientas e instrumentos agrícolas.
- Semillas de jardín.

Los franceses llegaron al puerto de Veracruz navegando por un mar embravecido que en ocasiones sumergía a la goleta en sus profundos valles. Un grupo de morbosos espectadores se arremolinaba en el muelle sembrado de escombros. Afortunadamente, el diestro capitán decidió resguardarse anclando atrás del fuerte de San Juan de Ulúa y terminó con el espectáculo.

En cuanto el clima mostró más benevolencia, el cónsul de Francia en la ciudad, en compañía de las autoridades migratorias mexicanas, abordó para darles la bienvenida. Terminadas las diligencias para legalizar su estancia en el país, el capitán les permitió desembarcar y recorrer esa ciudad amurallada, último reducto de la Colonia española. Catherine prefirió permanecer a bordo. El lugar, rodeado por un pantano, tenía fama de insalubre y no quiso correr más riesgos.

Transbordaron a una embarcación mexicana para recorrer las veinticinco leguas que separaban a Veracruz de su siguiente escala: el puerto interior de Nautla, situado cerca de la desembocadura del río Del Palmar.

Navegaron ligeramente alejados de la costa, lo suficiente para evitar la prolongada plataforma continental. Los despidieron suaves dunas verdosas, custodiadas por antiguos gigantes de piedra que se perdían en el horizonte.

Los vientos fueron favorables, por lo que alcanzaron a ver el extremo de la Sierra Madre Oriental, que termina de manera abrupta en el mar. Borearon un gran risco de lava petrificada, coronado por un magnífico faro, y observaron el vergel que surgía tras la roca. Miles de árboles y plantas innumerales, ninguno conocido, ninguno imaginado, se presentaban como preámbulo del entorno que en adelante los rodearía. Una parvada de aves grises, gordas y picudas voló sobre ellos. La noche se acercaba y regresaban a sus refugios.

Dos amaneceres después llegaron a la tierra prometida. Rodearon una larga barra de arena, plena de una rara mezcla de cocoteros y coníferas, y se enfilaron hacia la desembocadura del río. Estaban tan próximos a su destino que Catherine transpiraba excitación.

—¡Charles! ¡Charles! —gritaba al oído del infortunado, aturdido por la cercanía de sus agudos chirridos—. ¡Mira a la derecha! Esos árboles que viven en el agua están colmados de aves blancas. ¡Parecen frutos gigantes! Y al frente, ¡mira al frente! Ni todas las uvas del Franco Condado juntas pueden igualar ese verdor. Qué cosa tan maravillosa.

—¡Oh, mujer! Tan concentrada estás en tu sentido de la vista que has olvidado el resto. ¡Mira que no notar este calor húmedo e infernal!

—Deja de quejarte y disfruta. Parece que no sabes hacer otra cosa; desde que llegamos a Veracruz no has parado de lamentarte.

—No es para menos ni para no preocuparse. Hace unos días, un aire del demonio, y ahora este calor. El clima aquí es más cambiante que tú, mujer.

—¿Ya notaste qué extraño revoltillo de aguas estamos pasando? —preguntó Catherine, para cambiar el tema.

—Es probable que un par de corrientes fluviales converjan en este sitio —intervino Jean Guichard, que se encontraba al lado, deseoso de participar en la conversación.

—Eso mismo estaba pensando —respondió Charles—. Si te fijas allá, donde se encuentra la maraña de árboles chaparros que se extienden por la ribera, el agua es oscura. Y mira más a la

izquierda, donde hay unas hierbas altas que parecen juncos. ¿Ya las viste? Detrás hay unos árboles que parecen aprovechables.

—Sí, se ve perfecto. El agua es tan cristalina que refleja el color de la naturaleza —confirmó Jean.

—Yo creo que rodearemos la barra de arena y nos enfilaremos hacia las aguas claras —pronosticó Charles.

—Seguro, el señor Grappín mencionaba en sus relatos que la pesca era abundante. Decía que bastaba lanzar un arpón para regresar al bote con un monstruo de varias arrobas y eso solo se puede hacer donde la visibilidad lo permite.

—Pues habrá que estar pendiente desde acá arriba, con suerte y aportamos algo para la cena —bromeó Charles.

Los hombres se carcajearon. Catherine hacía rato que había perdido interés en la conversación. Su atención se concentraba en los minúsculos cerros que aparecían conforme navegaban hacia el suroeste. Atrás de ellos se alcanzaba a percibir una serranía rematada por una formación que asemejaba un cofre de piedra. «¿Sería la misma que habían visto en el trayecto marítimo?», se preguntaba.

Pasaron un afluente del amplio río y viraron a la derecha. El antiguo puerto insurgente construido por Guadalupe Victoria en 1814 apareció rodeado de un modesto caserío. Durmieron ahí, en Nautla, uno de los refugios del general que se convertiría en el primer presidente de México.

La parte final de su recorrido la realizaron en pangas. En ellas se amontonaron, junto con sus pertenencias, por cerca de cuatro leguas. Su guía, un francés de sangre mezclada procedente de Nueva Orleans, compensó los inconvenientes con amenas clases de botánica. En las riberas, hileras de sauces con largas enredaderas se disputaban el espacio con chalahuites y zapotes reventadores. Algunos claros mostraban plantaciones de caña de azúcar, maíz, tabaco, cacao y vainilla. Pequeños potreros con ganado permitían apreciar una gran población de cedros, robles e higueras.

De cuando en cuando aparecía alguna choza de chamalote y techo de palma o una casa de ladrillos, tejas de escama y buhardillas. Gente pescando, niños nadando. Muchos rostros rubios y algunos morenos, reflejo de ese mundo híbrido al que ahora llegaban y que, desde ese día y hasta el último, no podrían abandonar.

—¡Jicaltepec a babor! —gritó el eufórico capitán ribereño—. Llegamos, sin ningún contratiempo. Atracaremos en el muelle que, por cierto, está al lado de la tienda de provisiones de la familia Bourillon.

—¿Ahí nos recomienda comprar? —preguntó Catherine, interesada en captar la atención del mulato.

—Por supuesto, señora. Es la mejor surtida. Al principio solo vendían maíz, azúcar, café, sal, queroseno y cosas muy básicas, pero ahora que ha llegado más gente y el pueblo empieza a prosperar, tienen telas, licores y productos de la industria europea.

—¿En este sitio? ¡Increíble! —repuso Catherine.

—La dueña aprovecha el ir y venir de las lanchas a Nautla con los productos que venden los colonos.

—¿Lleva usted muchos años aquí? —preguntó la mujer.

—Lo suficiente, señora, lo suficiente —contestó al tiempo que escudriñaba a la interesada en saber sobre su vida.

Los otros pasajeros, que observaban a la pequeña comitiva que los esperaba en la orilla, le prestaron poca atención, hasta que escucharon algo que los inquietó.

—La señora Anne, la dueña, es muy agradable. Una mujer muy fuerte y valiente. Era para que se hubiera regresado al otro día que le mataron al marido o anduviera llorando su pena, ¡pero qué va!, no se dejó amedrentar y se puso a trabajar el doble para sacar a la familia adelante.

—¿Cómo? ¿Hay violencia en la colonia? —preguntó Catherine.

—Entre franceses no, despreocúpese.

—Entonces, ¿los atacan los mexicanos? —cuestionó asustada, temiendo por su seguridad.

—No exactamente. O, mejor dicho, no los habitantes.

—¿Se refiere a las autoridades? ¿El Ejército? ¿Qué es lo que sucede aquí? De esto no teníamos noticias.

—A Bourillon lo mataron los Acosta. Terratenientes vecinos de mucho poder. Son protegidos por el alcalde de Misantla. Existen problemas por la tenencia de la tierra, un tema largo de contar.

—¿Ves, mujer, que todo paraíso tiene su manzano? —intervino Charles.

—Sí, sí, hombre —respondió fastidiada—. Lo tendrá, pero en este momento me interesa saber lo que sucede aquí. Déjalo hablar. Usted disculpe —dijo, dirigiéndose al mulato—, ¿el lugar es seguro? ¿Puedo andar por el pueblo sola, con tranquilidad?

—Por supuesto, mi señora. Solo entérese de que, como en todo lugar, hay gente buena y gente mala. Y los indios podrán sonreírles y ser amables, pero en realidad no quieren a los extranjeros.

—Natural, yo tampoco los querría si invadieran la Borgoña —apuntó Charles.

—Querido, el cansancio ha mermado mi paciencia y si sigues con tus comentarios inoportunos lo único que provocarás es que se me suelte la lengua y termine diciendo algo de lo que después me arrepienta —dijo la mujer.

—Pues bien —continuó el guía para terminar con la embarazosa situación—, yo a las maniobras y ustedes a estar pendientes de sus pertenencias, que ya vamos a desembarcar.

Charles se sintió humillado. Intentaba sin éxito restarle importancia al carácter fuerte y arrebatado de su mujer. Con frecuencia explotaba, cerrando los oídos para concentrarse en recitar toda clase de improperios. Refutarle algún punto parecía enfurecerla aún más, lo que siempre derivaba en un monólogo de gritos. Él se retiraba callado, reprimiendo sus sentimientos. Desquitando con las vides sus ganas de golpearla: lo mismo pateando las cepas que arrancándoles con desesperación hojas, frutos y sarmientos. Sabía que después de un rato la encontraría en casa, arrepentida. Le sollozaría una disculpa a medias, besándolo, lamiéndolo, implorándole que no la dejara. Y le acariciaría el sexo, diciéndole que era su hombre, que lo amaba. Y le guiaría las manos hacia sus nalgas, restregándosele, regalándosele. Y él cedería y se derrumbaría, cegado por la maldita calentura de los veinte, que no dejan espacio ni para un poco de dignidad. Y terminaría con ese demonio de ojos azules y proporciones bien encarnadas montado en él. Retorciéndose en movimientos aún más complicados que los de la pelea anterior. Y caería rendido como un trapo, como el trapo que era, perdiéndose la oportunidad de ponerle un alto, de emanciparse de su ama.

Ella se dio cuenta de su falta e intentó congraciarse. Estaba acostumbrada a llegar muy lejos, a presionarlo hasta el límite, pero rara vez en público. Sabía que eso lo molestaba sobremanera y ni su mejor actuación como meretriz podría salvarla de las consecuencias.

—Mira, querido, esos deben de ser los Meunier. Tú que conoces bien a la familia seguro los identificas —dijo Catherine suavizando el tono.

—Creo que sí —respondió Charles con sequedad.

—¡Anda, quita esa cara! ¡Ya sabes cómo me afecta la falta de sueño! Pero te amo y estoy feliz de estar aquí contigo, juntos, compartiendo esta gran locura.

Y dicho esto, con actitud casi infantil, articuló una tímida sonrisa que terminó conmoviéndolo. Lo atrajo hacia sí y recargó su alargado mentón sobre su hombro, mientras observaba los brazos fuertes y morenos del exótico capitán que asía un canaleta entre sus manos. Con cada flexión los músculos se le desbordaban.

Catherine se tomó unos instantes para disfrutar de las sensaciones que le provocaba el mulato. Todo en él le parecía seductor. Su lampiñez, sus ojos verdes y facciones finas que contrastaban con el color acanelado de su piel. Su pantalón de algodón dejaba ver la fuerza de sus muslos, su sudor con olor a humo, especias y a hombre. Sí, a hombre, pero no como los del tipo de Charles, que pasaban la vida en el campo y regresan a casa hechos jirones, buscando una mano experta para remendarlos. No, un hombre de los que están orgullosos de serlo por llevar a la mujer a sus dominios. Esos de virilidad incansable, que conocen el arte de provocar placer. Parecía todo un semental y tal vez lo era. «Quién sabe, es cuestión de atreverse», pensó, «de regresar al muelle, de procurar la amistad de la famosa señora Bourillon». No le era indiferente, le quedaba claro. El hombre había improvisado un espectáculo de fuerza y habilidad para realizar un trabajo que con seguridad tenía dominado y repetía de forma rutinaria. Y serían sus ganas ¿o de verdad le había clavado un par de vistazos a sus ojos y senos?

La mujer debió dejar a un lado sus especulaciones para atender al desembarco. Su intuición no había fallado, la familia Meunier era la pequeña y sonriente comitiva por la que preguntó instantes antes. Al pisar la tierra que cambiaría su infortunada vida se sintió renovada. Había mudado de piel, de ojos y de alma. Ahí sería feliz, auténtica e interminablemente feliz.

Catherine saludó a sus anfitriones con amabilidad, pero dejó que Charles entablara la charla. Ella quería verlo todo. La pequeña villa, un oasis en la espesa selva, resultaba agradable y hasta un poco conocida. Quizás el intento por imitar las construcciones borgoñesas era lo que provocaba esa sensación; aunque la piedra y lo añejo no estuvieran presentes. Observó con más detalle y notó que las casas estaban provistas con más puertas y ventanas que en su tierra, por lo que dedujo que los inviernos no serían tan duros.

Una vez que el protocolo de bienvenida finalizó y el equipaje fue desembarcado, Louis instruyó a sus hijos para que se encargaran de este. El trayecto hasta el hogar de los Meunier fue muy breve. Tenían una buena casa, de las mejores de las treinta que componían el pueblo. Estaba situada a una cuadra del río y a otra de la iglesia, justo al lado de la de los Castagné, que a su vez fungía como agencia consular.

En cuanto entraron, Hortense, quien había hablado poco, los invitó a conocer la recámara en la que los hospedarían. Era una de las tres disponibles, originalmente habitada por las pequeñas Josephine y Cécile, fallecidas durante el huracán de 1853. Louis se dio cuenta de que sus huéspedes no dejaban de observar la parte baja de las paredes y se apresuró a explicarles:

—Veo que han notado las manchas. Es por el río que a veces crece e inunda el pueblo. Pero no se preocupen, que solo pasa en esta época, con la llegada del frío y los primeros temporales.

—¿Quiere decir que el agua entra hasta la casa? ¿Se corre el riesgo de perecer ahogados? —

preguntó Catherine, con inquietud.

—No es una regla que suceda. Durante el otoño llegan vientos del norte que a veces vienen acompañados de lluvias torrenciales. Es cuando el Nautla aumenta y se sale del cauce.

—Y llega hasta las casas... —insistía Catherine.

—No hay manera de saberlo, el agua no tiene palabra de honor, por lo que tendrán que asentarse lejos del río o aprender a vivir con él.

—¿Y dice que esto dura todo el otoño?

—El riesgo de inundaciones sí. Los nortes, ¡qué va! Aunque no tan intensos, terminan bien entrada la primavera. Ya lo verán, es una época en la que los días cálidos se alternan con los tormentosos.

—¿Cuánto dura una de estas tormentas, Louis? —preguntó Charles, deseoso de intervenir.

—Varía. De dos a tres días, para que tengan una idea. Pero hay ocasiones en que llega un temporal tras otro. Apenas gozamos la aparición de incipientes rayos de sol, cuando llega la siguiente tormenta. Cada que esto sucede es muy pesado. En especial si hay que permanecer en casa —remató guiñándole un ojo a Hortense.

—¿Y por qué no eligieron otro sitio para establecerse? —preguntó Charles con incredulidad.

—Aquí lo trazó el infame de Guenot y, como buen dictador, se hizo su voluntad. Pero da igual, lo mismo se inunda de un lado que de otro, y aunque algunos se asentaron hacia el suroeste de la colonia, en las faldas de los cerros Los Dos Hermanos, la verdad es que la mayoría preferimos gozar de los beneficios de vivir cerca de las riberas. Es cuestión de acostumbrarse y de irle tomando la medida.

—Pues le agradecería me informe más del tema y me hable también sobre los cultivos. Cuáles son las tierras más fértiles y el costo de las mismas. En fin, todo lo que necesite saber para tomar la decisión de dónde afincarme.

—El tema es extenso, mejor empecemos por que me cuentes tus pretensiones para que pueda aconsejarte —contestó Louis—. Si te parece, dejemos que las mujeres se conozcan un poco mientras charlamos un rato.

—Excelente idea, ¿no te parece, cariño? —dijo Charles a su esposa.

—Catherine, ¿por qué no acompañas a Hortense y le ayudas a terminar la cena? —le pidió Louis—. Está tan excitada por su visita, que se levantó antes que de costumbre para hacerles galletas con el fierro.

La mujer sabía que una negativa podía ofender o cuando menos incomodar a sus anfitriones, pero deseaba ser testigo de la plática de los hombres, así que un poco nerviosa e improvisando decidió arriesgarse:

—Ay, señor, este... Yo encantada, pero ¿no será mejor instalarnos primero?

—Los muchachos no han regresado con el equipaje, anda, aprovechemos el tiempo —le dijo Hortense a Catherine mientras la tomaba del brazo con suavidad.

—Vamos, las acompañamos hasta el patio y sirve que conocen un poco más la casa. El tiempo ha pasado muy rápido en tan agradable compañía, pero se hace tarde y en la noche no es prudente salir ni a la construcción donde están la cocina, comedor y demás servicios —indicó Louis.

—¿Por los indios? ¿Rondan el pueblo? —preguntó Catherine, que seguía preocupada por la historia contada por el mulato.

—¡No, mujer! Aquí el único peligro es que tengas un encuentro con una nauyaca, coralillo o

alguna otra víbora ponzoñosa —contestó Louis riendo.

Catherine se explayó contándole sus inquietudes sin poner mucha atención a los detalles de la casa. Llevaba poco en el lugar, pero se deslizaba con naturalidad, como si fuera propio. El hombre, que no tenía mucho interés en hablar con ella, la tranquilizó con algunas palabras amables. Llegaron al pequeño jardín que era necesario atravesar para llegar a la edificación que albergaba la cocina y Hortense intervino:

—Los veo y sigo sin creer que ya estén en casa. ¡Qué alegría! Tenemos mucho de qué hablar.

—Pues las dejamos para que le expliques a Catherine cómo es la vida aquí y a su vez te cuente de tus parientes —dijo Louis.

—Sí, hija, pasa —indicó Hortense, haciendo un ademán que invitaba a su compañera a entrar al lugar—, y sentémonos un rato a conversar. ¡No sabes las ansias que tengo por saber cómo están las cosas en Champlitte!

Catherine se sintió impotente. La minúscula Hortense parecía adivinar las intenciones del esposo y secundarlo. La joven no quería perderse ni un detalle de la conversación entre Charles y Louis. Sabía que estaba íntimamente ligada con lo que sería su vida en el futuro y se sentía con el derecho de participar, pero no tuvo más opción que acceder. Los hombres se dirigieron hacia el corredor, donde la sombra les prodigaba un ambiente agradable para hablar.

—Pues bien, me decías... —le soltó Louis para retomar el hilo de la charla que habían dejado pendiente.

—Vendí todo, absolutamente todo lo que tenía en Francia y he llegado con un pequeño capital. No tengo intención de emplearme, si acaso para no estar ocioso o no ver mermados mis fondos en lo que encuentro una buena oportunidad.

—¡Ay, mi buen amigo, qué bien hizo tu tío en encomendarme ayudarte! ¿Así que no tienes idea de lo que podrías hacer por aquí y aun así te aventuraste a dejarlo todo?

—Bueno, la tierra es tierra. Basta con averiguar qué cantidad de recursos se requieren para cultivar algo y cuántas libras se cosechan por pie.

—Entonces, si tienes claro que lo tuyo es cultivar, tendrás que considerar que por aquí también hay plagas, epidemias, y no te olvides del clima. Te lo asegura alguien que sabe de desmontar selva virgen derribando árboles de varios metros de circunferencia. No, hijo, no es lo mismo usar un hocino o un azadón de dos dientes que un machete.

El señor Meunier, recordando su decepcionante llegada a Jicaltepec, continuó con su monólogo.

—No sabes qué duro fue. Pasamos tanta hambre que comíamos hasta tortillas hechas de almendra de coyol o fruta de ojite. Muchas veces el agua arrastró nuestros sembradíos y, cuando por fin tuvimos nuestros silos llenos, apareció el gorgojo y el maldito de Stéphane les prendió fuego. Con justa razón lo querían linchar, pero el muy vivo huyó y nos dejó peor que antes, desprotegidos legalmente, siendo dueños de nada. Muchos se desmoralizaron y se marcharon, otros tantos sucumbieron. Pero yo no me dejé vencer, hasta al tiro del molino de caña me enganché cuando fue necesario.

Charles se sintió incómodo, pero intentó regresar al tema de su interés.

—Es cierto, me dijo el tío Firmin que se dedica a la caña, ¿verdad?

—Sí, a la caña. Aunque eso fue de inicio. Después vinieron el trapiche y una modesta destilería. Y aquí, al que no le hace más agradable la vida el dulce, se la hace el aguardiente.

—Es buen negocio, supongo.

—¿Te interesa? No me digas que has llegado para hacerme la competencia —preguntó riendo.

—Para tu tranquilidad, había pensado en las especias, pero al ver estos valles se me han pasado por la mente las frutas.

Imagino las maravillas olorosas que han de crecer en estas tierras. Y supongo que alcanzarán buenos precios en las principales villas.

—Sí, supones bien —respondió con ironía—; si no fuera porque a las grandes distancias tienes que agregarles la falta de vías y la inseguridad. Apenas y contamos con algunos caminos, de unas cuantas leguas, que hemos ido abriendo con mucho esfuerzo. Y en las rutas de la montaña se corre el riesgo de perder las mercancías a manos de bandoleros.

—Bueno, pero tienen el gran río.

—El gran río —repitió Louis suspirando—. En verdad lo es. Nos da de comer, fertiliza nuestras tierras, por él transitamos y en él nos recreamos. Pero, al igual que nos da, nos quita, Charles. Y deberás aprender a respetarlo si quieres sobrevivir.

—Pues necesitan hacer algo, es un desperdicio tanto suelo fértil.

—Hay proyectos, varios están convencidos de que Jicaltepec podría convertirse en el centro de una nueva ruta para el comercio entre Tampico, Veracruz, Campeche, Puebla y México. Pero mientras no se cristalice, yo tengo otro para proponerte. ¿Has escuchado de la vainilla?

Al hombre no le dio tiempo de responder. Una presencia femenina se aproximaba.

—¡Eh, Charles, señor Meunier, los muchachos han regresado! ¿Les parece si nos acompañan en el comedor?

—¡Si no hay más remedio! —dijo Louis, riendo.

—¿Interrumpí algo importante? —preguntó Catherine.

—Nada, mujer, luego te cuento, anda, vamos —contestó Charles.

—Querido, ¡tienes que ver las cosas que preparan por estos lugares! —dijo la perspicaz mujer, a sabiendas de que su comentario complacería al anfitrión.

—Vamos, hombre, que lo tienes que ver por ti mismo —dictaminó Louis.

—Bueno, ya hablaremos de la vainilla.

—¿Vainilla? —preguntó Catherine.

—Sí, vainilla, a lo mejor me dedico a cultivar vainilla —concluyó Charles, dedicándole una sonrisa a su nuevo mentor.

Marie, final del verano de 1937

Al dolor no le gusta llegar solo. El sentimiento de pérdida lo mismo invita al rencor que a la añoranza. Y llegan las evocaciones, que arrastran a otras, hacia el centro de la herida. Ahí se encuentran refugiados los temores, las esperanzas y la soledad aplastante.

Marie miraba el sol que caía hacia el lado de la huerta. Era de color rojo sangre, como el día en que su madre los había dejado. Su imaginación, exaltada por la necesidad de afecto, hallaba manifestaciones de Adélaïde en cualquier evento. Como esa silueta grana que descendía de manera lenta, maquillando las nubes y crestas de los árboles. Era su madre, acudiendo al llamado. Intentando aligerar su melancolía.

—¿Qué falta me haces, *maman!* —murmuraba Marie—. Aunque no me comprendieras, aunque pensáramos diferente. Un abrazo tuyo me haría sentir distinta. ¿Estarás con él ahora? ¿O se habrá ido derecho a los infiernos? Ya sé, *maman*, ya sé, a ti no te puedo engañar... Sí, lo quise, y mucho. A pesar de todo. Lo quise. Y sabes que no deseaba que las cosas terminaran así —remató abatida.

Las lágrimas comenzaron a brotar con modestia. Después se fundieron con sus palabras. Pensaba en la vida que les esperaba.

—¿Qué va a ser de *mes enfants*? ¿Una niñez pintada de negro, de navidades sin fiesta? ¿De peregrinaciones al panteón, acompañados de una madre que llora sus remordimientos? Creo que era más fácil odiarlo que vivir sin él —agregó, refiriéndose a Antonio.

François escuchó los sollozos que llegaban hasta la bodega de la vainillera. Estaba confeccionando un mazo. Sujetaba un fajo de vainillas, de unos cinco centímetros de diámetro, con un par de lazos de hilo de Campeche. El primero en la base y el segundo en medio. Torció las puntas de algunas vainas imitando la forma de un gancho y las colgó en el atado. Cuando terminó el revestimiento, lo fijó con otras dos gasas de nudo muerto. Estaba preocupado. Había perdido la habilidad de antaño o la vejez comenzaba a manifestarse. Las manos le empezaban a temblar de repente. Colocó una segunda capa, idéntica a la anterior, y se estiró para alcanzar una madeja de hilo negro, la de algodón del cero, que estaba tirada en el piso. Hizo un amarre doble al centro y tomó una navaja Gillette para cortar la hebra. Después repitió la operación en los extremos. Retiró el hilo de Campeche con el que se ayudaba para compactar las vainas y revisó el mazo. El remate de fantasía en la parte superior lucía como el centro de una flor. Lo guardó en una lata de aluminio que dejó junto a la caja de madera en la que se transportaría el pedido.

Los lamentos persistían. Salió en busca de su hija.

—*Mon Dieu! Qu'est-ce que tu fais?* —preguntó François al ver a Marie tirada entre los

arriates de hortensias—. *On y va* —le dijo mientras le extendía la mano para ayudarla a incorporarse.

Ella la tomó y lo jaló, haciendo caso omiso de la sugerencia.

—No, papá, mejor siéntate aquí, un ratito conmigo. Necesito que me abracés. Ya no aguanto. Con la muerte de Antonio todo se me ha removido. Siento el dolor por partida doble. ¡No sabes cómo necesito a *maman*!

—Todos la extrañamos, Marie. Cuando tú vivías en el pueblo, yo pasaba las tardes en el corredor, mirando el río en compañía de cuarenta años de recuerdos. De repente, la visita de algún vecino o si el vago de Frédéric se aparecía me distraía un poco.

—Igual y Antonio se lo merecía, pero ¿ella?, no lo entiendo. Te juro que no lo entiendo. Si Dios se la quería llevar, lo acepto, pero no así.

—*Ma petite*, a veces pienso que yo soy el culpable. Si me hubiera impuesto desde el principio, tu madre estaría aquí. Pero el maldito amor que sentía por ella, sus súplicas, mi fe en ese Dios que no quiso escucharnos, me hicieron ceder.

François, el hombre fuerte y corpulento que seguía siendo a pesar de sus sesenta y tantos inviernos, se convirtió en un infante que fruncía la cara roja de dolor. Apretó los puños al recordar los últimos minutos de Adélaïde, que necrosada por la intensa gangrena se había arrepentido y suplicaba que la cercenaran. No sabían cómo, la mortal infección se había extendido tanto que no había nada que salvar. Marie tomó la barba blanca de su padre con ambas manos y musitó con ternura:

—Perdóname, no fue mi intención hacerte revivir la pena. Pero entiéndelo, papá, no fue tu culpa. Ella lo quiso así, supongo que pensando en nosotros. Acuérdate cómo era.

—¡Yo la habría cuidado de mil amores y tu madre lo sabía!

—Pues sí, pero ¿te la imaginas? Con su vitalidad, con su afán de agradar constantemente a los demás. Habría sufrido mucho. Ya, papá. No creo que a ella le guste vernos así.

—Qué bonita era, *très, très jolie* —suspiró—, más por dentro. Heredaste sus ojos. Fue lo que más me atrajo cuando la conocí. Pero eso sí, el maldito carácter fuerte y arrebatado te viene por mi lado —dijo riendo, mientras le apartaba las manos de la cara para secarse las lágrimas con el borde de la camisa.

—Ay, papá, ¡cómo te quiero! —afirmó Marie, con su sonrisa encharcada.

—Dejemos descansar a tu madre, que bien merecido lo tiene por habernos aguantado tanto, y hablemos de algo que me preocupa. Me comentó Joseph que fue a visitar a los productores que Antonio habilitaba, y hay algunos que no quieren reconocer sus deudas. Los muy bribones pretenden aprovecharse de la situación, pero tu hermano seguirá insistiendo para ver qué rescata. También está el tema de la tienda...

Marie lo interrumpió.

—Te lo agradezco, pero ahora no tengo cabeza para esto. Dejemos las cosas como están y que mi hermano se siga encargando.

—Pero Marie, reacciona —le dijo molesto—. ¡Tienes cuatro hijos! Sabes que esta es tu casa y estoy encantado de tener a esos diablos haciéndome la vida más llevadera, pero estoy viejo y desde la estafa de aquel infeliz las cosas no volvieron a ser iguales.

François abandonó la conversación por un instante y se transportó a uno de los días más dolorosos de su vida. Said, un antiguo residente del pueblo, regresaba a visitarlo convertido en

intermediario de algunos productos agrícolas. El padre de Marie le mostró la vainilla recién beneficiada y el pseudocomerciante quedó encantado. Le compró cuarenta toneladas de vainilla seca por treinta mil pesos carrancistas. ¡El negocio más ventajoso de su vida! Si la moneda hubiera valido algo. El árabe, aprovechando los convulsos años de la Revolución, en los que el dinero era tan sólido como el presidente en el poder, había encontrado la ocasión de enriquecerse a sus costillas. Estaba en Puebla cuando se enteró de que el general Carranza había sido asesinado y voló, antes que la noticia, en busca de incautos a quienes embaucar. Uno de ellos fue François.

Cuando las nuevas llegaron a San Rafael y el viejo quiso utilizar su dinero, se enteró de que se había convertido en basura. Se sintió un perfecto imbécil. Su falta de previsión era imperdonable. Acabarían como con el huracán de 1905, comiendo calabazas que recogían en el campo. La diferencia era que en aquella ocasión había sido obra de la naturaleza y no de su estupidez.

Le llevó mucho tiempo equilibrar un poco sus finanzas, pero la confianza la perdería indefinidamente. No se volvió a arriesgar con compradores de reputación desconocida. Ni el habilidoso español que gastó tanta saliva rogándole que hicieran negocios pudo lograrlo. Lo más que consiguió fue arrebatarle dos hijos. Una para desposarla y al otro para esclavizarlo.

—Es que no tengo ánimo de hablar de esos temas ahora, *comprends-moi* —pidió Marie.

—*Ma fille*, te tienes que involucrar, yo no tengo gran cosa para heredarles, tú lo sabes.

—Pero Antonio sí... *J'espère*, de eso se encargará Joseph. Y además ¿qué te preocupa? Siempre nos las hemos arreglado. ¿Te acuerdas cuando vino la gran crisis? Decían que el mundo entero estaba en depresión, ¿y qué nos pasó?

—Pero ahí no estábamos tan mal, comida había, lo que no teníamos eran lujos.

—¿Me vas a decir que el jabón es un artículo de lujo? —dijo Marie carcajeándose—. Se te olvidan las cosas. A mí no, que me la pasaba cortando huanacaxtles.

La mujer recordó la época en la que lavaba la ropa con las pequeñas frutas verdes. La saponina que contienen crea una espuma con la que se limpiaban las prendas. A Antonio no le iba tan mal, pero en ese tiempo una caja de detergente costaba lo mismo que una res. Un gasto impensable para ella, que recién estrenaba su papel de ama de casa responsable.

—Oh, hablando de eso... ¡El árbol que hay en la entrada de la tembladera ya está dando frutos!

—¡Dios me libre, papá, Dios me libre de tener que lavar de nuevo con eso!

Después de la espontánea expresión de horror, la tensión se disipó. Ambos rieron. François, un poco cansado, le propuso regresar a la casa.

—Ya hemos estado mucho tiempo aquí, Marie, estoy muy incómodo. *Allez, allez*. Te invito a la sala.

Pasaron junto a las piletas en las que colectaban el agua de lluvia y entraron al corredor. Unos pasos después estaban en la estancia. El viejo se dejó caer en una poltrona de cuero de venado. Era su predilecta. Un trofeo de caza de su padre, sobre el cual tenía derechos exclusivos.

Frédéric llegó como acostumbraba. De improvisito y hurgando algún resto de comida dentro de su cavidad bucal.

—Ey, ¿qué hay de bueno? —preguntó—. ¿Qué vamos a cenar hoy, Marie? Ya es tarde, tengo hambre.

La hermana lo observaba con desagrado.

—No cabe duda de que la naturaleza es sabia y no provee de todos los dones a un mismo ser.

Lo que tienes de guapo lo tienes de egoísta e insensible —le espetó.

No estaba tan equivocada. Con su metro noventa, los ojos de un azul litúrgico, una rubia cabellera ondulada y su carácter risueño y despreocupado, tenía un hato de seguidores a los que hacía gozar con un sinfín de anécdotas y ocurrencias. Las mujeres lo buscaban también, en especial una que cargaba con una pequeña bastarda. No quiso reconocerla, se excusó en el supuesto de que él no había sido el único, pero el parecido despertaba grandes sospechas en la familia.

—*Ça suffit!* No empiecen a pelear —les pidió François.

—Siempre te pones de su lado. Pero allá tú por solaparlo en todo. Espero que no tengas la desgracia de ver qué hace este con su vida. Se va a quedar solo, muy solo —vaticinó Marie enojada.

—¿Y ahora qué dije? —preguntó Frédéric extrañado—. ¡No he abierto la boca!

—Olvídalo, voy por los niños y los alcanzo en el comedor —contestó la mujer mientras se retiraba.

—Mi hermana ha perdido el juicio. Está fuera de sí. Cualquier cosa la irrita.

—*Bon*, no es para menos, tenle un poco de paciencia —pidió el viejo.

Frédéric continuó rumiando los restos de su última colación, una deliciosa, delgada y crujiente galleta de fierro.

—Dime, ¿terminaron de hacer los mazos? —preguntó François para cambiar de tema.

—Ahí vamos, ese Millot es un artista con las manos, pero el muchacho nuevo que contrataste, el huasteco, no da una.

—Lo dices porque creciste entre las vainas, pero démosle la oportunidad, acuérdate de que no me ha sido nada fácil conseguir trabajadores en los últimos tiempos.

—¡Bah! —contestó Frédéric—. Siempre hay alguien que cae en desgracia.

—Como tu hermana —aseveró con pesar—. No sabes cómo le pido a Dios que el tiempo pase rápido y le regrese la sonrisa a *ma petite*.

Catherine, principios de 1857

—Te cuento —dijo Louis, mientras se abría paso entre el cañaveral—. El rancho que adquirió Guenot tiene una extensión de doce leguas cuadradas. Está delimitado, al norte, por la desembocadura del riachuelo de Pedernales; un lugar llamado Gallineros, al este; por la desembocadura del estero de Chapachapa, al oeste; y, finalmente, el gran río que ya conoces. Pero, como habrás notado al llegar, hay algunos que han optado por establecerse más allá de la propiedad.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó Charles.

—La situación por la tenencia de la tierra ha sido muy problemática. Desde la huida del director hasta 1851, los colonos que no eran accionistas de la antigua compañía comenzaron a cultivar donde les dio la gana.

El joven lo seguía de cerca, admirando la maestría con la que utilizaba esa extraña herramienta, parecida a un sable, pero sin guarnición. Una estela de báculos verdes iba quedando a su paso. Observaba los tallos: tendrían una pulgada y media de grueso y unas tres o cuatro varas de alto. Sus nudos eran notables, dispuestos de manera simétrica cada seis pulgadas. Se preguntaba si las hojas ásperas de la planta, que a menudo iba rozando, serían la causa de la irritación en sus manos. Mientras, Louis continuaba con su disertación:

—Esta situación era ilegal, por lo que el vicecónsul de Jicaltepec quiso regularizarla y acudió a las autoridades francesas. El ministro en México le sugirió reunir a los accionistas y formar una comisión de tierras. Para nuestra mala fortuna, un año después, resurgieron viejas rencillas con algunos mexicanos que en su momento nos habían despojado de algunos terrenos. El asunto, como comprenderás, se complicó tanto que llegó hasta el señor Miguel Palacios, gobernador de Veracruz, quien reconoció a la Compañía de Dijon como legítima propietaria.

—¿Me dice que han existido disputas con los mexicanos? El lancharo que nos trajo comentó algo similar. Yo tenía entendido que el Gobierno desea favorecer la llegada de inmigrantes.

—Tú lo has dicho, el Gobierno, pero hay nativos que no comparten su entusiasmo. Y no los culpo, mucha de esta gente ha considerado suyo el lugar donde ha crecido, por el que andan con libertad para recolectar y cazar. Pero el problema más fuerte lo tenemos con los caciques, gente ventajosa que manipula a los miembros de sus comunidades. Para rematar, hace un par de años fue promulgada una ley que beneficia a los extranjeros. Supongo que estarás enterado.

—Tengo entendido que ofrecen un terreno de alrededor de ochenta y cinco varas por lado, pagadero a cinco años, con la única condición de que se instale una familia de tres miembros, ¿no?

—En efecto. Así que, como comprenderás, su rencor se ha acrecentado.

—Entonces, ¿qué me sugiere? —le preguntó con un dejo de amargura.

—No te preocupes, todo a su tiempo. Primero quiero que recorras el rancho y los lugares vecinos como Zopilote, El Mentidero y El Ojite, en la ribera opuesta, y que pertenecen al Cantón de Jalacingo. También me gustaría llevarte a la Hacienda del Pital y Santa María de Tlapacoyan, situadas unas leguas río arriba. Pero en especial, me interesa acompañarte a Chapachapa.

Meunier se detuvo. El recién llegado observó una serpiente color marrón con manchas oscuras enrollada sobre sí misma. Se sentía aterrorizado, apenas y advirtió que el reptil tenía la cabeza notoriamente triangular. No llevaba ningún arma consigo, su vida pendía de la destreza de su compañero y de los hábitos del reptil. Louis regresó unos pasos y comenzó a abrir otra senda, sin darle mayor importancia al incidente. A medida que avanzaban, el suelo se hacía más acuoso y tenían las polainas enlodadas por completo. El calor era agobiante; la muralla vegetal que atravesaban no permitía el paso ni de un poco de aire.

—Me parece haber escuchado este nombre antes, ¿el lugar se encuentra cerca de uno de los límites de la propiedad, verdad? —preguntó Charles.

—Así es, ahí hay mucha gente del Alto Saona, los Bajos Pirineos y Saboya. Y en el barrio de Los Dos Hermanos, el más propicio para el cultivo de la vainilla, de manera curiosa predominan los champlitenses.

—Lo noto muy entusiasmado con el tema. ¿Le puedo preguntar por qué?

—Mira, hijo, yo ya estoy establecido. Dios me bendijo con dos muchachos a los que nada tengo que reprochar. Muestran interés por nuestro negocio y salieron buenos para el trabajo. No creo que sea oportuno arriesgarse. Pero tú apenas comienzas y aquí hemos aprendido a ayudarnos. El infortunio nos ha unido y si los nuevos prosperan todos lo haremos. Este valle tiene mucho potencial.

—Eso lo comprendo y le agradezco. A lo que me refiero es por qué me ha sugerido en repetidas ocasiones que me dedique a la vainilla.

—Es un producto muy apreciado en Francia. Una vez seco, se transporta con facilidad. Su cultivo no requiere de autorización especial, como el caso del tabaco, y la calidad que aquí se consigue es muy superior a la de otros lugares.

—Bueno, tomando en cuenta el tema de las vías no suena mal, ni complicado. Lo que llama mi atención es que no sea el cultivo predominante; por lo que he podido ver se siembra un poco de todo.

—Mira, vamos a sentarnos bajo aquel chalahuite y te explico con más detalle.

Para fortuna de Charles, el recorrido había llegado a su fin y a solo unos metros se hallaba el cantil, donde una hilera de árboles fuertes y con ramas tan extendidas que rozaban el agua les ofrecía su sombra y sus frutos. Louis jaló una larga y ondulada cápsula verde que colgaba a la mano y la torció en su base. Le ofreció el fruto a su amigo, aclarándole que había distintas variedades, pero esta, la que gustaba de las riberas, se podía abrir fácilmente con las manos. El joven le enterró las uñas hasta las entrañas y descubrió una serie de municiones de forma irregular, recubiertas con una tela blanca aterciopelada. «Te comes la piel y tiras la semilla —le aclaró—. Aunque es blanda, su sabor es desagradable». Después retrocedió para tomar impulso y saltó hasta la base del inclinado tronco, invitando a su compañero a hacer lo mismo.

—Bien, como te decía... Hay quienes no le tienen fe, afirman que no llega en buenas

condiciones a nuestro país, pero yo creo que es porque no la preparan de manera adecuada para el viaje y, por otro lado, no cuentan con gente de confianza en Veracruz y Francia. Si alguien se aventurara a hacer las cosas de forma distinta, créeme, podría enriquecerse muy rápido.

—¡Uy, Veracruz! Catherine, que de todo se entera, me comentó que es fácil contraer el vómito negro.

—Es arriesgado, cierto, pero ahí es donde radica tu oportunidad, en saltar los obstáculos. Aquí la vainilla crece silvestre, en los bosques. ¿Sabías que es una orquídea? Trepa por troncos y ramas, como una enredadera. Pero hay que bajarla, porque, si la dejas, se va tan alto que es imposible recolectar las vainas. Se da mejor en los lugares cálidos y húmedos, protegidos del sol. Los indios nos enseñaron sus técnicas para cultivarla. Ellos la llaman *xanath*, creo que significa flor recóndita, por una trágica leyenda de amor a la que atribuyen su origen.

Charles lo miraba con atención, pero batallaba para asimilar tanta información. No quería pasar por corto de mente, así que evitó formular más preguntas, dejando que Louis se expusiera. Se imaginaba que sería algo parecido a la vid, que había que guiarla, con la diferencia de que necesitaba sombra. Finalmente encontró una buena oportunidad para intervenir.

—Sí, había escuchado que el origen es mexicano.

—Totonaco, para ser exacto. Aquí cerca hay varias villas indígenas donde se da muy bien. Misantla, Colipa, Yecuaotla, Nautla y Papantla. Pero déjame decirte que, aunque la de este último lugar es la más aromática, a mí me parece demasiado seca.

Su discípulo no lo sospechaba, pero el asunto de la calidad le iba a ser tan complicado de entender como el de la floración, la recolecta y el secado. La vainilla se clasificaba en la fina — subdividida en fina grande, fina pequeña y mancuerna—, la zacate, la rezacate y la basura. La fina grande era la más apreciada, debía medir veintidós centímetros de largo... Y también incidían el perfume, el contenido de aceite, el color y la escarcha...

Charles ya no escuchaba. Observaba los destellos que coronaban la infinidad de minúsculas crestas fluyendo hacia la otra orilla. «Qué extraña era la naturaleza», pensaba, «transformar ese hermoso caudal en una avalancha oscura, capaz de engullir todo a su paso». Sin querer recordó al Saôlon. ¡Qué distante le parecía ahora!

Regresó a su realidad. Estaba ahí, cobijado por sus coterráneos, compartiendo los mismos sueños de fortuna y, tal vez, hasta los mismos temores y añoranzas. ¿Habría tomado la decisión correcta? Ese mundo ajeno, que comenzaba a descubrir, le mostraba una realidad tan bella como hostil... «Tan parecida a Catherine», pensó, sonriendo.

—¿Entonces, qué? Veo que te agrada la idea —preguntó el señor Meunier.

—Definitivamente —contestó, sin pensar que una sola palabra podía bastar para encauzar su destino.

Marie, otoño de 1938

El otoño llegó, como de costumbre, adelantado. Acudió puntual a las fiestas por la Independencia de México y, después de unos días de ausencia, regresó con todo su ímpetu.

Ese día también era de celebración. Con la llegada del primer frente frío, pero frío en verdad, aflúan los bobos, una especie de pez de color plateado, que vive en las aguas torrentosas de las montañas y desova en el mar. Nadie sabía a ciencia cierta por qué veinticuatro horas después de haber comenzado el temporal llegaban los cardúmenes, pero aprovechaban para pescarlos.

Sin importar que el río estuviera crecido y arrastrando grandes palizadas, se aventuraban en lanchas de madera de una sola pieza, impulsados por sus remos y acompañados por el constante chipichipi.

Para realizar un lance, como llamaban a cada intento de captura, remontaban el río bogando por la orilla y las vegas inundadas. Cuando llegaban al comienzo de una recta, tiraban una larga red de hilo transparente con boyas de caucho, que abarcaba hasta la ribera opuesta. Después se dejaban llevar por la corriente, corrigiendo el rumbo de cuando en cuando, hasta que la proximidad de algún reviro les obligaba a sacar la red.

Durante este trayecto, los bobos se atoraban en las mallas, que tenían una abertura equivalente a siete u ocho dedos de una mano. Y era tal la abundancia de peces que el promedio de captura en una jornada oscilaba entre doscientos y trescientos por bote.

Lo consideraban un manjar y les gustaba consumirlo al llegar a casa después de la pesca; nada como un buen caldo para calentarse y reponer fuerzas. Por lo general, cada pescador regalaba parte de su lote a amigos, vecinos y familiares. Procedían a salar el excedente. Las preciadas huevas, una vez aplastadas, eran cortadas en tiras y guardadas en latas de aluminio, pues servirían para aderezar tortillas de huevo.

Marie estaba excitada. Había pasado la tarde yendo y viniendo del muelle a la casa en espera del bote de su padre. Finalmente, cuando el sol estaba próximo al horizonte, aparecieron. Los pescadores lucían cansados, pero felices. La mujer se acercó para asomarse y descubrió, junto al tendal de siete puntas, los primeros peces.

—Ya pensaba que cenaríamos caldo de tomate —dijo Marie carcajeándose.

—Los sacamos apenas, en este último lance —contestó Frédéric.

—Bueno, pues no se queden ahí y ayúdenme a bajarlos, que los niños están muy ansiosos e ilusionados.

Frédéric y uno de sus primos tomaron las bandejas que Marie les ofreció, las llenaron con los bobos y las depositaron al pie de la vereda, donde comenzaba el maizal.

—Ahí te los dejamos. Nosotros vamos a seguirle, que se ve que apenas viene lo bueno — apuntó Frédéric.

—¿Cómo? ¿Continuarán de noche? Ya sabes que yo no tengo el alma de mártir de nuestra madre, que se la pasaba arreglando tus pescados y te daba de cenar en la madrugada.

—Ya, ¡chss!, *tais-toi!*, que nos recibirás a la hora que lleguemos, como indica la tradición.

—*Connard!* ¡Ya verás cuando regreses!

Frédéric reacomodó la lámpara de carburo de tungsteno que traía sujeta a su sombrero de paja y le dijo en tono más conciliador:

—Anda, vete o necesitarás una de estas.

Terminada la frase, le dio un caluroso golpe en la espalda a su primo y se marcharon alegremente. Su padre y el vecino los esperaban en la pequeña embarcación. Uno en la proa, presto para soltar amarras, y otro en la popa, sujetándose de las ramas de un sauce para evitar virajes indeseados.

La mujer observó el par de bandejas y suspiró. «Dos, cuatro, seis, han de ser unos diez, de a tres o cuatro kilos por pieza, ¡vaya carga que me espera!», pensó.

Tomó uno de los recipientes de aluminio e inició la marcha. A los pocos pasos las estridencias de una parvada la hicieron detenerse. Buscó el origen del alboroto y vio a los molestos tordos que emergían desde el centro del maizal. Huían despavoridos, como si algo los hubiera espantado. Se dio prisa para recorrer el centenar de metros que la separaban de su casa. Al terminar la cuesta le echó una ojeada al área de cultivo. Algunos tallos se mecían. Algo grande andaba por ahí.

Por un momento pensó en tomar la escopeta, pero desistió al ver a sus hijos. Le entregó la carga al mayor, indicándole que la depositara en el lavadero. Después regresó, acompañada por la sensación de ser espiada.

Nada extraño sucedió, así que se dirigió a la artesa donde aliñaría los pescados. Los niños ya la estaban esperando, ávidos por jugar con las escamas transparentes y pegajosas. Su inocencia le dolía. Aún se conformaban con los despojos de otros chicos y los juguetes que ella les ayudaba a construir, pero estaban creciendo. A ratos sentía rabia, otros, se entristecía, algunos más, renegaba de su suerte. Y es que los dividendos que Joseph le entregaba de la espontánea sociedad que formaron a la muerte de Antonio no le alcanzaban para gran cosa.

Marie fue raspando los peces uno a uno, de cola a cabeza. Después les extrajo el preciado manjar que contenían en su vientre. Apartó las huevas y cortó el cuerpo de los animales en rodajas de tres a cuatro centímetros.

—Toño, enjuaga las postas, en lo que yo preparo el caldo —le dijo al único hijo que quedaba en el lugar.

El parecido del pequeño con el padre se acentuaba cada día. Las marcadas ojeras, la nariz aguileña. Quizás el hecho de ir pensando en Antonio fue lo que provocó que al ver una sombra, se le viniera a la mente Claude. Descartó la idea. Era la hora del crepúsculo, en la que el día y la noche se funden durante unos minutos. Las visiones eran producto de los juegos de luz y de mucha imaginación. Por si acaso, gritó al viento:

—Ey, ¿quién anda por ahí?

Solo el norte respondió, con un chiflido de aire. Entró a la cocina deprisa y se dirigió a la estufa. Abrió la puerta de hierro fundido y le echó un ojo a la leña. Estaba en su punto. Tomó una espumadera de metal que tenía la cola retorcida y, con esa especie de gancho, retiró las dos tapas

que cubrían una de las hornillas. Los obturadores regulaban la cantidad de calor que emanaba y, dependiendo del guiso, Marie seleccionaba el diámetro del agujero.

Enseguida tomó una gran cacerola con agua y la puso al fuego. Después agregó una mezcla de tomate, cebolla, ajo y chiltepín, martajada en el molcajete y colada. Mientras realizaba la operación, la puerta se abrió.

—Jesús, María y José —dijo la mujer, al tiempo que se persignaba.

—Mamá, ¿por qué brincas?

—Me asustaste.

—¡Te traje los bobos!

—Gracias *mon chéri*. Ahorita iba a ir por ellos. ¿Me ayudarías a desbaratar las huevas en agua?

El caldo rompió el hervor y Marie añadió los minúsculos huevecillos que, al caer, cambiaban del color asalmonado al blanco. Por último agregó las piezas del pescado, una ramita de epazote y una pizca de sal. Toño se retiró en silencio y sin avisar. La madre lo notó hasta que viró en busca de la tapa. Esperó unos minutos antes de retirar el guiso de la estufa. Era un día gélido y la noche se asomaba, tiñendo los objetos presentes de color melancolía.

Esa solitaria cocina había albergado muchas risas y muchas ilusiones. Ahí su madre intentó enseñarle los secretos para hacer feliz a un hombre. Marie aprendió a cocinar pensando en uno, aunque la vida se encaprichó en que la disfrutara otro.

La gente teme a la muerte por lo que se lleva. La ausencia trae carencias y las carencias duelen. Pero es un dolor soportable, terminas por acostumbrarte. El verdadero problema no es lo que te quita, sino lo que te deja. La muerte ajena te confronta con tu propia extinción. Y Marie deseaba vivir. En medio del rencor al pasado y el miedo al mañana surgía un deseo. Quería dejar de vegetar para existir de manera distinta.

El golpetear de la puerta crispó sus pensamientos. ¿Andaría alguien rondando? Decidió ir por sus hijos. Salió hacia el corredor y sintió cómo el frío húmedo le calaba los huesos. Al pasar junto al pozo de ladrillos de cuña creyó escuchar un susurro nombrándola.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres... Que no sea lo que creo —imploraba.

Intentó abrir la puerta de la sala, pero tenía colocada la viga interior que la trancaba. Corrió hacia el frente de la casa. La entrada principal, que estaba dividida en dos secciones para también poder usarla como ventana, tenía una pesada llave de hierro colocada en la de arriba. La giró, comprobó con alivio que las partes se desensamblaban. Oprimió el pestillo de abajo y empujó con fuerza.

Marie escuchó las risas de sus hijos. Les pidió que se abrigaran para ir a la construcción vecina, mientras sacaba un chal del chifonier. Al retornar, se dirigió al guardacomida, un mueble montado en largas patas de madera para mantener a los insectos alejados, que tenía puertas de malla de alambre, lo que permitía la adecuada ventilación de los alimentos. Tomó la hogaza de pan de agua y los restos del *gâteau* que la tía Clementine les había enviado el día anterior. Se los entregó a Carmen, y les indicó que la esperaran en el comedor.

La mujer se enfundó un par de agarraderas de trapo en las manos, sujetó la pesada cacerola que contenía el guiso y la colocó en una larga mesa de cedro sin barnizar. Después, regresó con una pila de platos hondos de porcelana blanca, varias cucharas de fierro y un cucharón. Los niños

se dividieron entre las dos bancas que completaban el mobiliario. «Qué vacía luce», pensó Marie, «tan distinta a los días del beneficio en los que un ejército de hambrientos vainilleros se abalanzan sobre plátanos con huevos revueltos, enfrijoladas con queso, plátanos fritos, crema y una buena jarra de café. Apenas iba a reponer algún faltante cuando ya me pedían que fuera por otro».

—Mamá, estás muy callada —reclamó la pequeña.

—*Silence* —pidió la madre.

El grupo escuchó los relinchidos de un caballo. Estaba en el Camino Real; el sonido provenía de la tranca.

—¿Quién podrá ser, mamá? —preguntó Toño—. ¿Puedo ir a asomarme?

—No —contestó enfática—, los hombres de la casa están ausentes y es una imprudencia salir.

—Mamá, soy hombre y estoy por cumplir nueve —replicó el pequeño.

—Dije que no.

De ninguna manera lo iba a dejar salir. ¿Quién ignoraba la afición de los Roussel por la pesca? La persona que se encontraba afuera sabía que ella estaba sola. ¿Los bandoleros de la Mano Negra? Imposible, hacía tiempo que se habían aplacado y, aparte, respetaban a Antonio. No porque trabara amistad con alguno o le tuvieran miedo. El esposo hacía lo que muchos, darles una prebenda para asegurar que sus cargas de café, tabaco y vainilla circularan sin riesgo hacia Teziutlán. Siempre había cumplido. ¿Sería su muerte como se la habían contado? Bah, no era momento de prestar atención a chismes ni conjeturas. Había pasado mucho tiempo para que un probable enemigo de Antonio les quisiera hacer algo.

—Escuchen, ya se va —dijo Rodrigo.

—A cenar, que se enfría —ordenó la madre.

Mientras el sonido de los cascos del animal iba decreciendo, Marie recapitulaba lo ocurrido durante la tarde. Sus tripas protestaron. Basta de engañarse. El que andaba merodeando era Claude. Al no obtener respuesta a las notas y emisarios que enviaba, decidió presentarse. Pero, si era él, tuvo la oportunidad de abordarla en el bajadero, ¿por qué no lo había hecho?

El eco de un galope resonó. Aumentaba; el jinete venía de regreso. De nuevo se escucharon varios relinchos. Era Claude, sin duda, queriendo llamar su atención. ¿Y si de una buena vez lo enfrentaba? Marie se levantó de la mesa simulando que regresaba a la cocina. Estaba decidida a escudriñar al visitante, antes de tomar cualquier decisión. Si era él, quizá lo mejor era dejar que se aburriera y se largara.

La mujer se estiró para tomar la viga que clausuraba una ventana, cuando notó que el caballo salía a galope. Los niños la llamaron, regresó a la mesa para tranquilizarlos.

—Mamá, ¿escuchaste? ¿Y si es alguien que busca al abuelo o al tío Frédéric?

—Toño, ya te dije que no vas a salir. Ellos, de cualquier manera, no están —contestó, lamentándose para sus adentros.

La mujer oyó cómo clamaban su nombre a gritos: «Marie, Marie, ¿dónde andas?». Reconoció la voz y salió aliviada al encuentro con su hermano. Cientos o quizá miles de partículas centellaban dentro del haz de luz que iba subiendo desde el río. El chipichipi apretaba y los hombres, satisfechos con el último lance, habían decidido dar por terminada la pesca.

—Pásame las bandejas que puedas —le pidió al verla.

—*C'est fini?* ¿Ya no le van a seguir?

—Por hoy *ça suffit*, no tarda en venirse un aguacero.

—¿Cómo les fue?

—Más o menos, ya lo verás. Por cierto, ¿quién estaba de visita?

—Ah, ¿viste al caballo? Lo escuchamos, pero nadie llamó. Con este norte seguro alguien que se paró a quitar un poco de lodo a los cascos. Qué sé yo.

Marie sabía que su hermano había visto al jinete, pero no lo había reconocido. Imposible que algún Roussel pudiera ocultar con tanta frialdad su animadversión por Claude. O quizá no era él. De cualquier manera estaba a salvo. Respiró el dulce olor del sereno. Cenarían como en los buenos tiempos.

Catherine, primavera de 1857

México bullía. Por todo el estado de Veracruz se suscitaban levantamientos que el gobernador luchaba por controlar. Miembro de una antigua y sólida familia de comerciantes porteños, Manuel Gutiérrez Zamora estrenó su mandato destituyendo a autoridades estatales y municipales, y convocando a elecciones. Intentaba reorganizar el sistema judicial, el de la Guardia Nacional, el de educación y los proyectos de colonización, pero en su afán por arreglar las rentas públicas, la recaudación fiscal y la deuda interna sin afectar en demasía a los estratos acomodados, generó más agitación y descontento, en especial entre la población indígena.

Tuxpan, Jáltipan, Minatitlán, Acayucan, Córdoba, Orizaba, Jalapa, Coscomatepec, Naolinco y hasta la Guarnición de San Juan de Ulúa fueron testigos de algunas sublevaciones.

Los Roussel, inmersos en esa burbuja llamada Jicaltepec, apenas se enteraban de las luchas entre liberales y conservadores. De cuando en cuando le daban una rápida examinada a los ejemplares de *Le Trait d'Union*, diario francés de la Ciudad de México, que el señor Louis les facilitaba. Más por el gusto de encontrar alguna historia sobre sus compatriotas en el país que por ponerse al corriente sobre si los mexicanos habían promulgado o no una nueva Constitución.

Sabían que la inseguridad en los caminos aumentaba, que los grandes comerciantes se quejaban por las bajas ventas y que los problemas entre los indígenas y los terratenientes por la posesión de las tierras seguían latentes, y con eso les bastaba. Jicaltepec crecía y prosperaba. Continuaban llegando inmigrantes con sus respectivas necesidades. Pequeñas empresas surgían y el trabajo aumentaba. Y ante este panorama, consideraban con seriedad dar el siguiente paso.

—¿Cómo te fue? —preguntó Catherine.

—La propiedad me agrada. Tiene dos casas, una galera, un buen horno y el vainillar, pues. ¡Qué sé yo! Confiando en el señor Graillet, el amigo que llevó Louis para dar su opinión, tiene buena cantidad de plantas y por la zona en la que se encuentra podría producir vastas cosechas y de excelente calidad —contestó Charles.

—¿Pero cuál es tu opinión? ¡Algo habrás aprendido en este tiempo!

—No lo sé. Tengo mis dudas. La época de recolección ya terminó y las lianas no tienen vainas. El señor Doignot dice que la premura por marcharse lo obligó a rematarlas y vendió toda la vainilla, en verde, a un comerciante de Misantla.

—Si en verdad está desesperado, es una ventaja para nosotros. Lo único que me preocupa es la lejanía con el pueblo. Tan acostumbrada estoy a la compañía de Anne, Thérèse y Virginie, que no sé si podría resignarme a limitar mis paseos al día domingo.

—Pues bien te haría. Sabes que tu amistad con viudas y solteras libertinas no me parece

conveniente. En cualquier momento se sueltan las malas lenguas; si no lo han hecho, supongo que ha sido por consideración a nuestros anfitriones.

—¡Claro! ¡Los Meunier! Seguro el viejo arcaico y mandón te está metiendo estas ideas. ¿Qué le molesta, que no pase las tardes cosiendo y bordando con su esposa? Ayudo en los quehaceres del hogar, ¿qué más quieren de mí?

La mujer enfureció, si el viejo sabía algo probablemente no habría perdido la oportunidad para irle con el cuento. ¡Pero no era posible!, se había cuidado muy bien. Tal vez solo la odiaba. Sí, eso debía de ser; desde el primer día de conocerse le había mostrado su antipatía.

No quería alejarse. No ahora que su marino criollo por fin había entendido la sutileza del lenguaje femenino. No ahora que había probado un éxtasis distinto al provocado por ella. No ahora que su alma ya había sido condenada y ardería gustosa en los infiernos.

—Recato, Catherine, y paciencia —contestó Charles, tras una breve pausa—. Tu vida ha sido dura, pero no eres la única, y si crees que por cambiar de continente aquí es tolerada la indecencia, déjame decepcionarte. ¡Estás muy equivocada!

—Es que entiéndeme, a menudo te ausentas y me siento sola. Yo también quiero conocer este mundo nuevo, necesito verlo y vivirlo. ¿Qué hay de malo en hacerlo en compañía de las que me hacen reír y pasar un buen rato?

El tono de Catherine se suavizaba. No estaba dispuesta a quitarse el camisón para llevar a buen término la discusión. Hoy no. Buscaría otra salida. Lo mejor era regresar al tema de la propiedad. Habían desechado varias opciones gracias a sus objeciones y en algún momento tendría que ceder. Tal vez esta era una buena oportunidad, debería considerarla. Después de todo, habían emigrado a México en busca de fortuna, no debía olvidarlo. Ya encontraría la manera de arreglárselas...

—Vamos, querido, dejemos ese tema por la paz, pues nos llevará a un callejón sin salida. Mejor cuéntame, ¿qué propuesta te hace *monsieur* Doignot?

—Quiere mil ochocientos francos.

—Me parece un poco excesivo, considerando que se encuentra junto a los linderos de la colonia. Y luego tendremos que incurrir en algunos gastos, ¿qué nos va a quedar?

—Eso ya lo sé, mujer, Louis me dijo que sin esfuerzo nos podría rebajar un par de cientos.

—¿Por qué dices que se va?

—No te lo he contado —rio Charles—. Decidió ir a probar suerte a las minas de Tetela del Oro, que están a unas cuarenta y cinco leguas de aquí. Parece que ahí, y en una población más lejana llamada Guanajuato, hay algunos champlitenses.

—¿Y están haciendo fortuna?

—La paga es tan alta como el riesgo. Pero te podrás imaginar, el sueño de todos es poder comprar una concesión y tener sus propias haciendas de oro y plata y, por lo que me dijeron, ninguno lo ha logrado.

—Bueno, habrá que aprovechar que el tipo está fuera de sus cabales. —Se carcajeó Catherine—. Yo diría que le ofrezcas mil trescientos. Es más, mil doscientos para poder negociar mejor.

Las propuestas fueron y regresaron hasta que, finalmente, el señor Meunier pudo dar por concluida su misión. Los Roussel se instalaron en una destartada casa adornada por jardines marchitos y una huerta descuidada. Motivo de felicidad para Catherine, que tendría suficientes pretextos para justificar algunas ausencias.

Marie, principios de mayo de 1939

La flor de vainilla se abre solo una vez. Expone su naturaleza hermafrodita durante alguna mañana cálida de primavera y, al llegar el sol a su cénit, comienza a ocultarla. Y en este breve lapso tiene la oportunidad de generar otro ser, una vaina a la que permanecerá abrazado su cuerpo inerte, de otra suerte se mezclará con la maleza que yace en el suelo en un tiempo no mayor a dos días.

François lo sabía. Y también sabía que no era menester que algún insecto se posara en una flor para ayudarla a continuar con el ciclo de la vida. Los hombres también podían hacerlo. Su padre le había enseñado la técnica de la polinización artificial.

Muchos fueron los años que los franceses pasaron recolectando las escasas vainas que las orquídeas parían. Sus plantaciones eran en realidad montes repletos de árboles cubiertos por lianas. Ellos, imitando a los nativos, se limitaban a cosechar lo que la naturaleza tuviera a bien otorgarles.

François recordaba numerosas historias que le había narrado Charles. Los tiempos del vómito negro y la guerra con Francia. El asedio de los caciques, las inundaciones. Su vida en Chapachapa y su sueño de establecerse ahí, en El Mentidero. La manera en que la esquiva fortuna iba y venía de sus manos. También le contaría que el viaje a París de los señores Lavoignet, Mahé y Levet les había cambiado la vida. Estos hombres, que aprendieron a fecundar orquídeas en el Museo Natural de París, no habían tenido empacho en compartir sus conocimientos al regresar. Y ellos, de transmitirlos a los totonacas. Del aporte de los franceses a la tecnificación de los vainillares había un testigo: los apuntes de Pierre Naudé, quien exponía con minuciosa claridad la manera de implementar esta nueva tecnología.

François recorría la plantación supervisando las labores de polinización. El ligero temblor de sus manos le impedía realizar la tarea de manera adecuada, pero le gustaba mantenerse activo. Aconsejar a los menos diestros le proporcionaba la satisfacción de saberse útil y la oportunidad de charlar sobre su gran pasión: la vainilla y su beneficio.

Tenían que revisar los ramos que brotaban en las bases de las hojas. Por lo general, aglutinaban de diez a quince hermosas flores en las que se apreciaban los colores blanco, amarillo y verde. Cinco pétalos se abrían dejando un bulbo central con forma de campana en el ápice. Ahí se encontraban los órganos sexuales.

La operación la realizaban tomando la flor con la mano izquierda, sujetándola con suavidad para no dañarla. Después, auxiliados por unas delgadas pinzas, entreabrían el pétalo medular para extraer un par de masas masculinas de color amarillo. Sin soltarlas, levantaban una pequeña tapa

que cubría la cavidad femenina, las depositaban y cerraban de nuevo la cubierta.

No todos los capullos abrían a la vez, lo común era uno o dos por ramo, pero era tal la productividad de cada liana que, durante las semanas que duraba la floración, François contrataba decenas de trabajadores eventuales.

Esos días, el vainillar parecía un hormiguero. Una multitud de sombreros de paja, grandes y pequeños, se observaba lo mismo cerca de los troncos que coronando alguna escalera de bambú.

Ahí estaba Marie, tarareando un bolero: «Nunca me iré de tu vida,/ ni tú de mi corazón./ Aunque por otros caminos/ nos lleve el destino/ que importa a los dos./ Te llevo dentro del alma,/ como un tatuaje de sol./ Y entre mis venas palpita/ la llama escondida/ de tu corazón», cuando sintió una presencia inquietante.

—¿Desesperanza? —preguntó el hombre.

La mujer destrozó la flor que tenía en las manos y giró el torso para encontrarse con Claude.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó molesta.

—Necesitaba verte. ¿Por qué te niegas a hablar conmigo?

—Tuviste tu oportunidad, Claude, y la echaste a perder. ¿A qué vienes, a seguirme martirizando?

—¿De qué hablas? ¿Martirizarte? Si yo lo único que puedo hacer es amarte.

—¿Amar? No me hagas reír, tú no sabes lo que significa.

—Te casaste, Marie —reprochó el hombre.

—¿Y qué esperabas? Me arruinaste la vida. ¿Sabes todo lo que tuve que hacer para olvidarte?

—¡Es que yo no quería que me olvidaras!

—Pues créeme que me costó mucho trabajo —contestó Marie, con pesar.

La pareja notó que algunos vainilleros los observaban y se internaron hacia la espesura. El diálogo postergado por años por fin se llevaba a cabo. Claude se acercó en busca de sus manos. Marie apenas le dejó rozarlas. Al hacer contacto con su piel, el resto de sus sentidos comenzaron a recordar. Observó sus ojos verde atigrados. Deseó volver a acariciar su pelo negro y rizado. Deseó su boca, su carnosa boca. Aspiró su olor a maderas. Un alud de sensaciones la obligó a dar un paso atrás. Tenía que apartarse para no protagonizar una escena vergonzosa.

—Cuando te vi con Antonio no me importó, ¿sabes? Solo pensaba en ti y en lo nuestro.

—¿Cuándo te ha importado algo? ¿Tienes idea de lo que ese encuentro me hizo sentir? Mi matrimonio arruinado, un verdadero fracaso, y tú, ahí, el hombre por el que me enfrenté a mi padre, el que después me traicionó y encima se largó. No me vengas ahora a hablar de amor, por Dios.

Marie se transformaba en una chiquilla que expelía dolor. Su sentir, congelado en el tiempo, había regresado intacto; como si 1918 se hubiese eternizado. La joven herida al fin comenzaba a hablar. Él también se convirtió en el muchacho de esos tiempos.

—No me largué, me fui a la guerra —contestó Claude, enojado.

—Y no regresaste.

—¿A qué regresaba, si me odiabas? Te busqué, quise explicarte. ¡No querías saber de mí! Todo el mundo lo decía.

—Yo no te odiaba. Estaba dolida. ¿Qué, no lo entiendes? Yo te amaba..., ¡y si tan solo hubieras insistido un poco más! —La mujer hizo una pausa después de su confesión—. Si tan solo hubieras regresado —remató, con tristeza.

—Regresé y te busqué.

—¡Después de cuántos años, Claude! —dijo, asombrada por la respuesta.

—Yo no sabía que me querías.

—Pues te quise como a nadie. Como ninguna mujer te va a volver a querer. ¿A eso viniste, a alimentar tu vanidad? —reprochó.

—Si me lo hubieras dicho, si hubieras aceptado hablar conmigo, otra habría sido nuestra historia —contestó Claude.

La joven Marie fue desvaneciéndose para ceder el espacio a la mujer adulta. Se sentía liberada. Con más fuerza después de desahogarse.

—En fin, ¿te cansaste del amor por interés o al verme renació el capricho?

—¿Capricho? Regresé por ti, porque necesitaba verte —insistió el hombre.

—No me vengas con estupideces. Tuve la desgracia de volverme a cruzar en tu camino y ahí recordaste que existía.

—No, Marie. Regresé porque llevabas años en mi mente.

—Me viste, ¿no?

—Y parecías muy feliz.

—Pues no lo era. No lo era. Y no lo he sido. No lo volví a ser desde... —La mujer calló.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —volvió a preguntar Claude, quien continuaba reprochándole sus silencios.

—¿Para qué? Ya era tarde, como ahora.

La tensión del encuentro no les permitió advertir que tenían compañía, hasta que escucharon la voz grave de Joseph.

—*Bonjour*, Claude —dijo el hombre.

—*Bonjour, mon ami!* —contestó, fingiendo un gusto que no sentía.

—¿A qué debemos el honor, Stivalet? —preguntó Joseph.

—Viendo qué tanta flor cuajó por estos rumbos, ya ves que los nortes estuvieron fuertes.

—*Bien sûr!*, como si no te conociera. ¿A qué viniste, a espiarnos o a molestar a mi hermana? —preguntó, irritado.

—En realidad pasaba por aquí y me preguntaba si tu padre por fin se decidiría a venderme su vainilla, como veo que a ti últimamente te va mejor de tendero... —respondió Claude, con ironía.

—¿Por qué no te largas de una buena vez?, ¿o me darás el gusto de echarte a patadas? —le espetó desafiante.

—No seré yo quien te ayude a sacar toda tu frustración. Al menos no hoy y no delante de Marie —remató Claude.

—¡Cobarde! —le dijo Joseph al tiempo que lo empujaba—. No eres nadie sin tus pistoleros, ¡eres una basura! —remató, lanzándole un escupitajo.

Claude reaccionó con furia. Los demonios que tanto se había empeñado en domesticar se rebelaron. Una fuerza descomunal se acumuló en sus puños y, poseso, comenzó a impactar el cuerpo de Joseph. Los estratégicos golpes doblaron enseguida a su adversario y pudo deleitarse con el sonido que provocaba el dolor: dulces quejas, que lo hacían sentir fuerte y poderoso.

Marie, que guardaba una prudente distancia, solo podía gritarles, nerviosa:

—*Arrêtez!* ¡Ya...! ¡Se acabó la pelea!

Joseph, lleno de rabia, intentó incorporarse para devolver la embestida, pero no tuvieron

tiempo de probar quién era el macho cabrío. Millo y Tolín, que se encontraban cerca, corrieron a separarlos. Otros vainilleros también llegaron y los sujetaron.

—¡Te voy a matar, desgraciado! ¡Suéltlenme, cabrones! —gritaba Joseph mientras su humillado cuerpo pataleaba y arrojaba codazos.

Claude, mostrando más tranquilidad, negoció con sus captores para que lo dejaran libre. Aun así, lo escoltaron mientras se retiraba. Buscó la mirada de Marie, pero la encontró petrificada. Continuó la marcha y se cruzó con François, que se acercaba a investigar lo ocurrido. Le pesaba herir al viejo; no sabía qué decirle. Optó por bajar la cabeza y murmuró a su paso:

—*Pardon, monsieur*. Lo siento, de verdad lo siento.

François no alcanzó a escuchar lo que decía, pero por su actitud lo dedujo. Se detuvo unos instantes y, ya de espaldas al cortejo, le advirtió:

—Vete, muchacho. No me hagas olvidar que soy un caballero.

Mientras tanto, en el corazón del vainillar, Joseph, encolerizado, le reclamaba a su hermana:

—¿Qué tienes en la cabeza? ¡Por Dios!

—*Quoi?* ¿Qué tengo de qué? Se paró a saludar. ¿Qué tienes tú? Te comportas como un loco, un salvaje, te desconozco.

—Ese hombre se fingió amigo de Antonio. Lo utilizó. Le sacó información para robarnos clientes. Y pregúntate la razón, estoy seguro de que la sabes.

—Ese hombre, como tú le llamas, se quería asociar con Antonio y tú no lo permitiste, que es muy distinto.

—Por Dios, Marie, estás fuera de ti. Lo único que tiene esta familia es su honorabilidad y jamás haríamos negocios con cuatrerros.

—¿Tienes pruebas? *C'est grave*, Joseph. ¿Afirmar algo así?

—¡No te vengas a hacer la ingenua! Todo el pueblo sabe cómo hizo fortuna el padre de Claude —contestó molesto.

—Te lo diré como se lo dije a *mon père* alguna vez: suponiendo que fuera cierto, los hijos no tienen la culpa de los errores de los padres.

—Mira, Marie, vete con cuidado. Te recuerdo que Claude no es una blanca paloma y, además, está casado.

François llegó hasta ellos, provocando que la discusión quedara inconclusa. Mientras el padre interrogaba a Joseph, Marie se retiró mascullando las palabras que acababa de escuchar.

No podía culpar a Claude. Desde su retorno, lo había rechazado. La encontró con un esposo, hijos, parecía feliz. Él también tenía derecho de hacer su vida. ¡Maldito amor que regresaste a destiempo! ¡Malditos prejuicios, maldita moralidad! ¿De qué le había servido respetar a Antonio? Marie sujetó las ramas de un pichoco y comenzó a zarandearlas, llena de rabia. ¡Si tan solo se hubiera muerto un mes antes! ¡Un mes!

Catherine, principios del verano de 1858

—Dame tres días de tu vida —le pidió, mientras se enfundaba la camisa.

—¿Cómo que tres días de mi vida? No comprendo, ¿a qué te refieres?

—A eso. A que quiero que me regales tres días de tu vida. Simplemente. No pido más.

Catherine, que seguía agazapada entre las venas maderosas de aquel hule centenario, se incorporó deprisa para recoger la poca ropa que le había sido indispensable quitarse.

—¡Mierda! —refunfuñó al ver un jirón que colgaba de su falda—. Me tengo que ir. Si Charles se adelanta y me ve llegar hecha un desastre, no sé cómo voy a justificar mi ausencia.

—Ya pensarás en algo. Ven —le dijo al tiempo que jalaba a la mujer semidesnuda—. Mírame, no me esquives.

—Tengo prisa, Ricard, no estoy para tonterías.

—Solo contéstame, ¿me los darás?

—No entiendo a qué viene esto ahora —le dijo molesta—. ¿Qué pretendes en realidad? ¿Qué pasa por tu mente? Ese juego del hombre misterioso me empieza a fastidiar.

Ricard dio un paso atrás. La sensualidad con la que trataba de persuadir a su amante se esfumó. Sus ojos verdes se volvieron insondables y, categórico, le exigió:

—Quiero la respuesta ahora. Tres días sin preocuparte por la marcha del tiempo, sin caricias apresuradas. Te quiero completa para mí.

Un tren que arrastraba un convoy de imágenes eróticas pasó por la mente de Catherine. Y al final, la del patético Charles. Ese hombre conformista, ese amante pasivo, ese, que acariciaba más a las vainillas que a sus senos.

Escudriñó el cuerpo oscuro y musculoso de Ricard y sintió que el aire se le quedaba atorado en lo alto del pecho. No podía, no quería perderlo. Terminó de vestirse con rapidez y en silencio.

—Está bien —le dijo, al tiempo que arrancaba a correr a toda velocidad. Como si el dejo de moralidad que aún conservaba pudiera alcanzarla y convencerla de que era una locura.

Los días que siguieron a la propuesta se convirtieron en un dulce calvario para la mujer. Se deleitaba imaginando los posibles momentos que, de conseguirlo, pasaría con su marino criollo. Ensayó una decena de posturas con diferentes escenarios de fondo. No sabía a dónde la llevaría, pero suponía que sería a algún lugar lejano; con suerte, le tendría preparada alguna sorpresa.

Cuando las labores domésticas la obligaban a regresar de sus abstracciones, su humor se transformaba. Se exasperaba con los cerdos, peleaba con la col agria y hasta insultaba a las coquelas de fierro. Odió su vida. Quería largarse, dejar para siempre a Charles, enviudar para ser de nuevo dueña de su destino. Pero sus retorcidas fantasías se limitaban solo al espacio de su

mente. En realidad no se atrevía a concretar nada; sus prejuicios pesaban más que sus sueños.

Encontró un poco de alivio planeando su escape. Tenía la oportunidad de hacer un paréntesis en su desgracia y no pensaba desaprovecharla. «Tres días», se repetía. Los tiempos eran propicios. Charles había terminado de beneficiar la cosecha y disponía de unos lotecitos de vainilla de excelente calidad. Era el momento indicado para convencerlo de hacer un viaje y conseguir un buen comprador. Pierre Ravri había logrado colocar su vainilla con algunos comerciantes de París, Burdeos y Le Havre. Ya era hora de que su marido dejara la tibieza y se arriesgara. Si era preciso, acudiría al funesto de Meunier para lograrlo. El resto era sencillo, tenía asegurada la complicidad de Anne a cambio de su silencio.

Ricard llegó muy temprano al muelle. Estaba ansioso. «Vaya jugada del destino que le tocara a él el turno matutino», pensaba. Ayudó a subir el equipaje de sus pasajeros y partieron con destino a Nautla. Le alivió no ver a Catherine en el embarcadero, pero las dudas comenzaron a carcomerlo. Contrario a lo que acostumbraba, realizó su trabajo hablando solo lo necesario. Temía que alguna indiscreción pudiera delatarlo. Charles tampoco estuvo muy comunicativo. La presión de concretar su misión lo tenía absorto. Estaba convencido de que sus problemas maritales terminarían en cuanto resolviera los de dinero.

Ricard se quedó en la Casa Fuentes tomando unos tragos. Se retiró una vez que la goleta que iba a Veracruz partió. Él también tenía algunos pendientes que arreglar antes de encontrarse con Catherine.

La citó en la ribera del río Blanco a la hora en que los objetos y sus sombras se confunden. Llegó puntual, acercándose con cautela al sauce que les serviría de escudo por si alguien pasaba. Ella saltó al bote, desbordante de agitación. Se quedó escondida en el fondo, inmóvil como gato, esperando a que la noche cayera para permitirle salir de su refugio. Se sentía como infante que realiza una travesura; la felicidad corría por sus venas.

Para su sorpresa, el trayecto fue breve y al desembarcar había un caballo esperándolos. Ricard la llevó por senderos y brechas, por tierra de nadie. No lograba orientarse pero intuía que iban hacia las montañas. Le extrañaba no encontrar alguna villa o hacienda, pero suponía que él había escogido los caminos menos transitados.

La aturdían los cantos de grillos y cigarras, mezclados con el ruido provocado por su corazón. Sentía la cabeza estallar y el balanceo sobre el lomo del animal poco ayudaba. Una hora después ya no le importaba seguir acariciando el vientre de su hombre. Dormitaba con la frente recargada en su espalda.

—¿Qué te parece? —le preguntó Ricard al llegar.

La cabaña de bambú amarillo era un buen refugio. Ansiaba dormir, no tenía ánimos de condescender con su amante, pero intentó complacerlo.

—Muy prometedor —contestó—. Pero estoy fatigada, hoy quiero que me tomes despacio, poco a poco. Si es que puedes —concluyó, riendo.

Ricard se dio cuenta de su estado, pero no renunció a gozar un rato con la mujer que llevaba semanas deseando. Al día siguiente la compensaría.

Catherine despertó y se dio cuenta de que se encontraba sola. Salió para buscar a su amante y lo vio a lo lejos, al parecer recogiendo leña. Se acercó a él mientras observaba el lugar. El sol se concentraba en ese claro de la selva. Era tarde. Seguro el desvelo y su pereza crónica la habían obligado a dormir hasta bien entrada la mañana. Lo invitó a que le mostrara el sitio. Caminaron

acompañados por el sonido de una caída de agua que, conforme avanzaban, se intensificaba. La humedad en el aire también aumentaba, las pequeñas partículas que antes escarchaban la piel se habían transformado en gotas que todo empapaban. Catherine caminaba con cuidado sobre las rocas que comenzaban a aparecer. El hombre se adelantó un poco y giró para ofrecerle su mano. Ella la sujetó y lo siguió, pendiente de sus pasos y de los obstáculos que encontraban. Cuando Ricard se detuvo, la mujer observó un peñasco cóncavo, del que pendían numerosas orquídeas, dividido simétricamente por un gran río que se precipitaba cuesta abajo. La piel sepia y brillante de su amante la sedujo. La escena del mulato en ese pequeño paraíso provocó que la lujuria, extraviada la noche anterior, regresara al cuerpo de su ama. Y en ese instante, sin importarle que alguien pudiera observarlos, se desnudó presurosa, urgiéndolo a tomarla ahí mismo.

—Qué hermosa eres —le dijo Ricard, mientras sacaba su fatigado miembro del cuerpo de la mujer—. Me pesa no ser el hombre indicado para ti.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada.

—Digo —hizo una pausa y empezó a trazar círculos con la yema de su dedo índice sobre uno de los pezones de Catherine—, que si fuera el hombre indicado para ti, ese imbécil que tienes por marido ya sería historia.

—Habla claro —le contestó suplicante—. Siempre se me escapa lo que quieres decir. Muchas veces me he preguntado quién eres en realidad. ¿Por qué no dejas que te conozca más?

—¿Y para qué lo quieres saber? —contestó, acercando su penetrante mirada al rostro de la mujer.

—No lo sé. Padezco al imaginar lo que es de tu vida cuando estás lejos de mis brazos —dijo ella, con desesperación.

—Es parte de la magia —replicó y le besó un seno.

—Ricard, por Dios, me dices que si fueras el indicado. Tú eres el indicado. Contigo no solo gozo, me gusta estar a tu lado, quiero compartirlo todo. ¿Qué secretos escondes? ¿Cuál es la razón que nos impide estar juntos?

—Así como estamos, estamos bien —contestó él con sequedad.

—Lo estarás tú. Yo, no tanto.

—Así lo aceptaste desde el primer día, no me vengas con reproches.

Catherine se dio cuenta de la molestia de Ricard y comenzó a besarle la barbilla. Rodó su cuerpo para quedar de nuevo sobre él, empujando la cadera hacia abajo hasta sentir su miembro dormido.

—Me encanta tu vigor, ¿sabes? No entiendo cómo logras recuperarte tan rápido y seguirme complaciendo —agregó.

—¿Quieres más? ¿Quieres más? —dijo, riendo—. ¿Acaso los gemidos que escuché hace un rato provenían de una mujer insatisfecha? Oh, vamos. ¡Lo que tú necesitas es un batallón de la Armada francesa!

La humillante broma no fue suficiente impedimento para que claudicara en su afán de excitarlo de nuevo. Se deleitaba viendo cómo ese experimentado amante, al que seguramente le faltarían pocas razas por probar, se rendía ante la proximidad de su cuerpo. Se sentía única, especial, superior.

Ricard la tomó por la cintura, haciéndola girar para quedar invertidos. Recorrió su piel con la punta de la lengua y la volvió a lamer, pero esta vez, sin prisa. Catherine intentaba olvidar las

rocas que se incrustaban en su espalda. El sonido ensordecedor de la cascada El Encanto le ayudaba a dissociarse del tormento. Intentaba concentrarse para sentirlo y gozarlo, pero el dolor regresaba. No pudo más. Observó la parte inferior del gran socavón y con ocurrencia le dijo:

—Vamos, metámonos a la poza. Quiero que me termines de hacer el amor en el agua.

Se zambulleron con la velocidad de quien teme que el ambiente evapore un vaso de buen vino. La corriente los llevó con rapidez a la otra orilla y ahí, recargados en un risco limoso, concluyeron su ritual erótico.

La mujer, todavía embelesada por la magia del encuentro, se atrevió a decirle:

—Te amo, Ricard.

—¿Qué? —le contestó con el rostro desencajado.

—¡Perdón, perdón! —le dijo desesperada—. Pero ¿qué quieres que haga? ¡Es lo que siento! Y sé que tú lo sientes también —afirmó, mientras buscaba sus labios.

Ricard la apartó y Catherine se dio cuenta de su error. De ese maldito error que podía quitarle la posibilidad de seguir viéndolo. Dos estúpidas palabras pronunciadas por impulso, capaces de provocar el comienzo del fin.

Marie, 14 de julio de 1936

Primero perdió la voz, después la voluntad y, al final, la esperanza. Marie se resignó a vivir sin ser escuchada, cumpliendo los deberes de esposa y madre. Sus poros urgidos de caricias se cerraron, su cuerpo abultado por la maternidad se volvía flácido, al igual que su alma. Su mente, desgastada por la búsqueda de errores y defectos que el marido tanto le hacía notar, no tenía espacio para vislumbrar la débil línea que separa la prudencia de la sumisión. Aceptaba sus caprichos sin presentar siquiera un poco de batalla. Su esencia se diluía.

Adélaïde la había escuchado y aconsejado muchas veces. Sí, es probable que Antonio la engañara y esta situación fuera la fuente de todas sus desgracias, pero las malas mujeres siempre están disponibles y dispuestas.

—*Non, ma chérie*, no debemos cederles ningún espacio. Hay que ser más inteligentes que ellas, al marido se le atrae con miel. —Recordaba oírla decir.

Pero la madre no estuvo presente el día en que sus emociones le dieron un golpe de Estado. Estremecimiento, deseo, gozo, ilusión y euforia barrieron con todo su autocontrol. Se le coló el amor tan rápido que cuando vio ya estaba invadida. Un encuentro le bastó para volver a soñar con él, y los siguientes para maldecir su destino. Ese hombre la alteraba, le encendía la sangre al grado de hacerla fluir a borbotones.

Fue un 14 de julio. Fuegos artificiales volvían a crisar el cielo. Los estruendosos proyectiles eran el medio para recordar a la población que ese día habría bailes para celebrar la Toma de la Bastilla en El Mentidero, La Peña, La Poza, Paso de Telaya y San Rafael. Escucharon la segunda y última llamada. Antonio salió al balcón de su recámara y observó los detalles finales para acondicionar la vainillera de los Thomas, donde se realizaría el evento en el pueblo. Un grupo de elegantes músicos desfilaba hacia el recinto portando sus instrumentos. Violín, clarinete, trompeta, clave, güiro, tambores y hasta un gran tololoche acudieron a la cita. Llegaron los de la ruleta y comenzaron a montar las mesas en el exterior. El hombre paladeó su suerte y decidió apurar a la esposa.

—¿Pero qué estás haciendo? No entiendo tu costumbre de pasar horas frente al espejo para quedar un poco peor. Anda, que el bote que va a El Mentidero no tarda en pasar y si nos deja te advierto que nos vamos a caballo.

—Sabes que puede llover y el camino está lleno de charcos. No seas así, ya voy, espérame tantito —dijo Marie suplicante.

—¡Hala! Pues será a la cuenta de tres, no más. ¡Mira que tener que ir hasta allá para que te sientas feliz con los tuyos y no tenerme ni un poco de consideración es el colmo! —replicó el

hombre, ocultando muy bien sus verdaderas intenciones.

—Antonio, por mí está bien pasarla en cualquier sitio. No te enojés, termino en un segundo.

Marie apretó la válvula color rosa pálido que remataba la delgada manguera de su perfumero, esperó a que las finas gotas que expelía alcanzaran su piel y se levantó. Dejó la fragancia sobre el tocador mientras el esposo tosía y la miraba con desagrado. Él, presuroso, se adelantó, hasta que abrieron el zaguán y la presencia de otros seres le hizo recordar que debía tratarla con cortesía.

Cruzaron la calle y caminaron unos metros junto a la ribera del río para llegar al muelle. Se encontraba justo al lado del local original donde Antonio abrió El Surtidor. Lo arrendó por pocos años, pues para su desgracia, los ventajosos dueños se lo requirieron para montarle ahí mismo la competencia. Cada vez que lo veía le daba rabia, pero a la mujer le traía muy buenos recuerdos. En ese lugar había nacido Toñito y estaba enterrado su ombligo.

Los minutos soportando el picoteo de zancudos durante la espera del colectivo que los llevaría al baile pasaron lentamente para Marie. Intentaba iniciar un poco de conversación, pero las escasas respuestas que obtenía de su marido se limitaban a monosílabos. Tampoco había más pasajeros para distraerse. Sin duda, ellos iban a la inversa, ribera abajo.

Escucharon el inconfundible sonido del motor Ford de cuatro cilindros de la embarcación de Clemente Caña y conforme el chucu chucu se intensificaba, la mujer sentía que el aire fluía mejor por sus pulmones. El techo del bote, confeccionado con latas desbaratadas de la galletera Lance Hermanos, resplandecía al acercarse. Marie se sostuvo de uno de los postes de la lancha y abordó. Los breves tacones que portaba no le ayudaban mucho a guardar el equilibrio dentro del bamboleante taxi acuático. Eligió un sitio tras el capitán, rogando a Dios que su corpulencia fuera suficiente escudo para proteger las marcadas ondas de la melena que tanto trabajo le había costado acomodar.

El trayecto fluvial fue más alegre. Una parada en La Peña y otra en El Ojite les brindaron la necesaria compañía. Finalmente llegaron a la casa de Quintín Cobián, otro de los residentes españoles en la región.

La oscuridad comenzaba a imponerse, por lo que el viejo castañuela colgaba deprisa las lámparas de gasolina alrededor de la bodega en la que, no sin muchas excepciones, resguardaba sus sacos de café. El anfitrión, siempre ávido de compañía, era capaz de cargar un quintal en cada brazo y desocupar el inmueble él solo, con tal de tener fiesta en casa.

Marie vio una sonrisa a la distancia. Un cuerpo atlético la portaba. Su andar era distinto al de los hombres que desarrollan los músculos tras largas jornadas campeando sobre el caballo, en las labores de labranza o en algún corral ordeñando vacas. Sus ademanes lentos y suaves denotaban no solo cierto grado de refinamiento, también una especie de armonía interior. La frescura que irradiaba se expandía por el aire. Le parecía familiar, pero la lejanía y un velo de sombras no le permitieron reconocerlo.

—Vamos por allí, que quiero saludar a Claude —le indicó Antonio a su esposa, señalando hacia la puerta junto a la que se encontraba parado el hombre.

—¿Qué Claude? —preguntó Marie.

—Stivalet —respondió Antonio—. ¿Qué, acaso no lo conoces?

El tórax de la mujer se convirtió en un campo de batalla. Mientras el corazón le pateaba el pecho, los pulmones, hinchados en busca de aire, lo oprimían todo. Los músculos de sus pantorrillas perdieron fuerza. ¿Qué broma era esta? ¿Se conocían? ¿De dónde conocía Antonio a

Claude? ¿De dónde había salido Claude? Dios, ¿cómo actuar?

—Sí, bueno, claro, por supuesto. Es que se fue del pueblo hace muchos años —contestó, intentando conservar la calma.

—Pues ahora ya volvió y quiero hablar con él de negocios.

—¿Negocios? —preguntó extrañada.

—Joder, ¿eres tonta o te has vuelto sorda?

Marie contuvo las ganas de responderle que, en efecto, era una imbécil por haberse casado con un tipo como él, un majadero de primer orden. Se detuvo un instante a pensar. ¿Acaso sabría algo? ¿Le estaba tendiendo una trampa? Lo observó. Su voz, gestos y comportamiento le parecieron los usuales, los de los últimos tiempos. Tal vez la vida había decidido volver a cruzar su camino con Claude. Sintió terror. Ahí, esa noche, comenzaba a darse cuenta de que dejar de añorar no significa olvidar. Que la mente, en su intento por salvaguardarnos del sufrimiento, se afanaba aniquilando los recuerdos, pero que algunos lograban sobrevivir. Y reducidos a trazas, aferrados a algún pequeño reducto en la memoria, esperaban el momento para avivarse de nuevo.

—¿Su familia se dedica a la cría de ganado! No entiendo. ¿Te vas a meter ahora en eso? —preguntó Marie, en un intento desesperado por averiguar cuál era el nexo que unía a ambos hombres.

—No, él es el que está metiendo las narices donde no debe.

—¿Cómo? ¿Es algo relacionado con la tienda o es la vainilla? —preguntó, nerviosa—. No comprendo.

—No hace falta —respondió con sequedad, soltando su brazo para avanzar hacia donde estaba Claude.

Marie se quedó absorta, observando la efusividad con la que su esposo y su antiguo amor de juventud se saludaban. Ver a ambos hombres sonreír y palmearse la espalda le parecía irreal. Una vez concluido el ritual, Antonio se giró y la llamó de manera cariñosa para presentarla. Al acercarse, el desconcierto de la mujer aumentó cuando sintió la mano del marido rodeándole la cintura. ¿Qué intentaba, aparentar un matrimonio feliz o mostrarla como un trofeo de caza? ¿Sabría algo Antonio? ¿Y Claude? ¿Por qué no la miraba de frente? ¿Por qué actuaba con tanta indiferencia? ¿En realidad la intención de ambos era hablar de negocios? ¿Y ella, dónde quedaba ella? Se sintió estúpida al suponer que para alguno de los dos podía valer algo. Era una mujer usada, desgastada por el tiempo, con el cansancio auestas. Sin Antonio no era nadie, él le daba todo, incluida la posición de «señora decente y respetable». Lo mejor sería que se olvidara de estupideces románticas y se concentrara en agradar al esposo y, si acaso, divertirse un poco.

Mientras la mente de Marie divagaba, formulando preguntas que respondía de manera atropellada, los hombres intercambiaron algunas palabras. ¿Qué habían dicho? ¿Vainilla, vainillera, cubalibre? No estaba segura, pero entendió, por los ademanes que hicieron, que la invitaban a entrar al lugar.

El sonido del danzón que tocaba la orquesta de los hermanos Ibáñez punzaba las caderas de la mujer. Y estas, la mente de Claude: «Vaya suerte del español, en la flor de la edad, amasando una buena fortuna y con una compañera como Marie, a la que da ganas de morderle esos labios con forma de arco de cupido, coloreados con carmín granate».

La dejaron en una de las bancas corridas donde las mujeres esperaban la convocatoria de algún hombre para ser llevadas a la pista de baile. Ahí circulaba el cotilleo en su máxima

expresión y, mientras ellas se ponían al día, los varones se armaban de valor en la cantina, tomándose el tiempo necesario para analizar al objetivo, cruzar miradas y lanzarse a su conquista. Si la elección no resultaba tan certera como se esperaba, se corría el riesgo de convertirse en el hazmerreír de los compinches, arrastrando la derrota durante el penoso trayecto de regreso. Y es que bastaba con que la candidata se negara a bailar para que la siguiente no quisiera recoger los despojos de la vecina. Ninguna quería ser menos que la otra y era tarea inútil intentarlo. Todo hombre con experiencia lo sabía, podía recorrer la banca de punta a punta sin que las muchachas mostraran ni un ápice de compasión.

Antonio y Claude se dirigieron a la barra, un tablón de cedro de cincuenta centímetros de ancho montado sobre algunas cajas de la cervecería Moctezuma de Orizaba. Ambos pidieron un cubalibre. El cantinero les mostró los tradicionales Bacardí y Habanero Berreteaga, y se decidieron por el segundo, el ron del ánfora de vidrio recubierta con paja. El francés dio un sorbo a la bebida y se animó a decir:

—¿Analizaste mi propuesta?

—Te hablaré con franqueza —contestó Antonio—. La vainilla no es el oro negro que muchos creen. Tal vez antaño se podía conseguir canjeando cuentas con los indios, pero hoy la situación es muy distinta.

—Y seguirá cambiando, *mon ami* —interrumpió Claude—. La humanidad no ha conocido tantos avances en tan corto tiempo. El futuro nos alcanza.

—La modernidad —remató Antonio entre risas, mientras levantaba su vaso.

—Mira, Antonio —dijo el otro hombre, al tiempo que se acercaba para darle una palmada en el hombro—, lo que te ofrezco es que crezcamos juntos. Que nos convirtamos en una fuerza imparable.

—Con que no entremos en una guerra por los precios y te conviertas en un dolor de cabeza, me conformo —bromeó el español.

—Yo esperaré que, de no concretar una alianza, por lo menos logremos ciertos acuerdos para respetar algunos territorios y no destrozarnos entre nosotros.

—Somos caballeros, ¿no?

—Caballeros con intereses comunes —dijo Claude, arqueando un poco las cejas.

—Bueno, pues, ¿qué sugieres?, ¿redimir cualquier controversia con un duelo? —contestó Antonio riendo.

—*Oh, mon Dieu*, eso solucionaría el problema. Y de manera definitiva —agregó Claude, con un toque de sarcasmo.

—Mientras no te metas con mis clientes de Nueva York y Filadelfia todo irá bien.

—¿Estás rechazando mi oferta?

—No, hombre, no. Tu capital no es nada desdeñable y me agradas. A leguas se ve que eres hombre de mundo. Te propongo que nos reunamos la próxima semana con Joseph, mi administrador, y lo veamos con más calma —contestó Antonio, al ver que algunos conocidos se aproximaban.

—En ese caso, espero no te importe que también lleve al mío.

Escucharon risas al lado. La honorable viuda Delon se cubría los ojos con las manos mientras Gustave Thomas deleitaba a la concurrencia con una demostración de sus mejores pasos de rumba. «*Grand cochon, grand cochon*», le murmuraba la escandalizada mujer a la de al lado.

La pausa en la conversación dio lugar a que otros hombres se acercaran a saludar, por lo que tuvieron que dejar el tema de su interés para un mejor momento. Claude volvió a mirar a Marie. La participación del hombre en la Gran Guerra y su posterior rodar por el mundo, buscando acallar los demonios de su alma, lo habían dotado de una sensibilidad especial para leer a las personas. Detectó rasgos de tristeza en su rostro; penas hondas, quizá. La postura encorvada, con los hombros colgando como guiñapos, le sugirieron conformismo y sumisión. ¿Qué le había pasado? Seguía siendo muy bella, pero ¿dónde estaban el fuego y la pasión? ¿Acaso el marido había sido tan estúpido de sofocar toda su candencia?

Recordó el momento en que volvió a escuchar el nombre de Marie Roussel. Estaba por regresar a San Rafael, no solo con la idea de reincorporarse a los negocios familiares, también con la de incursionar en la agricultura y comercialización de productos. La vainilla le atraía de una manera casi mística, tal vez por el recuerdo del aroma impregnado en el pelo, piel y alma de la chiquilla a la que abrazaba en citas fugaces y clandestinas. Se había dado a la tarea de investigar quién o quiénes eran los posibles rivales a desplazar. El hombre clave era Antonio Díaz de la Vega, un español que había llegado a México a los catorce años para trabajar con un tío materno. Al parecer, el viejo era el principal acaparador en la zona norte del Totonacapan y el sobrino, que no tuvo empacho en chuparle hasta la última gota de conocimiento, de la zona sur. Llevaba bastante tiempo establecido en la región y gozaba de buena estima. Estaba casado con una francesa, lo que sin duda le facilitaba todo. En pocas palabras, era un tipo astuto.

Sabía que al regresar al pueblo tarde o temprano se encontraría con Marie y que, con seguridad, estaría casada y llena de hijos. Supuso que le agradaría saludarla. Muchas veces, en el exilio, había recurrido al recuerdo de las horas más dulces en compañía de esa chiquilla, tan explosiva como cándida, a la que había perdido por culpa de su sangre impetuosa. Por mujeriego y por cobarde, para qué hacerse tonto. Con el paso del tiempo y gracias a su carisma, acumuló una larga lista de conquistas, pero no volvió a experimentar una dicha como la que llegó a sentir junto a esa pequeña de ojos color avellana que en más de una ocasión le había hecho ver su suerte. Cuando le dijeron que la esposa del español era Marie, su amor de juventud, un extraño sentimiento de pérdida lo embargó. ¿Sería que en el fondo tenía la ilusión de que ella estuviera esperándolo?

—Bueno, yo, con su permiso, saldré un rato a la ruleta —advirtió Antonio a los compañeros—. ¿Alguien más se anima?

—Me sirvo otra y te alcanzo enseguida —se excusó Claude.

Dejó que el español se marchara y, aprovechando que Marie estaba sentada en una orilla, se dirigió hacia ella. Se colocó a un lado, mirando la pista, esperó unos segundos y, con el debido cuidado, inició lo que para ojos extraños podía parecer una charla trivial.

—*Madame*, no sabe el gusto que me da volver a verla. Ha cambiado poco de como la recordaba —dijo riendo y mintiendo.

—*Également*, Claude, también me da gusto saludarte. Te veo bien —contestó Marie, aparentando serenidad.

—Noto que le sigue gustando la música —acotó, al observar las saltarinas rodillas de la mujer—. Es una pena que no sea su pariente, nada me enorgullecería más que estar tan bien acompañado en la pista.

—Pues ya ves, qué le vamos a hacer, a Antonio no le gusta bailar y los primos andan

entretenidos con sus conquistas.

—Habrás que hablar seriamente con su marido, de eso y de negocios. ¿Le comenté que estamos ponderando formar una sociedad?

—Y tú —dijo con gran énfasis—, ¿crees que un hombre con la capacidad de Antonio confiaría en una mujer que no fuera discreta?

Claude sintió que los ojos de Marie le quemaban el iris. Tuvo que parpadear. Aclarar la voz antes de volver a hablarle. ¡Por Dios! ¡Qué carácter! ¡Era ella! ¡De nuevo estaban frente a frente! Tal vez su vanidad lo había traicionado y nada de lo que percibió en un inicio tenía fundamento. Comenzó a dudar.

—Sigue siendo la misma mujer... Simpática. Yo no sé qué hace ese tonto perdiendo el tiempo en la ruleta —comentó mientras apuraba su copa—. Es una lástima que deba marcharme y dejarla. Con seguridad nos veremos en otra ocasión.

—Cuando gustes, ya hablaré con Antonio para invitarte y, no sé, supongo que a tu esposa, a comer algún día en la casa —le soltó, mientras se alejaba.

El hombre se detuvo, giró la cabeza y le dijo mientras le guiñaba un ojo:

—Continúo soltero, Marie.

—¿Nadie más? —preguntó el crupier antes de soplar la cerbatana que sujetaba un dardo peludo en la punta. Claude se apresuró a aventar un billete de cinco pesos en el recuadro que contenía el catorce colorado. Quedaba poco espacio, los dos tapetes acomodados junto al disco que giraba estaban repletos. El encargado de la casa detuvo la ruleta y anunció al ganador. Antonio, que en buena medida había contribuido al congestionamiento de billetes y fichas al apostarle a varios números, al rojo, al negro, al cero y al doble cero, le había pegado en seco. Estaba feliz, la paga era de veinte a uno, las pérdidas se habían equiparado a las ganancias y quedaba tablas, justo como había empezado.

El crupier enrolló la cuerda debajo del gran plato de madera y volvió a jalar con fuerza. Claude lo dudó pero, desafortunado en el amor, afortunado en el juego, sacó otro billete, esta vez de veinte pesos. Mismo día, mismo número. Aquí la prudencia no tenía cabida, debía seguir su llamado interior, tenía que jugársela.

Dentro, en la bodega, Marie contenía las ganas de llorar. No se esperaba aquel encuentro. Claude seguía siendo tan apuesto como antes, o quizá más, los años le habían sentado bien. ¿Qué habría sucedido de haberlo perdonado? ¿Se habrían casado? ¿Sería él el padre de sus hijos? No quiso seguir al lado de un infiel por miedo al dolor y de cualquier manera tuvo que experimentarlo, sin contar las humillaciones e insultos velados que a menudo recibía por parte de Antonio. Tal vez con Claude sí hubiera gozado de cierta felicidad. Aunque su conducta no hubiese sido intachable, los besos y caricias estarían presentes. Observó a don Quintín, que corría a descolgar una de sus lámparas Coleman. El capuchón comenzaba a despedir una luz rojiza, por lo que accionó un par de veces la bomba de aire para resucitarlo. Volvía a brillar; despertaba. Como ese amor que pensaba extinto y ahora la hacía sentir de nuevo viva.

Claude, después de varios intentos, consiguió la justa retribución a su paciencia. Se marchó, entre las protestas de sus compañeros y el disgusto de la banca, no solo con un poco de más dinero en los bolsillos, sino con la señal que necesitaba. La buscaría, no importaba cuánto tuviera que insistir, pero tenían que hablar. Y esta vez no desistiría.

Catherine, final del verano de 1858

Su padre le inculcó el temor a Dios. Le enseñó a rezar, a resignarse y a no cuestionar, pero ella había nacido con el corazón podrido y la sangre envenenada por Satanás. La mujer que llegó a su vida cuando tenía tres años, y a la que nunca pudo llamar madre, se había encargado de convencerla.

Muchas veces la arrastró, junto con su desvergüenza, hasta el confesionario de Montarlot, instigándola a expiar sus culpas a través de la oración. Otras tantas le quiso sacar el demonio a punta de azotes, pero no lo conseguía. Su vida siguió ligada a la perversión y Dios, lejos de responder a sus súplicas, se ensañaba con ella.

De pequeña creía que era el justo castigo por arrebatarse la vida a su madre. Haber llegado antes de tiempo era el primero de una pesada lista de pecados que se hartó de cargar. Comenzó a restarle importancia al destino de su alma y su prioridad se convirtió en sobrevivir a este mundo terrenal lleno de pérdidas.

Su cuerpo sordo asistía a la iglesia como parte de los convencionalismos estúpidos que había que cumplir. Seguía el rito de forma mecánica, entreteniéndose con los detalles ornamentales y la vestimenta de los feligreses. Se preguntaba cuántos de ellos serían dignos de alcanzar la salvación. A juzgar por sus caras, muy pocos. La gran mayoría estaba ahí, llenos de dudas y remordimientos, hermanados por el miedo.

Catherine miraba el Cristo atormentado de la pequeña iglesia tropical. En su desesperación, había ido a retarlo. Si en algo le importaba recuperar un alma para el reino de su Padre, ese era el momento de demostrarlo. Necesitaba de su ayuda, Ricard había desaparecido y las dudas le atizaban sus temores. Tenía un mal presentimiento. Aquella confesión en El Encanto quizá lo había ahuyentado. A cambio le ofrecía reconstruir su fe y conducirse apegada a sus lineamientos; eso sí, tenía que encontrarse de nuevo con su marino criollo. Más para entender que para comprobar que seguía con vida.

Una campanada hizo vibrar el pequeño recinto, recordándole que pronto llegarían otros a competir por la atención del que, decían, tenía un corazón sagrado. Ella ya le había dicho lo que necesitaba. Si la quería de vuelta, sabía lo que tenía que hacer.

Salió y cruzó por la plaza del pueblo. El fastidioso sonido del yunque del herrero la acompañó hasta entrar en la casa de Jean Millet. Ahí se entretuvo viendo las novedades que exponía el señor Marionneau, un vendedor ambulante de Veracruz. Y, como cada domingo, salió con las manos vacías. Las escasas monedas que cargaba no le alcanzaban para mucho, así que se dirigió a la lechería de la viuda Henriot y después a la panadería del señor Avezac.

Estuvo tentada a acudir a la orilla del río, donde muchas familias se reunían hasta bien entrada la noche, pero renunció a hacerlo. Él no estaría ahí y si en algún lugar podría buscarla era en el que tantas veces se encontraron.

Catherine se sentó cerca del árbol y saboreó, sin prisa, tajadas de queso blanco que acompañaba con trozos de pan arrancados de manera tosca. Se había recogido la falda por el calor y por si él llegaba. Sintió un pinchazo en una mejilla y comprendió que era hora de marcharse. Él no acudía y los jevenes le revoloteaban cerca de la cara, las manos y el pedazo de pierna desnuda que se extendía antes del botín. Había desarrollado cierta inmunidad al ataque de mosquitos y casi nunca se enronchaba. Pero esta minúscula variedad le producía tal comezón que terminaría llena de arañazos y sin poder dormir. Se retiró, derrotada. A Dios poco le importaba su suerte y su sufrimiento.

Los días siguientes la pasó deambulando entre el muelle, la higuera y su casa, hasta que un evento le hizo considerar que Ricard podía haber muerto. Desde el embarcadero se escuchaban las voces de varios hombres:

—Rápido, nos quedan pocas horas de luz.

—Hay que avisarle a todos los que tengan lancha que vengan a ayudar.

—Nosotros nos vamos ya. ¿Dices que fue frente a la casa de Theurel?

Catherine corrió a la tienda Bourillon y encontró a Anne en la puerta.

—¿Sabes qué ha pasado? —le preguntó.

—Parece que se hundió una barca y hay un desaparecido —contestó Anne.

Catherine tomó una bocanada de aire y la sostuvo en los pulmones para evitar que las lágrimas se le escaparan.

—Cálmate. No te pongas en evidencia —le dijo Anne mientras le apretaba los antebrazos y la miraba con firmeza.

—Es que si algo le pasa, yo...

—A él no le ha pasado nada. La lancha venía de la ladrillera de Ducos y Pauthier. Pero aunque no se trate de él, vete haciendo a la idea de que ya lo perdiste.

—Tú sabes algo y no me lo quieres decir —le reprochó Catherine molesta—. ¿Sabes más de lo que intentas aparentar! Te la pasas quejándote del tiempo que malgastas conversando con paisanos y extraños. ¡Por favor! Ten un poco de piedad y sácame de este infierno.

—Yo solo sé que cometiste el error de enredarte con quien no debías y ahora las cosas regresan al sitio donde deben estar.

—¿Tú me vienes ahora con lecciones de moralidad? —le replicó furiosa.

—No te confundas. Una cosa es aliviar un cuerpo nostálgico y otra llegar hasta donde lo hiciste. Se te salió de las manos, acéptalo.

—Es que yo solo quiero comprender qué sucedió —dijo, suavizando el tono.

—¿Y para qué? ¿Qué más te da si se hartó de ti o te cambió por otra? Si tiene una esposa, si consiguió un mejor trabajo y no le importaste lo suficiente. Si murió. Él ya no está y no va a regresar —le contestó Anne.

—¿Pero es que así, tan de repente? Sin un mensaje, sin dar la cara. Necesito una explicación. Te juro que sea lo que sea me conformaré y seguiré adelante.

—Veo que es inútil intentar hacerte entrar en razón, estás muy nerviosa. Anda, vamos adentro, te prepararé un café.

—Te lo agradezco, pero prefiero ir al muelle a ver qué noticias me dan.

Catherine se acercó al grupo de curiosos que aún quedaban. Obtuvo respuestas más vagas y confusas que las de Anne. Unos aseguraban que la embarcación se había hundido en El Mentidero, otros que eran dos y no uno los ausentes y hasta un suelto de lengua afirmó que se trataba de una lancha de pasajeros.

Finalmente regresaron los primeros voluntarios que acudieron a la llamada de salvamento. La mujer escuchó lo sucedido: un Poirot de Champlitte había fallecido. Él y su acompañante conducían una embarcación repleta de teja. Los Theurel, viendo el incidente desde la ribera, organizaron la búsqueda de los desaparecidos.

Catherine, aliviada al comprobar que no se trataba de Ricard, regresó a casa. El intenso día provocó que abandonara su cuerpo largas horas. Al levantarse, estimó la conveniencia de dirigirse a la casa de la viuda o investigar si podría llegar puntual al entierro. Pero ¿con quién? Lo más probable era que todos sus conocidos estuvieran ahí y perdiese más tiempo. Lo más sensato era vestirse y dirigirse al panteón de Jicaltepec, total, solo caminaría un cuarto de legua adicional. Se dio prisa. Con esos calores ningún cuerpo aguantaba y menos el de un ahogado; debía de estar todo hinchado el pobre. Sí, seguro estarían sepultándolo.

La mujer estaba a punto de tomar la calle que entroncaba con el sendero hacia el cementerio cuando vio a Charles. Caminaba jalando la rienda de un caballo ajeno. Podía ser alquilado o tal vez se lo había facilitado Meunier, lo cierto era que regresaba sin las cajas de vainilla y con una maleta añadida. Apresuró el paso para encontrarlo y le dio el obligado abrazo. Después de un beso en la mejilla lo soltó.

—Vaya puntería la tuya para elegir el día de tu regreso.

—Sí, ya me enteré. Me extrañó ver el pueblo tan vacío.

—¿Sabes si ya lo están enterrando?

—Después les pasaremos nuestras condolencias. Anda, vamos a la casa que vengo muy fatigado. Tengo mucho que contarte, Catherine. Nuestra vida va a cambiar.

Marie, verano de 1939

Marie miraba el fajo de cartas que tenía en las manos, mientras el sonido del motor de la lancha del correo perdía intensidad y solo quedaba una resonancia, arrastrada río abajo junto con la estela del bote.

Antes de remontar la pequeña cuesta que separaba al muelle de su casa, la mujer decidió revisarlas. Dos estaban dirigidas a ella. La primera la enviaba el padre de Antonio; le causó repulsión. Desde el día en que un descuido de su difunto esposo le permitió acceder a la intimidad de su *secrétaire* lo empezó a aborrecer. Buscaba pistas para comprender las razones por las cuales el marido se comportaba cada día con más desvergüenza y terminó enterándose de que el suegro la desdeñaba por ser francesa.

La madre de Antonio le provocaba un sentimiento diferente. Se le arrugaba el alma al imaginarla. Esa mujer, que había entregado la mitad de su descendencia al hermano, con la encomienda de procurarles una vida mejor, ni siquiera tuvo el consuelo de dar un último beso al cuerpo inerte del hijo más joven. No lo vio crecer y con seguridad se atormentaba cavilando si había sido una buena decisión alentar su ambición. Quizás encontraba consuelo al pensar que, involuntariamente, lo había librado de los horrores de la Guerra Civil Española y que si Dios lo había dispuesto, habría muerto igual en un sitio que en otro. Qué terrible estar en su lugar.

Colocó la misiva al final de la pila y tomó la segunda, en la que venía escrito su nombre. El remitente, una mujer desconocida de un pueblo vecino, le hizo sospechar que se trataba de Claude. Sintió el impulso de romperla en el acto y lanzarla al río, sin embargo reaccionó al tiempo que comenzaba a estrujarla. Debía verificar su contenido, pero no en ese momento. Podía alterarse aún más.

Marie regresó a la casa y entró a su recámara. Se dirigió al hermoso ropero de cedro rojo y suspiró. Disfrutaba la maestría con la que el ebanista había desdoblado el árbol para dejar las vetas de cada pieza contrapuestas a las del otro lado. Repasó las letras en la cornisa y leyó: «Adélaïde».

—Ay, *maman*, ya sé lo que me dirías.

Giró la llave de bronce embonada en la cerradura y escuchó el sonido del pequeño martillo golpeando la campanilla interior. Jaló la puerta derecha y abrió el cajón que se encontraba debajo de tres entrepaños repletos de trapos negros, «negritos» y blancos. Aventó el sobre en la pila de papeles inútiles que guardaba y lo cerró.

Salió por la puerta exterior de la habitación y vio a la tía Clementine en la huerta de su propiedad. Realizaba uno de sus acostumbrados actos de malabarismo, tratando de cachar las

guanábanas que desprendía del árbol con una larga horqueta. La saludó con la mano y se dirigió en busca de François.

Entrado el verano había poco trabajo. Las labores en el vainillar se reducían a desyerbar la plantación y a vigilar a los bejucos. Si había alguno desprendido del árbol, lo acomodaban de nuevo en el tutor, amarrándolo con una pita de plátano. Seguramente su padre estaría en algún lugar de la casa.

Lo encontró sentado en su poltrona de cuero de venado con una pequeña corte alrededor. Al acercarse, alcanzó a escuchar la voz de Miguelito, que le decía:

—*Grand-père*, ¿me regalas otra bolita?

Marie buscó el pequeño barril de madera importado de Francia y lo vio entre las piernas de su padre.

—¿Otra vez lucrando con las aceitunas? —le dijo burlona a su padre.

—¡*Ma petite* está celosa! —contestó, dirigiendo la mirada hacia sus nietos.

—¿Celosa de mis propios hijos? *Père*, ¿cómo les dices eso!

—¿Te pasó algo? —preguntó François al notarla irritada.

—No me siento muy bien, es todo.

—Tu peux me dire en français —*insistió el padre*.

—Non, ils peuvent comprendre.

—Mais non, tu ne leur as jamais appris notre langue.

—¿Qué sucede? —preguntó Carmencita, extrañada.

—¿Para qué preguntas, si no quieren que entendamos? —reprochó Toñito, dejando escapar un gran suspiro.

—Yo sí entiendo, el abuelo le dijo que le hablara en francés y mamá respondió que no porque podíamos comprender —replicó Carmencita.

—Sí, pero después se pondrán a hablar rápido y enredado —alegó el hermano.

—¡No son maneras de referirte así a tus mayores, Toño! —lo reprendió Marie.

—Lo siento, mamá, es que a veces me gustaría hablar francés. ¿Por qué no nos enseñaste? —preguntó Toñito, avergonzado.

—Ya te lo he dicho, cuando empezó la Revolución teníamos miedo de que nos vieran como extranjeros y desde entonces comenzamos a usar solo el español. Y no sé, se me quedó el hábito.

—*Ta mère* lo dejó de hablar por perezosa —intervino François, riendo.

Marie le lanzó una mirada inquisitiva a su padre y agregó:

—¿Y qué hay de malo en utilizar la lengua del país en el que vives? Aquí nacimos, ¿no? Tú naciste aquí.

—*Oui, c'est vrai!*... Pero yo no olvido nuestras raíces, ¡somos franceses!, ¡tu sangre es francesa!

—¡Pero si fuiste tú quien impuso la regla de comunicarnos en español entre nosotros, más aún fuera de casa! ¡Y encima creías que no nos dábamos cuenta de que tú y *ma mère* no la cumplían!

—No seas injusta, Marie, solo fue durante la Revolución.

—Pues sí, durante la Revolución, pero estábamos creciendo y nos quedó la costumbre. ¿Por qué me lo sigues reprochando?

El hijo mayor de Marie, nervioso por la discusión, decidió improvisar y dar un giro a la conversación:

—¡La Revolución! El profesor Carcaño nos ha hablado de ella. ¡Y a ustedes les tocó vivirla!

—¡Por supuesto! ¿De quién quieren que les cuente, de los robagallinas, de los robavacas o de los robacaballos? —preguntó Marie con fingida ilusión, al darse cuenta de las intenciones del hijo —. ¡Porque cada bando tenía su especialidad!

—¡De los robacaballos! —Saltó Carmencita.

—Esos eran los felicistas, al mando del general Carlos Arellano. En cuanto me avisaban que venían, salía disparada a esconder mi yegua blanca en el cafetal. A pelo la montaba.

—¿Y vieron alguna batalla? —preguntó Toñito.

—¡Qué va!, si solo sabían comer. Se instalaban por días ahí, donde ahora secamos la vainilla, y nos tenían moliendo maíz y echando tortillas. ¿Ves donde hace una curva el río? Desde allá, desde El Romance, comenzaban los carrancistas a echar bala para avisarles a los otros que se acercaban y que les diera tiempo de salir huyendo.

—Sí, y *sa mère* en cada grano que aplastaba con la piedra del metate veía la cara del general Carranza. ¡Así terminaba más rápido! —dijo François carcajeándose.

—Ay, el condenado de Carranza, ¡ni me lo recuerdes! Todos eran una bola de ladrones. ¿Te acuerdas de la boda de Henriquette? —preguntó Marie a su padre.

—¡Cómo olvidarla! Hasta a los viejos nos pusieron a bailar *La cucaracha*.

Los niños rieron. Imaginaban al abuelo rodeado de hombres bárbaros que lo obligaban a moverse al compás de esa canción. Toñito, el mayor, no comprendía la abismal diferencia entre lo que aprendía en el aula y lo que estaba escuchando. Regresó al tema de su interés:

—Entonces, ¿no luchaban unos contra otros?

—Por aquí solo hubo una batalla: la de Mafafas. Ahí un campamento revolucionario fue atacado por las fuerzas gubernamentales. Muy triste. Los fusilaron a todos, incluido un francés que se había unido a los rebeldes.

—¿Y eso fue todo? —insistió el pequeño.

—De lo que puedo contarles sí. El resto no es un tema apropiado para niños. Confórmense con saber que fue una época muy difícil, en especial en Jicaltepec, donde pasaron cosas feas.

Marie se dio cuenta de que, de continuar con la cuestión, terminaría mintiéndoles para ocultar los asesinatos, saqueos, quemas, extorsiones y demás injusticias perpetradas contra los miembros de la comunidad por los combatientes de los distintos bandos. Se le vino a la mente abordar un tema que distraería su atención.

—Papá, ¿ya les contaste que antes de la Revolución teníamos teléfono?

—¿De verdad? —preguntó Rodrigo asombrado—. ¿El aparato con el que hablas a otros lugares?

Los adultos se carcajearon.

—Sí, es cierto —contestó François—. Tu abuelo Charles fue uno de los accionistas que fundaron la Sociedad Mutua de Teléfono de San Rafael. Y desde 1896 había un aparato colocado en esa pared de enfrente. Cobrábamos cinco centavos por llamada.

—¿Cómo que cobraban? —quiso saber Toñito.

—Los accionistas teníamos derecho a utilizarlo sin costo, pero los vecinos tenían que pagar. La tarifa estaba establecida en el contrato y todos respetábamos la disposición, nos convenía hacerlo. Había un teléfono más o menos cada kilómetro hasta llegar a la central en San Rafael.

—¿Y escuchabas lo que decían los que lo usaban? —preguntó intrigada Carmencita.

—No, *ma petite*. Era igual a los que seguramente has visto en el pueblo. En una oreja te colocabas el auricular para poder escuchar y hablabas por la bocina.

—¡Aunque había unas viejas en El Ojite que por casualidad estaban muy bien enteradas de todo lo que pasaba! —soltó Marie, irónica.

—*Bon*, es que si levantabas el auricular, aunque la llamada no fuera dirigida a ti, podías escuchar las conversaciones ajenas. Pero eso no era correcto.

—¿Y cómo sabías cuando eran para ti? —preguntó Rodrigo.

—El teléfono tenía una manigueta a la que dabas vuelta y al terminar se escuchaba un *ring*. A cada casa le correspondía cierto número de timbrazos. Aquí eran seis.

—¿Y todavía lo tienes? ¿Lo podemos ver? —solicitó Carmencita.

—Eso será otro día —intervino Marie—. Anda, acompáñame a ver si ya maduró el queso para *la cancoiotte*.

La mujer y su pequeña se retiraron. Entraron en la recámara de la madre y se agacharon a buscar bajo la cama de tubos de latón. Marie intentaba palpar el recipiente con una mano, mientras se apoyaba con la otra en el pesado colchón de borra. La inoportuna brisa movía el tul que colgaba del techo, proyectándolo repetidas veces en su cara. Estaba a punto de soltar una maldición cuando la niña deslizó la honda y apestosa charola por las losetas. Marie levantó el trapo húmedo que la cubría, para supervisar su contenido. Las boronas del queso blanco y cremoso que había depositado una semana antes se habían tornado amarillas y chiclosas. Estaban listas para fundir.

—¡Qué delicia! —dijo la madre, aspirando el aroma rancio y fuerte que despedía el ingrediente.

—¿Ya está listo? —preguntó la niña.

—En el punto ideal.

—¿Lo llevamos a la cocina?

—Por supuesto, será nuestra cena —aclaró Marie, guiñándole un ojo.

—¡Sí, *cancoiotte, cancoiotte!* —repetía Carmencita, con alegría.

—Anda, vamos —dijo la mujer, al tiempo que se apoyaba en la cama para incorporarse.

La niña tomó el recipiente y se encaminó hacia la puerta. Avanzó con lentitud. La carga le impedía mirar el sitio donde sus pequeños pies se iban plantando. Marie la seguía de cerca, presta para sostenerla en caso de resbalar. Antes de salir, miró el ropero de cedro rojo en el que había guardado las cartas. Sintió rabia. Maldito Claude, maldito Antonio y maldito destino.

Recorrieron un par de metros y la mujer volteó para ver su recámara. ¿Cuánto tiempo más soportaría el nudo en el estómago y las ganas de aullar? No podía esperar hasta la llegada de la noche para sacudirse la duda. Si lograba mantener ocupada a Carmencita con alguna labor, quizá tendría algunos minutos a solas.

Sin pensarlo más, Marie regresó dando grandes zancadas hasta el armario. Mientras lo abría para extraer el sobre cuyo contenido le inquietaba conocer, le gritó a la hija que en un segundo estaría de vuelta; necesitaba un delantal limpio. Cuando la niña comenzó a entender las palabras de la madre, ella estaba de nuevo a su lado; con el mandil puesto y la carta dentro de una de las bolsas.

¡El *crochet!* Cómo no se le había ocurrido. Carmencita adoraba las lecciones para tejer con el ganchillo. Bastaba con ayudarle a hacer el primer lazo de hilo, el que se debía pasar por un nudo

corredizo, para que se entretuviera haciendo cadenetas. La dejaría instalada con el abuelo y sus hermanos en la sala. Después se excusaría para regresar a la cocina.

Marie repasó con rapidez el texto:

«Siempre que me necesites estaré para ti».

«Desgraciado; hombre del demonio; estúpido. Sí, estúpido bastardo. Debería estar llorando a mi esposo muerto y sin embargo pienso en ti. ¡Haces que piense en ti! ¿Hasta cuándo, Claude? ¿Cuándo me dejarás en paz? ¿Cuándo dejarás de lucrar con mi desgracia?», le decía la mujer al papel, mientras lo rasgaba y desmenuzaba.

Algunos trocitos de la carta cayeron sobre las losetas de barro; el resto fue a dar al horno de la estufa. A ver si después de aderezar la leña con las palabras de ese embustero, la *cancoiotte* no le quedaba amarga. La mujer tomó una espumadera cercana y comenzó a golpear las hornillas. El hierro fundido se quejaba, orquestando un concierto de vibraciones graves. «¿Por qué te casaste? ¿Por qué? Ya no hay nada que hacer, ¡entiéndelo!».

Cuando la furia amainó, Marie recordó sus deberes de madre. Aventó el utensilio junto a la estufa y salió, escondiendo su desesperanza, en busca de sus hijos.

Catherine, final del verano de 1858

—La casa Wittenez, Catherine. Cerré el trato con Joseph Wittenez —dijo Charles, al tiempo que extendía sobre el lecho una hermosa mantilla de seda.

—¿Trato? —preguntó la mujer, mientras observaba al esposo agacharse para continuar hurgando en la maleta que tenía abierta en el piso.

—Sí, trato. Me comprometí a enviarles toda la vainilla grande que sequemos. Y sus agentes en Le Havre, Burdeos y París colocarán las remesas con sus clientes.

—¿Y te pagarán bien?

—Es la idea. Que ellos consigan al comprador y seleccionen al que ofrece el precio más alto.

—Entonces, ¿no sabrás hasta el final cuánto recibiremos? ¡Ay, Charles, en qué te fuiste a meter!

—Catherine, se trata de los Wittenez. Gente seria y formal. Muy recomendados por el señor cónsul —aclaró el esposo.

—Sí, de acuerdo. Pero la idea era que eliminaras a los intermediarios, no que los buscaras de mejor categoría. Para el caso, ¿no estarás más seguro con Ravri?

—Es distinto. Pierre no paga bien. Y es natural, él es quien se arriesga. Pero ¿has notado la pequeña fortuna que ha hecho en tan corto tiempo? Empezó a mercadear solo su vainilla, y mira ahora.

—Pues sí, y eso es justo lo que supuse que harías, buscar tus propios clientes.

—Bien se ve que no tienes ni idea de cómo funcionan los negocios. Ellos tienen lo que a mí me falta: experiencia y buenos contactos. Y se encargarán de contratar el transporte, de los aranceles y hacer el papeleo para sacar las vainas del país e ingresarlas a Francia. Una verdadera monserga —dijo molesto.

—Bueno, es que tienes que explicarme —exigió la mujer—. Entonces, ¿serán como una especie de socios?

—No precisamente. Nos cobrarán una comisión, que por cierto es bastante decente, reteniéndola al recibir el pago.

—Si es que lo recibimos —masculló la mujer.

—¿Qué dijiste? ¿Qué dijiste? —preguntó con la quijada trabada, mientras la sacudía de los hombros.

—Es que...

—Es que nada —dijo, liberándola con un ligero empujón—. ¿Ahora qué demonios te pasa? Insistías en que debía arriesgarme ¿y me sales con estas tonterías?

Catherine dudaba. ¿Sería el momento indicado para hablar? Tal vez la noticia lo podría calmar. El hombre continuaba, furioso:

—Nada te place. Y, te guste o no, ahora las cosas se harán a mi manera —dijo el nuevo Charles, que recién estrenaba la sensación de poder que el espejismo de su futura fortuna le prodigaba.

La mujer tenía que decidirse, y pronto. Daba igual quién la hubiera preñado, lo importante era escoger un padre para su hijo. ¿Regresaría Ricard? ¿Estaría dispuesto a llevarlos lejos y empezar de nuevo? ¿Y si la criatura nacía muerta o antes de tiempo, como las anteriores? Lo esperaría unos días más, total, de cualquier manera hacía falta el dictamen del doctor Friedler para confirmar sus sospechas. Por lo pronto debía jalar los hilos de su marioneta.

—¿Por qué te alteras, cariño? No me dejaste terminar la frase. Yo solo quería preguntarte por las cajas de vainillas que te llevaste. Como me trajiste varios obsequios, pensé que quizás...

—¿Pensaste? ¿Qué pensaste, que el imbécil de Charles se había ido de paseo a gastarse el dinero por el que tanto gimes?

—Querido, espera, no me dejas explicarte —dijo con voz suave y pausada—. Yo, nosotros — corrigió— siempre hemos hablado, compartido.

—Tú eres la que siempre has hablado. A mí ni siquiera me escuchas. Y justo ahora que encuentro un poco de gozo al obtener la recompensa por estos años de lucha, ¿quieres arrebatármelo? No, Catherine. Se acabó. Aquí el que provee y decide soy yo, y tú, mujer, me debes obediencia.

—¡Charles! ¡Nunca me habías hablado así! ¿Qué sucede?

—Que cualquier día es bueno para empezar.

El triunfante Charles comenzaba a liberarse. Unas cuantas frases se transformaron en un bálsamo que alivió buena parte del dolor infligido por las humillaciones que durante años había soportado. Catherine se retiró muy irritada.

Charles dio un puntapié al equipaje, imaginando que se trataba de las costillas de su mujer. Escuchó un crujido. Tal vez había partido los abanicos que había comprado para halagar a su esposa. Se alegró. Hizo a un lado la mantilla percibiendo el penetrante olor a naftalina que expelía. Se postró en la cama. Ansiaba descansar. No tenía ánimos siquiera de quitarse las botas, mucho menos de tenerle consideración a esa fiera. Sus ojos recorrían la estructura del techo: los horcones de corazón de mangle prieto, las vigas de hojancho, las tablas de cedro que cubrían el tapanco. Haría modificaciones. Un segundo piso, espacios más confortables. Contrataría a una india, servicial y dispuesta. O tal vez solo dispuesta. Sonreía. Sus párpados comenzaban a subir y bajar con más frecuencia. Y en cada correr y recorrer el manto que cubría su mirada, las imágenes de su viaje a Veracruz se sucedían. El muelle fiscal, el edificio de la aduana, el convento de San Francisco... La calle principal repleta de establecimientos comerciales, el Gran Hotel Diligencias, la iglesia del Santo Cristo, las murallas, los baluartes... El calor, el insoportable calor... El sueño llegaba... Decidió pensar en el futuro, imaginarlo, sentirlo, tocarlo. Deseó aquí y ahora estar allá y para siempre.

Catherine regresó a la habitación.

—Cuidado, Charles, no digas algo de lo que te puedas arrepentir —le advirtió.

Al ver que el marido la ignoraba, arremetió con fuerza. Tenía la certeza de que ese destello de independencia poco le duraría. Era un hombre débil, manipulable y acostumbrado a agachar la

cabeza. No era nadie si ella no lo instigaba a actuar. Y si unos cuantos pesos eran el motivo de su altanería, se encargaría de colocarle de nuevo el yugo. Un buey no es capaz de labrar la tierra por sí solo, necesita la mano del amo en la esteva para dirigir la faena.

—Te dejo, querido, veo que no estás de humor. Cuando te hayas repuesto recuérdame que hablemos de algunas reparaciones urgentes. No sé si lo notaste, pero una rama del aguacate cayó sobre el techo. Te advertí muchas veces que tenía comején y había que desramarlo, pero en fin, lo hecho hecho está. Ya después verás si encargas tejas marsellesas o las adquieres en una fábrica de las de por aquí.

Después de soltar las ponzoñosas palabras, se retiró satisfecha. Salió de la casa y llegó adonde se encontraba el horno del pan, una pequeña construcción de ladrillos recubierta de arcilla. Su aspecto le recordaba una luna invertida, de esas que apenas se están llenando. Abrió la tapa de fierro instalada al frente e introdujo una buena cantidad de leña. La apiló en el piso, justo al centro, y prendió fuego.

Se dirigió a la cocina en busca de la pieza de pan crudo, aplastada y seca, que reservaba durante una semana, para utilizarla en la siguiente hechura como levadura. El olor amargo y dulzón que despedía se diluyó al remojar la masa en agua. La desbarató con los dedos y mezcló el pegajoso engrudo con un poco de harina. Los dejó reposar en un lugar cálido para que la naturaleza hiciera su trabajo. Observó su vientre. Lo imaginó duplicando su volumen.

Charles, inmune a los embates de Catherine, siguió soñando: un préstamo, para expandirse. Los intereses no excedían del dieciocho por ciento y con suerte conseguiría uno hasta del quince. Con esos recursos compraría vainilla. A los franceses o a los misantecos, a quienes fuera necesario. Debía actuar con rapidez, tener todo listo antes de la época de recolección. El siguiente año sería muy bueno y él cosecharía más de lo imaginado.

Catherine tomó siete pequeñas bandejas de madera de chicozapote y forró su interior con pedazos de hojas verdes de plátano. Después vació la levadura fermentada en una artesa, le agregó harina, un poco de manteca y sal. Amasó la mezcla con fuerza, golpeándola en repetidas ocasiones. Luego cortó la primera bola, del tamaño de sus manos, y la aporreó en el fondo de la batea de madera por algunos minutos más. Para finalizar, procedió a darle aire y cuando sintió que la textura comenzaba a alisarse, la colocó en uno de los moldes individuales. Repitió la operación hasta llenarlos todos. Un vientre todavía más abultado vino a su mente, lo sintió punzar. Esperó un poco más.

Los párpados de Charles se habían cerrado por completo. Se vio recorriendo plantaciones y hablando como no era su costumbre. Planteó, prometió y convenció. Las vainas llegaban sin tregua. No se daban abasto para secarlas. Estaba descontrolado, la calidad que obtenía no era la óptima. ¿Dónde colocaría la que no sirviera para enviar a los Wittenez? Tenía muchas dudas, no solo con relación al trabajo.

Catherine regresó al horno. Humo negro se colaba por las rendijas de la puertecilla. La abrió, apartando la cara para evitar aspirar el hollín que fluía hacia el exterior. Tomó un largo rastrillo de madera, lo mojó en agua y con él distribuyó las brasas por toda la superficie. Después se apresuró en busca de los panes. Sacó el primero del molde y lo colocó, junto con su verde cubierta, sobre una pala. Lo introdujo al calorífico, lo puso en el piso con un jalón fuerte y decidido. Al terminar de poner el séptimo, la mujer estaba extenuada. Una várice en la pierna comenzaba a molestarle. La barriga, ni se diga.

Charles no quería despertar, sabía que se había equivocado. En medio del frenesí que vivió no quiso escuchar los consejos del señor Meunier y estaba pagando las consecuencias. Había perdido la fe en la palabra de Louis desde que descubrió que Ravri estaba haciendo algo muy parecido a lo que el viejo le planteó a su llegada. Arrendar poco a poco más tierras sin descuidar las propias. Ese era el camino. ¿Y Catherine?

La mujer abrió la puerta del horno. Las tortas estaban listas. Tomó de nuevo la pala y las fue sacando. Una a una, les quitó la hoja chamuscada. Aspiró el tierno olor del pan cocido, al tiempo que las metía en una canasta forrada con un trapo. Ahí conservarían su calor y evitarían que la costra se humedeciera. Suspiró satisfecha.

El canto de una primavera lo obligó a abrir los ojos. Salió de su habitación y se dirigió al monte, ahí donde crecían los bejucos. Se recargó en un cojón de gato, especie de árbol a la que la orquídea quería estar eternamente abrazada. Observó los frutos. Pensó. Se retiró decidido. Lo arreglaría, seguro que lo haría.

Encontró a Catherine en la cocina. Con la mirada perdida en sus tortas. Al ver que ella había notado su presencia, le sonrió. La mujer, quien estaba segura de que la preñez no solo le transformaba el cuerpo sino también el ánimo, sintió ganas de llorar. Y en un impulso, como los muchos que guiaban su vida, le soltó la noticia:

—Charles, hay un asunto del que necesito hablar.

—Invítame algo mientras me cuentas —dijo, al tiempo que se sentaba frente a ella.

—Quiero que lo tomes con calma, no será la primera vez que te dé esta noticia.

—¿Estás, estás preñada de nuevo? —preguntó, intentando levantarse.

Ella le tomó ambas manos. Al observar su rostro esperanzado, cerró los ojos y bajó la cabeza. La tristeza se le comenzó a escapar. Una serie de aspiraciones cortas, frecuentes y profundas parecían marcar el ritmo de una danza en la que los hombros subían al tiempo que sacudía la cabeza. Charles la soltó y se levantó deprisa a abrazarla. Ella sintió el calor. Y sin abrir los ojos, comenzó a llorar.

—Nuestra vida está cambiando, Catherine, y este hijo es una señal inequívoca de ello.

—Tengo miedo, Charles, mucho miedo.

—Mírame —le dijo, mientras se apartaba un poco de ella y le tomaba la barbilla—. Mañana mismo iremos a casa de Simonine.

—¿A casa del ebanista? —preguntó extrañada.

—Escúchame, este hijo sí nacerá. Y lo recibiremos como es debido. Le encargaré una cuna hermosa, fina, tú le dirás cómo la quieres.

—Charles, ¿no crees que es muy pronto?

—Y a ti, a ti te mandaré hacer una mecedora. Con sus largas patas enroscadas. ¡Ah, vaya don con el que nació, cada mueble que hace es una pieza de arte, una verdadera joya! —dijo, imaginando a Simonine entregándole el trabajo solicitado.

—¡Charles!

—Venimos a cambiar nuestro destino y lo estamos logrando. Nuestro hijo llegará.

Marie, agosto de 1939

La mujer puso el barreño sobre las tablas del muelle y se hincó. Tomó la primera tripa de cerdo, la volteó y se estiró para enjuagarla. Se detuvo un momento. En los días de seca, el agua, ya libre de la tierra y espuma que arrastraba desde las montañas, se transformaba en un cristal que permitía observar la vida que contenía.

Una alfombra de limo verde cubría el lecho, salpicada de algunas piedras y troncos abandonados por la última creciente. Y sobre esta, cientos de burgados con sus redondos caparazones se deslizaban para alimentarse. Más alejadas, un par de zapateras chocaban sus pinzas cuadradas y toscas.

Marie miró las reinas que se acercaban flotando y se vio de pequeña en compañía de Marguerite. A menudo iban al bajadero, les gustaba cortar las esponjosas flores moradas que coronaban los lirios y sacarlos del agua para observar los pequeños cangrejos y acamayas que albergaban sus raíces. La imagen de su hermana estaba tan desdibujada como el retrato que permanecía en la habitación de su padre. La muerte se la había llevado muy pronto.

¿Cuántas pérdidas más habría de vivir? El espejo de agua también le mostró la imagen de Claude. Regresó a las tripas. Tomó el cuchillo y empezó a raspar las adherencias con fuerza. Algunos restos cayeron y comenzaron a acudir los bagres. Esos malditos peces carroñeros eran una plaga. Lo mismo devoraban un camarón que un pedazo de churro o un trozo de queso. Como él, igual de peligrosos. Los traicioneros te clavaban su ponzoñosa espina al primer descuido. Habiendo robalos y sargos, tuviste que elegir al peor, Marie, hasta un inservible guarasapo habría sido preferible.

Se habían dado cita muchas veces en las soledades del río. Ahí comenzó a descubrir las sensaciones que traían las caricias, las primeras humedades. Sus manos finas la rozaban, sus ojos verde atigrados. Miró una sombra en el suelo, le pertenecía a Tolín. Su blanco traje de manta estaba ensangrentado.

—Mira cómo vienes, chaparro, pareces un Santo Cristo aporreado —le dijo, mientras colocaba los intestinos limpios en el recipiente.

Él, por respeto, se aguantó las ganas de decirle que no se quedaba atrás, solo que el vestido de zopilote disfrazaba mejor las manchas. Y, aunque a menudo intercambiaban bromas, sabía medir sus palabras. Su poco mundo no le restaba decencia ni sensibilidad, aunque sí le pesaba. La mujer a la que llevaba años amando se había fijado en un hombre de distinta nacionalidad, pero jamás compartiría su vida con la de un jornalero.

—Tu papá, que me pidió que le ayudara a terminar de destazar el puerco. Por cierto, te dejé

dos latas bien grandotas de manteca en la cocina.

—¿Y él, dónde anda?

—Se fue a dejarle un brazuelo a don Adrián y dijo que regresaba por el espinazo para llevárselo a las Thomas. ¿Quieres que te eche la mano para hacer la rellena o la longaniza?

—Ya casi termino, gracias. Por lo pronto ayúdame con el traste —contestó, ofreciéndole la bandeja para poder incorporarse.

Los Roussel sacrificaban un animal cada tres o cuatro meses. Don Ramiro, el carnicero, pasaba los lunes a levantar pedidos, pero rara vez aceptaba venderles manteca. El apreciado producto, tan necesario para cocinar, estaba reservado para sus mejores clientes. Así que muchos criaban sus propios cerdos.

El excedente de carne, después de apartar la que se comería ese día y de procesar la que podía conservarse, era repartido entre los vecinos. Se acostumbraba retribuir el presente enviando uno similar cuando llegaba el turno.

Tolín tomó el barreño y acompañó a Marie de regreso. Salivó al ver el costillar enchileanchado que la hija de su patrón había puesto al sol antes de partir hacia el río. Entraron a la cocina y dejó el traste junto a un guiso de sangre coagulada y especias. Se despidió, pero al llegar a la puerta decidió probar suerte:

—Eh, Marie, ¿me vas a invitar a las carnitas y cueritos?

—¡Ah, mira el zángano este! ¿No tienes que regresar al vainillar?

—Pos sí, pero mira cómo estoy de flaco —dijo, pegándose la camisa al cuerpo—. Aunque sea guárdame un poco de paté, ¿no? —agregó, riendo.

—Bueno tú, lo que tienes de chaparro lo tienes de tragón. ¡Ya deja de pensar en comida!

Marie tomó el largo saco que contenía el intestino grueso para empezar a rellenarlo cuando escuchó de nuevo a Tolín.

—¿Y ahora? —preguntó la mujer, desconcertada.

—Ahí te hablan afuera.

—¿Quién vino?

—El viejo que habla raro, el del carrazo.

—¿El tío de Antonio?

—*N'ombre*, el Cajigas, el cliente de don Fransuá.

La mujer se enjuagó las manos y salió junto con su olor a cerdo. Tolín la escoltó. Los ojos del vainillero centellaban en dirección del elegante Cadillac negro, con molduras plateadas y llantas blancas. En la región no había tantos coches y eran pocos los que había visto de cerca. El Aston Martin del señor Roland, el viejo Ford T de los Prince y el DeSoto de los Vaillard.

—¿Cómo está, señor Cajigas?

—Hecho polvo. Ayer regresé de la capital. Me he bajado del tren y apenas he tenido tiempo de pasar por casa y descansar un poco.

—¿Y se vino manejando solo hasta acá? —le preguntó mientras le plantaba un beso en cada mejilla.

—¡Qué va! Me he traído un chofer, pero se ha quedado resolviendo unos asuntos en el pueblo. Él es quien ha conducido y reparado los neumáticos —aclaró riendo.

El viejo no exageraba. Recorrer los noventa kilómetros de terracería que separaban Teziutlán de El Mentidero podía dejar apaleado a cualquiera. Durante la primera parte del trayecto, había

que cruzar la serranía entre barrancos repletos de neblina y helechos paleolíticos. Cientos de pronunciadas curvas se sucedían sin tregua, hasta llegar a Santa María de Tlapacoyan. A partir de la Hacienda del Jobo las pendientes disminuían, y se convertían en un simple lomerío de aspecto más tropical. Al llegar al pueblo de Martínez de la Torre, lugar con vocación ganadera, el estado del camino empeoraba. Las ponchaduras de llantas se hacían frecuentes, los atascaderos abundaban y había que cruzar algunos vados. El más peligroso era el que se encontraba cerca de Perseverancia. Los viajeros tenían que detenerse y quitar la banda al ventilador del auto, para evitar que se mojaran las bujías. Otra opción era hacer un rodeo atravesando la sabana, pero aparte de tener que pasar por un par de rieles con tablas, al que llamaban Puente de Brinco del Tigre, del otro lado había un gran atolladero. Llegar a la congregación de Paso Largo resultaba toda una proeza. Después, el paisaje hacía que el tortuoso camino pasara a segundo plano. Comenzaban las plantaciones.

—Pase, por favor. Mi padre no tarda en llegar —dijo Marie—. Tolín, por si las dudas ve con las Thomas a ver si se atoró platicando.

—Vengo a hablar de negocios, pero será un gusto conversar contigo en lo que llega. Mira qué bien te ves, chiquilla.

—¿Se le antoja un agua de limón? —preguntó Marie al entrar a la sala.

—Me apetece más un café, pero puedo esperar a François. Y dime, ¿estás de visita o te has mudado con tu padre? Me enteré de que tu marido tenía planes de llevarlos a vivir a Teziutlán, ¿no es cierto?

—Así es, pero la muerte lo sorprendió poco antes de irnos. Es una historia un poco complicada. Le habíamos cedido nuestra casa a Joseph y...

—Tranquila, hija, tranquila, si te hace daño no me lo cuentes —interrumpió el viejo.

—No, no es eso —dijo Marie, esbozando una sonrisa—. Le cedimos la casa a mi hermano, nos vinimos a pasar unos días aquí en lo que ultimábamos detalles, y entretanto sucedió la tragedia. Después, ni corazón ni fuerzas para dejar a mi padre. Mucho menos quitarle a Joseph lo que Antonio le había otorgado.

—Entiendo. Hiciste bien, Marie, no hay mejor remedio para estos males que el afecto. Pero bueno, estás guapísima y tienes la vida por delante. Antes de lo que supones te habrás vuelto a casar, ¡ya lo verás!

—Ni lo diga, en mi vida no habrá otro hombre después de Antonio.

—Vamos, que yo entiendo; igual y mi comentario ha sido un poco tosco. Lo que en realidad quería decir es que tu corazón sanará.

Las entrañas de la mujer se convirtieron en un amasijo. Había descubierto el sereno refugio de la soledad y no se expondría de nuevo. ¿Volver a compartir la vida con un hombre? Jamás. Estar atada a un egoísta y miserable, como era la mayoría, ¿para qué? Continuaría lejos de la fuente del caos y el dolor.

La presencia de su padre impidió que regurgitara parte de sus pensamientos. Decidió salir para tranquilizarse. Se excusó con el pretexto de ir a la cocina por las bebidas y aprovechó para limpiarse un poco.

—Bonjour, mon ami! —dijo François.

—Hombre, qué placer saludarte. ¿Cómo va la vainilla? Estoy al tanto de que envías unas excelentes remesas a los Rubalcaba.

—Ahí vamos, haciendo lo que se puede. Me pagan bien y puntual, no me puedo quejar.

—Pues la calidad de tu vainilla es excepcional, vamos, que no he visto en la región otra con tanto contenido de aceite.

—No es ningún secreto, la aguantamos hasta enero.

—Es lo que yo les digo a los indios, que la corten hasta enero, pero son unos necios. Dicen que el pillaje no los deja.

—Pues aquí también es un problema, pero preferimos perder un poco a sacrificar calidad.

—Toda una proeza, mi amigo, mira que entre lluvias e inundaciones, cada día son menos los que cultivan vainilla. ¿Cómo va el roatán? Recuerdo que la Weimberger dejó colgados a muchos productores.

—*Bon*, de eso hace tiempo. Las cooperativas firmaron un nuevo contrato de venta con la Standard Fruit. No es muy favorable, pero por lo menos tienen a quién venderle. Hace unas semanas, Frédéric empezó a trabajar como checador para los americanos. A pesar de que es un empleo de tiempo parcial lo veo muy interesado. Hasta habla de tener sus propias plantaciones.

La siembra del plátano era una actividad que comenzaba a tener auge en la zona. En 1923 un grupo de pobladores se había unido para formar una cooperativa. Estaban seguros de que en sus vegas, fertilizadas por el Nautla de cuando en cuando, se podrían reproducir las plantaciones que había en el Istmo y en Tabasco. Una certeza que debió esperar algunos años para ser confirmada. La revolución delahuertista se les atravesó en el camino. Los agricultores dejaron sus planes para cavar trincheras, levantar barricadas, conseguir pertrechos y patrullar la zona. Después de doce lluviosos años y otros movimientos revolucionarios, retomaron su proyecto. La estabilidad del periodo cardenista y los incentivos a la exportación favorecieron el despegue de muchas empresas agropecuarias. En 1935 se crearon la Cooperativa Agrícola de Producción San Rafael y las sociedades de Jicaltepec y El Mentidero-Zaragoza.

El entusiasmo de Frédéric lo llevaría no solo a independizarse de su padre, también provocaría que se convirtiera en un prestigiado bodeguero del Mercado de La Merced en la Ciudad de México.

—Pues será una pena que te dejen solo. Como a mí, que ni hijos, ni sobrinos ni *naa*, todos se han dedicado a llevar agua a su molino. Y al viejo que lo parta un rayo. Si no fuera por mi nieto más pequeño, que me ha devuelto la ilusión al interesarse por los negocios, vendería todo y me volvería a España.

—Así son los muchachos, lo que pasa es que se nos olvida —dijo François.

—Joder, ¿y qué es lo que hace Frédéric para los americanos?

—Verifica los racimos cuando están siendo cargados al chalán que los transportará al vapor. Si alguno no cumple con la calidad que pide la Standard, le indica al estibador que lo tire al río.

—Hostia, qué fuerte. Qué desperdicio. ¿Qué más les da regresarlo al bote?

—Uy, y en época de mucha producción es peor, el racimo que en invierno pasa el control de calidad, en verano no lo hace. Los checadores se la pasan gritando «agua». Y, no conformes, en el vapor hay un supervisor que vuelve a seleccionar y a desechar.

—Pues es increíble que, a pesar de los ventajosos americanos, siga siendo rentable.

François asintió con la cabeza.

—Otra historia sería, mi amigo, si el tren llegase hasta la costa. O una buena carretera, joder.

Que dependen demasiado de los yanquis y del río.

—Algún día, *mon ami*.

—Pues yo no lo veo tan lejano. Por ahí dicen que el próximo presidente de la República será teziuteco. Y si estamos de suerte, verás que la región despunta.

Marie terminó de quitarse la inmundicia y salió a la huerta. No quiso regresar a la cocina por una canasta. Llegó a donde estaban los fragantes limoneros y cortó algunas pelotillas verdes. Se las echó a las bolsas del vestido. Recordó que se estaba terminando el concentrado de azahar para darle sabor a los postres. Seleccionó algunas flores que mezclaría después con alcohol.

Regresó a la cocina y se dio cuenta de que traía la mente perdida en algún sitio; ¡le habían pedido café! Puso agua a hervir. «Seguro hará muecas al probar nuestro robusta», pensó, divertida.

El español continuó escuchando los relatos sobre la bonanza de la que por fin gozaba la región. Estaba enterado de todas las novedades, pero aguardaba paciente el momento oportuno para proponerle al francés que le volviera a vender vainilla. La necesitaba, le pagaría más que los Rubalcaba.

François narraba la manera en la que los Couturier injertaban nuevas variedades de cítricos en sus árboles cuando irrumpió Marie. Cargaba una sencilla cafetera de porcelana y algunas tazas a juego. Mientras servía el caliente líquido, que en esas regiones, se afirmaba, refrescaba gracias a la acción del sudor, su padre mencionó a la familia que se había aventurado a importar ganado cebú y lo reproducía con éxito: los Stivalet.

El señor Cajigas se irguió para atender a la historia de nuevo. Comenzó a observar los labios del francés, la información le interesaba. De no cerrar algún trato con los Roussel, acudiría con el heredero del hato ganadero más importante de la zona que, a la muerte de Antonio, se había convertido, además, en un pujante comercializador.

También Marie miró a su padre, solo que ella escudriñó sus ojos. Se veían serenos, indiferentes, ajenos al pasado. No era un hombre hostil ni de enconos, pero Claude no solo llevó al borde de la fractura la relación con su hija, ahora representaba otro tipo de amenaza. Habían pasado tres meses desde el incidente en el vainillar y era la hora que no le hacía ningún reproche. La misericordia de François le dolía porque el perdón que alivia tiene un costo, se paga con súplicas, promesas y lágrimas.

La mujer se excusó para retirarse. Necesitaba deglutir la mezcla de emociones que rodaba en su estómago. Traición, rabia, desengaño, impotencia, suplicio. Todo lo que deseaba olvidar se renovaba. Con Claude, con Antonio y ahora con esta maldita desesperanza. «Siempre que me necesites estaré para ti». La frase de la última carta que había recibido terminó de turbarla. «¿Estarás para qué, Claude? Ya es muy tarde».

La lista de argumentos que el hombre le dio en el vainillar y su confesión de amor se sumaron. Marie empezó a dudar. Comenzó a correr agua por el lecho seco de las ilusiones. El cinismo del hombre no conocía límites; tal vez por eso, por cínico, es que intuía que en realidad le importaba.

Catherine, septiembre de 1861

La familia Roussel se transformaba a un ritmo tan vertiginoso como el de Jicaltepec. Durante los tres años que duró la Guerra de Reforma, la población mexicana en la región se vio disminuida y la francesa, ajena al conflicto, aumentó en forma exponencial. Numerosos nacimientos y una desbandada de personas del Alto Saona y la Côte d'Or que atravesaban el Atlántico se integraron a la colonia.

El espacio resultó insuficiente, por lo que muchos decidieron establecerse en la ribera izquierda del Nautla, donde Francisco de Paula López, el propietario, arrendaba lotes. Ahí, una tierra un poco más pródiga les permitió, en adición a los cultivos existentes, sembrar tabaco de mejor calidad. La liberalización del monopolio del producto y la eliminación de sistemas impositivos incentivó a los agricultores, quienes llegaron a cosechar hasta sesenta mil arrobas anuales.

A pesar de los problemas políticos y la falta de trabajadores que la guerra había generado, pequeñas empresas agrícolas florecían. La marina comercial, compuesta por siete u ocho goletas, transportaba al puerto de Veracruz maíz, vainilla, tabaco, zarzaparrilla, frijoles, arroz, grasa, jabón, petates y legumbres; y traían de regreso vino, vajillas de plata, quincalla y mercancías secas.

La sal fue el producto que más influyó en este devenir. Cada año se recibían entre ocho y diez mil fanegas provenientes de las salinas de Campeche y de Sisal, en Yucatán, por lo que llegaron numerosos arrieros, que acudían para venderla en Puebla, México y las minas.

Esta bonanza generó la envidia de algunos mexicanos. Los problemas por la tenencia de la tierra resucitaron y los Acosta no perdieron oportunidad de intentar apropiarse de una buena parte del territorio de Jicaltepec, el sector de Chapachapa. Los Roussel no lo ignoraban.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Catherine.

—He perdido la cuenta de cuántas veces me has preguntado lo mismo —contestó Charles en tono burlón.

—¡Quién estuviera en tu lugar! No sabes lo que daría por viajar un poco y distraerme.

—Pensé que estabas contenta.

—Lo estoy, Charles, lo estoy.

—No voy de placer y lo sabes. Aparte, preñada, ¡no sé cómo se te ocurren estas cosas!

—No te estoy diciendo que me lleves. Solo que me gustaría ir.

—Bueno, ¿y Nicolás? No ha cumplido siquiera los tres. De verdad que hoy estás fuera de tus cabales —dijo el hombre, comenzando a exasperarse.

—¿Regresarás a tiempo?

—¿A tiempo? ¿A tiempo para qué?

—Para recibir a nuestra hija.

—Catherine, por Dios, voy solo a Veracruz. El peligroso puerto que tanto te asustaba. Tienes todo, mucha gente a tu servicio. Están Concepción y los demás trabajadores. ¿Te podrías tranquilizar un poco? ¿Qué es lo que sucede?

—Es que presiento que nacerá durante tu ausencia.

—Si no haces tonterías y cuidas a nuestro hijo, por supuesto que estaré aquí para recibirlo.

—Recibirla, ya te dije, será niña y se llamará Antoinette.

—¿Un nombre de reina? ¡De ninguna manera y mucho menos guillotizada! Se llamará Mathilde, como mi madre.

—¿Ves que será niña? —replicó Catherine, ampliando su sonrisa.

—Por Dios, cómo dices sandeces —reprochó, mientras enviaba el iris de sus ojos hacia arriba—. Me voy, quiero ir a dar una vuelta por Arroyo Hondo.

—No vayas solo, que te acompañe Alberto.

—De mucho va a servir un mozo en el monte —dijo irónico—. Luego vengo.

—Ay, Charles, ¿tú crees que los Acosta van a olvidar el asunto? Ya se apropiaron de Piedra Grande y quieren nuestras tierras.

—Bah, esos son unos fanfarrones. Edouard Frère se está encargando.

—Sí, me enteré de que lo nombraron representante de la comisión de tierras, pero Anne me dijo que ahora pretenden que por lo menos les paguemos una renta.

—¿Anne? ¡Maldita sea! ¿La volviste a ver?

—Te juro que la encontré por casualidad.

La desconfianza comenzó a carcomerle las entrañas. Hacía tiempo que había comprendido que Catherine era un ser centrado en sí mismo. La había ayudado a subir a un pedestal en el que no le correspondía estar, y se lamentaba profundamente.

De haber visto las señales de su voracidad a tiempo, también se habría casado con esa mujer hermosa y decidida, que hacía danzar sus caderas como ninguna otra, pero su matrimonio habría sido muy distinto. Recordaba un viejo adagio: «Cuando un tazón se rompe y se vuelve a ensamblar con cola, su fragilidad se hace manifiesta». La unión de las partes no tiene demasiada intensidad y es probable que en poco tiempo se resquebraje de nuevo.

—¡No me vengas con esas estupideces! —le gritó mientras alzaba su rugosa mano y la impulsaba con furia hacia su cara—, ¡me tienes harto, harto de verdad!

Catherine alcanzó a esconder su horrorizado rostro tras el antebrazo. Él, improvisando, sujetó el gorro de la mujer, jalando a ambos hacia el piso. Las cintas rematadas en un gran moño, que auxiliaban a la tela para permanecer sobre la cabeza, se convirtieron en un verdugo que la asfixiaba. Intentó asirse al pantalón del marido, levantó una mano suplicante, pero en los ojos de Charles solo se proyectaba una efigie, la que lo atormentaba y alimentaba sus dudas. Cegado como estaba, no se dio cuenta de que la mujer dejaba de luchar y se desvanecía. Una voz lo regresó a la realidad.

—Patrón, ¿qué pasó? —preguntó Concepción, la india al servicio de la casa.

—No lo sé, Conchita, no lo sé. Creo que sufrió un mareo

—contestó Charles, desconcertado—. Ve por las sales y avísale a Alberto que corra a traer al

doctor Friedler.

Charles se hincó sujetando el torso de la mujer entre sus brazos. La cara antes enrojecida por la sangre se había tornado pálida, pero respiraba. Era un alivio. Intentó desamarrar el nudo de las cintas con sus temblorosas manos, sin lograrlo. Estaba tan apretado que sería mejor cortarlo. Sacó la navaja que prudentemente lo acompañaba en tiempos y lugares tan hostiles. Desdobló la hoja que estaba escondida entre las cachas y rasgó el listón. Vio una marca en su barbilla y sintió que la culpa le asestaba un golpe igual de salvaje. Comenzó a llorar mientras le acariciaba los pómulos.

—¿Qué te hice, Catherine? ¿Qué te hice? ¿Por qué me obligas? ¿Por qué me llevas al límite? —pronunciaba cual suave rosario.

Concepción regresó envuelta en una larga falda bordada con motivos rojos del Árbol de la Vida, que la hacían parecer más baja y rolliza. Se arrodilló junto a su señor.

—¿Dónde está Nicolás? —le preguntó el hombre.

—Aún duerme, patrón.

—¿Quién más está en la casa?

—Nadie, patrón, salvo Beto, que estaba afuera preparando las monturas.

—Mejor así, que nadie haya estado presente cuando la señora se desmayó. ¿Me entiendes?

—Sí, patrón, como usted diga —la india hizo una pausa al observar que los párpados de la mujer tintineaban—. Parece que revive.

—¡Dame eso! —le exigió, mientras le arrebatava el frasco con la mezcla de carbonato de amonio y perfume.

Escucharon un relincho, seguramente el mozo había espoleado al animal en exceso. El sonido de los apurados cascos se perdía. Catherine respiraba el irritante humo y comenzaba a despertar. Todo estaría bien, así tenía que ser.

—Concha, ayúdame, hay que llevarla al cuarto.

Concepción notó un pequeño círculo húmedo en la falda de la patrona. Intuía que la francesa perdería a la criatura, pero calló. Disfrutó en silencio ese momento. Ella, que deseaba un hijo, debía tomar brebajes de hojas de *hualtekh'et* hervidas, pues don Carlos le había advertido que de salir preñada la echaría sin miramientos.

Catherine se sintió arrastrada. Al notar que se encontraba sobre su cama, intentó fijar la mirada pero solo alcanzó a percibir el balanceo de las trenzas de Conchita, que se disponía a abandonar la habitación. La india las cruzaba detrás de su nuca, amarrando las puntas cerca de las orejas, lo que le daba el aspecto, al caminar, de traer una cuerda de saltar integrada a la cabeza.

Charles la tomó de la mano. No tuvo el valor de hablar. Deseaba poder discutir un rato para verter sobre ella la culpa que sentía por su actuar. Pero, al ver su estado, decidió seguirla cargando, por lo menos hasta que la mujer estuviera en condiciones.

El doctor llegó en buen momento y sin perder tiempo procedió a revisarla. Conchita escuchaba cerca de la puerta. No lograba entender muchos de los términos, pero deducía que la bolsa donde venía envuelta la criatura estaba intacta y lo que ella había visto pudo ser un poco de orín que la mujer dejó escapar después de tremendo susto. Ni llorar era bueno, ahora debía cuidar a la señora, que tendría que estar en reposo hasta que le llegara el momento de parir. Lo peor es que seguramente estaría más remilgosa que de costumbre.

Marie, invierno de 1939

El potente camión rojo se retiró. Iba y venía de la plantación a la casa. De ida, lleno; de regreso, vacío. Como Marie, transitando por la vida entre el amor y la desesperanza. Al igual que el vehículo: recorriendo el mismo camino, retornando al mismo lugar.

En su alargada trompa, rematada por una parrilla de forma casi oval, refulgía en plata la palabra dodge. Miguelito lo observaba maravillado. Sus redondos faros dispuestos en la parte central, justo donde las salpicaderas comenzaban su descenso hacia el parachoques, le evocaban una rana de grandes ojos a punto de saltar. El vehículo, legado de Antonio, había transportado la vainilla recién cortada hasta la casa. Marie, más preocupada por mantener vivo el recuerdo del padre que por interpretar una mirada que reflejaba el inocente deseo del chico de llegar a conducir un artefacto similar, se apresuró a decir:

—¿Te gusta el camión de papá?

—¿Por qué no lo tenemos nosotros, mamá?

—Porque se usa para el trabajo.

—Sí, pero ¿por qué no lo guardamos nosotros? ¿Por qué se queda en casa del tío Joseph?

—Porque él es el que trabaja, ¿recuerdas? Ya te lo expliqué. Tu tío nos ayuda con los negocios que dejó tu padre.

—Cuando sea grande, ¿me lo regalas?

Marie rio, imaginando que, para cuando eso sucediera, el pequeño no estaría interesado en un camión y menos con tantos años a cuestas.

—Ya veremos, *mon coeur*, tendrás que hacer méritos.

—¿Dónde está mi papá?

—En el cielo, con la abuelita Adélaïde —dijo piadosamente, pues si algo consideraba probable era que el marido debía de estar retorciéndose en los dominios del Maligno.

—¿Te acuerdas de él?

—No mucho, pero lo extraño. ¿Cuándo va a volver?

—Algún día nos reuniremos con él, mientras tanto, aunque no lo veas, te está cuidando —le contestó la madre, comenzando a incomodarse por el camino que tomaba la conversación.

Las primaveras que cantaban en las chacas cercanas y habían salido huyendo al paso del camión comenzaban a regresar. Los agujeros que cavaban las tuzas por doquier convertían el camino en un campo minado. Aunado al ruido del motor, cada vez que una llanta caía en la entrada de un túnel provocaba un desbalance en los ejes que sacudía y hacía retumbar la plataforma con las redilas. La mujer vio los costales con la vainilla que aguardaban en el corredor y decidió

distraer la atención del hijo.

—Hoy comenzamos a despezonar, ¿no estás emocionado?

Cuando un cargamento con frutos llegaba del campo había que proceder a hornearlos a la brevedad para evitar que se pudrieran. Como las vainas se cosechaban en ramillete, tenían que separarlas del pequeño rabillo, al que llamaban pezón y era el responsable de mantenerlas unidas.

Esta labor, aunque sencilla, requería de la contratación de trabajadores eventuales para terminar lo antes posible. Durante el día, los vainilleros de François pasaban la jornada realizando la tarea y, al anochecer, los nietos y sobrinos tenían la oportunidad de ganarse una pequeña fortuna. El viejo les pagaba tres pesos por cada costal de vainilla despezonada, cantidad suficiente para comprar una vasta dotación de canicas de piedra y ligas para el charpe, treinta refrescos o quince dulces del ambulante que pasaba por el Camino Real ofreciendo tejos de leche, jamoncillos, chilacayotas, papayas, calabazas y otras frutas confitadas.

Las visitas del vendedor eran todo un acontecimiento. Desde que abría la tijera donde colocaba la batea de madera con las golosinas, llegaba el viejo perro policía que cuidaba la propiedad de François. El animal se sentaba y agitaba la cola con fuerza, mientras empezaba a aullar. Y bastaba con que el comerciante destapara la blanca manta con la que protegía la mercancía para que el perro comenzara a babear. Los vainilleros sabían que el fiero guardián era capaz de canjear su lealtad por una cocada, por lo que al realizar alguna compra siempre pedían una pieza extra. Disfrutaban lanzarla al aire para observar cómo el viejo animal la atrapaba con agilidad renovada.

—¿Me dejará ayudar el abuelo? —preguntó Miguelito.

—Yo digo que sí. Eres un pequeño hombrecito —le dijo la madre riendo, mientras lo jalaba para besarlo.

El niño, abochornado por la posible aparición de alguien en el corredor, se resistía, pero terminó cediendo por conveniencia.

—Anda, ¡dile! Y habla con el tío Frédéric, ¡que luego me regaña por todo!

Al anochecer, una lámpara de gasolina colgada del techo iluminaba un gran cerro de verdes ramilletes. La altura del montón superaba la estatura de la mayoría de los pequeños trabajadores. Antonio, Rodrigo, Clément, Guillaume, Víctor y Miguelito estaban sentados alrededor, en compañía de su respectivo costal. No veían la cara al de enfrente, solo el deformado rostro del vecino, matizado por las sombras.

Utilizaban la recámara de Frédéric, quien no sin protestar se mudaba durante el despezonamiento a la habitación de su padre.

Efrén, un próspero pariente que vivía en una de las casas cercanas, acudió a la tertulia. Él no tenía la necesidad de trabajar, al menos no hasta llegar a la adolescencia, pues se convertiría en ganadero como su padre. El muchacho gozaba con la compañía de los primos y de pasada escuchaba las historias sobre las calenturas y aventuras amorosas de los vainilleros.

El recién llegado se recargó en una puerta de la recámara, la que comunicaba con el exterior, observándolos trabajar. Cerca de él, en el corredor, aguardaban más costales. Habían sido apilados uno sobre otro por prevención. Las nubes negras que envolvían el cielo de la tarde podían convertirse en un chubasco letal para las vainas.

—¡Chss! —les dijo Efrén—. ¡Escuchen! —indicó a los camaradas, con voz baja.

Afuera, en el amplio pasillo que separaba las dos construcciones que componían la casa, los

vainilleros se carcajaban. Frédéric, el más diestro en el arte de la conquista, narraba su última experiencia haciendo gozar a Juana, una hermosa nauteca, con fama de devoradora de hombres.

—*Jijo* de la chingada! —decía Chililique, entre risas.

—A este cabrón no se le va una viva —agregaba Tolín.

—Hasta que le den hueso raspado al pendejo —bromeaba Millo.

—Ya, no estés chingando, con eso no se juega —contestó Frédéric algo molesto.

—Pues será el sereno, pero dicen que vieron a la Juana en el panteón desenterrando un muertito —dijo Chililique, persignándose—. Y yo sí lo creo, se traía bien apendejado al Valentín.

—¿A quién? —preguntó Tolín.

—Al querido —aclaró Chililique.

—¡O hasta que le den pezuña de totol canelo con casco de burro prieto! —intervino León, refiriéndose a los ingredientes de uno de los brebajes que por influencia caribeña preparaban algunas hechiceras que habitaban en el puerto de Nautla.

—Ni madres, yo ni un puto cafecito le acepto a las viejas

—contestó Frédéric en su defensa.

Efrén, en extremo temeroso, sin darse cuenta fue tensando su cuerpo. Le horrorizaban las historias de brujas y más saber que se encontraban cerca, conviviendo en el pequeño mundo en el que estaba circunscrito. Giró el torso hacia atrás para verificar que ninguna los estuviera acechando en la penumbra y sin querer tiró un costal estibado sobre otro. El susto fue tal, que su grito retumbó hasta el río, haciendo eco de sus miedos.

Los niños se dieron cuenta de la situación y comenzaron a deshacerse en una catarata de risas. Los vainilleros, a los que hasta ese momento poco les habían importado las lecciones sobre sexo y seducción que habían impartido a su pequeña audiencia, también se percataron. Chililique levantó una ceja y los demás comprendieron que debían seguirle la corriente, así que con su voz aguda y un volumen que permitía apreciar con claridad su narración continuó:

—Oigan, ¿ya se enteraron de que volvió a aparecer la puerca?

—¿Cuál, tú? —preguntó Tolín.

—La puerca, la que arrastra las cadenas —aclaró.

—¿En dónde? —preguntó León, haciéndose el sorprendido.

—Ahí en el mango, el grandote que está por casa de don Adrián —precisó Chililique malévolamente.

—¡No chingues! —remató Tolín.

Guillaume abrió sus grandes y verdes ojos en busca de un encuentro tranquilizador con los de su hermano mayor. No lo consiguió. El fuerte y valiente Clément, que ya contaba con doce años, soltó el fibroso pedúnculo que sostenía en las manos, pensando cómo demonios volverían salvos a casa. Los doscientos largos y oscuros metros que los separaban de su hogar se habían convertido en una trampa mortal.

Al cuento de la puerca siguieron los del empetatado que rodaba en una loma, el perro lanudo que se aparecía en el cementerio y, por supuesto, la Llorona. Los primos Roussel estaban aterrados; Efrén de plano se había excusado, marchándose al final de la primera narración. Los Díaz, a pesar de conocer las bromas pesadas de las que gustaba el tío Frédéric y los vainilleros, comenzaban a inquietarse. Apenas la semana anterior los habían ayudado colocando un cráneo de vaca descarnado en la cerca de los Thomas. Le habían insertado dos chiles anchos en las

cavidades oculares y una vela por detrás, con la intención de asustar a los dueños de la propiedad e infortunados transeúntes que se toparan con la macabra cabeza.

François hacía rato que dormía. Había intentado en vano energizar su organismo con el humo del tabaco ardiente que aspiraba a través de su pipa. Su marchito cuerpo no respondía, por lo que dejó en manos de su hijo menor la supervisión de las tareas. Marie también aportaba algunas notas al concierto de ronquidos. Les esperaba una larga jornada al día siguiente y sabía que los chicos disfrutaban esos ratos de independencia.

El martirio de los pequeños se prolongó hasta la medianoche, cuando Frédéric dio la orden de suspender el trabajo. Al otro día, continuarían solo los adultos. Los chicos tenían que acudir a la escuela del profe Carcaño, un maestro poblano que había llegado a la comunidad huyendo de la Guerra Cristera. El preceptor impartía sus conocimientos en una pequeña aula, que lo mismo albergaba a los alumnos de primero, que a los de segundo o sexto año. El sistema, muy favorecedor para los educandos, permitía que, al escuchar las lecciones ajenas, el ágil de mente adquiriera nuevos conocimientos y el holgazán repasara lo pasado por alto.

Guillaume y Clément se armaron de valor y se dirigieron al Camino Real. Abrieron el portillo de listones de cedro, que se encontraba junto a un árbol de durazno prisco, y comenzaron a correr. Sus frenéticas zancadas se escucharon por escasos veinte segundos. Después, solo el sonido de la tranca de su casa, que regresaba abrupta y ruidosamente a su sitio, por el contrapeso instalado para mantenerla siempre cerrada.

Marie escuchó entre sueños los ruidos que los niños hacían al acostarse. Estaban inquietos. El más pequeño se metió en su cama. Ella sintió unos diminutos pies desnudos buscando el calor de sus piernas. Los evitó, incómoda. Las imágenes de Claude habían estado revoloteando en distintos escenarios y comenzaba a recordarlo. Su instinto maternal estaba anulado por el de mujer. Sabía que Miguelito necesitaba la seguridad de su cercanía, pero en ese instante deseaba estar sola. Quería acariciarse, imaginando que era el hombre que protagonizaba con frecuencia sus fantasías.

Se contuvo por el pudor que le imponía la presencia de su hijo. Sintió las sábanas y el líquido pegajoso que generaban sus deseos contenidos. Encontró el extremo de la tela y se enroscó en él, apretándolo contra su pecho. En ese instante y en la intimidad de su mente no había lugar para la moralidad. Sus miedos, disfrazados de bien actuar, la habían llevado a convertirse en un ser que solo vivía de noche, a través de sus sueños. Lo volvió a ver. Esos ojos verde atigrados enmarcados por unas cejas bien perfiladas la llamaban. Sus manos, grandes y cuidadas, la habían tomado por el cuello acercando ambos rostros para disolverlos en un beso intenso, donde los labios de uno se turnaban succionando la esencia del otro. Sentía la piel arder mientras Claude le apretaba los senos, el vientre y los muslos. Todo al mismo tiempo en el absurdo caos provocado por su imaginación. Su hijo dejaba de moverse y ella comenzaba a hacerlo.

No pudo más, se sentó en la cama para localizar el candil y los cerillos que había dejado en la mesa de noche. Después de un par de intentos tallando las cabezas de los fósforos en la tira de lija pegada en el costado de la caja, obtuvo una diminuta llama. Encendió el pequeño dispositivo, parecido a una lata con agarradera, y fue hacia el aguamanil. Tomó la bata que colgaba de uno de los barrotes laterales del mueble y se dirigió al exterior de la casa. Sintió el fresco. Puso el candil sobre el pozo para enfundarse en el kimono que utilizaba para cubrir su decencia. Por último, amarró el lazo a su cintura, y lo hizo con tanta fuerza que los sentimientos se le desbordaron.

Corrió por el jardín tapando su boca. El olor de las gardenias le avivó dolorosos recuerdos.

Echó de menos a su hermana, su juventud perdida y el cariño de su madre. Vio algunas filminas de su vida al lado de Antonio y las comparó con las que ilusoriamente protagonizaba Claude. Los rayos que reflectaba la luna le permitieron llegar al cafetal. Ahí se tumbó de rodillas, abrazando los sueños y proyectos que había albergado desde que la memoria le permitía recordar. Comenzó a expulsar el dolor como en un parto. Con cada oleada intensa que la recorría, gritaba y maldecía; y en cada valle, los sollozos acompañaban a su propia compasión.

Pasó largo rato sin poder calmarse. Sentía que una llave se había abierto y no sabía cómo cerrarla. Ansiaba recobrar la fuerza de su juventud, porque la belleza ya la daba por perdida. Deseó empezar de nuevo, pero no sabía cómo hacerlo.

Recordó la hermosa bola de nieve que Frédéric regaló a sus hijos la navidad anterior. Miguelito pasaba largos ratos agitándola para ver cómo las pequeñas partículas suspendidas regresaban a la base. El tiempo acomodaba todas las cosas, era cierto, pero jamás volvían a su sitio original.

Tenía que enterrar las viejas quimeras y planificar una vida acorde con sus circunstancias. La claridad comenzó a llegar. Contaba con un padre anciano, dos hermanos preocupados por sus propios asuntos y la responsabilidad de cuatro pequeños. Una viuda joven, y de fertilidad probada, fácilmente podía encontrar algún candidato dispuesto a intercambiar el respaldo de un apellido y un patrimonio por atenciones y un poco de compañía. Apremiaba actuar. No podía seguir viviendo como hasta ese momento. El miedo la había paralizado y era necesario enfrentarlo. Con suerte, Dios la compensaría mandándole un buen hombre. ¿Y el amor? El único hombre que podía amar le estaba prohibido. Si el muy ruin se había casado, debía incluirlo en ese cementerio, en cuyos epitafios se lee «el pasado».

Catherine, 27 de octubre de 1861

Antoinette llegó cuando el río tenía siete pies arriba de su nivel. El rugido del mar se alcanzaba a escuchar hasta el pueblo. No así en Chapachapa, donde lo que prevalecía eran los gritos de la parturienta. La tormenta había descargado una macabra combinación de aguaceros torrenciales y vientos huracanados, que estremeció hasta el último zacate sembrado en esas tierras.

Después de crecer treinta pies, el Nautla se estabilizó y, al descender, los estragos se hicieron evidentes. El furioso torrente arrasó con casas, plantíos, animales y hasta familias completas. Una goleta, *El Invencible*, fue la que corrió con mejor suerte, acabó varada en la calle principal del pueblo; las demás desaparecieron.

Charles se quedó con los vainillares y el espíritu rotos. La vida de su pequeña sería precipitada, breve, arrolladora, dolorosa. Igual al tiempo en el que llegó.

Los artículos de primera necesidad octuplicaron su valor y, como si la desgracia agrícola no hubiera sido suficiente, tres meses después, el presidente Juárez les tenía reservada otra sorpresa que afectaba a su patrimonio.

—¡Mierda! Pero ¿qué cree que somos? —dijo el señor Sempé, al examinar el letrero que colgaba en la puerta del juzgado.

Algunos hombres se acercaban para enterarse de la noticia. Charles, ahí presente, se animó a decir:

—Supongo que no habrá tantos ricos y menos después del desastre. Ahí claramente lo dice, el impuesto se aplicará a aquel que posea un capital mayor a quinientas piastras.

—Pues yo no pienso contribuir ni con esta guerra ni con ninguna otra, ¡faltaba más! —contestó Sempé.

—Tal vez no haya que hacerlo. Como extranjeros podríamos solicitar una exención —sugirió otro de los presentes.

—Sí... Si quieren pelear, que lo paguen ellos... —decían voces anónimas.

Se repetía la historia. Una nueva generación debía enfrentar lo que sus antecesores. Una vez más se sentían ajenos pero afectados. Intentaban reconstruir su pueblo y sus vidas. Muchos habían quedado en la miseria.

Los informes sobre la invasión francesa eran muy pobres. Los periódicos dejaron de llegar y la correspondencia fue violada. En medio de esta desventurada situación, otro evento acontecería. La mala fortuna estaba decidida a apostarse en el pueblo. Un grito se escuchó a la mitad de la noche surcando la ribera izquierda del Nautla... Era el vómito negro, que llegaba a posarse sobre

ese bastión al que hasta ese entonces no había logrado penetrar.

—Charles, Charles —le decía la mujer al esposo mientras lo sacudía para que despertara—. ¿Escuchaste?

—Ya duerme, Catherine, necesitas descansar —susurró el hombre, acostumbrado a lidiar con el manojito de nervios en que se había convertido su esposa tras la pérdida de la criatura.

—Tengo miedo, Charles, siento como si algo me exprimiera el corazón.

—Ya estás como Concha, puras supersticiones con ustedes —contestó el hombre, cuya adormilada mente olvidaba separar las conversaciones que debía llevar con cada una de las dos mujeres—. Seguro es por el calor.

—Iré a ver a Nicolás.

—El niño está bien. Ya déjame dormir y duerme tú también. Solo lograrás enfermarlo con tus excesivos cuidados.

Al alba ya se habían enterado de lo que sucedía. La terrible epidemia, conocida también como fiebre amarilla, por la aparición de ictericia al poco tiempo de iniciado el padecimiento, había elegido Jicaltepec para expandir sus dominios. No tenían la certeza de cómo se transmitía, pero Catherine, por si acaso, decretó el toque de queda en la propiedad. Nadie entraba, nadie salía. Con los productos de la huerta y administrando adecuadamente las carnes saladas y los animales, tendrían suficiente para sobrevivir un tiempo. Ni siquiera a Charles le permitiría ir de caza o pesca.

Faltaban algunos meses para iniciar la cosecha en su diezmada plantación, por lo que no había la abundancia de trabajadores que en otras épocas. Despachó a los pocos con los que contaban, incluido el mozo, y solo se quedó con la india. Pensó en enviarla a su casa, pero con un hijo el trabajo aumentaba. Si la tenía cautiva no correrían ningún riesgo. Después, se arrepentiría de esta decisión. Al verla sangrar por la nariz y encías, sus peores temores cobraron vida.

Conchita no prestó demasiada atención a los primeros síntomas. Un fuerte dolor de cabeza, músculos entumecidos, un poco de escalofrío. Bebió una infusión de canela, limón y refino para prevenir que apareciera la *kuyalt* y continuó desempeñando las labores domésticas. Cuando los temblores aumentaron y la fiebre se manifestó con fuerza, no pudo ocultarlo.

Catherine notó el espeluznante color amarillento que había aparecido en la piel ahumada de la criada y tuvo la certeza de lo que se trataba. ¿Cómo había sucedido? Imposible de saber, pero le exigió a Charles que la echara como a un perro.

—No la quiero cerca, ¡entiéndelo! —le gritaba al esposo.

—Pero, mujer, en ese estado no llegaría muy lejos, ten un poco de compasión.

—¿Compasión? ¿Me pides que me entregue a la muerte por compasión? ¿Y tu hijo, has pensado en él?

—Pero es que ni siquiera sabemos de qué está enferma, es conveniente que la revise un médico.

—¿Y quién lo va a ir a buscar? ¿Tú? Estás loco si crees que voy a permitir que aquí entre alguien que haya estado en contacto con los apestados.

La prolongada discusión hería a Charles. Le tenía algo de afecto a la india, cierto, pero no tanto como para exponer a su familia. Se sintió un miserable.

Después de ponderar un rato la situación, tomó la decisión de llevar a Conchita al pueblo. Si la enfermedad se transmitía por la cercanía, era probable que él estuviese infectado. Por si acaso,

tomó algunas medidas preventivas. Entró discretamente a la recámara y se dirigió al chifonier de Catherine. Rebuscó en el primer cajón hasta que encontró una gran pañoleta en el fondo. Esa era la indicada, seguro tardaría tiempo en darse cuenta de que la había sustraído. La dobló un par de veces y la colocó sobre su cara, cuidando que la parte más gruesa cubriera los orificios nasales. Se la amarró por detrás de la cabeza. Después fue por la mujer, a la que colocó en el lomo de un potro.

Remolcó al animal con la mortal carga, guardando una prudente distancia. La longitud de la cuerda que separaba ambos caballos alcanzaba casi los diez pies, provocando algunos retrasos causados por la falta de control sobre el equino que venía siguiéndolo. Ya fuera para succionar un jugoso y dulce chote caído del árbol o para arrancar unas hojas de cocuite, el animal incurría en frecuentes paradas.

Llamó a la puerta de la casa del doctor Lavoignet, otro de los médicos del pueblo. Nadie acudió, tal vez estaba atendiendo diversas emergencias. Esperó unos minutos. Para cuando decidió abandonarla frente al portal, la mujer se convulsionaba, devolviendo sangre negra y coagulada.

Se le contrajo el estómago. El espectáculo provocado por su mezquindad le causó un profundo asco. Sintió deseos de expulsar la mezcolanza de sentimientos que agitaban los huevos con flor de pichoco ingeridos un par de horas atrás. Salió de prisa, dejando la suerte de la india en manos de la providencia. No quiso volver la vista. Bastante había tenido con los ojos perdidos de Conchita, que le reprochaban su ingratitud.

Al salir del pueblo aminoró el paso. Necesitaba un poco de tiempo para procesar lo sucedido antes de enfrentarse con Catherine. Imágenes de la india acudían a su mente, sin su consentimiento. De sobrevivir, no regresaría, lo sabía. Se sintió más ligero. El constante riesgo que antes lo excitara había terminado por agobiarlo. La vida había finiquitado esta situación a su manera y él se lo agradecía.

Cerca de los cañaverales escuchó el cantar de las totocalcas, unas gallinetas de color canela con patas y pico amarillo, que habitaban en la orilla de los ríos y esteros. Las pequeñas aves zancudas, provistas de cualidades naturales para detectar los cambios atmosféricos, anunciaban el cambio en el clima. «Toto cal cal cal, toto cal cal cal, toto cal cal cal», repetían a toda velocidad. El insufrible calor, el que pesa y turba, confirmaba el diagnóstico. Pronto llegaría el primer norte y traería, con sus vientos, la esperanza de disipar la epidemia.

Pensó en zambullirse en el río para quitarse cualquier vestigio del vómito negro, pero desistió en su idea al comprender que debía deshacerse de sus ropas, probablemente impregnadas con la enfermedad. También tendría que bañar a los caballos.

Catherine había notado la ausencia del marido, pero la atribuyó a la discusión acontecida un rato antes. Pensó que seguramente estaba refugiado en el vainillar, contemplando cuántas yemas se habían convertido en nuevos brotes. La nobleza de la orquídea le permitía regenerarse con facilidad y, después de la tormenta, muchas lianas trozadas habían echado raíces, convirtiéndose en nuevos esquejes.

También advirtió que el sonido imperante eran las risas de Nicolás, que jugaba con unas bolas metálicas, propiedad de su padre. De la india, nada, ni un quejido. Igual y estaba muerta, pero sería mejor esperar a su esposo para averiguarlo.

—¡Charles! ¿Qué demonios hiciste? —le gritó la mujer al verlo entrar desnudo—. ¿Qué

significa esto?

—Hice lo que debía —contestó de manera instintiva.

—¿Te la llevaste? ¿Qué le hiciste? No me digas que...

—No, no terminé con su agonía, si es lo que estás insinuando. Y no te me acerques, que puede ser peligroso —le dijo, más por la repulsión que sintió al verla que por protegerla.

Ella, siempre ella. Para bien o para mal, terminaba siendo el motor de sus acciones.

Al paso de los días se enterarían de que Conchita y más de la mitad de la población habían desaparecido. A los Ragot, los Marchal, los Ancion, los Breuilot y a una vasta lista de familias les expiró la posibilidad de perpetuar su linaje. Huérfanos, viudos y padres sin hijos prevalecían en la nueva comunidad, que debía seguir luchando, en medio del dolor, por recobrar la prosperidad que la naturaleza y la guerra les habían arrebatado.

Louis Meunier, Hortensia y sus hijos tampoco sobrevivieron, lo que asestó otro golpe al gastado espíritu de Charles. Durante los meses que siguieron, perdió una buena cantidad de pelo y el que le quedó comenzó a encanecer a un ritmo vertiginoso. Dormía a ratos, pues, ya fuera un espectro o el otro, alguno terminaba por colarse en sus sueños. Un tic nervioso le apareció en el ojo derecho. Lo cerraba cada medio minuto. A veces vagaba por la casa, olvidando el motivo; igual le sucedía en el vainillar. No era capaz de dar instrucciones precisas con su voz queda y timorata. El par de ayudantes con que contaba atribuía sus marcadas ojeras a un descanso mal llevado. En parte era cierto, pero ignoraban que el remordimiento y las preocupaciones eran las causantes del estrepitoso deterioro de Charles.

Catherine tomó poco a poco las riendas de la familia. Ella no resintió tanto las pérdidas. No después de vivir la dolorosa ausencia de Ricard. Pensó en él, temió por él, lo volvió a desear. Se consoló con Charles, al que para poder siquiera besar tenía que sobreponerle el rostro de Ricard. Imaginando, cuando sucedía, que el desdén con el que la tomaba no era otra cosa que el mulato gozando lentamente de cada centímetro de su intimidad.

El pueblo se quedó sin maestro, sin cura y sin zapatero. El segundo núcleo de presencia francesa, después de la capital, había sido diezmado. El flujo de migrantes se detuvo. La negrura que el vómito llevó permaneció en el ambiente mucho tiempo. El luto por los más de trescientos hermanos perdidos se fijaría en la mente del colectivo.

Marie, invierno de 1941

Tal como la vainilla, a la que es posible extraerle la humedad tras la continua exposición al sol, los golpes a Marie le evaporaron las virtudes. Y es que nadar a contracorriente cansa. Si lo sabría ella que, a pesar de la naturaleza ardiente que se revelaba en su interior, había cumplido con los preceptos morales de los buenos cristianos. ¿Y para qué? Encima de que nadie se lo reconocía, la vida retribuyó su conducta arrebatándole a sus grandes amores. No se dio cuenta, pero la sucesión de duelos la fue transformando.

Por muchos meses, la determinación de evitar a Claude provocó que viviera una especie de reclusión. Y fue en este tiempo, aislada, lamiéndose las heridas, cuando se planteó el motivo de su desasosiego. Sentía que, más que vivir, vegetaba, que moriría llena de dudas, sin saber si ese camino tortuoso y solitario que hasta entonces había recorrido era el correcto. No conocía ningún hombre que le causara apenas gracia, mucho menos que pudiera despertarle algún deseo. ¿Se debía aferrar a la fe y pensar que algún día llegaría? ¿Pasaría los años viendo pasar el amor de lejos, como simple espectador? ¡Vaya destino más miserable y vaya castigo más inmerecido!

Las respuestas se agolparon y se le revelaron en la primavera de ese año, cuando tuvo a Claude frente a sí. Al verlo sintió que se le rasgaba el alma. Lo deseaba por encima de su entendimiento; o tal vez, a pesar de este. El matrimonio del hombre había trascendido, se convirtió en una familia, y la posibilidad de que él recuperara su libertad se había esfumado. Pero, a pesar de saberlo, un instante a su lado le bastó para olvidar sus convicciones y decidirse. Si había sido el destino, Dios o el Diablo el encargado de poner obstáculos en su camino, le daba igual. Había llegado el momento de recuperar lo que era suyo y le habían arrebatado.

Ese día el calor que incubaba el horno apenas superaba al que se sentía en la pequeña habitación de ventanas clausuradas. La temperatura tenía que alcanzar los 62 grados y los sudorosos cuerpos de Marie y Claude, el éxtasis.

Iniciaba la época del beneficio. Los hombres de la familia Roussel estaban concentrados en los preparativos para reducir el contenido de agua de las vainas. Y Marie, quien conocía bien el proceso, vislumbró la oportunidad para encontrarse una vez más con su amante.

En el corredor de la casa de El Mentidero, los vainilleros estarían mojando petates de henequén sobre los que acomodarían tres montones de verdes vainas, perfectamente alineadas. Luego los doblarían formando una especie de tamal, para después envolverlos de manera similar en un petate también húmedo. Para finalizar, los amarrarían con una reata, dejando listas esa especie de maletas que hornearían por tres días y dos noches.

Otro ritual se sucedía en la casita al fondo de la finca Stivalet. Marie observaba la desnudez de Claude. Su piel blanca y suave, como la de una dama bien cuidada, contrastaba con sus músculos largos y bien formados. Su vientre plano, flanqueado por sus resaltados oblicuos, era el perfecto preámbulo de una virilidad muy bien portada. La mujer no tenía muchos referentes, su esposo Antonio, charlas con sus primas, algunas ilustraciones, pero intuía que el hombre frente a ella estaba dotado con generosidad por la naturaleza. Lo sentía. Su delicioso aroma a maderas le provocaba unas ganas locas de morderle el cuerpo, en especial el pecho.

Marie no se contenía; con él daba rienda suelta a sus instintos sin sentirse juzgada. Se sentó en el borde de la tan usada cama y lo llamó. Él la tiró sobre el nudo de sábanas, resultado de su combate anterior, y comenzó a besarla. Sabía a ella, a sus pudores olvidados. Reconoció el olor de su intimidad y se excitó aún más. Claude lo notó y empezó a alternar pequeños besos con mordiscos en el cuello. Deslizó una mano hasta su pubis aprovechando para rozarla durante el recorrido. Verificó que la mujer estuviera lo suficientemente estimulada y reclamó su turno. Gozaba ver cómo los esfuerzos por complacerlo derivaban en un placer extremo para ella. Claude percibió que comenzaba a desprenderse de su ser y la detuvo. Le dio un jalón a sus piernas y la dejó a la mitad del mancillado colchón. La rodó tomándola por la cintura y volvió a embestirla. Había llegado el momento de que ambos se liberaran para fundirse al unísono con una divinidad interior.

Al empezar a sentir la paz que prosigue a un encuentro tan carnal como sagrado, se tumbaron a observarse. Él le despejó el rostro cubierto por su alborotada melena mientras le acariciaba los pómulos con las yemas de sus dedos. Marie lo miraba embelesada.

—Me encantan tus ojos —le dijo.

—Y a mí cómo te mueves —contestó Claude.

—¿Algún día me contarás dónde aprendiste a ser tan buen amante?

—Te lo he dicho muchas veces, solo sigo mis instintos. Y con una mujer tan ardiente como tú, es difícil no serlo.

—Me avergüenzas.

—¿Todavía? —preguntó el hombre incrédulo—. ¿Me has extrañado?

—Mucho —contestó enfática.

—¿Te has tocado pensando en mí?

—Siempre... ¿Dejé mi bolso aquí en la habitación o lo tiraría en la sala?

—No sé. Tenías mucha prisa —dijo riendo—. ¿Te vas?

—Ya casi.

—Quédate —le pidió mientras se montaba en ella y le mordía los labios.

—¿Qué haces? —le dijo Marie al notar la excitación del hombre.

—Mira cómo me tienes —le contestó Claude volteando a ver, con picardía, su miembro.

—¿Otra vez?

—Sí, otra —le contestó al tiempo que la rodaba, esbozando una sonrisa malévola.

Marie no logró escapar ni en ese, ni en el siguiente intento. Le preocupaba el retorno de Elise, los posibles cuestionamientos de su familia y pensar cómo se encontraban sus hijos, pero terminaba sucumbiendo ante la proximidad de esa piel a la que no podía dejar de recorrer con la nariz, lengua, labios, dientes y uñas.

—Ahora sí ya me voy —le dijo, saltando de la cama.

—¿Te ayudo a vestirme?

—¡No, ya, aléjate! —contestó riendo.

—Iré a almorzar, muero de hambre. Me encantaría poder compartir esos momentos contigo.

—No la dejarás, ni a ella, ni a tu pequeña. Ya lo hemos hablado.

—No, no la dejaré, solo expreso lo que siento.

Marie se dio prisa recogiendo sus prendas. Sabía que sus respectivas familias eran temas agotados, caminos cerrados que solo los llevarían a encontrar la impotencia del *hubiera*. A reconocer que su falta de coraje y su impaciencia los habían encaminado hacia la situación en la que se encontraban.

La mujer midió sus tiempos. Seguramente los hombres ya habían colocado las maletas en las estanterías de ladrillos y sellado la boca del horno con lodo. Después tendrían un poco de tiempo disponible. Sus labores se limitaban a la supervisión: verificar que el termómetro colgado tras las ventanas de cristal permaneciera a 62 grados. Si bajaba, tenían que alimentar con leña la boca del largo túnel; el que llevaba el calor a través de un serpentín de ladrillos que envolvía la construcción y finalizaba en un tiro hacia el exterior. Y si, por el contrario, subía, había que retirar un poco de brasas para evitar que una camionada de vainas terminara chamuscada.

Marie salió disparada. Ya iba un poco retrasada. Llegó a su casa y la recibió una cara larga. Sus peores temores se pusieron de manifiesto. ¿La habían descubierto?

—¿Dónde andabas? —le preguntó de manera inquisitiva Frédéric.

—Les dije que iba a ver a Monique —contestó mintiendo—. Pero me detuve a saludar a los Guichard.

—Ah, oui?

—*Oui. Pour quoi?* —demandó la mujer, acentuando la agresividad con la que trataba a su hermano menor.

—Solo preguntaba. ¿Qué te pasa? —cuestionó Frédéric visiblemente irritado.

—A mí nada, y no tengo que darte cuentas de lo que hago o dejo de hacer.

François, el viejo conciliador, un poco fastidiado intervino:

—Es la Standard... Parece que el Gobierno americano requisó algunos barcos para la guerra.

—No es la Standard, es el chamusco. Esa maldita plaga que está terminando con los platanares —replicó Frédéric.

—*Bof!* Ahora entiendo el mal humor —contestó Marie aliviada—. Pues siento decirte esto, pero *mon père* tiene razón. Fruta hay tanta como los pleitos entre los embarcadores... O a lo mejor ya se enteraron de que aquí se apoya al bando alemán —soltó venenosa.

—Los apoyarán algunos mexicanos. Los estúpidos nautecos que permiten que ahí se abastezcan de combustible. Pero aquí somos franceses.

—*Oui, bien sûr!* Tan franceses que la lista de movilizables que no respondieron al llamado durante la Gran Guerra provocó que cerraran el viceconsulado.

—¡Eso no es cierto! El viceconsulado cerró por culpa de la Revolución —refutó Frédéric, molesto.

—Tú qué vas a saber —dijo, mientras lo miraba con desprecio—. ¿Qué edad tenías, cinco? Pero allá tú, engáñate si quieres.

—Frédéric, acompáñame a revisar el horno —intervino el padre para poner punto final a la discusión.

Marie los observó retirarse. Inhaló un poco de aire y lo contuvo. Sus ojos regresaron en dirección al pasado, al inmediato, al pleno, al compartido unos instantes atrás con Claude. Al exhalar, disfrutó la sensación de hormigueo que comenzaba a sentir en su pubis. Recordar, eso la hacía gozar. Peregrinó por cuatro alegres kilómetros percibiendo cómo la fina capa de piel que recubría su naturaleza femenina había sido desprendida en algunas secciones. El ardor por las rozaduras, lejos de agobiarla, la hacía sentirse plena. Durante su recorrido notó el aire a su paso y los detalles que solo un preso que regresa a la libertad redescubre. Se sentía más viva que nunca.

François, consciente de la molestia de su hijo, se detuvo bajo la bóveda catalana que resguardaba el corredor y le dijo:

—*Qu'est-ce que tu as fait?* Esas no son formas de tratar a tu hermana, te lo he repetido hasta el cansancio.

—Esto es lo que me pasa —contestó señalando con firmeza hacia el Nautla—. *L'imbécile* sabe meter el dedo en la llaga.

El viejo recorrió con la mirada la verde espesura frente a la casa, se detuvo en los claros que permitían observar un apacible río invernal. No notó nada fuera de lo común, todo estaba en su sitio, hasta las anceras y cormoranes que hacían de este su hogar temporal. Un *truc tuc chuc chu* lo distrajo, parecía el sonido del *Valentín III*, el remolcador más grande de la flota encargada de arrastrar los chalanes río arriba. Las temibles olas que su calado de dos metros producía eran capaces de voltear la panga de algún pescador o dejarla varada en la orilla. Era una embarcación de mar, muy distinta al *Banano* y a *La Bonita*, caracterizados por la baja altura de sus popas, sus plataformas traseras y sus controles centrales. Quizá los juveniles oídos de su hijo lo habían percibido primero.

—¿Qué te preocupa, demostrar que puedes solo? He tenido paciencia con tus tonterías del plátano, pero ya les dije muy claramente a ti y a Joseph que no hay que dejar camino real por vereda...

Frédéric lo miraba conteniendo la rabia que sentía. Estaba harto de cargar una etiqueta que lo identificaba como el hijo del honorable y arruinado François. Era el menor de todos, el mimado y atolondrado, pero había luchado para ganarse un lugar en una sociedad que poco valoraba sus méritos. Tenía ganas de decirle unas cuantas palabras a su padre, lo tenía bien merecido, pero el recuerdo de Adélaïde, su madre y más grande amor, se lo impidió.

—He pensado irme a la capital —le expresó, externando su convicción.

—¿A la capital? —preguntó el viejo, seriamente sorprendido.

—Sí, escuchaste bien.

—*Mon Dieu!* ¿Y qué harás allá? ¿Pedirle trabajo de mecánico a los Roqueñi o terminar de empleado de mostrador con los Reynaud, los Ebrard o alguno de los Barcelonettes?

—No, me iré al Mercado de La Merced.

—Déjate de tonterías. ¿Qué es lo que quieres en realidad? ¿Quedarte a cargo de la vainillera? Este negocio será tuyo, ¡lo sabes!, a Joseph poco le importa y tarde o temprano lo heredarás. Solo te pido que sigas viendo por tu hermana.

—¿Pretendes que espere la desgracia de tu muerte para empezar a tener vida propia? —le preguntó Frédéric indignado.

François, con voz desesperada, lo interrumpió.

—No se trata de eso. ¿Qué deseas, que me haga a un lado? No conozco otra vida, aquí crecí y,

al igual que tu abuelo Charles, mi alma se ha fundido con la de las orquídeas. Estoy viejo, solo intento guiarte con mi experiencia.

—Vayamos a ver el termómetro —le sugirió el hijo para evitar continuar con el tema.

—Piénsalo —dijo François—. Podemos platicarlo con calma. Si lo que quieres es más independencia, más autoridad, más participación, es cuestión de...

Frédéric, el inmovible egoísta, que parecía no sentir, en realidad lo hacía. Dentro de su universo y su particular concepción del mundo, los de su sangre tenían un lugar especial. Le palmeó el hombro al viejo, incitándolo a ponerse en marcha.

El tiempo que antecedió a la apertura del horno transcurrió con una singular monotonía. Risas de chiquillos correteando, el abuelo en su poltrona exigiendo al humo del tabaco que le diera consejos, Frédéric evadiendo a todos y Marie luchando por esconder la sonrisa.

En la tercera mañana llegó el momento de realizar la prueba. Más por tradición que por necesidad, pues rara vez resultaba fallida. Frédéric abrió la puerta y se retiró con gran agilidad. Una gigantesca bocanada de vapor salió inundando el exterior. Esperó unos minutos y se introdujo rápido al recinto para extraer la maleta más próxima. Los escasos segundos que le tomó realizar su intervención le parecieron martirio suficiente como para maldecir.

—A ver si se van agarrando a otro pendejo, yo ya estoy hasta la madre de hacer esto —dijo al tiempo que aventaba el bulto hacia donde se encontraban varios cajones de cedro, del tamaño de una cama, forrados con costales de henequén.

Tolín y Millo desamarraron el envoltorio para revisar que las vainas no estuvieran verdes y confirmaron lo que todos esperaban.

—A darle, muchachos, que están bien negras —aclaró Tolín.

—Putá, ¿qué, si no? ¡Por poco y se nos pasan! —remató Millo.

Los trabajadores se fueron metiendo uno a uno al horno para retirar las maletas. El calor húmedo e infernal les recordaba a los peores días de mayo, cuando las tempestades se avecinaban. Retiraban el embalaje junto a los cajones y, sin perder tiempo, vaciaban el contenido de los costales en las piletas de madera. El procedimiento había que realizarlo con cuidado, para no desparpajar las vainas previamente acomodadas durante el despezonamiento. Puntas con puntas y colas con colas. Esta era la regla de oro para que el beneficio fluyera sin demoras.

—¡Chingada madre, ya me quemé! —dijo Chililique chupándose la yema de los dedos.

—Órale, pendejo, arregla las que cayeron chuecas —le contestó el compañero que sujetaba un costal, esperando que las vainillas terminaran de deslizarse cuesta abajo—. A ver, deja te ayudo.

Una vez que terminaron de llenar los cajones, los taparon con petates, por encima y por los lados, para conservar el calor que todavía emanaban las vainillas. Ahí sudarían las vainas durante el resto del día y hasta el alba siguiente; comenzarían a expulsar el agua, que escurriría transformada en melaza por un gran número de orificios del tamaño de una moneda de a peso situados en el fondo del contenedor.

Marie rabiaba cada vez que debía fregar el corredor para limpiar el pegajoso líquido, pero esa temporada, según creía, pocos eventos turbarían su felicidad.

Catherine, primavera de 1872

Él eligió el lugar. Iba retrasado y muy ansioso. En su memoria no había registro de remordimiento durante su larga separación, solo algunos chispazos de nostalgia por los buenos momentos, que al paso de los meses se fueron desvaneciendo. Sentía la curiosidad de quien regresa a una propiedad que antes fue suya. Verla, recordar y marcharse. Así de simple, así, sin mayores expectativas.

La observó a la distancia. Lucía ligeramente más delgada. Sus pómulos, ahora resaltados, le daban una nota de elegancia a su rostro, y unas breves arrugas cerca de las comisuras de los ojos la hacían parecer más serena. Ya no era la joven arrebatada con la que años atrás sostuvo un breve y tórrido romance. La encontraba deliciosamente madura. Lo único intacto era su sonrisa. Esa que reapareció al verlo.

—Por ti no ha pasado el tiempo —le dijo Catherine, mientras se tomaba unos instantes para reconocerlo.

En apariencia parecía ser el mismo. Tal vez la línea en su entrecejo se había convertido en un profundo surco y sus grandes ojos verdes le parecieron más pequeños, pero podía ser por el efecto de las gafas que ahora portaba. Un par de libras más y eso era todo. Se sorprendió al escucharlo. Había acariciado tantas veces su recuerdo, que hasta el sonido de su voz terminó por distorsionarse durante el devenir de las mil y una conversaciones que nunca sucedieron.

—Hola, Catherine —dijo con simpleza, mientras evaluaba el terreno.

—¿Qué, no piensas darme un abrazo? —le pidió la mujer sin recato, deseosa de volver a aspirar el aroma de su piel.

Él titubeó, pero accedió, sosteniéndola durante algunos segundos entre sus brazos. Al percibir las suaves vibraciones que expulsaba su cuerpo, tuvo la certeza de que no iba a recriminarlo.

—Ven, no perdamos tiempo. Quiero llevarte a un sitio donde podamos hablar —le indicó Ricard.

—Apenas puedo creer que estemos juntos, volverte a ver —dijo la mujer con un dejo de tristeza.

—Así es —contestó él instintivamente, mientras la miraba embelesado.

Caminaron un par de kilómetros hasta llegar al rancho de los Levet. El lugar, un potrero remoto y poco atendido por su propietario, lucía como un monte coronado por un sinfín de nubes que variaban entre los tonos más pálidos de rosa, salmón, fucsia y magenta. Durante el trayecto, la cercanía de los antiguos amantes se había estrechado sin que ellos lo notaran. Intercambiaron pocas palabras, la mayoría frases hechas. Ricard tomó la mano de Catherine y la guio hacia uno de

los hermosos robles. Ya no quiso soltarla y se dedicó a acariciarla con ternura.

La mujer observó una rústica bandeja colocada sobre la alfombra de flores que se habían acumulado alrededor del tronco. Los haces de luz que se colaban por el follaje hacían centellar lo que a simple vista le pareció una botella de color ámbar y vasos. Tenía miedo. El contacto físico le había recordado las sensaciones vividas al lado de ese hombre y sus propias carencias. Se contuvo; si en el pasado no había logrado descifrar los misterios que envolvían el alma de Ricard, ahora le parecía una tarea de titanes. No preguntaría, escucharía disfrutando de ese que podía representar el inicio de una nueva historia o una dulce despedida.

—¿Un poco de vino? —le preguntó, mientras alargaba la mano para tomar un vaso.

—No lo sé, me siento un poco extraña, nerviosa diría yo.

—Con mayor razón deberías aceptar. Esta —aclaró señalando la botella— la he traído desde Nueva Orleans con el único propósito de compartirla contigo.

—Sigues siendo el mismo mentiroso de antes —le contestó divertida.

—Y tú la mujer hermosa que recordaba —dijo, al tiempo que le ofrecía el vaso.

Ella tomó unos sorbos, sintiendo cómo se atenuaba la lucha entre sus juicios y sus emociones. Él también bebía, mientras hablaba de La Luisiana, las plantaciones, sus motivos para regresar, la decisión de enrolarse para luchar en la Guerra de Secesión. Se había abierto como jamás lo había hecho ante una Catherine que solo interpretaba gestos y no escuchaba palabras. Estaba encantada con su presencia. Cuando llegó su turno para ponerlo al día, tomó un gran trago y con la calma que precede a la embriaguez le dijo:

—Me cambiaste la vida.

El hombre sonrió desconcertado.

—Hay un antes y un después de ti. Soy otra, Ricard, y en gran medida te lo debo. Supongo que no eres consciente de ello y, aunque sé que en nada modifica el pasado, sentí que era justo decírtelo.

—No comprendo a qué te refieres.

—Al dolor que tu desaparición me causó. No volví a ser la misma. Pero ahora soy más fuerte.

—Bueno, tú tenías una vida y yo...

Catherine lo interrumpió.

—No es necesario añadir nada más, solo quería que lo supieras.

Ricard se quitó las gafas. Al verlo, Catherine deseó que sus premoniciones resultaran acertadas. Él se acercó, le giró el rostro tomándolo por la barbilla y la miró con sus desconcertantes ojos verdes.

—No solo estás más hermosa. Tu madurez te ha vuelto fascinante —agregó, antes de comenzar a besarla.

De la pasión y los arrebatos del pasado nada quedaba. Se habían transformado en dos extraños que intentaban reconocerse. Se dejaban llevar por la sensación de familiaridad, tratando de recordar las antiguas formas.

A los besos suaves y profundos siguieron las caricias. Ricard se sentía intensamente excitado pero, de continuar, no estaba dispuesto a ser el depositario de otra futura culpa.

—¿Estás segura? —le preguntó.

La tristeza la embargó. Su cuerpo pedía a gritos ser amada. Había esperado con ansias ese reencuentro y sabía que en un santiamén podía volver a gozar de su marino criollo, pero corría el

riesgo de perderlo de manera definitiva. Se detuvo. Observó sus músculos, aspiró de nuevo su olor. ¿Y si de cualquier manera nunca lo volvía a ver? Por lo menos le quedaría el consuelo de vivir esos instantes en los que dos almas se encuentran conectadas, esencia pura, atemporales, suspendidas en el infinito.

—Sí —le contestó con firmeza, imaginando que podrían pasar otros catorce años para repetir ese momento o, tal vez, perder la última gota de felicidad que le ofrecía la vida—. Estoy más segura que nunca.

Ricard reaccionó sorprendido. Acostumbrado a lidiar con un poco de resistencia por parte de sus conquistas, se encontró ante el panorama donde la presa, por propia voluntad, se le entregaba al cazador. La tumbó sobre la hierba, siguió con el ritual amoroso, pero en su interior, un sinfín de ideas punzantes lo hicieron desconcentrarse. Catherine lo notó, intentando hacer caso omiso de la situación, mientras una voz le susurraba que ya no le resultaba atractiva.

A pesar de las dudas, la mujer se dejó llevar gozando cada beso y cada embate del mulato. Él la observaba receloso. Probablemente el amante en turno la habría hecho gritar de placer. ¿A quién quería engañar? Era una zorra lujuriosa que habría sabido aprovechar las oportunidades que se le cruzaran por el camino. Pero daba igual, estaba ahí, ante un cuerpo que le resultaba endemoniadamente atractivo. Y al igual que ella, se dejó arrastrar por sus instintos.

Catherine se concentró tanto en sentir, que los espasmos llegaron impulsados por una imaginación que magnificaba los hechos. La humedad fluía desde su interior, mucho antes de que él desatinara y preguntara si había llegado al éxtasis. ¿Acaso no la conocía? ¿Lo había perdido al grado de tenerlo ahí pero ausente? El pecho, que hasta hacía unos instantes se le expandía saboreando grandes bocanadas de aire, se contrajo de manera abrupta. Su mente rabiosa intentaba encontrar el insulto adecuado, mientras su cuerpo permanecía paralizado.

—No, ¿cierto? —dijo la voz, que sacó a Catherine del letargo.

—¿De qué me estás hablando, Ricard?

—No, ¿cierto?

La mujer no daba crédito a lo que estaba escuchando. Pensaba y dudaba, todo sucedía con rapidez. No sabía si comenzar a buscar las prendas perdidas por las ansias o intentar convencer a Ricard de que seguía siendo su hombre, el único capaz de hacerla sentir plena con su sola presencia.

—¡No puedo creer que me preguntes esto! —dijo la mujer.

—Solo responde —pidió él.

—¿Qué, no te diste cuenta? —le preguntó Catherine mirando con fijeza hacia el abismo en que se habían convertido sus ojos.

—No estoy seguro, hay mujeres que hacen trucos —contestó Ricard desdeñoso.

—Soy yo, Ricard, ¿acaso lo has olvidado?

Catherine, pendiente de las reacciones de su antiguo amante, notó un ligero sobresalto al terminar de escuchar esta frase. Continuaba sin poder descifrar sus intenciones, pero le había quedado claro hacia dónde dirigir sus pasos si quería tener una oportunidad para verlo de nuevo. Con suerte, en un segundo intento podría redireccionar su destino.

—Cariño —le dijo, mientras le acariciaba la nuca y lo jalaba un poco hacia sí—, por un instante me hiciste dudar.

La mujer sonrió con picardía y comenzó a frotar su recta y afilada nariz contra la del mulato.

—Había olvidado tu sentido del humor. Y ahora hasta estoy abochornada —declaró levantando las cejas—. Debió de haber sido muy notorio. Pero qué quieres, había pasado mucho tiempo sin sentir algo así, porque solo tú me lo provocas.

Los brazos cansados de Ricard se movieron un poco. Comenzó a quitar algunas hojas secas enredadas en el pelo de Catherine. Se detuvo a mirarla, le parecía más bella después de la batalla. Sus manos buscaron la pronunciada depresión que remataba su columna. La acarició. Y, sin saber por qué, volvió a pedirle unos días de su vida.

Marie, final de la primavera de 1942

¿Debía ser así? No... ¿Era correcto? Tampoco... Pero daba igual esa basura moral; total, el bien ilustrado Frédéric a menudo alegaba que había putas del cuerpo y putas del alma y, para el caso, ella solo gozaba un poco de lo que sin duda le correspondía. Porque lo de ellos era distinto, una traición sin deslealtad, un coincidir a destiempo.

Esa esposa de pacotilla no tenía un sitio en su corazón, no la amaba, estaba segura. Y merecido se lo tenía. ¿Quién era Elise en realidad? Una mosca muerta con la única virtud de la paciencia, que había sabido encontrar el momento oportuno, el de la desesperanza, para atrapar a Claude y asegurarse el futuro. Ella sí se prostituía.

Pocas veces coincidían, pero cuando tenía el infortunio de cruzarse con ella no perdía la oportunidad para obtener una imagen que pudiera guardar en su memoria. Procuraba saludarla cortés pero brevemente, solo el tiempo necesario para observarla sin levantar sospechas. Pero más tardaba en retirarse que en comenzar a dilucidar las razones por las que un hombre con la estatura de Claude había elegido a una mujer así como esposa.

Era menuda, de piel ligeramente trigueña, sus grandes ojos marrón oscuro desentonaban con su minúscula y delgada boca. Se podía decir que era tan cándida que rayaba en la estupidez. La recordó con sus vestidos drapeados, tan insultantemente pretenciosos, y su perfume hostigoso. Todo en Elise era cursilería, en especial sus charlas vacías, instaladas más en un mundo fantástico que en el real. Ese que se convulsionaba, empobrecía y ensangrentaba con la epidemia de la guerra.

Marie tomó otro trozo de parafina y continuó restregándolo en el interior de la última lata. Las pondría en el borde del corredor para que las alcanzasen los rayos del sol que, a esa hora de la mañana, lograban esquivar el amplio alerón del tejado. Después las regresaría a la bodega, una vez que el recubrimiento para impermeabilizar quedara extendido de manera uniforme.

La mujer estaba colocando los destellantes recipientes cuadrados cuando el rechinar de unos botines embarrados de lodo seco le hizo notar que tenía compañía. Volteó, sin prestar mucha importancia. En la serpenteante hilera se encontraban las latas más pequeñas, donde se empacaban las vainillas de dieciocho y veintidós centímetros, pero faltaban los contenedores para las superiores a veinticinco. Se levantó para ir en su búsqueda.

—Yo no sé por qué te afanas tanto —dijo Tolín, intentando hacer contacto con los ojos de Marie—. Los gringos lo que quieren son balas, no perfume.

—Pues lo de menos es amarrarse el cinturón y guardar las vainas, ya vendrán tiempos mejores —contestó Marie, suspirando.

—Si es que «tu amigo» nos deja —replicó Tolín, irónico.

Marie se olvidó del afecto que sentía por el antiguo y fiel empleado de su padre y de manera arrebatada le replicó:

—Mira, condenado chaparro, más vale que te calles de una vez. Si mi padre te escucha solo lograrás mortificarlo con tus absurdas suposiciones.

—No, si yo no supongo, yo nomás digo —contestó Tolín entre risas.

—Pues no le veo nada de malo a tener amistad con todo el mundo, así sea la competencia... Y ultimadamente, no sé por qué te estoy dando explicaciones, yo me llevo con quien quiero.

—¿Aunque sepas que es un tracalero? —preguntó el hombre, con más agudeza que curiosidad.

—¡Ya cállate, por Dios! —le gritó rabiosa, dándole la espalda.

Marie comenzó a caminar rápido, coordinando pasos con latidos. El pecho le retumbaba. Tal vez eso era lo que le atraía tanto de Claude: amar y temer. La ambigüedad de sentimientos. La confrontación interna. ¿Sería un ladrón? ¿Un ser capaz de tomar ventaja aun a sabiendas de que podía perjudicarla? ¿Por qué ella no podía ver al ser mezquino y maquiavélico del que le hablaban? Había ocasiones en que sus miradas y frases certeras le hacían pensar que era un hombre resuelto, capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos. ¿Pero afectarla a ella? No.

«Ay, Claude, ¡con qué facilidad divides a la gente!». A él lo amaban o detestaban, era simple. La seguridad y excesiva confianza con las que se conducía incomodaban a muchos. Y si a eso se le agregaba la experiencia, que lo convertía en un excelente orador, el resultado era el fastidio de los hombres, que en el fondo deseaban tener menos deficiencias.

Su posición y riqueza le aseguraban la aceptación en cualquier círculo. Sabía que carecía de auténtica simpatía y que a menudo comentaban que su fortuna era mal habida desde la generación anterior. Lo disfrutaba. Le provocaba placer observar cómo, a pesar de su fama de poco indulgente, se rendían ante él. Las muestras de pleitesía forzada lo hacían sentir poderoso.

¿Por qué mantenía una relación con ella? Era una mujer singular, de eso no cabía duda. La encarnación de dos mundos. Poseía la belleza, complexión y fuerza características de los borgoñeses, mezcladas con la picardía, agudeza y sensualidad de la gente que crece en el trópico. Su mirada, ya entrada en años, conservaba una chispa atrayente. Pero como ella, probablemente habría otras en la colonia. ¿Representaba el triunfo sobre un añejo reto? ¿La conclusión de una asignatura dejada para después? Marie escudriñaba en los recovecos de su saturada mente buscando respuestas mientras apilaba, sin fijarse, las latas que transportaría al corredor.

La bodega le recordaba la pequeña y vieja iglesia de Jicaltepec, donde había sido bautizado su padre. El local, de muros encalados, que alcanzaban casi los cuatro metros de altura, lucía a golpe de vista tan solemne como lúgubre. No contaba con ventana alguna y sí con varias puertas: cinco, pintadas todas ellas en verde berilo. Su resistente techo, elaborado con tres capas de ladrillos, era una bóveda de estilo catalán.

Durante los meses en que se efectuaba el beneficio, el almacén lucía como un escaparate. En su interior destacaban las paredes forradas de repisas, apenas separadas por veinte centímetros entre ellas. En realidad se trataba de las camillas sobre las que se extendían las vainillas que aguardaban, resguardadas, su turno para salir a tomar el sol. Los armazones eran colocados por un par de hombres en espigueros de madera. Labor bastante sencilla hasta el punto donde podían estirar los brazos. A partir de ahí, debían auxiliarse con las patas de gallo, garrochas de dos y

medio metros, con un travesaño de cuarenta centímetros clavado en la punta.

El resto del tiempo, el recinto también daba albergue a los burros, tablones, cajones, petates, hilos, costales y demás objetos que, durante el beneficio, eran colocados en el corredor, la sala o alguna recámara de la casa. El caos cabía ahí, según las prioridades de la temporada.

Marie sujetó la pila de contenedores de hoja de lata con las manos y la aseguró con la barbilla. Su vista hacía largo rato que se había resignado a adivinar las formas en ese mundo sombrío. Comenzó a caminar sintiendo cómo la cegaba la claridad proveniente del exterior. Cerró la puerta con un empujoncito de cadera y un pequeño puntapié. Trazas de un dulce y delicado aroma, parecido al de la leche materna, la acompañaron por algunos metros. Se sentía más relajada, aunque continuaba pensando en Claude. El simple deseo carnal no era suficiente motivo para sostener una relación. Él podía tener prácticamente a cualquiera. ¿Tan vacío se sentiría que ya se había hartado del amor por conveniencia?

—Déjame ayudarte, güerita —le gritó Tolín, al verla acercarse con la bamboleante torre.

—¿Ya para qué, si ya llegué? —contestó Marie en un tono más conciliador.

—¿Sigues con muina? —le preguntó el vainillero con precaución, mientras le aligeraba la carga.

—No, siempre y cuando respetes —le aclaró con seriedad.

—Ay, mi niña, tú mejor que nadie sabes por qué lo hago —dijo el vainillero, posando la mirada en el cemento que cubría el suelo.

—Sí, por metiche —contestó desdeñosa—. Lo bueno es que ya mañana comienzan a empacar y estarás entretenido haciendo los mazos.

—Ya ni me digas, ahora sí hay un chingo de vainilla.

—Y salió buena, ¿verdad? Noté a papá muy contento ayer que la revisaba.

—Pos cómo no, ahora sí el hongo nos dejó por la paz. Y salió bien olorosa. Déjame traerte una Bourbon que guardé pensando en ti —dijo Tolín mintiendo.

—Ah, estaría bueno, para cambiar las que tengo en el ropero.

Las vainillas de la pequeña pero muy olorosa variedad Bourbon eran muy cotizadas. Apetecidos botines que los trabajadores gozaban hurtar para obsequiar a las mujeres, que acostumbraban meterlas entre sus prendas para aromatizarlas.

Tolín se dirigió a la sala, donde habían instalado una de las cajas en las que conservaba la vainilla seca por espacio de tres meses. Ahí era verificada cada semana para asegurarse de que se encontrara libre de hongos. El gran cajón de madera al que llamaban depósito abarcaba buena parte de la estancia. En él cabía con facilidad una hilera de hombres altos dispuestos por espacio de tres metros. Su profundidad también era considerable; a Tolín le llegaba a la cintura.

El trabajador quitó el pequeño cartel que indicaba el tipo de vainilla, fecha en la que había sido colocada en depósito y seco del que se trataba, es decir, a cuál de las tres cosechas pertenecía. Después retiró la manta que cubría el cajón y se abrió paso entre las capas de papel encerado que protegían de la humedad al valioso producto. Ahí la encontró, camuflada entre las exportables. La extrajo sosteniendo su retorcida punta con las yemas de los dedos. La colocó sobre la poltrona del anciano y se dispuso a dejar el depósito en un estado similar al que lo había encontrado.

—Mira —dijo Tolín mientras enrollaba la vaina en su dedo índice.

Marie, quien a menudo era solicitada para atestiguar la prueba de fuego a la que se sometían

las vainillas secas, le dio poca importancia al asunto. Con seguridad no se resquebrajaría y, conociendo al meticoloso de su padre, tampoco estaría hinchada y acuosa.

—Se ve buena —declaró adivinando—. A ver, pásamela —agregó, extendiendo la mano.

Sin duda era flexible, de color bronceado oscuro, sin rasguño ni mancha, perfectamente uniforme. Un producto de la mejor calidad. Lástima que el tamaño no la ayudara. Se la acercó a la nariz y aspiró un aroma que evocaba a sus hombres. Sí, los hombres que ocupaban su corazón olían a vainilla. Ganas le daban de rajarla y extraerle, uno a uno, los millones de semillas que, aglutinados en su interior, formaban una suave pasta negra. En ella se encontraba el aceite y el olor, la esencia de su ser.

—Está buena. No como la de «otros», que es una reverenda porquería —dijo con ironía Tolín.

—Pues mejor, ¿no? Así tendremos más oportunidad de colocarla a buen precio —contestó con sarcasmo la mujer, a sabiendas de que el vainillero aludía a Claude.

—A mí me vale madres —replicó, mientras impulsaba un puño cerrado por detrás de la cabeza—. Yo, con sacar *pa'* mi cañita tengo —agregó el vainillero, refiriéndose al popular aguardiente de caña que consumían los lugareños, al tiempo que fingía carcajearse.

—Pues ni para eso vas a tener si sigues perdiendo el tiempo con cualquier pretexto. Anda, ya vete a hacer algo de provecho.

Tolín se tragó una a una las palabras que su estómago fue regurgitando. Calló. No por sumisión ante el que ostenta más poder, no por el deleite de imaginar ver jodido al patrón, no porque creyera en la justicia divina. Tampoco es que fuera muy distinto al resto de los vainilleros y agradeciera los años que había compartido la mesa con la familia Roussel. Enmudeció por cobarde. Por ese sentimiento que incubaba desde hacía muchos años y era incapaz de confesar. Amaba a Marie y la consideraba inalcanzable. Por eso, prefería ahogarse con su silencio que ponerse en evidencia; no resistiría si ella, al notar que se le chamuscaban las entrañas cada vez que hablaban de Antonio o Claude, decidía distanciarse.

El vainillero se marchó con la cabeza gacha. Marie, que permanecía seducida por el olor de la vaina, eligió pensar en Claude para abstraerse del mal rato. A veces envidiaba a hombres como él, que parecían olvidarse de sentir al concentrarse en el trabajo. Eso, hasta que la naturaleza se encargaba de estimularlos y ahí les regresaba la memoria. Ella, tras años intentando sincronizar mente, corazón y mano, solo había conseguido convertirse en un mono entrenado en los deberes. Si un sentimiento la invadía era de pies a cabeza, y perseveraba hasta que llegaba uno nuevo a suplirlo. Entonces, para qué molestarse en intentar alejarlo. Era preferible inducir el que más disfrutaba. ¿Dónde se encontraría Stivalet? ¿En su vainillera? ¿Negociando la compra de algún lote? ¿Cargando un chalán con ganado?

Catherine, verano de 1872

La soledad, esa que se tiene que soportar en compañía, era su más grande martirio. Léopold interrumpía a menudo sus reflexiones con interminables peroratas, la demandante Mathilde estaba sumida en una etapa donde las pataletas ocupaban toda su energía, y el pequeño François se dedicaba a estirar lastimosamente los brazos, para librarse del esfuerzo de tener que desplazarse con sus tambaleantes piernas.

Catherine se desesperaba. Atrás habían quedado los años donde la prosperidad se presentaba como un espejismo tan real que hasta llegó a disfrutarlo. En esa abandonada región de la colonia no solo debía enfrentarse a la inseguridad, reducto de la Intervención francesa, también tenía que criar cuatro hijos estirando un breve presupuesto, mientras lidiaba con ella misma y su insatisfacción.

Por lo menos Nicolás, cercano a los trece años, pasaba buena parte del día ayudando a su padre en el vainillar. El Nicolás de sus dudas, el del padre elegido por el destino, atrapaba los afectos de las personas a su paso. Era un muchacho fuerte, de piel tostada y cabello rubio, ligeramente ensortijado, muy distinto a sus incoloros y caprichosos hermanos. El que, a pesar de haber gozado de toda la atención de su madre durante su primera infancia, tenía un carácter afable y siempre dispuesto a cooperar tanto en la casa como en las labores del campo. Catherine lo amaba de manera desproporcionada, más allá de toda lógica y con una intensidad apenas comparable a su deseo por poseer a Ricard.

—¿Se marchan ya? —preguntó Catherine al ver que Charles hacía un ademán a su hijo mayor para que se levantara de la mesa.

—Sí, mujer, hoy cruzaremos a Zopilote y después iremos a El Mentidero.

—¡Pero no te has terminado ni el café! Nicolás, toma unas galletas para el camino —dijo al ver que el hijo se disponía a obedecer con presteza al padre—. Charles, por Dios, ¿cuál es la prisa?

—Iremos a ver unos terrenos de Francisco de Paula, ya te contaremos a nuestro regreso.

—No me digas que sigues con esa idea. ¿Hasta cuándo, Charles? Te he apoyado en tu absurdo empeñamiento por dedicarte a la vainilla, pero ya estoy harta.

—Te recuerdo que si estamos sumidos en este inmundo país plagado de enfermedades y de guerras es gracias a tus estúpidos caprichos.

—Todo tiene solución.

—Sí, la que yo decida —y sin dejarla decir más, se retiró, seguido por Nicolás.

—Vaya terquedad la de su padre —le decía Catherine a sus pequeños, con el afán de no hablar

sola—. Desde hace mucho debimos habernos marchado o por lo menos cambiar de cultivo, ¡pero qué va! «Los precios se van a recuperar...», «Ahora que los disturbios por la Intervención francesa pasen...», «Entre menos productores, más oportunidades...». ¡Terco! —finalizó gritando, al tiempo que giraba el torso para ocultarles que lloraba.

Se sentía desamparada. Muchos de sus vecinos habían abandonado Chapachapa. Los Ragot, los Doignot, los Grossant complementaban una larga lista de desertores que buscaron, tanto en Francia como en la otra ribera del río, mejores condiciones para subsistir.

Durante los primeros años del conflicto, su neutralidad y lejanía con los lugares de combate les valió para no tener que participar directamente en las luchas, aunque debieron albergar el cuartel del general Ignacio Alatorre, un militar republicano que, conociendo bien su oficio, los amparó del pillaje y la ruina total en distintas ocasiones.

Con la llegada de las tropas austriacas en 1865, la esperanza renació. Jicaltepec ahora pertenecía al Imperio, y no tenía que pagar las contribuciones impuestas por el Gobierno de Juárez. Ese respiro a sus finanzas no fue suficiente dado el estado de los caminos, la línea de tren que llegaba a Teziutlán y el decaimiento del comercio. El tabaco era colocado con dificultad; la vainilla, poco demandada tanto en Estados Unidos como en Europa; y solo el maíz constituía una fuente de ingresos decente. La mitad de la población de Jicaltepec, disminuida por el vómito negro, decidió emigrar y los que se quedaron debieron enfrentar una nueva dificultad.

Los escasos seis meses en que los imperialistas tuvieron el control de la zona les dejaron como herencia el aumento del resentimiento de muchos mexicanos por sus vecinos extranjeros. Saqueos, incendios, asesinatos, despojos y exacciones forzadas se sucedían en Jicaltepec. Hasta la naturaleza parecía estar en contra de la pequeña colonia, contribuyendo a su deterioro, obsequiándole frecuentes inundaciones y la formación de una barra de arena en la bocana del río, que dificultaba el paso de las embarcaciones.

Catherine esperó con resignación fingida a que los pequeños terminaran de desayunar. No se molestaba en reprenderlos al escucharlos reñir o al observar cómo desperdiciaban la escasa comida en absurdos juegos. Su mente se había escabullido de ese lugar, tanto o más rápido que Charles. ¿Qué estaría sucediendo con Ricard? Su antiguo amante había aplazado los planes para reencontrarse en más de tres ocasiones. Le enviaba misivas breves y vagas, donde la única constante eran las palabras «lo siento». No lo comprendía. Si Ricard se había arrepentido o su interés decrecía, ¿para qué molestarse en enviar las notas?

La mujer contestaba los mensajes con largas y generosas cartas, en las que no solo detallaba sus tristes circunstancias, también incluía un nutrido repertorio de halagos y manifestaciones amorosas. Su humor era directamente proporcional al tiempo y calidad de las respuestas. Si al paso de varios días no recibía las noticias que esperaba, su irritabilidad aumentaba. Charles no lo pasaba por alto, pero el estado del vainillar y el dolor que sentía en el hombro izquierdo cada vez que el clima cambiaba eran motivos suficientes para pasar las noches en vela. Mientras Catherine cumpliera con sus deberes y siguiera sus instrucciones, que gritara lo que se le diera la gana, total, para su buena fortuna, había comenzado a perder un poco de audición.

—Léopold, tengo que salir un momento. No los puedo dejar solos, así que tendrán que acompañarme y necesito que me ayudes con tu hermana. Yo me llevo a François.

—Mamá, no queremos ir —contestó el pequeño, asumiendo que sus hermanos compartían sus deseos.

—No te entiendo, te juro que no te entiendo. Cualquier niño normal celebraría salir de paseo. ¡Digno hijo de tu padre! —le soltó desesperada.

—Es que, mamá...

—¡A callar, en este instante nos vamos!

—¿Y dejaremos todo así? —preguntó el pequeño mientras señalaba la mesa embarrada de comida y los platos del desayuno a medio terminar.

—¡Que nos vamos! ¡Que te calles! ¡Que obedezcas! —le ordenó enfurecida.

La soledad, esa que se intensifica al mendigar un poco de amor, comenzó a trastornarla. Se sentía humillada cada vez que sacaba el tintero, pero continuaba haciéndolo. El temor la acompañaba hasta el escamoso y fisurado ébano donde ocultaba la correspondencia que intercambiaba con su viejo amante. Y aun así decidía acudir. Ella, una mujer curtida, que había sobrevivido al hambre, a las epidemias, inundaciones y hasta huracanes, ¿sucumbía ante el desamor?

Catherine no escuchaba los lamentos de sus hijos. En su interior, una nueva promesa era negociada. Visitaría el árbol por última vez y lo que ahí encontrara definiría su destino. Si había algún mensaje era señal de que debía de ser paciente. Pero si el pedazo de vaina de espada que Ricard había insertado en la grieta para proteger la correspondencia seguía tan vacío como su alma, se olvidaría en definitiva de ese negro estúpido que solo la perturbaba. Ya no podía continuar viviendo así, en esta ocasión sí respetaría el acuerdo firmado con su voluntad.

La madre jaló el cuello de la camisa de Léopold para instarlo a ponerse en marcha. Después levantó con brusquedad a François. Actuaba como poseída. Debía de estarlo, el terror se reflejaba en el rostro de sus hijos. Gritaba y maldecía. Los mayores escudaban instintivamente el rostro tras los brazos y François solo atinaba a llorar.

—¡Chss, cállense! —les ordenó, para poder escuchar con claridad.

Golpes fuertes y secos provenían de la construcción principal. Había alguien afuera, llamando. Apuró a los hijos para que entraran en el corazón de la casa y les indicó que ahí la esperaran. Se dirigió por el exterior para recibir a tan inusual visita. Caminaba con cautela, haciendo caso al instinto, que le lanzaba advertencias. La persona de que se tratase había acudido expresamente para hablar con ella. La hora y la formalidad parecían confirmarlo. Cualquier conocido habría recurrido a la simpleza de un grito para evitar la espera. A menos que se tratara de algún ave de mal agüero. El triste zopilote que aparece para anunciar la muerte.

Catherine reconoció la silueta de inmediato. Temblorosa, se acercó.

—¿Te das cuenta de que esto es una locura?

—Necesito hablar contigo, no puedo más —contestó Ricard.

—Mis hijos están ahí dentro, no tardará alguno en salir y preguntar qué sucede —le reprochó Catherine.

—Tengo que confesarte algo —dijo titubeando el mulato.

—Dime, te escucho —lo exhortó la mujer para que continuara.

—Venía de paso, te volví a ver, tenía planes...

Catherine lo miraba con seriedad, intentando comprender el significado de sus palabras. Era un hombre misterioso, cierto, pero pagado de sí mismo. Y esa extraña y repentina inseguridad no podían augurar nada bueno.

—¿Qué me estás tratando de decir? ¿Que te marchas?

—Es que ahora no lo sé, necesitaba hablar, explicarte. Hay tanto que necesito explicarte...

—Ricard, date prisa, que no tenemos mucho tiempo.

El hombre comenzó a hablar de manera pausada.

—He pensado mucho. No creí llegar a sentir esto, pero estás ahí, presente, creo que siempre lo has estado, desde ese primer encuentro en el río...

Catherine sintió que el pesar resbalaba por sus ropas y quedaba depositado en la tierra. La sensación de liviandad la alentó a acercarse. Le acarició un brazo. Lo sujetó por un instante. Se acurrucó contra su pecho para escuchar la esperada confesión. Era mejor evitar miradas incómodas. Cualquier malentendido podía dar al traste con tan anhelado momento.

—De alguna manera, no me había percatado, hasta hace poco, pero en estos años de ausencia, siempre me has acompañado —continuaba Ricard, mientras le acariciaba el pelo—. Y no quisiera marcharme, créemelo, pero es algo que...

Catherine levantó la barbilla y de manera instintiva lo apartó. La casa se tambaleaba, los sonidos reaparecieron. Pájaros trinando, el eco de los pequeños gritando, la selva, El Encanto, el vómito, la guerra, Charles, el negro.

—Eres una basura —le dijo, mientras buscaba el apoyo de la puerta.

Ricard saltó enfurecido hacia ella.

—¿De qué demonios me estás hablando? —le gritó mientras la zarandeaba—. ¡Anda! ¡Deja todo en este instante y larguémonos juntos, si es lo que tanto quieres! —le exigió desafiante.

—Sabes que no puedo —le contestó con la voz cortada por los sollozos.

—Entonces los dos... somos igual de repugnantes —le dijo, soltándola con desprecio.

El mulato dio media vuelta y comenzó a caminar. Un halo de impotencia mezclado con el polvo que levantaban sus pasos lo envolvía. Catherine no podía verlo. Los rayos del sol que lo iluminaban lo hacían parecer un Cristo de ébano que vuelve hacia el Padre. Le pedía que regresara con la fuerza de su pensamiento. Era inútil hacerlo. Ni este ni las breves palabras que mascullaba podían ya alcanzarlo.

Marie, verano de 1942

—Est-ce que tu est complètement fou?

—No lo pude resistir, tu cara, me pareciste tan tierna... *Très jolie* —contestó, esbozando una media sonrisa.

—*Mon Dieu!* Todo lo que hago por ahuyentarte parece atraerte más hacia mí.

—*Je t'aime* —dijo él con simpleza.

—Para ya, que me aterra tener tan poca voluntad.

—Ay, mi pequeña Marie, no estoy dispuesto a volver a vivir lejos de ti.

—Ese es el problema, tu obstinación. Y una vez más te preguntaré: ¿qué esperas de mí?

Marie recordaba el día que había ido a buscar a Claude al puerto de los Thomas. A pesar de que él le advirtió que le esperaban varias semanas cargadas de trabajo, ella decidió rondar los lugares en los que la casualidad podía ayudar a su encuentro.

Necesitaba de él. El temor que sentía al pensar en las consecuencias de esa absurda relación sin futuro era un paliativo que ayudaba por un par de días, y en ocasiones algunas horas, a su determinación de abandonarlo.

No sabía cómo lo que en un inicio representaba un acto de rebeldía, el ejercer la libertad recién conquistada, se había convertido en un simple cambio de amo. Si el hombre le prestaba atención y reparaba en hacerle los mimos que ella deseaba, la invadía una especie de paz. Su ausencia la desorientaba. Se sentía perdida sin las directrices de Claude.

Lo reconoció de inmediato. Su fiel compañero, un Stetson de ala ancha, lo cubría del implacable sol. Solo a él parecían importarle las moscas que hacían rondín desde los excrementos hasta los lomos de los animales y sus arrieros. El hombre agitaba con frecuencia las manos para despejar los insectos de su campo de visión hacia el chalán donde se embarcaba el lote de toretes. Marie percibió el olor a estiércol característico del muelle donde se cargaba el ganado, aderezado en esa época con el del fango y la vegetación descompuesta que había dejado la última crecida del río.

—¡Oooooohhh! —escuchó gritar al vaquero que intentaba amarrar a uno de los novillos de cebú por los cuernos.

—¡Vaca, eh! —exclamó el marinero que revisaba las dos carretillas de la carrocha al sentir un tirón en la cuerda.

La mujer jaló la rienda del Cubano para acortar su paso. Observó la abombada y profunda barcaza. Un grupo de cuatro o tal vez cinco marineros sujetaron los palos del cabrestante y comenzaron a empujar. Conforme el dispositivo del barco giraba, los cuatrocientos kilos del

animal se elevaban.

—*Bonjour, monsieur Stivalet!* —gritó Marie en tono cortés, pero lo suficientemente fuerte para sobresalir entre los mugidos de los apurados animales.

Claude, al reconocer la voz, se acomodó el sombrero hacia el frente, antes de voltear a verla haciendo alarde de su masculinidad. Su rostro no pudo ocultar la sorpresa cuando vio a Marie montada sobre el alazán de Antonio. El animal, que estuviera en contacto con su amo hasta la víspera que dejara este mundo, se había convertido en un ícono de la mala fortuna y sacarlo de las caballerizas solo podía significar que a la mujer algo le ofuscaba.

Él, como estratega de experiencia, sabía que improvisar era un recurso que en la mayoría de los casos provocaba resultados desastrosos o poco deseables. Debía ganar tiempo. Se acercó al Camino Real para saludarla.

—*Bonjour, Marie*, qué agradable coincidencia —dijo, con un toque de picardía.

La mujer comenzó a acariciar la crin del caballo y sin mirar a Claude a los ojos, le contestó:

—Pues mira, ya te vi y con eso me conformo.

—Estaba por buscarte —replicó él mintiendo—. Me enteré de que llegó una buena película a La Peña y pensé que tal vez podríamos encontrarnos el día de la función.

—Ay, Claude, ¿te has vuelto un poco cínico o intentas evitarme? —dijo ella, levantando la mirada.

—Me gusta verte, saberte cerca, *c'est tout*.

—Yo no entiendo nada, en verdad... Y de una buena vez te preguntaré algo que debí preguntar hace mucho tiempo: ¿qué esperas de mí?

—¿Qué espero? —preguntó desconcertado.

—Sí, Claude. ¿Qué buscas? ¿Hacia dónde se dirige esto?

—Espero... Espero que me ames, amarte... Ya el tiempo lo dirá, ¿no crees?

La mujer, dolida de escuchar palabras muy distintas a las que deseaba, buscó una excusa para retirarse. La encontró al ver al Arturo, el potente remolcador que arrastraría a la barcaza durante su travesía hasta Campeche. Claude caminó hacia la higuera que remojaba sus raíces en el agua, mientras ella, incendiada por dentro, lo maldecía una y otra vez. Y es que, ¿qué le costaba decir que era su más grande amor y que estaba dispuesto a dejar todo por ella? Total, ambos sabían que eso no iba a suceder. Marie no iba a fincar su felicidad en la desdicha de la hija de Claude y en el dolor de los suyos. Solo quería escuchar que era importante para él.

Catherine, principios de 1873

Con el tiempo no aumenta la resignación, lo que decrece es la esperanza. Y cuando anhelar lo perdido se convierte en un sentimiento pequeño, como una diminuta espina que más que provocar dolor incomoda, se le comienza a llamar nostalgia.

Lejano parecía el día en el que el cuerpo expedicionario francés se embarcó en Veracruz, poniendo punto final a la historia del Segundo Imperio y a los sueños de los más viejos. Lejana le parecía la otra ribera a Charles, que por más que se esforzaba, siempre echaba en falta las piastras que necesitaba para llevar a cabo su pequeña migración. Lejanos los besos, lejano el amor, Catherine experimentaba la paz del que ya no espera y solo busca en sus recuerdos.

Atrás había quedado el día en que Ricard, turbado por la despedida de su amante, había acudido a la tienda Bourillon para diluir la pequeña culpa en un poco de aguardiente. Sin presentir que ahí encontraría mejores motivos para embriagarse con frecuencia. ¿Sería la decadencia de Charles o su mirada destellaba reproches? ¿Y el pequeño? Ese que lo acompañaba, el de cabello ensortijado, seguía presentándose en sus sueños, batiendo los pies al ritmo del banjo. Necesitaba olvidarlos a todos. A Catherine, a Charles, al muchacho, a la colonia. Él tenía otra vida, se debía a los suyos y la decisión tomada era la más conveniente.

Era la época del presidente Sebastián Lerdo de Tejada. El veracruzano que a la muerte de Juárez le ganó las elecciones al obstinado Porfirio Díaz. El ferrocarril se expandía, llevando prosperidad a algunos sitios y alejándola de otros. Tal era el caso de Jicaltepec, del que las poblaciones de la Sierra de Puebla habían prescindido para allegarse las mercancías que venían de ultramar. Solo por la sal campechana seguían acudiendo los arrieros.

La tenencia de la tierra también continuaba siendo un problema. Celso Acosta no perdía la oportunidad de asediar a los franceses. Los que pudieron reunir el capital para arrendar tierras del otro lado del río se habían marchado, así tuvieran que habitar en modestas casas. Los demás sobrevivían, sin pensar que la Providencia podía atender sus estériles y añejas súplicas.

Esa mañana Catherine despertó inquieta. Decidió limpiar los rincones olvidados de la casa para sacudir también los malos pensamientos. Y se afanó tanto que consiguió desempolvar los recuerdos. Las dudas regresaban, la inquietud persistía.

Observó el frasco de sulfato de quinina con el que combatían el paludismo. La sal de amoníaco y la sal de tártaro con la que trataban las mordeduras de las nauyacac. Resolvió buscarles un sitio más apropiado. No deseaba tener que utilizarlas, pero ante la falta de médicos en Jicaltepec y el estado de su economía, más le valía resguardarlas en un lugar seguro.

«¿Qué hiciste, Catherine?», se dijo en voz baja, mientras recordaba el día en que con animada

juventud logró convencer a Charles de partir hacia América.

Se había dedicado a culpar al esposo, al maldito país de gente bronca, inculta y revoltosa, al clima, al trópico, a Dios y a Ricard por su infelicidad.

«¿Qué hiciste, Catherine?», repitió, pensando en los hijos que arrastraba. Sí, los arrastraba, por lo mucho que le pesaban.

Apretó los frascos contra su pecho. Llorosos suspiros contenían el inmenso dolor que buscaba emerger. El de sentirse víctima de ella misma.

«¿Hasta dónde fuiste capaz de llegar? ¿En qué malgastaste la vida?», se decía, mientras permitía que las lágrimas encontraran su cauce.

No sabía qué ni cómo perdonarse. Pero sintió la necesidad de cambiar algo. Ya estaba ahí, ya estaban sus hijos y estaba con Charles. Quizá si hacía un poco más alegre la existencia de los demás podría dejar de sentir que la suya era miserable. Tuvo el impulso de buscar a su esposo. Cualquier momento era bueno para empezar. Sabía dónde encontrarlo.

Lo vio parado, de espaldas, junto a una de sus amadas orquídeas. Se acercó con sigilo. En realidad no era necesario, la frágil audición de Charles le impedía percibir el crujir de la hojarasca, pero deseaba abrazarlo con calma. Tal vez porque necesitaba abrazarse a sí misma.

Hizo una pausa para observarlo. Bajo el sombrero se asomaban las maltratadas puntas de su disminuido cabello plateado. La desgastada camisa, que en otro tiempo fue utilizada para salir de paseo, dejaba ver un cuerpo encogido y desproporcionado. Las costuras de la sisa caían por debajo de los hombros, mientras los botones del frente apenas podían contener un vientre que buscaba un poco de libertad.

El cuadro le provocó lástima. Si bien nunca se había sentido verdaderamente atraída por él, debía reconocer que durante su juventud no le desagradaba. Pero ahora, con los años, hasta su olor había cambiado. Un tufo a sobaquina y saliva añeja fue lo que percibió al momento de ceñirlo entre sus brazos.

El hombre sostenía un ramillete de vainas entre sus manos. Tenían las puntas amarillas. Giró la cabeza un poco y, con la tranquilidad del que ha perdido la capacidad de sorprenderse, inició la charla.

—Ya están listas para cortarse —dijo, sin quitar la vista a las vainillas.

La mujer alejó su torso del cuerpo de su marido y estiró los brazos buscando sus manos. Deslizó los dedos sintiendo una piel rugosa, surcada por infinidad de valles y crestas. Él, acostumbrado a la frialdad de Catherine, se incomodó. Evadió el contacto dando un paso hacia atrás y examinó los ojos de su mujer en busca de una explicación.

—No me preguntes qué hago aquí, solo abrázame —pidió ella mientras le guiaba las manos hacia su cintura. Un velo acuoso cubría su apesadumbrada mirada.

Charles no atinaba a reaccionar. Sentía cómo el aire danzaba cerca de su cuello, probablemente por los sollozos de su mujer, pero no podía ni quería escucharlos. Volvió a dar un paso hacia atrás para apartarse.

—Vamos, te acompaño a la casa y aprovecho para almorzar algo —contestó con tranquilidad.

Catherine comprendió que no le sería fácil recomponer la relación con Charles. Y es que cuando no hay amor, tampoco odio. De poco le serviría pedir perdón. La indiferencia era ya parte de su rutina. Se habían convertido en dos compañeros de infortunio, cada uno se limitaba a cumplir su respectivo papel ineludible para poder sobrevivir.

Ricard no la estaba pasando mejor. A cientos de leguas de distancia, en San Lorenzo Cerralvo, luchaba contra su caprichosa mente, que lo llevaba a los terrenos del *si hubiera*...

Había llegado a este lugar movido por la curiosidad. Al regresar a México, después de que el Ejército nordista ocupara Nueva Orleans, su espíritu bohemio lo impulsó a deambular un poco en busca de suerte. En Veracruz se sentía cómodo. Si bien los habitantes de origen africano representaban poco más de un décimo de la población, también impregnaban de su música, danza y lengua a las tradiciones locales. En especial en los pueblos del sur, donde la esclavitud fue más patente.

San Lorenzo fue el refugio de un grupo de negros cimarrones que, comandados por su príncipe Yanga, lucharon contra el dominio español y se convirtieron en el primer pueblo libre de América. Él era un *creole* de habla francesa, pero ahí, rodeado de caña de azúcar y rostros pardos, se sintió deliciosamente acompañado.

—Yo conozco esa cara —dijo Senza riendo—. ¿No lo piensas lanzar? —agregó señalando el cubo de madera que Ricard sostenía con una mano.

Los labios amplios y carnosos de la mujer se habían estado abriendo y cerrando sin parar. Después de una pausa se detuvieron junto a los dos hoyuelos en sus mejillas. Sonreía, seguramente todo estaba bien. Él devolvió el gesto para continuar pensando en la joven caprichosa y arrebatada de la cual huyó en su juventud.

—¡Ricard, el agua, que se hace tarde! —solicitaba la mujer mientras arqueaba las cejas divertida.

—Sí, sí —contestó confundido.

La mirada de Ricard, perdida hacía rato en las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, regresó hacia la figura que lo llamaba. Tenía una mano apoyada sobre los ladrillos del pozo y la otra recargada contra su cintura. Era tan negra como su madre. Igual de complaciente, afectuosa y alegre. Se sentía satisfecho con la elección. Lo había esperado durante sus mil y una separaciones con devota paciencia. Buena madre y compañera, trabajadora incansable, siempre dispuesta.

—¡Ricard! ¿Qué esperas? ¿En qué piensas? —preguntó Senza mientras se acercaba para quitarle el balde y lanzarlo hacia el pequeño abismo.

Recorrió en su mente, por última vez, la imagen de Catherine antes de animarse a prestar atención a su esposa. La recordaba con frecuencia, normalmente los días en que el cansancio o la monotonía le pesaban. Le gustaba evocar sus ojos, sus gemidos, su cara gozando cuando la penetraba. Recordaba sus piernas pálidas, poco torneadas y eternamente abiertas para recibirlo.

Las fantasías estimulaban sus deseos y la cercanía con Senza, tan predecible y tan catada, los apaciguaba. No entendía por qué, de entre todas las mujeres con las que había tranquilizado los demonios de la carne, era Catherine quien lo inquietaba.

El eco de la sacudida del agua subió para indicarle que el momento había llegado. Tomó la cuerda que pasaba dentro de una barroca carretilla de hierro y comenzó a jalar. A cada brazada correspondía un chirrido, pero pronto el líquido necesario para llenar el último cántaro llegó a la superficie. Un ligero tufo a podrido le penetró hasta el estómago, el que seguido se le encogía cada vez que la rabia se hacía presente.

—Vamos, vamos —dijo Ricard apurando al chorro de agua que caía en el gran recipiente de barro.

—¿Qué dices? —preguntó Senza riendo.

—¿Yo? —respondió extrañado, al no recordar las palabras que quizás había articulado sin darse cuenta.

—¡Ay, Ricard, de verdad que hoy estás más cerca de la luna que de casa! ¿Qué te sucede? ¿Te preocupa algo?

—Lo de siempre, mujer, lo de siempre —contestó mintiendo.

—Sambi nos proveerá, ya lo verás —dijo ella suspirando con tranquilidad.

Los labios de Senza desplazaron sus mejillas hacia los lados y estas, a su vez, presionaron con ligereza a los ojos, confiriéndoles un aspecto parecido al de dos grandes almendras. Sonreía. En momentos como ese, sentía que su hombre se convertía en niño y deseaba protegerlo. Se acercó para abrazar al desvalido Ricard, quien, la mayoría de las veces, agradecía el consuelo que le brindaba ella, su segunda madre. Pero no aquel día en que la imagen de la francesa seguía divagando en su mente a su antojo.

¿Y si la buscaba? No, debía evitarla. El remordimiento que había sentido después de su último encuentro era señal de que Catherine se estaba convirtiendo en algo más que una aventura de la cual es fácil deshacerse. Otra cita podía ser letal. Corría el riesgo de terminar enamorado hasta las cachas.

¿Por qué no se la peleó al destino cuando le fue posible? No había hijos, no había responsabilidades. Solo el imbécil de Charles, a quien le habría hecho el gran favor de quitarle de encima a una mujer que no lo amaba y mucho menos lo respetaba.

¿Cobardía? ¿Miedo a que ella, con la misma facilidad, lo abandonara? ¿A no poder controlarla? ¿A no estar a su altura? Lo que fuera hecho estaba. Para bien o para mal, se había conformado con la opción que le brindaba más seguridad: Senza.

No, no debía buscar a Catherine, porque cualquier decepción terminaría con sus ilusiones. Con esa vida posible que disfrutaba en sus fantasías. Y si las perdía y si perdía esa posibilidad, ¿qué le quedaría para sobrellevar su miserable existencia?

—Senza, volveré a salir de viaje —le dijo, impulsivamente—. Te prometo que esta vez será breve —remató, mientras le besaba una mejilla.

Sí, tenía que ver a Catherine, una última ocasión. Solo eso, verla; así fuera a la distancia. Después enmendaría sus errores, dedicándose a la familia con el fervor que probablemente esperaban y que todo el tiempo les quedaba a deber.

—Vamos —dijo a la apesadumbrada mujer, mientras echaba mano a los recipientes colocados junto al pozo.

Ricard no se había percatado del momento en el que se había separado de la negra, pero se sintió aliviado. Miró de reojo a la mujer y comenzó a caminar, cargando el peso de un par de cántaros y de su gran nostalgia.

Marie, verano de 1942

—¿Feo? El mar nunca es feo, Marie. Puede rugir con furia en un día de tormenta y sigue siendo espectacularmente hermoso. Míralo bien —le indicó la mujer, señalando hacia la línea costera—, cómo se repliega para regresar con fuerza. Así es un poco la vida, ¿no crees?

Marie levantó levemente la barbilla y observó los negros montículos que contenían al gigante alebrestado. Una pequeña capa de aire gris parecía subir, bajar y arremolinarse sobre ellos. El viento jugaba desbaratando y reinventando las pesadas dunas de arena mineral a su antojo. También parecía tener influjo sobre el agua. Más abajo, esta retrocedía dejando ver una estela de despojos marinos. Pedazos de concha, comales y algas eran expuestos para ser devorados, una y otra vez. Cada ola que retornaba lo hacía con mayor intensidad, señal, si es que los sentidos no le estaban jugando chueco, de que el temporal estaba pasando cerca.

—¡Ay, Joaca, qué bien me hace tu presencia! —contestó Marie, al tiempo que impulsaba la mecedora en la cual pasaba la tarde.

La otra mujer, desde su vistoso balancín tejido en distintos pero igualmente cegadores colores, sonreía.

Joaquina, hija de comerciantes de la capital y vivo ejemplo del mestizaje entre españoles e indígenas, había descubierto la colonia un par de años atrás y decidido hacer suyo un pequeño espacio dentro de ese paraíso tropical.

Un robo sin malicia había unido a las dos mujeres. Y desde entonces la esporádica amistad crecía. Joaca, quien se encontraba explorando la región, se había detenido frente a la *maison Roussel* para cosechar una de las muchas papayas que crecían «silvestres» y Marie, percatándose de las intenciones de la intrusa, había salido gritando en un francés plagado de insultos en perfecto castellano. Un rato después, las excusas y corteses disculpas habían cedido su lugar a las risas y anécdotas. La afinidad se había presentado casi de inmediato. Como si ese par de almas solitarias se hubiera conocido algunos siglos atrás.

La casa de playa de Joaquina, situada en un paraje al que los lugareños llamaban Riomar, en la barra del Nautla, destacaba por su sencillez. Construida con tablas de madera sin lijar, techo de palma y piso de tierra apisonada, solo constaba de tres estancias. Dos para dormir y una tercera, muy amplia, que se utilizaba como cocina, comedor y sala de estar. Afuera, en la terraza orientada hacia el mar, se ubicaba el mayor lujo de la casa: dos mecedoras de caoba con sus asientos y respaldos en mimbre, tejido al estilo ojo de perdiz, las cuales, en ocasiones, compartían el espacio con alguna hamaca yucateca. Detrás se encontraba un improvisado jardín en el que prevalecían las riñoneras, especie de enredadera que, aparte de estabilizar el suelo arenoso,

prodigaba hermosos bulbos morados con propiedades curativas. También podían encontrarse algunas majaguas, árboles de ramas flexibles y camaleónicas flores, que nacían amarillas por la mañana y llegaban al ocaso en rojo carmesí; arbustos como el uvero de mar; y, por supuesto, cadillos, gramínea que al florecer aportaba un poco de emoción al tránsito hacia la playa. Sus espinosos frutos, parecidos a una pequeña espuela fabricada con cientos de astillas, se pegaban en pies y piernas de los más despistados, dejando sus dolorosos agujones clavados en la piel. Por último, en el extremo opuesto, y situados de manera estratégica hacia el río, se encontraban los servicios.

Las mujeres habían llegado un par de días atrás en una carreta jalada por bueyes en donde lo mismo se llevaban petates que colchonetas, pencas de plátano o latas con galletas de fierro y, por supuesto, a los hijos de Marie. La naturaleza no las recibió como esperaban. A veces, el clima se amotinaba en verano. Si bien los huracanes rara vez las visitaban en esa época, de cuando en cuando pasaban cerca, armando un poco de alharaca. No estaban preocupadas, ya tendrían oportunidad de disfrutar las cálidas aguas del Golfo, que increíblemente se podían transformar en un gran estanque color turquesa.

—Entonces, ¿que el mar es tan feo como Claude! —dijo Joaca en tono burlón, para alejar la melancolía que prometía esa tarde grisácea.

—¿Me creerías si te digo que vengo dispuesta a olvidarlo? —preguntó Marie, regresando la mirada al océano.

—¡No! —contestó Joaca, riendo.

—Tienes razón —replicó Marie soltando una carcajada—. Aunque, ¿sabes?, estoy un poco cansada —dijo en tono chillón y apesadumbrado— de sentir que vivo a ratos. De que mi humor esté supeditado a su presencia, a sus acciones y hasta a la falta de ellas. Quisiera enterrarlo aquí mismo. En esta playa. Vivir mi duelo y regresar más fuerte. Dos veces viuda, dos veces libre. De verdad lo deseo aunque, bien lo sabes, no encuentro la manera.

—Ya lo hiciste una vez, recuérdalo —contestó Joaquina, enfatizando las palabras con su inquisitiva mirada.

Marie, visiblemente molesta, cambió el rumbo de la conversación.

—Me preocupa que los niños estén tardando.

—Déjalos, seguro estarán con Foncho, escuchando sus historias. El hombre te agradecerá que los dejes un rato más.

—Casi no lo conozco, dicen que regresó un poco loco de la guerra.

—Pues yo más bien diría que hay que estar un poco loco para irse —replicó Joaca.

—Eso es cierto. Unas vacaciones conociendo la tierra de sus abuelos bastaron para que regresara más francés que el Camembert. Mira que ir a pelear por gusto.

—¿Ganas de trascender?

—Ganas de morir a lo tonto. O será que yo en definitiva no entiendo a los hombres —dijo Marie, poniendo de manifiesto el tema que ocupaba su mente.

—Estará loco, pero el pollo que hace es fenomenal —agregó Joaca, haciendo alusión a uno de los platillos que ofrecían en el restaurante contiguo, propiedad del hombre.

—*Boff*, pollo a la cacerola, ¿qué tiene de gracia? Estamos en el mar, ¿a quién se le antoja? —replicó Marie con desdén.

—No, Marie, es que tienes que probarlo. En verdad es especial —insistió Joaca.

—Ya veremos —concluyó la mujer, torciendo la boca.

Claude se sentía inquieto, algo molesto. La imagen de Marie acudía con frecuencia a interrumpir la tediosa, pero necesaria, charla con su cliente. Ya fuera que la recordara desnuda, seduciéndola o haciéndola gritar de placer, esos pensamientos lo hostigaban y le dificultaban aún más la concentración.

—Don Claude —escucharon decir los hombres, tras un breve y discreto golpe en la puerta del despacho.

—*Merde!* ¡Les he dicho que no me interrumpen! —gritó el hombre.

La puerta se entreabrió dejando ver el apenado rostro de Juan, el vaquero más apegado al patrón. Su maestría para fingir las reacciones que el jefe esperaba ver le había prodigado una posición especial entre la cuadrilla. Eso sí, no le eximía de recibir los mismos malos tratos y humillaciones que el resto de los empleados.

—Usted disculpe, patrón, pero la patrona lo necesita, se volvió a poner mal —prosiguió Juan, bajando la mirada.

El hombre se levantó y se dirigió hacia el vaquero. Mientras tanto, el viejo Cajigas abrió la pequeña caja que estaba sobre el escritorio de su anfitrión y sacó un puro. Lo apretó instintivamente con las yemas de los dedos. Estaba fresco. Lo pasó por debajo de su gran nariz aguileña. Los muchos pelos largos, de color blanco amarillento, que se asomaban por sus fosas nasales se replegaron con la profunda aspiración. Lamió la boquilla y procedió a encenderlo. El olor de las hojas de tabaco al quemarse neutralizó el de los mazos de vainilla que Claude recién había colocado sobre el *secretaire* para mostrarlos a su socio.

Una risa infantil atrajo la atención del viejo. Provenía de afuera. Echó una ojeada por la ventana. Dos reatas retorcidas iban y venían sacudiendo el flamboyán que daba sombra a esa área de la casa. Seguramente se trataba de Sophie, la pequeña de Claude, a quien mecían en el columpio. Intentó presionar al francés con la mirada. Seguía de pie, junto a la puerta, discutiendo con el trabajador que parecía tener más músculos que prudencia.

—Me lleva la chingada con estas pinches viejas —dijo Claude al empleado, olvidándose de que en sociedad procuraba utilizar un lenguaje que denotara el buen gusto y refinamiento obtenidos tras recorrer buena parte del mundo—. ¿Y ahora qué demonios le pasa?

—Lo de siempre, patrón. El problema es que el Mamado ha estado buscando por todos lados al doctor Medina y no aparece.

—Pues que otro vaya por Guevara a Jicaltepec y, si no lo encuentran, se me jalen de pueblo en pueblo y no regresan hasta que localicen un médico.

El viejo intervino, pues más que sentir pena ante el sufrimiento ajeno tenía prisa en finiquitar los asuntos que había ido a tratar con Stivalet.

—Hostia, no entiendo por qué tanto jaleo. Un telegrama urgente y ya está. O varios, alguno acudirá.

—Eso, eso también. Tú que eres el menos pendejo te me vas a la casa de los Collinot y que Lencho te ponga personalmente los mensajes. *On y va*, que es para antier —le dijo, a la vez que le tronaba los dedos y ladeaba la cabeza como ademán para que se retirara.

—Hombre, que si el problema es grave me marcho —dijo el viejo con falsedad.

—*Boff*, de ninguna manera —contestó Claude, mientras regresaba a su silla y a los

pensamientos que en ese momento le ocupaban. Marie. ¿Dónde podría estar? Para ser uno de sus tradicionales arrebatos, ya se había prolongado. Vaya fastidio tener que buscarla, escuchar reproches, gemidos y hasta hacer promesas falsas. Aunque en el fondo no le molestaba del todo, después de concluido el ritual obtenía una buena recompensa. Vaya hembra, vaya pasión, vaya manera de encenderlo. La única capaz de desobedecer, de retar y de ignorar a cualquiera, incluso a él. Eso sí, de repente lo acosaba y lo hacía huir para conservar su amada independencia. Pero algo, algo hacía que no podía vivir mucho tiempo lejos de ella.

La noche pasó, como pasan las noches para los que esperan que el alba cristalice las plegarias y las convierta en milagros: muy despacio. Marie estuvo dormitando gracias a esa especie de pesadilla mitad sueño, mitad realidad, en la cual era protagonista. Los demás se encontraban en el trance en el que caen los cuerpos cansados, disfrutando sin estar conscientes del ambiente fresco que había llevado el terral y del terapéutico sonido del mar.

Alejarse de él no había sido suficiente. No era la solución. Necesitaba dejar de pensar y, sobre todo, de añorar a su amante. Su relación, lejos de ser anónima, estaba a punto de convertirse en un secreto a voces. El ego de Claude no le permitía ver que, a pesar del dominio que tenía sobre sus empleados, la boca era la parte más difícil de controlar. ¿Estaría enterada Elise? Sí, sí lo estaba. Si no, ¿qué otra razón habría desatado su conveniente enfermedad? Chantajista. Estaba más loca que una cabra. Por supuesto que lo sabía, es algo que una mujer, le duela o no, siempre descubre. La pregunta era: ¿sabría que se trataba de ella?

Los niños eran ya unos muchachos. Lo tenía que hacer por ellos. También por su padre, que se estaba apagando. Y aunque tal vez entendería que no era ella, sino la maldita sangre de Catherine, la que seguía causando desgracias, le dolería. Porque la mala sangre se hereda y la calentura, aunque la reprimas, termina brotando, así sea en forma de fantasías. ¿Sospecharían algo sus hermanos? Joseph se portaba cada día más distante, pero quizá se debía a la influencia de su cuñada; ese esperpento no conocía más familia que la suya. Frédéric, imposible. Para su buena fortuna y mala de las capitalinas, se había marchado a probar suerte en La Merced cuando su romance con Claude era aún muy joven.

—Ay, *maman*, ¿cuándo va a ser el día en que dejes de hacerme falta? —susurró Marie, al tiempo que giraba su cuerpo para acomodarlo en posición infantil—. Ayúdame, ayúdame, te lo ruego —suplicaba con la boca apretada y las cejas arqueadas—. ¡Por favor, por favor, por favor! —continuaba murmurando.

Sintió las manos húmedas. Un cauce de mocos y lágrimas se había abierto paso hasta ellas. Intentaba sentir la presencia de Adélaïde. Se concentraba, tratando de encontrar en su interior la respuesta que seguramente le estaba indicando su madre desde ese exterior invisible donde se instalan las ánimas que son convocadas. Suspiró. Creyó empezar a comprender. Un hombre decente, como en su momento su madre había escogido. Un hombre como su padre. Sí, quizás eso era lo que quería decirle. Un hombre para olvidar a otro hombre. La presencia se intensificaba. La rodeaba. La abrazaba tranquilizándola. Sintió con claridad cómo le tocaban el hombro.

—¿Otra vez sin dormir? Anda, vamos afuera —escuchó decir a Joaca.

Marie, quien dedujo que su madre había elegido esa vía para continuar con sus indicaciones, se levantó con prontitud, siguiendo en la penumbra a su amiga. Iba descalza. Ansiosa por

comenzar el ritual de sanación de su alma.

Caminaron un buen trecho hasta llegar al último médano y se instalaron en la serpenteante frontera entre la arena y la hierba. Una larga nube color rojo quemado se extendía sobre el horizonte, matizando el cielo plomo del amanecer. Las nubes escaseaban. La tormenta se las había chupado todas. Una rodaja de sol se asomaba por el noreste, elevándose a gran velocidad. Había levantado.

—Ya deja de pensar en ese pendejo. ¡Por Dios! —le ordenó Joaca, mientras abría sus brazos y giraba la palma de sus manos hacia el cielo.

Marie observó la cara de fastidio de su amiga. Parecía harta de repetir la misma homilía.

—¡Lo sé, lo sé! ¿Crees que no lo sé? ¡Solo dime cómo!

—Así, sencillo. Te olvidas. Te ocupas en otras cosas. Tú sabes cómo, carajo —le reprochó Joaca—. Es más, ya deja de hablar de él. Deja de pensar en él.

—Lo intento, te juro que lo intento. Pero es un pensamiento que regresa —dijo Marie, angustiada.

—Por Dios, te libraste de Antonio y te buscaste uno igual.

—No digas tonterías. Claude nada tiene que ver con Antonio —le reprochó Marie.

—No, él nada. Tampoco la angustia, los celos, la rabia, la impotencia. ¿Qué otro hermoso sentimiento te genera, Marie?

—Claude me quiere, Joaca. Me desea. Me busca.

—Como ahora —reviró con ironía.

—Estás imposible. Lamento no dejarte dormir.

—Marie, piénsalo. Él no te merece. Si lo tomaras como lo que es, está bien, pero no lo haces y no me gusta verte así. Parece que te estás castigando por alguna razón que desconozco. ¿Acaso hay algo que no me hayas contado? —agregó Joaca, en tono más persuasivo.

Marie titubeó. Estuvo a punto de hablarle de su abuela y confesarle sus temores, pero apretó la mandíbula. Bajó la mirada. El sol, que comenzaba su marcha en dirección al cenit, molestaba la vista. Volvió la cabeza hacia la casa con la esperanza de encontrar una salida. La halló. Vio a Miguel, su hijo menor, meciéndose alegremente en la hamaca de Joaca.

—¿Pero qué hace este niño? Vamos —le indicó a su amiga.

—*Ey arrêt!* ¡Te vas a caer! *Est-ce que tu est fou?* —gritó la madre.

Una regordeta y rojiza pierna se asomó por el borde del tejido; después la bajó para utilizar la punta del pie como freno. Asomó un poco la cabeza. Era realmente grande. Todos en la familia pensaban que al crecer se proporcionaría. Pronóstico que al menos ahora, a los siete años, seguía sin cumplirse.

—Ma, ¿nos das permiso de ir a sacar toches? —le preguntó el hijo en tono despreocupado.

Las cucarachas de mar, como se conocían en otras latitudes, eran pequeños moluscos de caparazón color grisáceo. Semejaban un armadillo en miniatura. Tal vez de ahí que tomaran el nombre de toche, ya que también así se llamaba al mamífero. Tenían muchas patas, que agitaban a gran velocidad para enterrarse en la arena. Y era esta característica la que los hacía tan atractivos para los muchachos.

El juego comenzaba con su búsqueda. Había que tener ojos hábiles para notar los pequeños orificios burbujeantes que se sucedían en la arena entre cambio de olas, distintos a los que hacían los baulitos, pequeñas almejas de concha blanca que también gustaban enterrarse, pero que eran

más comunes. Una vez que se tenía la seguridad de haber ubicado una mancha, había que actuar con rapidez, pues no duraban mucho tiempo en el mismo sitio. Lo ideal era trabajar en equipo. Así que, mientras uno corría para palear arena con las manos en la zona donde los veía zambullirse, otro recogía a los infortunados que habían sido expulsados de sus refugios subterráneos y los metía en una cubeta.

—¿Tenemos ajo, Joaca? —preguntó Marie a la amiga, levantando las cejas como signo de resignación.

—No lo sé, tal vez sea necesario ir a pedirle un poco al vecino —contestó con picardía—. ¿Te has fijado que el loco es bastante guapo? —preguntó la amiga entre dientes.

—¿El loco? —repitió riendo—. Ya te gustó el apodo para él.

—Sí, ya hablaremos del tema de este señor —dijo, advirtiendo la cercanía del chico—. Pero en definitiva me parece interesante.

—*Mamaaan!* —exclamó Miguel, reclamando la atención de la madre, que lo había dejado sin respuesta.

—Sí, sí, claro, vayan. Y así nosotras aprovechamos para dar un paseo y ver quién anda por acá —respondió Marie, buscando con la mirada la aprobación de Joaca.

El chico saltó de la hamaca y entró corriendo a la casa. Apenas cruzó la puerta, comenzó a convocar a gritos a sus hermanos. Era poco usual que Marie cambiara de opinión, pero podía llegar el momento y más valía tomar precauciones ese día, que prometía ser tan divertido. Alcanzó a escuchar que su madre les pedía que antes desayunaran, por lo que decidió elevar el tono de su voz. No había tiempo que perder.

—Oye, no sé si fue una especie de pretexto para que nos dejaran solas, pero a mí sí me gustaría dar una vuelta para saludar a los vecinos. Y de paso vemos lo del ajo, ¿no?

—*Allez* —dijo Marie riendo—. Vamos, antes de que me arrepienta.

Catherine, Pascua de 1873

El hombre siembra para cosechar. Lo mismo vainas que afectos. Y durante su labor no piensa en plagas ni en desastres. La ilusión de obtener la recompensa deseada lo mantiene alejado de pensamientos funestos. Y hasta que una fuerza oculta le da y le quita, le muestra y le esconde, se da cuenta de lo irrelevantes que pueden ser sus planes.

La vida en Chapachapa transcurría con la serenidad que la resignación convierte en rutina. Los gritos escaseaban y todos en la familia Roussel asumían el papel que por edad y género les correspondía. El vainillar poco a poco sanaba; había quedado de manifiesto en la última recolecta. Esa primavera estaban plantando gran cantidad de esquejes nuevos. Por lo que Charles, a pesar de contar con la ayuda de Nicolás, había decidido contratar a un conocido que disponía de algunas horas libres.

La tarea parecía sencilla, pero requería cierto adiestramiento. Se cortaba un pedazo, que contuviera entre seis y ocho nudos, de una planta sana, la planta madre. Después se le quitaban las tres primeras hojas del tallo, que no debía ser muy grueso, para manipularlo con facilidad. Era menester no herir al bejuco, pues podía ser atacado por la pudrición. Luego se cavaba una zanja poco profunda junto al árbol donde treparía la orquídea. En esta se colocaba la base de la planta y se cubría con tierra y hojarasca. El resto se montaba sobre el tutor, y se amarraba con cortezas de árboles o tiras de hojas fibrosas.

Era Domingo de Pascua, día que los católicos celebraban la Resurrección de Cristo y los franceses comparten en familia juegos donde los protagonistas eran huevos decorados. Catherine se apresuró en búsqueda de su costurero. Lo tomó y lo puso sobre el tocador. Después abrió el pequeño baúl donde guardaba algunos cortes y retazos de telas. Hurgó un poco para seleccionar los más coloridos. Sintió la hoja de madera que había conseguido para habilitar un doble fondo. Estaba suelta y no embonaba del todo, pero era suficiente para cubrir los secretos de la mujer. Abajo escondía los recados que le había enviado Ricard, algunos pensamientos y hasta la última carta que, por la sorpresiva despedida del mulato, no tuvo sentido mandar.

Colocó los retazos sobre el costurero y bajó a la cocina. Tomó el cesto en el que Charles le había dejado una buena cantidad de huevos frescos y dispuso todo sobre la mesa. Se sentó y comenzó su labor. Fue cortando trozos de tela para forrarlos. Cuando los tuvo listos tomó el primero, le colocó un huevo en medio y cosió los extremos. Habría deseado poder utilizar su viejo dedal de bronce, pero el frágil maniquí al que debía vestir le impedía hacerlo. Al finalizar, pudo notar una zona rugosa en el índice de su mano izquierda. La punta de la aguja había levantado pequeñas franjas de epidermis junto a la uña.

—¿Cómo vas? —preguntó Charles al entrar a la cocina.

—Acabo de terminar —contestó Catherine, mientras los colocaba en una coquela con agua y ceniza—. Los pongo a hervir y te hago un poco de café.

—En lo que se tiñen voy por la tabla y las canicas —indicó el hombre.

—No hay prisa, Charles, quédate un rato a hacerme compañía.

—Sabes, ayer volví a ir a El Mentidero —comenzó a contar el hombre, mientras se sentaba suavemente en una silla—. Estuve indagando y recorriendo las tierras junto a la ribera.

—¿Y? —comentó Catherine, instándolo a continuar.

—Encontré una zona donde el cantil a simple vista no es muy alto, pero el terreno se eleva con suavidad hasta que se vuelve completamente plano. Es el sitio ideal, Catherine.

—¿Ideal para volver a empezar? Ay, Charles, ¿a esta edad?

—La tierra rebosa fertilidad y, fincando una casa en lo alto, estaríamos protegidos de inundaciones, sin prescindir de los beneficios del río —explicaba con paciencia.

La mujer dejó de verter la infusión en el pequeño saco que utilizaba para filtrarla y le obsequió una mirada de preocupación. Presentía que esa idea persistiría en la cabeza de su esposo hasta lograr su sueño. El hombre continuaba narrando sus visiones, sin notar que el olor del café comenzaba a perfumar el lugar.

—En las vegas sembraría maíz. En primavera, para cosechar antes de las crecientes. Después dejaría la tierra descansar para que la fertilice el río. Junto a la casa —continuaba el hombre— tendríamos un huerto y por supuesto los gallineros y los cerdos. Atrás estaría el vainillar: toda la planicie hasta topar con el esterillo que hay. Y allende, los potreros.

—¡Charles, Charles! —clamaba la mujer, con una taza en la mano.

—¡Claro, por supuesto un cafetal! Y te pondría un buen molino. Y otro también para los granos.

—Cariño, ¿has pensado en la escuela? Estaríamos alejados de todo —dijo, intentando persuadirlo.

—Por supuesto, alejados del vómito negro y cualquier otra plaga contagiosa. Nicolás puede ayudar a sus hermanos enseñándoles lo que ha aprendido —continuaba— y si no, ya veremos, algo se nos ocurrirá. Tampoco es que esté completamente despoblado.

—Voy a revisar los huevos —comentó Catherine, para desentenderse de la incómoda conversación—. ¿Te parece si vas por la tabla y las canicas?

La familia asistió a misa en Jicaltepec. Catherine, como siempre, intentaba distraerse en algún recoveco de la construcción. Estaba ahí porque debía estar. Ese día no hubo ni charlas ni paseos, a los hijos les apuraba regresar a casa.

Charles sacó la tabla al llegar, colocó una hilera de coloridos huevos en un extremo y repartió las canicas. Todos tendrían oportunidad de lanzarlas. Y si tenían la fortuna de atinarle a uno, podían quedarse con el premio.

Nicolás era el más habilidoso, pero su buen corazón y las miradas de sus padres le indicaban que debía fingir cierta torpeza para repartir el botín con mesura. De cualquier modo, disfrutaba hacerse el tonto para aumentar la emoción del juego. Después de un rato de risas y aplausos, cada cual se dispuso a disfrutar de sus trofeos.

Al comenzar a pardear, Catherine se apresuró a cerrar las puertas de la planta baja. Y justo

cuando atrancaba la de la entrada principal vio a una tlacuacha cargando a sus tlacuachitos. El pequeño marsupial, parecido a una rata de cabeza afilada, llevaba a sus crías en el lomo. La mujer, horrorizada al pensar que el nido podía estar en alguna de las construcciones, comenzó a seguirla. El asustado animal huyó, zangoloteando la carga que llevaba a cuestas. Catherine no pudo alcanzarlo. Corría de puntas intentando salvaguardar los pequeños tacos de los botines que usaba en ocasiones especiales. Observó la dirección que tomaba. Estaría pendiente. Esos invasores se multiplicaban con rapidez y engullían cualquier cosa, pero tenían especial afición por los huevos y las gallinas.

A la mañana siguiente ya había olvidado el encuentro. Y tal vez habría pasado desapercibido, de no ser el causante de una nueva convulsión en la sinuosa vida de Catherine. Un par de días después salía de la casa cuando otra de las desagradables marsupias se le atravesó. Estaba amaneciendo, la mujer se había levantado antes que de costumbre, por lo que decidió aprovechar la frescura que deja el terral para trabajar un poco en el huerto. Cuando vio al asqueroso animal, con su pelo moteado en café grisáceo y su larga cola pelada, sintió ganas de matarlo. Traía un azadón en la mano, con el que estaba dispuesta a fulminarlo. Suficientes problemas causaban los coyotes y mapaches, como para también tener que lidiar con esta plaga.

Corrió tras el tlacuache sujetando el arma con ambas manos. No se dio cuenta, pero sus gritos terminaron por despertar a toda la casa. En su frenética persecución, la mujer lo mismo esquivaba las ramas de guayabo que de una morera, un limonero o un palo dulce... Después de una larga carrera, su agitado pecho le indicó que debía detenerse. Caminó entre jadeos hacia el lugar donde se había perdido de vista el animal. Tal vez la madriguera estaba cerca. Soltó el azadón y se agachó, recargando las manos sobre los fuertes muslos que cubría su vestido. A medida que su respiración se normalizaba, se concentraba más en el sentido de la vista. El canturreo de los gorriones, cardenales y petirrojos que alababan la aparición del nuevo día no dejaba apreciar ningún otro sonido.

Cuando ubicó la zona hasta la que el animal la había guiado, respiró profundamente. Estaba cerca del rancho de los Levet y más aún del ébano donde intercambiaba notas con Ricard. No había regresado desde la última ocasión que lo visitó en busca de noticias, poco antes de su despedida.

Y sería tal vez que la monotonía de los últimos tiempos le hizo parecer muy lejanos los días en los que su cuerpo vibraba, invadido por un deseo irreflexivo, ilusionada por perpetuar ese estado embriagante, pero decidió acercarse.

Contempló el árbol, estoica. Se repetía a sí misma que las cosas pasaban por alguna inexplicable pero conveniente razón. Después, las emociones invadieron poco a poco su pensamiento hasta transformar el macizo en Ricard. Al final tenían algo en común: un interior negro y duro. ¿Cómo era posible que apenas se diera cuenta de esta ironía? Extrañas maneras tenía la vida de enviar advertencias.

Se acercó un poco más para despreciarlo. Arrojar sobre él todo el dolor que le había dejado como herencia. Regresárselo. Liberarse. Tomó el azadón y asestó un golpe sobre la cómplice del engaño y las palabras falsas: la maldita grieta depositaria de tanta desvergüenza.

El sonido de la herramienta al manciillar el árbol guio a Charles. Llevaba rato intentando localizar a su mujer. Había salido en ropa de dormir, escopeta en mano. Era poco probable que un jaguar se acercara a la casa, pero sus gritos le habían hecho temer que algo la perseguía.

Observó cómo jaloneaba el azadón para desatorarlo. Después vio caer un pedazo de corteza al suelo, al tiempo que ella ganaba la batalla contra el ébano. Se disponía a acercarse cuando se percató de que la mujer recogía algo. Se quedó quieto. Siguió mirando. Ella tomó un objeto y sacó un papel. Después se sentó, o quizá se desplomó para leerlo. Charles vio que las manos de Catherine temblaban y cómo se llevaba una al rostro. Tuvo el impulso de acercarse y preguntar, pero decidió volver a casa antes que su mujer. Si ella no le contaba lo sucedido, es que algo ocultaba y ya tendría oportunidad para cuestionarla.

«Querida mía —comenzaba Ricard—: Si llega a tus manos este mensaje es porque, al igual que yo, sientes esta locura de la que es difícil desprenderse. He cometido errores, pero ahora que te he vuelto a encontrar no quiero perderte. Estaré unos días en Jicaltepec, esperando, esperándote. Si deseas escucharme, me encontrarás cualquier tarde bajo el sauce del río Blanco, el mismo en el que te embarcaste a vivir nuestra gran aventura. Si no acudes, lo entenderé. Mis deberes, de los que quisiera hablarte, me impiden prolongar la estancia. Tengo que regresar con ellos, mi gente. Pero ten la seguridad de que si eso sucede sin volver a verte, desde ese lugar, refugio de esclavos al que ahora llamo hogar, estaré pensando en ti.»

¿Cuánto tiempo llevaba ese escrito ahí? ¿Qué le decía, que la amaba? La mujer, aún temblorosa, intentó doblar el papel y lo empuñó. Se levantó de manera intempestiva. Minúsculas estrellas comenzaron a girar frente a ella. ¿En qué dirección estaba el río? Demonios, tenía que intentarlo. Esperó a que su visión aclarara un poco y comenzó a correr con desesperación. Olvidó el azadón y olvidó que su familia la estaría esperando para desayunar.

El hombre no estaba ahí. La tenue sombra del sauce sobre las aguas quietas del riachuelo le recordó que había llegado a la hora incorrecta. Se sentó y volvió a leer el estrujado papel. Observó algunas trazas de moho. El pedazo de vaina de espada que el mulato había ocultado dentro de la grieta había sido suficiente para proteger su correspondencia de la lluvia. Las manchas parecían añejas, como si el papel hubiera estado expuesto a la humedad durante un periodo largo. ¿Cuánto tiempo llevaría esa nota esperando que la leyera? «¡Ay, Ricard, debiste fecharla, la omisión de nombres era más que suficiente para protegernos!».

La leyó una tercera vez. Quiso pensar que la amaba. Seguro había regresado para buscar una solución que les permitiera estar juntos. ¿Y si había llegado tarde? ¿De qué gente hablaba? ¿Y un lugar refugio de esclavos? «Ricard, Ricard, hasta buscando un acercamiento para explicar tus misterios tienes que seguir hablando sin decir nada concreto. Un lugar refugio de esclavos... ¿Serían las minas? Por supuesto, en esos lugares se necesitaba la fuerza y resistencia de los negros. Un refugio, claro, los túneles que cavaban. ¿Cuándo habría regresado?». Por la tarde saldría de dudas.

Se levantó esperanzada y comenzó a andar. No le preocupaba encontrar despiertos a todos. Ricard la amaba. Y la ilusión la acompañaba alegremente a cada paso. El sol entibiaba el ambiente y sus rayos, chocando con la humedad depositada en las hojas de los árboles, flanqueaban el camino con miles de destellos. Escuchó los pájaros. Se alegró de estar viva.

Al llegar y ver a Charles con su ropa de trabajo, recordó el azadón. Comprendió que tendría que contar una parte de la historia, que, para su buena fortuna, le serviría como excusa para poder alejarse un rato en la tarde.

El esposo le miró las manos instintivamente. No traía nada, pero no le sorprendió. Las enaguas servían para cubrir muchas cosas. Estaba a punto de soltarle la primera pregunta del interrogatorio

que había estado repasando, cuando Catherine se le adelantó.

—Ay, Charles, qué carrera he pegado. Te tengo que contar.

—¿Carrera? Pensé que habías salido un momento, a la huerta, al gallinero, qué sé yo. ¿Te salió una nauyaca?

—No, no. Es que no te había dicho...

—Vamos, mujer, explícate, que no entiendo nada —exigió Charles, en espera de una jugosa historia para destrozar.

—Pues es que he visto tlacuaches merodeando. Y pensé que tenían un nido cerca.

—¿Y no me comentaste? ¿Para qué está el hombre de la casa, para hacer su propio café? —dijo, lanzando un reproche.

—Charles, se me apareció una tlacuacha el domingo. Habíamos pasado el día felices. Te juro que lo olvidé.

—¿Y entonces? ¿Viste más?

—Hoy, al alba, me levanté muy temprano y pensé en adelantar el trabajo en la huerta. Ahí se me aparecieron. Algo muy extraño, eran varios. Y no sé, ya sabes la aversión que me causan. En ese momento solo pensé en las gallinas, los quise alejar y de pasada matar alguno.

—¿Y entonces perseguiste la manada de tlacuaches sola? Debiste haberme llamado —replicó Charles divertido, a sabiendas de que el animal, aficionado a la vida nocturna, era más bien solitario.

—Lo sé y lo siento. Pero traía el azadón en la mano y solo se me ocurrió ir tras ellos.

—Bueno, ya estás de vuelta. ¿Desayunamos? Hay que llamar a los chicos.

Catherine, frustrada por la falta de interés del esposo, siguió con el tema. Tenía que mencionar que había olvidado el azadón.

—¿Y no me preguntas si me atacaron, si maté alguno, a dónde llegué? —dijo la mujer con reproche.

—Cuando se sienten verdaderamente en peligro se hacen los muertos —contestó riendo—. Pero a ver, prosigue. Te rodearon en círculo y comenzaron a enseñarte los colmillos...

—Charles, por Dios, que no estoy para bromas.

—Bueno, ¿mataste un tlacuache? —le preguntó, haciendo notar su burla, exagerando una cara de sorpresa.

—Pues sí, maté a uno, pero no sabes lo que me costó alcanzarlo. Corrí como endemoniada —dijo molesta—. Lo peor es que le di con tanta fuerza que arruiné el azadón.

—No pasa nada, al rato lo reviso y veo si lo puedo reparar.

—Espera, que no me dejas terminar. Que entre el coraje, el asco y lo exhausta comencé a desesperar. No sabía bien dónde estaba y me puse nerviosa. Pensé en ustedes y en volver.

—¿Y lo olvidaste? —preguntó Charles, solo por confirmar la sospecha de que algo estaba tramando.

—Sí, cariño, lo dejé, pero en la tarde que termine las labores, vuelvo por él.

—En ese caso te acompaño, no vaya a ser que en estas fechas resucite la rata —remató con una inusual irreverencia.

La mujer pensó en pedirle que fuera a buscar algunos víveres a Jicaltepec como en ocasiones hacía, así ella pasaría por el instrumento de labranza y se seguiría en busca de Ricard. Recapacitó. Carecía de sentido decirle que regresaría sola a un sitio en el que supuestamente se

había perdido. Encima, había un animal que le causaba repugnancia. Accedió a la propuesta de Charles. No podía levantar ninguna sospecha. Ya se encargaría de hacerlo caminar en círculos.

Conforme las horas pasaban, la frustración de Catherine aumentaba. Charles se comportaba de forma extraña, permanecía cerca como un perro de guardia, la cuestionaba. El hombre no estaba enterado, era imposible. Seguro la falta de sueño la estaba traicionando. Debía de tratarse de simples coincidencias. Pero ¿qué podía hacer para escapar un rato sin levantar sospechas?

Por la noche siguió cavilando. Tal vez si salía con los niños, si los llevaba... Seguro Ricard entendería. Con saludarlo brevemente y hacerle alguna seña discreta, supondría que algo estaba pasando. Sus deberes, regresar con su gente. Catherine volvía a la nota. ¿Acaso lo ataría algún hijo? Pues si de eso se trataba, ahí también había dos grandes motivos para anclarlo: ella y Nicolás. Que si en un principio tenía sus dudas, conforme el muchacho crecía cada vez los encontraba más parecidos. No, no tenía un tono apiñonado como la abuela. Eso lo había mencionado por protegerlo, por la angustia de saberlo rechazado. Lo poco que le hablaron de su madre fue para hacerla sentir culpable. El tono de piel de su hijo era el resultado de la sangre diluida. Quién mejor que ella para saberlo. Tenía que encontrar a Ricard. Si ya había partido debía de haber alguna manera de llegar hasta él. A lo mejor alguien en el pueblo tenía alguna pista.

Cuando los deseos nublan el entendimiento, se corre el riesgo de creer que la primera palabra escuchada es la que echábamos en falta. Al día siguiente Catherine tampoco pudo acudir al río Blanco, pero a cambio contó con tiempo suficiente para conversar con los hijos de Anne. Mientras Charles visitaba al herrero, ella fue a la tienda de provisiones de los Bourillon. Seguía siendo la mejor surtida y, por ende, la más visitada. Sin contar, claro está, con que su situación privilegiada junto al muelle la convertía en la favorita de los visitantes. Ahí supo que una familia de migrantes argelinos había llegado al pueblo. Ahí también escuchó que Jean Bardineau había regresado a visitar a su familia. Ahí oyó sobre el ir y venir de la gente, la sal y los arrieros. Ahí también se enteró de que un hombre procedente de Tetela del Oro había intercambiado pequeñas pepitas por mercancía. Y ahí probablemente, en ese mismo instante, decidió encontrarlo.

Marie, otoño de 1942

El futuro... En el futuro probablemente la guerra terminaría y algunos augurios, como el de que la carretera que se estaba construyendo entre Teziutlán, Nautla y Papantla iba a traer bienestar a muchos colonos, se cumplirían. También podían devenir desastres. Era probable que, en el corto plazo, un huracán o una gran inundación sumergieran en la angustia a los habitantes del pueblo. Otros eventos eran más difíciles de pronosticar.

A pocos les había pasado por la mente que la vainilla podría cultivarse de forma distinta. Y mucho menos que los nietos de Charles y Catherine impulsarían estos cambios.

En el futuro la orquídea, acostumbrada a trepar con libertad por las ramas de cocuites, pichocos y otros árboles caducifolios, sería obligada a subir y bajar alrededor del tronco de su tutor. Un anillo verde de un par de metros de altura formado por espesas lianas, colmadas de carnosas hojas, envolvería su leñoso sostén.

La vainilla sería domesticada. Tal como aquellos que se deslizan en la vida por la senda que se les indica, aceptando con resignación los dolorosos quiebres y los tiempos en que todo desciende y la caída parece no tener fin. Así la planta, al igual que el hombre, asiéndose a los valores aprendidos, utilizaría las pequeñas raíces que brotan bajo sus hojas para sujetarse a tronco, tierra y lo que encontrara a su paso para subsistir.

La vida de Marie no estaba exenta de guías y amarres. Y el precio por tomar un camino que en otro tiempo había considerado aberrante era el de sentirse perdida. Tal vez por ello su mente se refugiaba pensando en los tiempos futuros. Donde, en los sueños que modelaba, sentía la certeza y la alegría que echaba de menos en su realidad.

Las largas charlas con Joaca la habían terminado de convencer de que era necesario olvidarse de Claude. Solo estorbaba. Como un mechudo atravesado a media puerta. Recordaba y reía. Pero era una analogía tan simpática como acertada. Tenía que remover los obstáculos que bloqueaban el paso a cosas mejores. Tal vez así podría deshacerse de la insana manía de lapidar su conciencia con remordimientos absurdos.

Alphonse la había estado rondando. La temporada veraniega en Riomar había provocado un efecto rejuvenecedor en el veterano. Por fin tenía el ánimo para abrir un restaurante en el pueblo. Estaba muy motivado. Creía no tener competencia ni para sus pollos a la cacerola ni para conquistar a la viuda.

La búsqueda de un local adecuado lo había lanzado a monitorear la calle de La Ribera. Tenía claro que era el lugar ideal, una amplia terracería paralela al Nautla, en la que desembocaban las futuras calles que, aunque bien trazadas, se reducían a callejones y brechas que en verano estaban

llenas de hierba y en invierno eran lodazales. Con frecuencia las recorría de un extremo al otro, aprovechando también estas excursiones para comentar a sus conocidos sobre sus planes, esperando atraer algo de clientela a su prometedor negocio.

La calle tenía una longitud de un par de kilómetros. En realidad era un segmento del Camino Real al que se le habían hecho mejoras para dar servicio a una zona con más población. En sus extremos abundaban amplias casas de tejas de escama rodeadas de vegetación. El que no tenía sembrado un mango tenía un tamarindo, un aguacate, un naranjo, un cocotero, o los tenía todos. La huerta también era un elemento común entre los que gozaban de buen espacio. Se cultivaban coles, nabos, zanahorias, chayotes y otras hortalizas. Conforme las propiedades se acercaban al centro, la extensión del terreno disminuía, dando la sensación de estar realmente en una villa. Eso sí, siempre había lugar para las gardenias, los galanes y el jazmín.

Cerca del parque se aglutinaba la zona comercial. Ahí se encontraban el pequeño cine de madera de los Vaillard, la vainillera de los Thomas, las oficinas de Teléfonos Nacionales y de la Sociedad Platanera, la tienda de abarrotes de don Amedé, la carnicería de Chico-Polo, la peluquería y el domicilio de don Emile Delon, la botica del doctor Potey.

También había tres pequeños hoteles que conocieron la bonanza tras la llegada de los ingenieros y trabajadores de la construcción de la carretera. El París de los Bleem; el del Chamaco y su esposa, la Chamaca, donde temprano se podía disfrutar de café acompañado de pan de nata de don Goyo, el de Jicaltepec, y en tiempos de calor un tepache o un helado de zarza; y, por último, el Hotel Herrera, con su segundo piso de madera repleto de catres y aguamaniles.

Ese día, el más triste del otoño, aquel en que las heridas por la pérdida de quien se amó se reabren y sangran juntas, Marie realizó el ritual que para la ocasión correspondía. Desempolvó sus trapos negros y salió temprano hacia el panteón de El Mentidero. Habría pocos visitantes, la mayoría parientes de ella, pero prefería un rato de soledad para hablar con sus muertos. Los huesos de su madre y su hermana escucharon sin juzgar y sin reprender las novedades. Después se dirigió a una vieja y sencilla lápida, la del abuelo Charles. Ahí, ante el limo negruzco que cubría su nombre y recordaba su existencia fútil, cayó de rodillas, fulminada por el peso de su conciencia. No pudo evitar pensar en Catherine. Deseó saber más sobre la mujer de la que estaba prohibido hablar en su familia, deseó comprender. ¿Sería un ser maligno? ¿O solo tuvo la desgracia de portar una sangre envilecida? Qué fácil juzgar, para quien nunca ha sufrido el embate de un deseo extremo que desordena la mente y se apodera de un cuerpo anquilosado. ¿Qué habrá sentido? ¿Contra qué habrá luchado? ¿Se parecían? ¿Terminaría su historia como la de ella? El augurio provocó que se levantara y se alejara del panteón con pasos largos y firmes. Si el miedo la alcanzaba y se le impregnaba en la piel, era probable que ni restregándose con un buen estropajo pudiera sacarlo. Debía regresar y ocupar su mente en alguna otra cosa.

Al entrar a casa se dirigió de inmediato a la recámara de François para decirle que podía estar tranquilo, sus amores sobrellevarían con dignidad el día de Todos Santos. Le pesaba dejarlo. Tembloroso, postrado. La vecina le daría sus vueltas para insistir en que comiera un poco y acercarle el bacín. Pero lo que más le atemorizaba era que se le ocurriera partir con el cortejo de ánimas que, según se decía, ese día bajaban a convivir con los vivos. «Es urgente que Frédéric regrese de la capital», pensó.

Salió a reunir a sus hijos y se encaminaron al otro cementerio, el de San Rafael. Las marchantas, que a veces bajaban de la sierra a vender peras, manzanas y duraznos, se habían

apostado en distintos solares para ofrecer flores. Marie llevaba las suyas, las que cultivaba en su jardín. Buena se las había hecho Antonio al dejarse matar como para todavía gastar lo poco que les había quedado en vanas presunciones. Con que la tumba estuviera limpia y llevarle a llorar a los críos, que se diera por bien servido.

Se cruzó con Alphonse frente al changarro de los gaserosos. Era frecuente verlo ahí, tomando una chicha o una limonada tras sus largas caminatas.

—*Bonjour, Marie! Et bonjour mes petits amis!* —gritó al verla pasar vestida de impecable viuda, apurando a los dos pequeños, que venían retrasados jugueteando.

—*Bonjour, Alphonse!* —contestó la mujer, que con la maestría del mejor ventrílocuo, reprendía a sus retoños para que respondieran el saludo.

—*Bonjour, monsieur* —se animó a gritar Miguel, al tiempo que levantaba una mano.

El hombre comenzó a caminar hacia ellos a paso veloz. Tenía la intención de unirse al grupo, de seguir ganándose la simpatía de los pequeños. De hablar con la madre, de buscar el momento adecuado para decirle que deseaba conversar con François para cortejarla formalmente. Que sus intenciones eran serias. Y que si bien había deseado hijos y seguía haciéndolo, con uno le bastaría. Uno solo para vivir la experiencia. No haría distinciones, se lo juraría por su honor.

La intención pronto se convirtió en parálisis. Alphonse, nervioso, solo alcanzó a organizar una frase poco pensada y al momento de pronunciarla se dio cuenta de que era una reverenda estupidez.

—*¿Y ton père? ¿No los acompaña hoy?*

Marie aflojó el paso, con ganas de descargar en aquel hombre todos sus pesares. Comenzar a hablar hasta vaciarse. Pero, al ver cómo su rostro alternaba la sonrisa con una seriedad expectante, se contuvo y se limitó a responder:

—Alphonse, presiento que te quedaste con la idea de que se había restablecido. *Bon*, con la mala que volvió a enfermar. Cosas de la edad.

—Es una pena, te lo digo de corazón. Si hay algo que pueda hacer por ustedes...

La mujer se acercó un poco más a él. Una racha de aire ligeramente engalanada con notas de pachuli y pimienta llegó hasta ella. Aspiró. Se transportó a un bosque quieto. Deseó amarlo, extraerle la paz, exprimirle su serena alegría.

—Una visita no le caería mal —contestó, en el fondo pensando en ella—. Pasa muchas horas solo y estoy segura de que le alegraría charlar con alguien distinto. Por lo menos tú no te sabes todas sus historias —concluyó riendo.

En un instante, Alphonse se encontró en un estado donde no había tierra ni tiempo ni límites viendo su propio renacer. Estuvo ante compuertas que rápidamente se abrían dejando ver la existencia deseada, para después regresar a su sitio. El miedo lo invadió, tenía que ser cauteloso.

—*Oui, bien sûr.* La semana próxima dispondré de un poco de tiempo y pasaré a saludarlo.

Continuaron caminando hasta el centro. Conforme avanzaban se cruzaban con más sombras oscuras. Parecía como si una parvada de tordos gigantes se hubiera posado en la calle. Saludaban a los conocidos que, extrañados, los observaban. Una charla trivial, en la que los hijos más grandes también participaron, les amenizó el trayecto. Al llegar frente al muelle, Marie le echó un ojo a la antigua locación de El Surtidor.

—*¿No te parece curioso cómo a veces solo acuden los buenos recuerdos, cuando debería suceder lo contrario?* —preguntó la mujer.

—Yo no soy tan afortunado, Marie. A mí hasta la simple alambrada en un potrero me remite al frente. Y el lodo, no sabes la pesadilla que es caminar en los barriales. Llegan los nortes y pareciera que estoy ahí, de nuevo en una trinchera. *Merde!* No sé por qué te estoy contando esto —dijo apenado, al ver que ella le hacía una seña para que guardara silencio.

—¿Qué les parece si vamos al puerto, a ver si no andan por ahí el Arturo o el Tolteca? —dijo, a sabiendas de que los muchachos se adelantarían con la ilusión de observar las embarcaciones de cerca.

—*Je suis un imbécil!* Carajo, fui un imprudente.

—No es para tanto —aclaró Marie, riendo—. Es solo que están en una edad muy difícil. El grande ya se siente un hombre y al escucharte seguro soñará con ir al campo de batalla. Y los chicos, esos no tienen ni idea, pero de repente nos oyen comentar los avances de la guerra y comienzan a bombardearnos con preguntas.

—Sí, me imagino —contestó, sin tener mucha idea de lo que afirmaba.

La mujer se detuvo, calculando que había una distancia prudente para vigilar a los hijos y evitar que los escucharan.

—Valiente mundo en el que nos tocó vivir. Aquí apenas se han calmado un poco las cosas. Pero ve Europa, de nuevo una gran guerra. Solo Dios sabe en qué acabará. A ver si no nos pasan a joder a todos —comentó Marie.

—No es cosa de este tiempo. Siempre ha sido así. El hombre pelea sin sentido —declaró, resignado—. Lo entiendes cuando conoces el olor de la carne quemada, cuando ves a un compañero despedazado, pudriéndose, y cuando no tienes otro entretenimiento que quitarte los piojos.

La mujer lo miró con angustia y suspiró. Claude. Su querido Claude también había sido un soldado. Quién sabe qué horrores le había tocado vivir. Tal vez por ello sus contrastes. A ratos le parecía un ser noble, hasta tierno, quizás, al que se le desbordaban las ganas de querer a través de su aparente dureza. Sí, un amante sediento, que exprimía el momento como si se tratase de una despedida.

—Debe de haber sido terrible sentirte en peligro constante —dijo la mujer, instándolo a continuar.

—La gente cree que es el miedo a morir. Pero no, Marie. El ruido de la metralla, el aturdimiento en los bombardeos, eso no es nada. En el combate cuerpo a cuerpo se te calienta la sangre y lo único que tienes en mente es seguir con vida. Todo tu organismo está alerta. Lo duro es la espera, los espacios ociosos, cuando tienes tiempo de pensar. Cuando te enfrentas a tu mente, que trabaja en favor del enemigo.

—*Mon Dieu.* Ya no sigas. Es que no entiendo cómo fue que te enlistaste, si estábamos en plena Revolución. ¿Fue eso? ¿Te sentías más francés que mexicano? Porque aquí a nadie se le obligaba a luchar. Digo, nos las vimos duras con los saqueos y teníamos temor por ser güeros. Pero con esconderse de cuando en cuando y dejar de hablar francés, pudimos sortearla.

—Puede ser. ¿Tú sí sientes que perteneces a esta tierra? Nunca nos han querido. Aquí nacimos y vivimos de nuestro trabajo. ¡No le debemos nada a nadie! Pero no nos perdonan el ser distintos.

—Será en tu caso, porque mira que yo tengo muy buenas amistades —alegó, con su natural tendencia a soltar lo que le venía a la mente—. No reniego de mis raíces, pero si tanto le importáramos a Francia, no habrían cerrado el viceconsulado. Nos dejaron abandonados a nuestra

suerte.

—¿Y qué esperabas después de que casi nadie respondió a la orden de movilización? ¡No basta con comer *choucroute*! ¡Se es o no se es! —dijo el apacible Alphonse, que comenzaba a alterarse.

—Pues sí, pero aquí estábamos en guerra. Tampoco es fácil abandonar a la familia en una situación así, y más si tienes que arriesgar el pellejo por un país en donde no has puesto un pie.

—Hay ocasiones en la vida en las que debes elegir, *ma chérie* —contestó, más sosegado.

Marie se dio cuenta de que era momento de abandonar la conversación si quería mantener la relación con su amigo. Echó un vistazo a sus hijos, la buscaban con la mirada para saber si podían pasar más tiempo observando las maniobras en el muelle. Se aventuró a formular una última pregunta antes de llamarlos para continuar su marcha. Necesitaba saber, saber para comprender. Con suerte encontraría una pieza más que encajara en el complejo rompecabezas que era Claude.

—¿Y tú? ¿Finalmente qué te orilló a tomar esta decisión?

—Nada que valiera la pena. Es la típica historia del hermano menor. Del joven que desea hacerse visible y ser apreciado.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada, mientras intentaba entender si se estaba contradiciendo o sus declaraciones tenían sentido.

—Eso, así de simple. Los *boches* nos estaban ganando la guerra y mi padre no dejaba de lamentarse. Muertos, batallas perdidas, destrozos en «nuestra» tierra. Con frecuencia hablaba de ello. Quise demostrarle y de paso demostrarme que valía.

—*Bon*, supongo que lo conseguiste.

—El precio fue bastante alto, ¿sabes? Muchas noches me despierto sofocado. Sin saber si traigo o no la máscara antigás puesta. Te parecerá ridículo, pero no hay vez que no me lleve las manos a los ojos para sentir los lentes.

La mujer, lejos de experimentar la empatía que Alphonse esperaba, comenzó a sentir aversión. Le urgía sacudirse a ese individuo rebosante de traumas y turbaciones. En buen momento se le había ocurrido tocar estos temas. Seguramente era del tipo de hombre que necesitaba una bofetada para hacerlo hablar y veinte para callarlo.

—Ya no digas más. Me siento una imprudente. Hacerte recordar estas cosas... Aparte, es un poco tarde y tenemos que ir al cementerio —anunció, mientras sacudía el brazo de prisa para que los hijos acudieran a su rescate.

El hombre observó cómo la manga negra de su vestido era atraída por la gravedad, lo que dejó ver la zona clara de su antebrazo, aquella que pegamos al cuerpo al caminar y es privada del beneficioso sol. La recordó en la playa. Con sus mejillas enrojecidas y el cabello ligeramente más dorado. Sonriente, sin lugar a dudas lucía más joven. Deseó tenerla así, como esa visión que le llegaba. No importaba si debía convertirse en el pilar de ese hogar que ya estaba medio hecho.

—¿Me permites acompañarlos? —preguntó.

—¿Al cementerio? —dijo, sin poder ocultar el fastidio.

—Solo a la entrada —corrigió el hombre al darse cuenta de que de nuevo había cometido una torpeza.

—No me lo tomes a mal, Alphonse, pero es un momento familiar. Comprenderás lo que los chicos sienten. Van camino a la tumba de su padre.

Desarmado, no tuvo otra opción que retirarse. No se le ocurrió un buen argumento para

continuar insistiendo.

Marie comenzó a caminar y sintió el impulso de voltear a ver El Surtidor. Su mirada traspasó a Alphonse y se incrustó en la tienda. Pensó en Antonio. En la frase que acababa de escuchar sobre los momentos en que hay que elegir. Tanto esperar a alguien grandioso y terminar con un hombre de segunda. Por arrebatada, por dejarse deslumbrar por sus zalamerías. Ni guapo era el condenado. ¿La habría amado? ¿Aunque fuera muy al principio? Regresó a los primeros tiempos, a cuando la cortejaba. Vio risas, bromas, atención, brillo en su mirada y una billetera que no conocía de avaricia. Recordó una boda discreta, en la que aparecía un hombre radiante, tanto o más que la novia. Lo percibió ensanchado sosteniendo a su primer hijo y redoblando esfuerzos para proveerlos... Después el limbo, la sensación de vacío... Miradas de desagrado, descalificaciones, reproches, una cama desierta y el alcohol, el constante tufo a alcohol impregnado hasta en las cortinas. ¿Serían los hijos? Tal vez no eran un imán que mantenía unida a una pareja, como muchos creían, y en realidad podían ser los causantes de su destrucción. Al menos la suya, pues notaba un antes y un después de la llegada de Toñito.

Se había prometido no pensar más en ello. Y sobre todo no sembrar el rencor en el corazón de sus hijos. «¿Qué me está pasando?», se reprochaba. Igual y eran las fechas. Esos breves pero intensos segundos en que su mente recapituló y dilucidó lo que era su matrimonio terminaron cuando Alphonse se materializó. El hombre quizás había malinterpretado todo, pues sonreía con la mano levantada. «Por Dios, solo falta que crea que voltee para verlo», pensó. Debía salir de ahí de inmediato.

Avanzó deprisa junto al parque. Los hijos intentaban seguirle el paso. Estaba tan inmersa en sus evocaciones que ni siquiera contestaba el saludo de los conocidos con los que se cruzaba. Algunas mujeres llevaban coronas adornadas con flores hechas de hojas de maíz. Ella apretaba su ofrenda contra el pecho. Al pasar junto a la vainillera de los Thomas se inclinó a olerla. Necesitaba desprenderse de los recuerdos que el aroma de las negras vainas le provocaban.

Caminaba de manera mecánica. Las risas, los juguetes y las quejas de sus pequeños la acompañaban como música de fondo. ¿Hacia dónde dirigiría su vida? No quería repetir los errores del pasado. Deseaba librarse de ataduras. Pero también deseaba amar. Alphonse no era opción, ¿o sí? En medio de la confusión, solo tenía la certeza de que el futuro era movedido.

Catherine, 16 de julio de 1873

Cuando un alma comienza a notar que el tiempo se agota, le entra la urgencia. Tal vez por eso don Rafael decidió convertirse en instrumento de la Divina Providencia para socorrer a todas las familias que, como la de Catherine, buscaban la oportunidad de prosperar al otro lado de la ribera del Nautla, frente a Jicaltepec. O quizás era la manera de sentir que seguía presente en la vida de ella, aunque la vida misma tuviera planeado hacerse a un lado para que llegara su contraparte, la muerte.

La conoció bien entrado en años, a los cuarenta y cinco, justo en la edad en la que dan ganas de trascender. Y no es que la exitosa carrera del abogado teziuteco no tuviera más futuro, simplemente es que cuando a los hombres los invade la cosquilla, hay a quienes les da por hacer obra, a quienes les da por echar una nueva camada de descendientes al mundo y a quienes, sencillamente, les da por amar.

Se habían encontrado por intervención de Nuestra Señora del Carmen, eso le quedaba claro. Ella, cuyo primer milagro había sido salvar la vida de un marinero de los embates del feroz pirata Lorencillo, ahora lo ponía delante de la afligida y desesperada mujer. No era obra de la casualidad, sino de las extrañas maneras en que Ella actuaba para conceder su gracia.

Ambos habían llegado temprano al santuario. Uno intentaba acaparar la atención de la patrona de la ciudad, antes que las voces de la multitud eclipsaran sus rezos. La otra para analizar el sitio que al poco tiempo estaría abarrotado de gente y que le proporcionaría la oportunidad de hacerse de algunos recursos para continuar con su búsqueda.

Era 16 de julio, día en que se realiza la procesión de la virgen. La neblina, presente dos terceras partes del año, rodeaba la base del cerro donde se encontraba la capilla. Un ligero chipichipi le impedía subir. Porque en la sierra la neblina viene de abajo y cuando está decidida a subir, sube. Solo la lluvia es capaz de frenarla.

La francesa observó el nicho donde se encontraba la Milagrosa. La Estrella de los Mares, montada en intrincadas espirales en color plata, sostenía a su pequeño. Ambos, vestidos de blanco, portaban un escapulario negro con sencillos bordados en color dorado. La virgen, además, estaba condecorada con una banda roja que, intuía, había sido adicionada a último minuto por un cura de mal gusto. A sus pies, cinco ángeles de cuerpo completo y dos rostros salían de los rebuscados promontorios que conformaban la nube. Su mirada pasó por el altar sin detenerse, hasta que lo vio. Alto, gallardo, con la chaqueta abierta dejaba ver un chaleco por el que se asomaba una brillante cadena. La barba, recortada sutilmente siguiendo las líneas de la mandíbula, rozaba el cuello alto y triangular de su tiesa e impecable camisa.

El exregidor del Ayuntamiento de México, varias veces diputado en el Congreso de la Unión y defensor de oficio de Maximiliano de Habsburgo, también la miró. Catherine portaba un vestido verde seco con miles de lunares en amarillo ocre. Debajo, cubriendo el pecho, se asomaban algunas tiras de encaje plisadas que en otro tiempo habían sido blancas. Más abajo, un delantal que ceñía su talle y resaltaba su gran busto. Llevaba un chal también verde seco, con una cenefa de flores en la orilla. Sus ojos, una extensión del manto de la Virgen María, apuntaban hacia él, pero no parecían mirar a ningún sitio. Se notaba con claridad su ascendencia extranjera, aunque su tipo y su vestimenta no correspondían con el de las españolas establecidas en Teziutlán y, mucho menos, con el de las mujeres de la capital.

Catherine pensó con rapidez. El hombre, al que evitaba ver directo a la cara, parecía acaudalado. Y devoto, sin duda. Sería sencillo apelar a su buena voluntad. Recogió el morral de ixtle que había dejado en el suelo y se dirigió a la puerta del santuario. Pasó con precaución a escasos metros del abogado. El hombre la observó. Y volvió a detenerse en sus pechos. Su paso por el Seminario Palafoxiano de Puebla poco le había servido para controlar las sensaciones que preceden a los pensamientos pecaminosos. Comenzaba a inquietarse cuando un olor extraño, una especie de dulce transpiración, lo distrajo. La rubia quedaba atrás. Decidió aprovechar el tiempo para retomar los gozos dirigidos a la virgen que prometía liberar del purgatorio a todas las almas que portaran su escapulario durante su vida.

—Prodigioso y admirable, Imán de Nuestro Desvelo; Nubecilla del Carmelo, sednos protectora y Madre. Salve, Reina de los Cielos, de misericordia Madre, Vida y Dulzura Divina; Esperanza Nuestra, Salve... —recitaba el hombre apuradamente.

La Generala de las Fuerzas Teziutecas en la lucha contra los invasores austriacos permanecía en su sitio, pero la cortina acuosa que comenzaba a cubrir los ojos del abogado hacía que la percibiera balanceándose. No cuestionaba su voluntad. No cuando se había tomado la molestia de refrendarla. Solo que al comulgar con la divinidad, los sentimientos que resguardaba dentro de sí aprovechaban la falta de custodia y se le escapaban. Y el duelo por los fusilamientos en el Cerro de las Campanas aún no terminaba.

Catherine se instaló a un costado de la pequeña explanada donde convergían las escalinatas. Otros infelices, que suplían sus carencias con las limosnas de los piadosos, ya habían tomado sus puestos. La francesa decidió permanecer de pie mientras hurgaba en su morral. Tomó algunas de las vainas que había robado a Charles y las dispuso como abanico. Observaba cómo los rostros de las mujeres que estiraban la mano flagelaban las almas que comenzaban a transitar por el lugar. La lluvia escampaba, cediendo el espacio a la neblina. Era verano, pero la blanca humareda le recordaba a los paisajes champlitenses en la estación opuesta. Las colinas cubiertas de nubes rastreras dejaban ver a cientos de soldados en estado latente. Los troncos que, llegada la primavera, despertaban a la vida en forma de hojas, ramas y vides. Repasó mentalmente las frases que debía pronunciar en español y tragó una buena bocanada de aire.

—¿Me compra vainilla? —dijo la mujer, al tiempo que ofrecía la mercancía al hombre del traje—. Necesito ayuda —agregó, mientras arqueaba las cejas.

Lamentaba no haber interactuado más con Conchita y el resto de los trabajadores con los que en algún tiempo convivió. Llevaba dieciocho años en el país y los pensamientos seguían acudiendo en francés. Los sueños, sin duda.

El abogado, que tuvo el primer impulso de comprar cualquier cosa que esa aparición le

mostrara, se detuvo. Notó el acento y dedujo que la lengua natal de la mujer era la misma que regía la política y el comercio internacionales. Su francés oral no era perfecto, pero se arriesgó a hablarle:

—Señora mía, ¿acaso se encuentra usted perdida? ¿Qué desgracia puede afligir a una dama que ha llegado hasta la casa de Dios para pedir la ayuda de sus siervos?

Catherine sonrió. No por escuchar su idioma, sino por el grado de sofisticación con que el hombre hablaba.

—Perdida, eso. Perdida. Intentando sobrevivir para continuar mi búsqueda —dijo, confesando su verdad a medias.

El hombre, perturbado por su mirada felina y sí, sus grandes pechos, no acertaba a encontrar la traducción adecuada. Pero siguiendo las directrices de los buenos cristianos, decidió ofrecerle su respetuosa ayuda.

Charles escuchó el rugido de la escopeta que disparaba al caer al suelo. Despertó confuso. Veía sangre. Municiones penetraban de manera lenta una piel oscura. Más sangre brotaba a borbotones. Frotó sus ojos. Las imágenes comenzaron a desvanecerse. El arma seguía recargada en la pared del corredor, junto a los conejos que había cazado. Era mejor que la resguardara antes de que pudiera causar un daño real.

Los montes, con su generosa fauna, habían sido el sostén de la colonia tras el paso de huracanes e inundaciones. Jabalí, venado, armadillo, mono, oso hormiguero, mapache, coyote, tigre americano, así como una gran variedad de aves, convivían en la selva. Charles se internaba poco. Hacía tiempo que había perdido el interés por este tipo de actividades. Incluso dejaba a medias los recorridos por las plantaciones. El cansancio era su compañero durante el día, pues llegada la noche lo abandonaba. Tal como ella lo había hecho. Esa miserable, malagradecida, era la razón que lo había impulsado a desempolvar las armas. El descontrolado parpadeo de sus ojos comenzó a irritarlo. Se levantó con poco ánimo. Debía cocinar los conejos. ¿Dónde andarían los muchachos para pedir su ayuda?

Rafael, como después se enteraría que se llamaba, era cuatro años mayor que su esposo. Aunque a la vista de cualquiera, podía parecer lo contrario. Tal vez la dura vida en el campo de uno y la vida cómoda del otro habían sido los factores que determinaban su aspecto. Recordó también a Ricard, pero cuando de él se trataba no tenía certeza de nada. Hasta su edad era un enigma. Lo que tenía claro era que la piel oscura no envejecía. Seguía firme, oliendo a sudor, especias y a hombre. Seguía siendo excitante. Seguía respondiendo a la respiración, a los roces y hasta a las miradas.

—Entonces, Catherine, ¿me decía que habita en Jicaltepec? —preguntó el abogado.

—Sí —contestó la mujer, asintiendo con la cabeza mientras daba un sorbo al chocolate caliente que tenía en las manos—; le agradezco tanto su gentileza... —agregó, con la sinceridad de quien se siente a salvo.

—No tiene nada que agradecer —dijo apuradamente, tratando de restarle importancia al asunto—. ¿En la comuna o en los terrenos del general Victoria? —cuestionó el abogado, para retomar el hilo de la conversación.

—¿Perdón? —contestó la mujer, que se había ausentado visitando algunos recuerdos que

coleccionaba en su memoria.

—Le preguntaba si habita en la comuna o en la hacienda del Jobo. Los terrenos que administra Francisco de Paula —aclaró, al ver la cara de confusión de Catherine.

—No, no, en Jicaltepec. ¡Qué más quisiéramos que poder alquilar tierra en la otra ribera! Pero la mala fortuna, mi señor, de que decide instalarse en algún sitio no hay cómo echarla.

La mente de Rafael, bien entrenada en los oficios de la política, intentó interpretar sus palabras. Hablaba en plural. Probablemente esa hembra hermosa cuyos ojos le recordaban a un ramillete de plumbago tendría a quién deberse. Tal vez eso era lo que buscaba, a su hombre. Quizás este se había marchado a las minas a probar suerte, y al no tener noticias de él había ido en su búsqueda. Si no, ¿qué otro motivo la habría empujado a desplazarse hasta la sierra? Esa mujer lo intrigaba. O era una valiente que enfrentaba al destino o una irresponsable que no medía las consecuencias de sus actos.

—Catherine, no quiero que malinterprete mis palabras. Me agradecería saber más de usted, su familia y conocer si hay algo que pueda hacer para aliviar su pena. Espero que no lo considere un atrevimiento de mi parte —dijo Rafael para obtener más datos.

—Nos vinimos como la mayoría. Empujados por el hambre e incitados por los sueños que la juventud y la información falsa maquinaron —el abogado observaba cómo la mujer perdía la mirada en la espuma que flotaba en la taza y decidió no interrumpirla—. Quería distanciarme del abuso y las pérdidas. Enterrar mi vida en Francia y comenzar una nueva historia. Y, ¿sabe? Ahora veo que no era tanto lo que deseaba. Hijos, conocer la prosperidad, amar. Pero ya ve qué equivocada estaba —le dijo, hablando más bien para sí misma.

—Entonces, Catherine, ¿llegó usted con sus padres? ¿Emigró la familia completa? —preguntó Rafael con su apacible y dulce voz, para orillarla a hablar del joven al que seguro había seguido hasta este continente.

La mujer titubeó. Se encontraba incómoda por el rumbo que estaba tomando el interrogatorio. Levantó la vista y sonrió con la amargura de quienes se consuelan al conocer la desgracia ajena.

—Dígame usted, señor De la Torre, usted que en las ropas lleva impregnada la opulencia, ¿es feliz? ¿Ha tenido la fortuna de amar y saberse amado? —le soltó, haciendo caso omiso de las preguntas anteriores.

El abogado, quien a menudo sorteaba situaciones difíciles sin perder de vista sus objetivos, se sintió desequilibrado. No estaba acostumbrado a que una mujer le hablara con tal familiaridad. Y menos a que una completa extraña intentara invadir los territorios reservados a su intimidad. Tal vez por eso pronunció las palabras más sinceras que alguna vez exteriorizó sobre el tema.

—No, no lo soy. Pero he logrado combatir los demonios que fustigan mi alma, ayudando a la obra del Señor. Y si se refiere al amor carnal, lo soñé, por supuesto. Negárselo sería como negar la naturaleza propia de la juventud. Pero estoy en paz, Catherine. Otro tipo de amor me reconforta, el que emana de mis actos.

La mujer no alcanzaba a comprender las razones por las que un hombre de su condición hablaba como una viuda resignada. Pero el discurso le parecía creíble. Quizá los movimientos sutiles con los que acompañaba las palabras y sus gestos amables influían en su percepción. Irradiaba tranquilidad. Parecía un ser carente de maldad, o por lo menos alejado de ella. Dio un sorbo al chocolate para ganar tiempo y poder observarlo mejor. El aroma afrutado del cacao criollo la transportó al campo. Existía algo, algo en su mirada que le evocaba a un animal

castrado. Una mezcla de admiración y lástima comenzó a despertar su curiosidad.

Marie, 31 de diciembre de 1942

Claude bramaba. Tanto o más que las reses a las que tatuaba con un fierro candente, coronado con las letras FS entrelazadas. «¿Qué se creía el estúpido de Cajigas? ¿Que me iba a tragar el cuento del nerviosismo en el mercado por los reveses propinados a la Armada francesa? La vainilla repuntaba, los soldados en el Pacífico Sur consumían helado a raudales. El dulce levantaba la moral. Cualquiera que tuviera un poco de sesos lo sabía. Los yanquis eran nietos de corsarios, cierto, pero a últimas fechas no estaban en posición de ponerse muy exigentes. Andaban bien mansitos con el tema del petróleo, los braceros y todo lo que les estábamos mandando. Nos necesitaban, y Ávila Camacho lo había sabido aprovechar. Ese presidente sí era un chingón». Al menos en lo que a él respectaba. Ya ajustaría cuentas con el viejo. Si este pensaba que su lucrativa amistad, nacida con la conveniente muerte de Antonio, le daba derecho a robarlo, estaba muy equivocado.

Claude dio la orden de liberar al becerro y caminó hacia la pila de leños en la que calentaba el fierro. El caporal, montado en su caballo, tiró una mangua a las patas de otro animal mientras un vaquero intentaba lazarle la cabeza. El cuerpo de Claude se había fosilizado, pero su mente trabajaba de manera frenética. Las cosas se le estaban saliendo de control. La extraña enfermedad de Elise, la testarudez de Marie... En los últimos tiempos, su hija representaba su único abrigo. A menudo llegaba como novio esperanzado, cargado de muñecas con carita de porcelana para ella. No sabía bien a bien cómo tratarla. Le enorgullecía observar los rasgos que había heredado de él, pero sabía que no podría sucederlo para manejar los negocios. Un varón. ¿Se debía resignar a cumplir su deseo a medias? ¿Por qué su única opción parecía ser un bastardo, por qué? Dios tenía extrañas formas de hacer pagar los pecados. No podía arriesgarse con Elise, era una locura. Un hijo de Marie, pensó, mientras pateaba uno de los troncos hacia la hoguera. Ese era su destino perdido. Y no porque no hubiera maneras, siempre las hay. Con sacarla del pueblo habría sido suficiente. Pero arrancarla de su tierra, como al cornezuelo que invade los potreros, también significaba extinguirla. No, ella era especial.

El caporal empezaba a impacientarse. Había enrollado la reata en la cabeza de la silla de montar para ayudar a mantenerla tensa. Y como decían los vaqueros cuando comenzaba a escaparse, ya se le estaba quemando. Trabajar el último día del año, así fuera media jornada, no le causaba gracia. Menos la ocurrencia del patrón de ponerse a marcar el ganado en un día de fiesta. Parecía que lo hacía por joder, por el recanijo humor que se cargaba en los últimos tiempos. Solo estaba ahí por el aguinaldo, porque terminando le iban a tocar sus buenos quintos.

Pequeñas brasas encendidas crujiendo al contacto con la brisa que las elevaba provocaron que

una última idea pasara por la mente de Claude. Tenía que moverse. Darle una ayudadita al destino para encontrar a Marie «casualmente». Había intentado pasar más tiempo en casa y tenerle paciencia a su mujer, pero la compasión se había tornado en disgusto.

Claude regresó a la faena. Por la tarde notificó a Elise que recibirían el año en el baile de Armando Thomas en El Mentidero. No se desgastó dando muchas explicaciones, la mujer estaba acostumbrada a obedecer y la oportunidad de hacer nuevos negocios era un argumento incuestionable.

Marie seguía atorada en el futuro. El espíritu de renovación por el año venidero la había contagiado. Continuaba analizando hacia dónde encaminar su vida. No bastaba con mantenerse alejada de Claude, mientras en pensamiento la acompañara hasta el rincón más íntimo.

Se las había ingeniado para no tener que confrontar las pretensiones de Alphonse. El hombre los visitaba con frecuencia, pero ella recurría a cualquier pretexto para escabullirse. El vainillar, los hijos y hasta la conveniencia de que entretuviera al padre mientras ella se dedicaba a otras labores le servían de excusa para evitar estar a solas con él. Así se lo había comentado a Tolín en la mañana, mientras cosechaban apuradamente la vainilla madura. Los días de fiesta, cuando los agricultores se ausentaban, eran los predilectos de los ladrones.

—Ay, tú, esas las deberías dejar para enero —dijo el vainillero a Marie, señalando las vainas que la mujer cargaba en su tenate.

—¿Para enero o para los amantes de lo ajeno? —soltó la mujer, pensando con tristeza que la mejor vainilla, la que contenía más cantidad de aceite, era la que más robaban.

—Mira nomás —exclamó agarrando un vaina que apenas comenzaba a tornar su punta color amarillo—, a esta le falta tantitito, qué desesperada eres. Ya te ha de andar por irte al baile.

—¡Cómo dices tonterías! Ya parece que voy a dejar a mi papá tirado en la cama para irme a divertir. ¿O qué, tú crees que tengo muchos motivos para celebrar?

—¡Oh bueno, no te enojés! Es que como he visto por aquí a Alphonse, pensé...

—¿Y tú qué tienes que andar pensando y espiándome? —interrumpió la mujer, molesta.

—*Pus ora*, ni que estuviera uno ciego.

—Eres un metiche —contestó con desesperación—. A veces te portas peor que mis hermanos. Ya te he dicho hasta el cansancio que haber crecido juntos no te da derechos sobre mí.

El vainillero estuvo a punto de decirle que el derecho se lo había ganado al amarla y procurarla por años. Pero sabía que el haber callado durante tanto tiempo sobre sus sentimientos podía hundirlo. Esta omisión lo convertía en un cobarde, un ventajoso, un ser despreciable, un oportunista. Y como de costumbre, precipitó la mirada hacia el suelo.

—Sí, patrona, no tiene que recordarme cuál es mi lugar —dijo, aventando la vaina a la cesta que cargaba la mujer.

—Ya, Tolín, perdóname. Últimamente pierdo los cabales con cualquier cosa.

—Sí, ya me di cuenta —le reprochó el hombre.

—No sé, la enfermedad de *mon père*, los niños creciendo, la falta de dinero. ¡Me aterra el futuro! Y pienso, pienso mucho si he tomado las decisiones correctas. ¡Pero no, Tolín, no! No he tomado ninguna, solo me he dejado arrastrar como los palos que lleva el río.

La mujer sintió cómo se resquebrajaba la coraza que cubría el escondrijo donde guardaba sus miedos. Los sentimientos comenzaban a surgir hacia el exterior y una sensación de alivio la animó

a seguir soltando el lastre. Conforme hablaba, las punzadas que machacaban su corazón amainaban. Tolín la miraba desconcertado.

—Me estoy quedando sola —continuó—. Esperando algo que tal vez no llegue. Es más, te confieso que ni siquiera sé qué es lo que espero —remató abatida.

—¿Un hombre?

—Pues sí, pues sí. Tal vez —contestó con desesperación.

—Yo no soy nadie, Marie. Soy un pobre diablo que ni escuela tiene. Pero hay cosas que sé y puedo ver —le dijo de manera cariñosa—. Ya no le andes dando vueltas al asunto.

—Me dejaste en las mismas —contestó la mujer, mientras sonreía con ternura.

—Eres como las orquídeas. Una planta hermosa y resistente, pero necesitas un árbol fuerte al cual aferrarte.

«Un árbol que no puede ser Claude, que no es Alphonse y que quizá no aparezca», pensó. ¡Qué ganas de hablar sin rodeos con Tolín! Abrirse, vaciarse. Se detuvo. Aunque el chaparro estuviera enterado de gran parte de su vida y el resto lo supusiera, seguiría hablando a medias. Un secreto era como una piedrita en la lengua: te molesta, te incomoda, te empieza a raspar. Muchos se la tragan, otros la escupen, para qué correr riesgos.

—Lindas palabras, lástima que no lo vea por ningún lado.

—Eres la mujer más empecinada que conozco. Lo encontrarás.

—Sí, terca y estúpida. Si tan solo pudiera querer a Alphonse, pero no puedo, algo pasa. Tampoco soy capaz de enfrentarlo. Y no siento nada, nada cuando estoy cerca de él. Es más, hasta lo evito. Pero no he querido descartarlo. Me siento terrible.

El hombre, incómodo por tener que hacer las veces de confidente, comenzó a desesperar. Le urgía terminar con la tortura de confirmar, una vez más, que él jamás podría ser considerado siquiera un pretendiente. Mucho menos estaba dispuesto a escuchar hablar de Claude. Y anticipándose al discurso que la mujer seguramente le recitaría, buscó una salida ocurrente.

—Pues ya por hoy fue mucha sufridera, ¿no? ¡Ya pícale, que nos va a agarrar el año nuevo en el vainillar! —le dijo, dándole un ligero empujoncito con el codo.

Claude despertó desorientado. Observó los tablones de madera que cubrían el tapanco. La luz se colaba por una ranura de la ventana. Seguro la chiflada de Elise la había dejado mal atrancada. ¿Ah, estaba en su cuarto? El pabellón que protegía a los durmientes del ataque de insectos estaba descorrido, por lo que no tuvo problema en bajar las piernas al suelo. Se talló el rostro con las manos. Lo sintió hinchado. El Habanero Berreteaga seguía diluido con su sangre. Hizo el intento de levantarse, pero el recuerdo de las cubalibres le aguijoneó la sien. Sintió una ligera molestia en el pubis. ¿Se habría acostado con su mujer? ¿Qué día era? ¿De qué año? ¿Dónde estaba Marie? El cuarto apestaba. Como si hubiesen dejado oreando varios pares de botas malolientes. Sintió repulsión.

—Pompas rricas, de colores, de matices seductores, del amor las pompas son... —cantaba el loro tras la puerta de la cocina.

Marie sonreía. Silbaba y entonaba fuerte para que el animal la escuchara:

—El amor es vano empeño,/ sombra mágica de un sueño/ que disipa el despertar./ Corazón, no ames ya,/ que las dichas de la vida humo son;/ y es una dicha fingida la ilusión./ Corazón, no ames ya,/ pues solo es cierto el dolor/ y tu sed no apagará/ ni un raudal de amor.

—Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé —continuaba el pájaro.

—¡No, lorito, *La Marsellesa* no! Canta *Pompas ricas* —clamaba Marie.

Era el primer día del año. Su padre había amanecido con buen semblante y los hijos estaban emocionados por el dinero que colectarían. Como era tradición, irían a felicitar a los parientes asentados en la cercanía y a cada niño se le daría su aguinaldo. Una cantidad de dinero que variaba según las finanzas, la relación existente y el grado de tacañería del donante. Había algunos, como la tía Adèle, que les daba un tostón de plata 720, o el espléndido tío Polo, del que recibían hasta diez pesos, lo que hacía que cada primero de enero el hombre trajera una recua siguiéndolo por todos lados. Otros, como Armando Thomas, les obsequiaban un peso de plata que gastaban en la propia tienda del tío, estratégicamente localizada afuera de su casa. Y por supuesto existían los que daban el aguinaldo en especie. El tío Clemente, de oficio viajero, los surtía con un puñado de chiclosos Toficos de La Colonial, que seguramente provenían de su muestrario y al que los pequeños veían con recelo, pues sospechaban que podrían estar revenidos.

—Lorito, toca la marcha, que lo manda el capitán —continuaba el animal, que alternaba fragmentos de canciones con silbidos.

—¡No, Lorenzo! ¡Lenchito! ¡Cántame *Pompas ricas*! —pedía la mujer.

Marie trabajaba con prisa. Quería dejar todo dispuesto para la comida de Año Nuevo a la que acudirían más tarde. Sacó las tazas de porcelana con filo dorado que cada año le prestaba a su tía y las puso sobre la mesa de la cocina. Todos cooperaban, hasta para completar la vajilla. Era un día muy agradable si no se estaba muy trasnochado. Y como Marie, para la mala fortuna de Claude, no había asistido al baile, se encontraba fresca e ilusionada por ver a toda la familia reunida. Una gran comilona donde habría lechón y gallina rellenos, pastel de merengue con coco rallado, huevos nevados y, por supuesto, sidra El Gaitero.

Al pasar junto al guardacomida, vio una de las revistas que la virtuosa de su cuñada le enviaba después de que memorizaba su contenido. Tomó el maltratado ejemplar de *La Familia* con la intención de llevarlo a su ropero, pero a último minuto decidió leer un poco. Necesitaba tomar un descanso y qué mejor que hacerlo acompañada de algunas letras.

Se dirigió a la puerta de la cocina y se quitó los zapatos. Se sentó alegremente, estirando las piernas hacia el patio. Sintió el cosquilleo del zacate que, a pesar de las constantes pisoteadas, lograba acercarse a la construcción. Tomó la revista y la puso sobre su delantal. Comenzó a correr las páginas presionándolas con su pulgar. Las hojas saltaban librándose del dedo opresor hasta que una, que había sido marcada con un doblez, se negó a fluir como el resto. Marie, sonriendo, se dispuso a ver qué tenía que contarle la «atorada».

En el centro resaltaba una mujer de aspecto alegre, con el pelo muy bien acomodado y maquillaje discreto. Mostraba una camisa impecable, perfectamente limpia y planchada con almidón. Debajo de la imagen había un texto en el que se explicaba la influencia de la esposa en la apariencia del marido. Y es que la mujer era el pilar del hogar. La clave de su éxito. Atender al esposo e hijos con esmero y proveerlos de un ambiente pulcro y acogedor no solo era lo que se esperaba de una buena mujer, también significaba la felicidad de los otros. Una tremenda responsabilidad que implicaba compromiso, esfuerzo y en ocasiones sacrificio, pero que pagaba con el respeto y amor de los miembros de la familia.

—Lorito, toca la marcha que lo manda el capitán —comenzó a cantar Lencho, acompañando la frase con algunos silbidos.

—¡Ey, ya andabas muy calladito! —gritó Marie al animal.

Se alegró de escucharlo. Cerró la revista mientras reía para sus adentros. Imaginó a su cuñada paseando frente a Joseph con una pila de impecable ropa. Después, sintió tristeza. Recordó sus intentos por agradar a Antonio. ¿En qué habría fallado?

Catherine, principios de agosto de 1873

Catherine se retorció inquieta en la cama. Las sensaciones que la habían hecho dejar todo para ir tras Ricard comenzaban a desvanecerse. Se encontraba atrapada en un laberinto. Del mulato no había indicios y aunque la idea de una vida cómoda como protegida del abogado resultaba bastante atractiva, lo cierto era que no deseaba marchar a la capital del país. Sentía que ese paso la alejaría todavía más de sus hijos. Sus niños. No creía que la necesitaran, pues a últimas ella era una prueba viviente de que se podía superar la infancia sin la ayuda de una madre. Entonces, ¿por qué los recuerdos de sus rostros asustados comenzaban a acudir con más frecuencia a su mente? Los había maltratado en sus ratos de desesperación, era cierto. Pero ¿cuál era la razón? ¿Los estaba haciendo pagar por algo? ¿Por su infelicidad? ¿O sería que su presencia le recordaba su propia orfandad?

Las imágenes se desvanecieron tras un reparador suspiro. Su pensamiento volvió a Ricard. No le parecía imposible que a último minuto recapacitara y regresara a buscarla. Ya lo había considerado antes. Total, de él se podía esperar cualquier cosa. Desde que la amara y que alguna extraña razón le impidiera estar cerca de ella, hasta que fuera tan cruel de haberse vuelto a acercarse solo por la gratificación de saberse poseedor de algo.

Esta última idea avivó el temor. No se resignaba a quedarse, al menos, sin una explicación, pero la vida no la estaba ayudando. Sentía la asfixia que viene tras permanecer inmóvil recorriendo caminos imaginarios que no conducen a ningún sitio agradable. Era necesario actuar. Moverse, así fuera para retroceder lo andado. No se presentaría en la estación de tren, jamás lo abordaría y nunca volvería a ver a Rafael. Camino a Chapachapa ya pensaría una buena excusa para justificar su ausencia.

Charles también la pasaba en vela. Los calores de agosto, el mes donde la lluvia acude con menos frecuencia, provocaban que sus piernas finalizaran la jornada hinchadas. Le dolían. Tanto o más que su espíritu, que se maceraba en el veneno del rencor. Él, a diferencia de Catherine, sí había encontrado las respuestas a sus dudas.

Maldita y mil veces maldita. Lo peor es que ni siquiera se había dado el gusto de hacerla pagar. Demonios. ¡Y qué solo se sentía! Lo invadió la urgencia por relajar el cuerpo con un poco de placer. Se la imaginó. Acercándose. Con sus ojos azul opresor. Deseaba penetrarla, pero en lugar de usar su miembro tomó un palo seco de naranjo y fue metiéndolo poco a poco. La veía, Catherine se deleitaba mientras él le repetía: «Esto es lo que te gusta, ¿verdad, ramera? ¿Esto sí lo disfrutas?». A medida que la mano de Charles se deslizaba con mayor velocidad recorriendo su

pene, la cara de la mujer pasaba del gozo al sufrimiento. Él empujaba el leño con más fuerza y un hilo de sangre comenzaba a escurrir por su entrepierna. La mujer había echado la cabeza hacia atrás y sus ojos comenzaban a saltarse, tal como sucede con un ahorcado. Cuando la vislumbró aullando desesperada, liberó el cuerpo.

Esa noche no pensaría en las cartas y escritos que tanto trabajo le había costado localizar. Su venganza mental lo hacía sentir menos estúpido. Eso sí, si había decidido conservar toda esa basura, debía mantenerla fuera del alcance de sus hijos. Enterrarla parecía lo más apropiado. Su amigo Louis Meunier, el único en el que hubiera podido confiar, ya no estaba. No podía consignarlas con nadie más y tampoco podía seguir teniéndolas escondidas dentro de la casa. A primera hora resolvería este asunto.

Catherine abandonó la quinta que le sirvió de refugio en Teziutlán. El temor a que Charles la recibiera con violencia la hizo dudar, pero necesitaba ver a sus hijos. Y, de paso, permanecer en el único lugar donde Ricard podría encontrarla. El camino hacia la costa era largo, tendría tiempo suficiente de idear una buena excusa.

Se marchaba tal como había llegado. Portando algunos objetos robados que le servirían para sobrevivir. Era una bendición que la propiedad contara con huerto y colmenar. Por lo menos la miel, las manzanas y con suerte las ciruelas le aguantarían durante el trayecto.

Cruzó por el jardín y abrió con lentitud las rejas que yacían bajo un pequeño tejado de dos aguas. Al cerrarlas vio con nostalgia la casa. Echaría de menos la leche fresca. Caminó cuesta abajo, siguiendo los postes de madera que delimitaban la finca. Al terminar la valla, la maleza apenas contenida por unos maltrechos alambres de púas comenzaba a espesarse. Observó un castaño solitario. De una rama baja pendían algunos frutos. Alcanzó uno maduro, todavía recubierto por la piel de erizo que lo protegía durante su crecimiento. Supuso que a los chicos les agradaría conocer más del mundo, sin pensar que tendría que justificar su procedencia.

—Papá, ¿qué miras? —preguntó Mathilde, mientras acercaba su pequeña carita a la de Charles.

El hombre, que mascaba un dulce trozo de caña sentado en el cantil del río, se sobresaltó. No había alcanzado a comprender ninguna palabra, el oído izquierdo era el que peor funcionaba. Volteó y vio que Nicolás traía de la mano a François.

—Estás muy pensativo —le dijo el hijo mayor, con tono fuerte y pausado.

—¿Ya es hora de comer? —preguntó Charles, al tiempo que intentaba levantarse.

—Te ayudo —se ofreció Nicolás, mientras soltaba al hermano para recoger el machete, la pala y la bolsa de cuero que estaban tirados junto a su padre.

—¡Deja eso! —le reprochó.

El hijo, quien poco después de la desaparición de su madre notó que Charles lo trataba de manera distinta, decidió enfrentar la situación. Era probable que el favoritismo que Catherine no había tenido empacho en ocultar fuera el motivo de su cambio de actitud. Los relacionaba y se estaba desquitando.

—Con todo respeto, padre, quisiera que habláramos. Al rato o tal vez en la noche. Cuando mis hermanos se duerman —pidió Nicolás, con humildad.

—¿Qué? —gritó Charles altanero.

—Nada, padre, solo quería unos minutos. Para hablar —remató.

—Hablar, hablar. Son cosas de mujeres. Si te sobra el tiempo deberías emplearlo en el vainillar —contestó molesto.

El hombre tomó sus cosas y comenzó a caminar hacia la casa. Los hijos lo siguieron en silencio. Nicolás comprendió que debía esperar una oportunidad en la que el padre estuviera de mejor humor.

Catherine observó un singular chorro de agua, que salía de una pared de piedra, y se detuvo a beber un poco. Seguía el camino que los arrieros y escasos viajeros utilizaban para descender la sierra. No había tenido la fortuna de encontrarse a nadie que le ofreciera un espacio en su carreta o al lomo de un animal. Estaba cansada. Atrás habían quedado los grandes bosques de pino y encino, cubriendo hierbas bajas. Ahora aparecían por manchones, mezclados con gigantescos helechos. Sus dimensiones eran admirables. Ramos de larguísimas varas, forrados de plumas verdes, brotaban de los cerros de roca junto a los que transitaba. Catherine los observaba, miles de amarillentas venas salían de la base de los tallos, peleaban el espacio con el musgo que tapizaba todo en la montaña.

Se echó agua en el rostro. El paraje era espectacular. Frente a ella había un claro que permitía ver cómo el abrupto lomerío descendía hacia lo que parecía ser la llanura costera, la del Golfo. A la distancia se apreciaban los cañones entre las cordilleras. Con seguridad delimitadas por algún río. Montañas con desfiladeros, profundas barrancas. ¿Qué le iba a decir a Charles? Si no lo hubiera saqueado, podría haber apelado a alguna historia. Los Acosta los seguían hostigando, por lo que era creíble que había estado cautiva y que logró escapar. Aunque eso causara un enfrentamiento de consecuencias terribles entre los caciques y los franceses. Se tenía que concentrar. Un accidente, la picadura de algún animal, algo que la mantuviera delirante, luchando por sobrevivir. No, iba a desconfiar. Le había robado, clara señal de que pensaba huir. ¿Y si el hombre había buscado en la casa algo que explicara su desaparición? En buena hora se le había ocurrido dejar las cartas. Aunque no, era imposible que las descubriera. Podrían pasar generaciones antes de que alguien las encontrara. ¿Y si le contaba la verdad a medias? No, tampoco era opción. El amable y paciente Charles ya había demostrado que los celos podían hacerle perder la cordura. Quizá si recurría a los hijos de Anne, podrían cobijarla un tiempo. Total, lo que a ella le interesaba era ver a sus niños. Y por supuesto, a Ricard.

Marie, febrero de 1943

Cuando François comenzó a hablar de muertos, pidieron a Frédéric que regresara de la capital. Sus manos ya no temblaban, descansaban postradas junto a su cuerpo, y su boca, espoleada por unos músculos ya cansados, solo atinaba a balbucear algunas frases. Insistía en que Adélaïde estaba bajando, pero no la dejaban pasar. Y afirmaba que Catherine, su madre, le hablaba desde el centro de la Tierra.

Joseph se mostraba un poco escéptico. Atribuía estos comentarios a una especie de demencia senil. De lo que no tenía duda era de que su padre estaba en tal estado que costaba trabajo comprender cómo continuaba respirando.

Marie, por el contrario, tenía la creencia de que las ánimas nos visitaban de repente. Cuando estaban nostálgicas, cuando alguien las necesitaba y, por supuesto, en ocasiones especiales. Así que no podían faltar a la cita para darle la bienvenida al buen François.

—¿Cómo sigue? *Puis-j'entrer?* —preguntó Joseph a Marie, cuando la mujer salía de la habitación del padre.

—Sí, pasa. Está despierto. Hablando otra vez de la abuela Catherine.

—Recuerdos, *ma chérie*, recuerdos. Te lo he dicho varias veces —afirmó el hermano con hastío.

—Joseph, no cuenta nada del pasado. Y en verdad es extraño que no mencione a ningún vivo.

—Seguro lo habrá hecho y no lo notaste. Entiende, es normal que un anciano evoque a su madre y ella esté muerta. ¿Acaso te ha dicho que la vio muy bien acompañada de Satanás?

—*Tais-toi*, ese tema me horroriza. Dice que su voz viene de abajo, del centro de la Tierra. Sabrá Dios si no está ardiendo en los infiernos —contestó la mujer, al tiempo que se persignaba.

—¡Merecido se lo tendría! Qué pena pensar en todo lo que pasó *notre père*. Qué impotencia, que tu madre...

—De ella no se habla —lo interrumpió Marie, recordando el temor que le daba haber heredado la mala sangre de Catherine.

—*Je sais*, pero si fueras hombre podrías comprenderlo mejor.

—*Boff*, ya salió el macho. Hombre o mujer, da igual, una madre es una madre. Pero en algo te doy la razón, qué dolor tan grande cargaría como para prohibirnos hablar del tema.

—¿Y el *grand père*? ¿Qué me dices de él? Dolor por partida doble.

—Uf, el abuelo, qué lástima no haberlo conocido. Pero me habría gustado tener su carácter: fuerte, valiente y decidido —afirmó Marie, que había construido un personaje con los datos vagos que François les soltaba.

—*Bon*, voy a entrar antes de que se duerma —dijo Joseph, al percibir un ligero quejido.

Conforme se fue adentrando en la pieza percibió el olor de las fugas de orín que impregnaban las sábanas. No podía culpar a su hermana. Él solo se aparecía en El Mentidero para supervisar la plantación y hacer una visita rápida al padre. Estaba ausente, lo sabía, pero qué más podía hacer si cada vez que intentaba acercarse sentía cómo sus entrañas comenzaban a desprenderse y desconectarse. Resistía el tormento solo algunos minutos. Luego tenía que huir. Regresar a su hábitat para regenerarse y aguantar el embate de la impotencia de nuevo.

Se sentó en el borde de la cama. Hedía a muerto. François sintió una presencia e intentó mover la cabeza. Al hijo le costaba aproximarse. Convivir con ese cadáver viviente. Un inminente difunto. Un alma aguerrida que no quiere soltar a un cuerpo inservible. Tomó su mano, deseando que el tan temido como esperado momento no sucediera en su presencia.

—*Bonjour!* —saludó Joseph alegremente, intentando resucitar al padre.

—*Je pars* —aseguró el viejo, arrastrando las palabras.

—¡Ey, qué va! Tú estarás mucho tiempo con nosotros —dijo, acariciando la mano de François con su pulgar.

—Vas a es-tar bien, lle-ga-rá el hijo... Ma-rie no..., Hen-ry...

Joseph lo interrumpió pidiéndole que no se esforzara más, desviando la conversación al tema del vainillar. La practicidad era una herramienta que lo ayudaba a no enfrentar sus sentimientos. Se despidió palmeando la mano que no había sabido cómo soltar y salió prometiendo que regresaría al día siguiente.

Marie aguardaba. Los incontables días viviendo un duelo a medias, donde la pérdida imaginaria inflige un dolor casi tan intenso como la real, habían provocado en ella el deseo de acercarse a sus hermanos. Imaginaba la nueva familia que estaba surgiendo, la de tres huérfanos que comparten el desánimo provocado por el abandono.

—¿Cómo lo ves? —preguntó a Joseph.

—Si resiste el próximo norte estaré sorprendido.

—*Merde*, qué invierno más duro. Eso es lo que lo está matando. ¿Qué te dijo Frédéric?

—Viene. No sé si de manera definitiva. No quiero tocar esos temas con él ahora, pero seguro mañana tendrás con quién pelear —dijo, esbozando una sonrisa burlona.

—Pues con pleitos o sin ellos, vaya que necesito ayuda —contestó Marie molesta, pensando en los pretextos que la esposa de Joseph le había presentado para evitar turnarla cuidando al enfermo.

—Ya, hermanita, ya. Tranquila —dijo dándole una palmada en el hombro.

—¿Cómo quieres que esté tranquila? Casa, niños, vainillar, *mon père*... *Mon Dieu!* Si no fuera por Clementine y las demás tías ya me habría vuelto loca.

—Y Alphonse, ¿no?

—Ay, Alphonse —dijo, al tiempo que meneaba la cabeza—. Sí, y Alphonse.

—Buen tipo. Pero obvio, no lo hace por *mon père*.

—Lo sé, es solo que en ocasiones, cómo explicarlo... Siento que me asfixia.

—Si quieres hablo con él para que te deje en paz.

—No, no, si es muy agradable. Y cortés —agregó.

—¿Entonces?

—Al principio pensé que estaba loco, tú sabes, por las cosas raras que contaba, lo de la

guerra. Me daba un poco de miedo. Pero al irlo conociendo, he descubierto que es una persona que vale mucho, a la que le intereso, que me cuida.

—¿Y entonces? —repitió Joseph, fastidiado.

—No sé, te digo que a veces me asfixia. Demasiados detalles, demasiada miel.

—¿Te estás escuchando? ¿La forma en la que te contradices? *Boff*, mejor cambiemos de tema.

Joseph, que no quería inmiscuirse en sensiblerías de mujeres ni estaba interesado en comprender dónde se situaba el justo medio para que los agradables detalles de Alphonse no se convirtieran en actos de hostigamiento, preguntó por Tolín.

—¿Y el chaparro?

—Adivina —contestó Marie.

—En la cocina, seguro. Voy a buscarlo.

—¿Ya te vas? —preguntó con desconsuelo.

—Hablo con él y me marcho.

—¿Pasó algo?

—Nada en particular, pero hay mucha hoja pinta, de las nuevas que están brotando.

—¡Antracnosis! ¡No me digas! —exclamó Marie, refiriéndose al hongo que atacaba a las hojas, tallos, flores y frutos de la orquídea, y provocaba grandes mermas a la producción.

—¿Y qué esperabas? Con estos bajones de temperatura y lloviznas eternas es lógico que apareciera.

—Joseph, estamos pasando por un momento muy difícil. Ten paciencia. Tenla con todos. Te lo ruego —imploró Marie pensando en Tolín, que sentía un afecto muy especial por su patrón y con seguridad sería el depositario de las frustraciones de su hermano.

—Bah, será mejor que me apure.

El hombre comenzó a caminar por el pasillo hacia el edificio contiguo, el que albergaba la cocina y el comedor. Marie lo seguía sin percatarse de que lo hacía. Al llegar a la sala se detuvo. Vio la poltrona de cuero de venado de su padre. Vacía, como probablemente permanecía la mayor parte del tiempo. Y de nuevo, el martirio de la pérdida inaplazable comenzó a atormentarla. Se sentó en el piso, justo al lado. Recargó la cabeza sobre el asiento y comenzó a acariciarlo. Imaginó que sobaba las piernas de su padre con movimientos dulces y pausados. Le dijo cuánto lo quería y cuánto lo necesitaba. Lo recordó polinizando, amarrando mazos, regresando de pesca y de cacería. Lo vio con su pipa. Lo recordó enseñándole a montar. Lo vio sonriendo, diciéndole que todo iba a estar bien mientras los aires huracanados arrancaban las tejas de la casa. Se sintió sola. Profundamente sola. Le estaban arrebatando, una vez más, a uno de sus grandes amores.

Catherine, agosto de 1873

Los últimos cien metros los recorrió acompañada del extraño temor de confirmar que es imposible recuperar lo que ya se tiene perdido. Seguramente esa misma sensación escoltaba a los sentenciados a muerte. Porque si no tuvieran la esperanza de que podía acaecer lo insospechado, utilizarían uñas y dientes para luchar por la vida que están a punto de arrebatarles. Pero esperan un milagro, quietecitos, hasta el último suspiro. Así Catherine, quietecita, despacito, caminaba hacia el encuentro con su familia.

Observó la casa, su casa. Parecía haber envejecido en poco tiempo. Tal vez eran las hojas sin barrer o el sinnúmero de objetos abandonados en el corredor. Distinguió un par de cubos, garrochas, tenates, un cántaro y hasta una mesa rota que yacían bajo el alerón de la casa. El remordimiento, poco conocido por la mujer, se hizo presente. Las manos comenzaron a sudarle. Se detestaba y detestaba el momento por el que estaba pasando. Durante la mañana había estado nerviosa, cierto, pero no calculaba que una reacción así podía quitarle toda oportunidad de argumentar con lucidez. Ya no estaba segura de lo que iba a decir, ya no sabía si ese era el día oportuno para enfrentar a Charles. Tuvo el impulso de volver a Jicaltepec, pero siguió avanzando. Sus hijos, sus pequeños; deseaba verlos.

Cuando Charles distinguió que era Catherine la que se acercaba, se convirtió en un ente inanimado. Permaneció parado junto a la puerta, viéndola. Era tan hermosa. La había amado tanto. A pesar de caminar con evidente recelo, no perdía el porte. Sus excelentes pechos resaltaban en el conjunto, muy bien secundados por sus pulposas caderas. Estaba tan bella como en sus mejores años, justo antes de parir. Su nariz recta y afilada, sus pómulos resaltados, una tímida sonrisa, la mirada pintada de azul profundo. Sintió ganas de llorar.

La mujer medía sus pasos cuando vio que una sombra atravesaba la puerta a toda velocidad. Nicolás también la había descubierto y corría a pasos agigantados para alcanzarla. La madre abrió los brazos por instinto y se agachó para recibirlo. Lo apretó contra su torso, le acarició la espalda. Sintió sus rizos rozándole la cara, besó sin cesar sus mejillas. Se fundieron, se convirtieron en un solo sujeto, el reducto de Ricard. El muchacho despedía un aroma dulzón; olía a vainilla.

—Mamá, mamita, ¿dónde has estado?

—Lejos, hijo, lejos, pero ya regresé.

—Temí no volver a verte. Papá no nos decía nada, no quería hablar, solo maldecía y estaba de pésimo humor.

—Aquí estoy, Nicolás, aquí estoy.

Léopold, Mathilde y François, que habían escuchado las pisotadas que daba su hermano,

siguieron la estela de golpes secos y chirridos para averiguar qué sucedía. Charles los detuvo en la puerta. Extendió uno de sus brazos para impedirles que siguieran avanzando. Los tres pequeños se quedaron parados viendo cómo su madre prodigaba el cariño acumulado solo a uno de sus hijos. Querían correr a abrazarla. No entendían lo que estaba sucediendo. El padre se inclinó para ceñir a los varones y mientras miraba a la niña, les dijo pausada y enfáticamente:

—Necesito hablar con su madre. Necesito que esperen adentro. Ella después los verá.

—Pero, papá... —clamaba Léopold.

—Necesito que se porten como adultos. Que esperen y obedezcan.

—Papito, por favor, papito —pedía Mathilde con su voz dulce.

—¡Que esperen adentro o me veré obligado a encerrarlos! —les gritó Charles, exasperado.

El hombre apretó los puños y comenzó a caminar hacia la esposa. Ella, al notarlo, fue soltando a Nicolás para incorporarse. Se alisó el vestido con las manos e intentó sonreír. Había calculado que Charles le preguntaría: «¿Qué haces aquí?». Pero en su lugar escuchó un simple: «Lárgate».

—Charles... —susurró la mujer.

—He dicho que te largues, zorra —gritó furioso.

—¡Padre! —exclamó Nicolás dando un paso al frente en señal de que estaba dispuesto a defender a su madre.

El hombre lo empujó para apartarlo y el muchacho cayó de nalgas en la tierra. Estaba adolorido. Del cuerpo y del alma. Se quedó en el suelo asustado, mirando y escuchando.

—Lárgate tú también. Vete a la casa con tus hermanos —ordenó Charles—. Déjame hablar a solas con esta ramera.

—Charles... —dijo Catherine, suplicante.

—Mírame bien, estúpida zorra, te vas a ir y no quiero que regreses —le advirtió Charles sacudiéndola de los hombros.

Charles apretaba la mandíbula. Su rostro se había coloreado de un rojo intenso, parecía poseído y lo estaba, por la maldita impotencia de amar a un ser despreciable. No la podía aceptar de regreso, no cuando su misma presencia le recordaría todo el tiempo el dolor de no ser apreciado. La desesperación de no ser correspondido.

Nicolás vio la cara de angustia de su madre y se levantó dispuesto a intervenir. Los tres hermanos pequeños continuaban parados en la puerta, nerviosos, expectantes de la desgracia que presentían que estaba por ocurrir. Cuando el padre notó que el hijo iba a abalanzarse sobre él, lo tomó por el cuello de la camisa y comenzó a sacudirlo.

—Te he dicho que te largues, ¿me entiendes? Lárgate o también acabo contigo —le gritaba, mientras lo sacudía con salvajismo.

El muchacho no lograba defenderse, su cabeza resorteaba hacia delante y atrás sin parar. La mujer tomó las muñecas de Charles para intentar frenarlo. Él liberó una, la de la mano derecha, para asestarle un golpe seco a la cara, con el puño cerrado. No se molestó en voltear a ver dónde caía, volvió a tomar la camisa del hijo. Siguió sacudiéndolo frenéticamente.

—Eres un maldito, tú también eres un maldito —le gritaba—. Malasangre como esta perra y como tu padre.

—Charles, déjalo —le ordenaba Catherine, que había logrado reincorporarse e intervenía de nuevo para liberar a su hijo.

Nicolás no entendía la furia de su padre. Estaba horrorizado. Ni siquiera había comprendido

las palabras que acababa de escuchar. Catherine sí lo había hecho. De alguna manera la había descubierto. Estaba acabada, lo sabía.

Charles no tenía las pruebas de su dicho. Pero las sospechas que lo habían torturado años atrás habían quedado confirmadas al descubrir las cartas. Todo encajaba, el desmedido amor por el muchacho, lo distinto a sus hermanos. El tipo la había abandonado, con seguridad al saber que estaba encinta. ¿Y qué esperaba? ¿Quién, en su sano juicio, deja todo por una ramera? Más si puede endosarle la criatura a otro. ¿Y a qué había regresado el imbécil? ¿A conocer a Nicolás? ¿A robarle al hijo? Tuvieron un enfrentamiento, ni dudarle. En la carta que la mujer había dejado inconclusa quedaba de manifiesto. ¿Se habían reconciliado? ¿Había logrado huir con él? Era casi imposible. Desde el incidente del ébano, cuando descubrió que le mentía, la había tenido estrechamente vigilada. Su ayudante la observaba a la distancia cuando él no podía hacerlo. Tal vez lo había encontrado y regresaba por los hijos. Tal vez el mulato la había echado. Tal vez le había fastidiado la vida en la tierra de los negros. ¿Qué se pensaba, que era muy difícil deducir quién era el imbécil al que llamaba su *marine creole*?

—¡Lárgate! —dijo furioso—. ¿A qué has venido? ¿Regresaste por ellos o solo por este? —dijo empujando al muchacho de nuevo.

—Charles, apiádate de él, no lo lastimes. No tiene culpa alguna.

—Lárgate a la casa, he dicho, si no quieres que la mate en este instante —le gritó a Nicolás.

—Vete, Nicolás, vete —suplicaba la madre.

El muchacho volteó a la casa y vio que sus hermanos habían cruzado el umbral. Después, reparó en la cara de su madre, quien, angustiada, continuaba con su ruego. Se levantó trastabillando y, como un animal herido que sabe que tiene la oportunidad de salvarse, utilizó lo que le quedaba de fuerza para correr hasta la casa.

—De aquí no sale ninguno, ¿lo has entendido?

—Charles, necesitamos hablar. No he venido por ellos, regresé porque no puedo estar lejos de ustedes.

La cólera del hombre aumentó, ¿cómo era posible que su cinismo llegara a ese extremo? Que pensara que era tan estúpido. La habían echado o no lo había encontrado. No había otra explicación. Y en un impulso por conocer la verdad se aventuró a soltarle:

—No lo encontraste, ¿o sí?

La mirada de la mujer le reveló que iba por el camino correcto. No tuvo necesidad de continuar la frase. No lo había hallado y quería que la aceptara de regreso.

—No lo encontraste y no lo vas a encontrar —dijo en un arranque de cólera—. No en esta vida.

—¿Qué hiciste, Charles? —le preguntó la mujer horrorizada.

El hombre la jaló con violencia de la cintura, hasta tenerla de espaldas contra su pecho. Le pasó el brazo derecho por el cuello para tenerla inmovilizada mientras le decía:

—¿De verdad quieres saber qué hice con él? ¿Cómo fueron sus últimos minutos? ¿Lo que decía?

La mujer tosía. En su lucha por liberarse se había lastimado la garganta. Solo atinaba a gemir el nombre de su esposo. Él deslizó la mano izquierda hacia abajo para frotarle y apretarle el pubis, mientras continuaba atormentándola.

—¿Quieres saber si me habló de ti? ¿Si te mencionó antes de morir?

Catherine, humillada y desesperada, intentaba hablar. Él la apretaba con más fuerza. A medida que la lastimaba, su placer aumentaba. El hijo mayor, asustado, había metido a los hermanos dentro de la casa y cerrado las puertas. Temía que el demonio que se había adueñado del cuerpo de su padre terminara también con ellos.

—¿Te cuento cómo lo maté? —le susurraba el hombre al oído—. Primero lo desollé —le decía, al tiempo que le daba pequeños besos en el cuello—. No sabes el placer que me dio irle arrancando la piel poco a poco.

La mujer intentó patearlo. Él le apretó más el cuello y continuó manoseando su bajo vientre. Ella comenzó a llorar por la desesperación.

—¿Quieres que te lleve a ver sus restos? Oh, Catherine, siento decepcionarte —continuaba susurrándole—. No te dejaron nada los quebrantahuesos. Esparcí sus pedazos en el vainillar, para que se pudrieran.

Charles comenzó a reír, finalizando el macabro discurso, dándole un violento empujón. Estaba extasiado, disfrutando al ver cómo caía de bruces, incrustando el rostro en la tierra.

—Vele a llorar al ébano —remató, mientras le asestaba algunas patadas.

Tenía ganas de continuar, pero la rabia comenzó a ceder a medida que la mujer intentaba hacerse un ovillo para protegerse de los golpes. La casa de pronto apareció ante sus ojos y decidió regresar. Ella se quedó tirada largo rato. Mirando cómo las ventanas se cerraban.

Marie, junio de 1943

Elise agregaba el líquido amarillento en la leche tibia y lo revolvía con toda precisión. A Claude le fastidiaba que ocupara su tiempo en esos burdos menesteres, pero aquellos momentos, en los que la esposa se convertía en alquimista, parecían tranquilizarla.

Unos días antes, un pequeño becerro, de los que todavía no llegan a la edad del destete, se había roto una pata. El caporal ya sabía lo que debía hacer. Después de sacrificarlo, había que destazarlo y mandar el solomillo, lomo, cadera y demás piezas finas a la casa del patrón. Sin olvidar, por supuesto, el estómago del lechal. Este, en su cuarto compartimento, albergaba la rennina, ingrediente esencial para cuajar la leche y transformarla en queso.

La mujer colocó un trapo de tejido flojo y ligero sobre la olla donde reposaba la mezcla. Una vez que el suero emergiera a la superficie y dejara en la base una pasta compacta y suave, parecida a un flan blanco, regresaría a cortarla.

Claude entró y le preguntó con torpeza cómo estaba. Se sentía contrariado, no tenía idea de cómo darle la noticia de que su madre había sido víctima de uno de esos ataques que paralizaban el rostro. Estaba en cama, delicada. A buena hora se le había ocurrido emparentar con ellos. Echó de menos al suegro, no por haberle tenido algo de aprecio, sino porque con él sí habría podido hablar. ¿Qué sucedía con las mujeres de esa familia? Carajo, ¡qué suerte la suya!

—Ya te empezó a saltar la barriga —apuntó el hombre mientras se acercaba.

—¿Tú crees? —preguntó al tiempo que se llevaba las manos al bajo vientre para poder exhibir la forma que iba adquiriendo su cuerpo.

—Pareces reata con nudo —le dijo riendo, refiriéndose al pequeño promontorio que contrastaba con su delgadez—. ¿Para cuándo dices que vas a parir?

—Finales de septiembre, creo yo.

—Pues mejor que nos confirme el doctor Medina, ya va siendo hora de que te revise. No me fío de tus cuentas, ni bueno, pues ya sabes...

La mujer deseó poder contestarle que si la criatura nacía con algún problema, solo podía ser imputable a sus borracheras. Pero sabía que no le convenía presentar batalla. Tomó el pedazo de muselina donde colocaba los cuadritos de leche cuajada para que escurriera el suero y lo llevó junto al fregadero. Después, enderezó uno de los ganchos donde colgaba el envoltorio con la agria masa y acercó la sal. No quería seguir hablando con él. Evitaba mirarlo. Comenzó a sacar los moldes donde el amasijo era prensado para que terminara de deshidratarse y adquiriera su característica forma circular. Le pesaba morderse la lengua, no obstante, lo hizo. Suspiró, al tiempo que retomaba su estrategia.

—Ven, siéntelo —propuso la mujer, invitándolo a acariciarle el abdomen.

—¿Tan segura estás de que será varón?

—Lo será, ya lo verás. Te daré el hijo que tanto deseas.

—*Mèrde!* Tenemos que hablar. Elise, voy a decirte algo, pero necesito que estés tranquila, ven —le pidió mientras la abrazaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Claude, que desde que había entrado permanecía con el sombrero puesto.

—Me avisaron que tu madre enfermó. Deja eso —indicó, refiriéndose a la elaboración del queso—. Te llevaré a verla.

La mujer intentó zafarse, pero él la retuvo. Le dio un breve beso en la frente, rozándola con el ala del Stetson.

—¿Claude, Claude! ¿Qué es lo que tiene? ¿Qué te dijeron?

—No sé mucho, pero no creo que sea de cuidado. Anda, ve a ponerte algo más decente, aquí te espero. Y que preparen a Sophie, que nos la llevamos.

Cuando Marie se enteró de que Claude iba a tener otro hijo, comprendió que todo había terminado. Ella rara vez participaba en las tradicionales reuniones vespertinas que se realizaban en muchas casas de la región, pero los solidarios descendientes *chanitoises* no dejaban de visitarla.

Fue así como una tarde, que prometía ser una aburrida y triste velada, compartiendo café, galletas de fierro y comentarios alusivos al difunto François, recibió una noticia que causó un cataclismo en su ánimo.

—Así es la vida, unos se van y otros llegan —dijo una de las mujeres que intentaba cambiar el tema de los fallecidos por el de las recién paridas—. ¿Ya fueron a conocer a la hija de los Capitaine? Es una bebé preciosa, no muy grande, pero finalmente sana.

—A mí me pareció bastante pequeña. Pero bueno, qué esperanzas si Eugéne no se privaba de nada. ¿No la vieron en el baile de Año Nuevo? ¡Vaya manera de menear la barriga!

—Oigan, y hablando del tema, ¿ya se enteraron de que Elise está preñada de nuevo? —dijo la tercera.

—*Quoi?* Vaya imprudencia. ¿No está enferma de los nervios?

—Pues a mí me parece muy normal y agradable. Yo creo que son inventos del Stivalet, para justificar sus desmanes.

—No le cuenten a *ma belle mère*, que entonces dirá que estoy loca de remate —agregó la más joven riendo.

Marie se carcajeó con las mujeres, pero deseó desaparecerlas. Cerdo asqueroso, nunca la había querido. Hipócrita. Poco hombre. Ahora lo tenía claro. ¡Y es que todo concordaba! Por eso había dejado de buscarla. Por evitarla y no por Joseph es que no se apareció en el velorio de su padre. Vamos, ni una nota para decir «lo siento» fue capaz de mandar. Cobarde. La estaba esquivando. Aunque ya se encargaría la vida de ponerlos de frente. Si no es que era tan cínico de volver a buscarla cuando se le pasara la calentura por el hijo.

Las visitas se retiraron, satisfechas por su buena obra. Marie parecía haber estado encantada. Lo que ellas no imaginaban eran los pensamientos que se sucedían tras su sonrisa congelada.

«Dios, crúzalo en mi camino para que le pueda decir lo que se merece. Lo mucho que lo

desprecio. Lo mal amante que era. La fortuna que tengo de haber encontrado a alguien que sí vale la pena. No, la fortuna que tengo de haber encontrado a alguien que sí me hace sentir mujer. Sí, todo lo que pueda herirlo. Aunque podría pensar que lo digo por despecho. Tiene que haber otra manera. Y ni para aprovecharse de las de lengua descosida, pues estoy de luto. Maldito, me las tienes que pagar. Tú, feliz de la vida y yo aquí, revolcándome de dolor. No es justo, no es justo».

Después de haber acompañado a la comitiva hasta la tranca del Camino Real, observó el cielo. El sol se ponía sobre la casa. Era rojo sangre, le recordaba a su madre. Corrió hacia el corredor que separaba las dos construcciones. Rodeó el pozo y llegó hasta el jardín. Ahí, hacia el lado del vainillar y acompañada por sus hortensias, podía disfrutar unos minutos extras de lo que le gustaba creer que eran señales de Adélaïde. Seguro sabía que estaba mal y le mandaba mensajes para manifestarle su apego. Esa estrella gigante teñida de bermellón era ella, apoyándola. Sintió, como le gustaba sentir, que un brazo invisible la rodeaba. Que algo pesaba sobre sus hombros. Era su madre, consolándola. Y como creía en ella, creyó que todo iba a estar bien. «Lo que sucede conviene, Marie. Tal vez te hicieron el favor de quitártelo de encima». En el mundo de las ánimas había algunas comisionadas para vigilar lo que pasaba en este y no iban a permitir que se siguieran perpetrando atropellos en contra de ella. La parte de sufrimiento que le correspondía aportar para saldar la deuda de la humanidad con Jesús había sido rebasada. La mujer se llevó la mano al cuello y recorrió los delgados eslabones de la cadena de oro que se escondía bajo su vestido. Al sentir la pesada medalla que traía colgando, la tomó con la punta de los dedos y la sacó por el escote. Agachó la cabeza para poder observarla, al tiempo que su barbilla se transformaba en un pequeño acordeón. Apretó el Sagrado Corazón y se lo acercó a los labios para besarlos.

Elise se echó en la cama a llorar. Presintió que su madre estaba más enferma de lo que decía Claude. La actitud cariñosa del esposo le resultaba tan deseada como extraña. A pesar de que no se había casado enamorada, terminó obsesionada por él. Ese hombre acaudalado y apuesto había resultado un excelente compañero en la cama. Pero, para su mala fortuna, sus esfuerzos por atraerlo parecían alejarlo aún más. Por lo menos estaba preñada y tenía la manera de atarlo. Sería varón, debía serlo. Dios la compensaría por los años de sufrimientos inmerecidos. ¿Qué iba a hacer si le pasaba algo a su madre? Esa mujer era la expresión de lo más puro que hubiera conocido. Claro que también estaba Sophie, pero era distinto. La pequeña le chupaba el amor y su madre se lo regalaba.

Cuando la mujer vio el gesto en el que se había quedado trabada la cara de la madre, se llevó una mano a la boca. Una media sonrisa por donde la saliva escapaba sin control y un ojo ligeramente gacho resaltaban en su nuevo rostro. Al conocer los detalles por boca de la vecina, que reproducía como un fiel gramófono el dictamen del médico, le rogó a Claude que las dejara quedar. El hombre accedió con facilidad. Necesitaba estar solo. Ya les enviaría lo necesario con uno de sus empleados.

Claude regresó a la finca a dar instrucciones y se siguió al pueblo. La feria de los Castañeda había llegado y se estaba instalando en el centro. Al sitio le faltaban un par de días de arduo trabajo ensamblando tubos, placas, toldos, mesas, tuercas y tornillos para lucir atractivo. Pronto las tardes estarían más animadas con las filas de jóvenes intentando divertirse, pero no ese día.

Llegó a la casa junto con la oscuridad. La sintió triste, distinta sin sus monótonos habitantes.

Se dirigió a la cocina y tomó una de las rototas que Elise había mandado a comprar. Ese pan dulzón elaborado con muchos huevos sería suficiente para aplacar las tripas. No dormiría ahí. Lo decidió en ese momento.

Claude tomó una lámpara de mano y se dirigió a las caballerizas. Todavía no desensillaban su animal. Después de pegar tres gritos a los haraganes que no habían hecho su trabajo, montó en su caballo. El hombre se internó en el potrero, hacia la casita del fondo. Aunque la noche era clara, prefería evitar caminar por el monte a esas horas. Las constelaciones de las Osas ya se vislumbraban en el cielo. Le habría gustado mostrarle la Estrella Polar a Sophie. Su pequeña tendría un hermano. Le preocupaba la calidad de la criatura, pero ya venía en camino, nada quedaba por hacer. Abrió la puerta de la construcción y tomó un quinqué. Lo encendió. Se dirigió a la diminuta sala donde algunas veces se dedicó a acariciar el blanco cuerpo de la vainillera. Puso la luz sobre la mesa y se tumbó en el sillón. La recordó sonriendo, la recordó abriendo las piernas para recibirlo. La vislumbró montada en él, suponiendo que ella tenía el mando. Ay, la dulce Marie, por más que se empeñaba en parecer una mujer fuerte y basta, sus gestos tiernos y su gozo quedo la volvían irresistible. No se repetirían esos momentos, lo sabía. Tendría que conformarse con rozar sus memorias cuando la viera a lo lejos. Con suerte cruzarían algunas palabras. Pero no volvería a buscarla, estaba decidido. Porque aunque tuviera la fortuna de enviudar, sabía que ella no accedería a perdonarlo.

Don Anastasio vio a Alphonse y se alegró. Llevaba varios kilómetros empujando su carrito por el Camino Real y muy poca venta. El gran cilindro de acero que contenía en su interior todavía estaba repleto de nieve de cacahuete. Esa que su padre le enseñó a hacer batiendo una cremosa mezcla de leche, yemas, maní molido, azúcar y vainilla dentro de un balde rodeado de hielo picado y salmuera. Al viejo le había tocado la época en la que, tras dejar moldes con agua en las altas montañas, había que esperar a que se congelara y después bajar los bloques en carretas, cubiertos con cáscaras y desechos de café. Pero la modernidad había llegado, y su hijo conseguía la materia prima en una fábrica, gracias a un extraño aparato que movido por una planta de gasolina era capaz de bajar las temperaturas tanto como en la punta del Cofre de Perote en invierno.

A la segunda nieve, Alphonse se recargó en el carrito. Tenía ganas de hablar y don Anastasio de vender. Escuchó de manera paciente sobre la soledad del hombre, pero el tiempo apremiaba y si no se apuraba no lograría llegar a San Rafael dentro de las horas en las que más se apetecía su refrescante producto. Le propuso encaminarse hacia el pueblo mientras seguían charlando. Con suerte, ambos encontrarían la solución a sus agobios.

Estuvieron un rato en el parque, de manera estratégica parados frente a los comercios más concurridos, y, entre nieve y nieve, Alphonse le contó sobre su amor no correspondido. El vendedor, con la sabiduría que le daban sus pequeñas travesías, en las que pasaba el tiempo observando y pensando, le dijo con simpleza: «Mira, Alphonse, no hay peor lucha que la que no se hace. Pero si ya la hiciste, pues ya para qué te estancas ahí. Ánimo, hombre, que quedan muchas señoritas casaderas. Nomás es cuestión de que te apliques».

Catherine, agosto de 1873

Nicolás fue el primero que la encontró. Pensó que Charles la había dejado tirada ahí, junto al gran ébano, como a un perro. Tenía su cuerpo lacerado y sendas cortadas por donde seguramente se le había escapado toda la sangre y la vida. Sintió ganas de regresar a la casa y matarlo. Pero qué podía hacer, tenía catorce años. Y el odio de ese hombre al que había considerado su padre seguro lo impulsaría a terminar también con él. Sabía que debía huir, pero antes, se abrazó con fuerza al cadáver de su madre. Como si al exprimirlo y embarrarse de sangre seca, pudiera llevarse con él algún resquicio de amor.

Permaneció algunos días en el monte, escondido. Con miedo y hambre de algo más que frutas hurtadas. No entendía nada. El día que su madre regresó, Charles comenzó a portarse como endemoniado. Después de golpearla volvió a la casa, les ordenó entrar en su habitación y quedarse ahí. Luego cambió de opinión y lo llamó. Le dijo que ahora ya sabía la verdad. Que era un bastardo. Hijo de esa puta y un negro malviviente. Él no era tan rubio como sus hermanos, pero ¿por qué lo lastimaba diciéndole esas cosas tan terribles? Se tiró al suelo llorando y le abrazó las pantorrillas. Le repetía que no sabía de qué le hablaba, que su padre era él y lo adoraba. Charles lo miró con desprecio y no dijo más. Se apartó dejándolo en el piso, sin mirar que metía la cabeza entre sus piernas y las abrazaba para sentir algo de consuelo. Recordó que al alcanzarlo en el río lo percibió agresivo y molesto. Estaba sentado con una bolsa de cuero y una pala al lado, viendo al horizonte.

Cuando Charles notó que el muchacho no estaba en casa, no imaginó lo que su búsqueda lo llevaría a encontrar. Se había extralimitado, lo sabía, pero si alguien quería juzgarlo que tomara su lugar. Su orgullo de hombre, su dignidad, su amor, todo había sido mancillado por esa perra. Pidió ayuda a Léopold para que buscara a su hermano en las cercanías. Y a Mathilde, que se quedara como una buena señorita cuidando del pequeño François. Él se dividió con su empleado la tarea de peinar la zona.

La mujer no pudo más. Invasada por la desesperanza, hurtó los últimos objetos en su vida: una botella de aguardiente y el cuchillo con el que los Bourillon abrían los costales. Había perdido todo, absolutamente todo. Sus hijos, su buen nombre, Ricard. Ya nada tenía sentido. No había futuro para ella. Quedarse no era opción e irse, para qué. ¿Para terminar convertida en la amante de alguien como Rafael? ¿Para ser la esclava de un campesino? Si quería prescindir de un hombre, tendría que emplearse haciendo alguna miseria, para ganar algunas piastras, apenas para

comer. ¿Y ella, para qué quería comer, para qué molestarse en sobrevivir?

Marie, otoño de 1943

—¿A qué te aferrarías si estuvieras llena de miedo y desesperanza?

—No lo sé, se lo preguntas a un hombre. Si te refieres a ella, quizás a la ilusión de recuperar a sus hijos.

—¿Te imaginas lo que debió de sentir?

—Que todo estaba perdido, si no, ¿qué otra razón la habría llevado a terminar con su vida?

—¿Por qué *mon père* guardaría estas cartas y el diario del tío Nicolás? ¿Cómo llegarían a sus manos? ¿Y para qué conservó memorias que evocan tanto dolor?

—Tal vez por la misma razón por la que tú lo estás haciendo.

Marie enmudeció. Desde el día en que descubrió la vieja y enmohecida bolsa de cuero que su padre guardaba en el fondo del armario, no dejaba de pensar en Catherine. Estuvo a punto de tirarla, pero al ver su abultada forma, decidió hurgar en el interior para verificar si lo que contenía podía ser de interés. En un inicio, acarició con nostalgia lo que supuso que serían cartas de amor entre sus padres y un cuaderno con apuntes de François, sin imaginar que en esos textos escritos en un francés de difícil comprensión, quizás en *patois*, confirmaría la sospecha de que había heredado una sangre envilecida. Tomó la alforja y la llevó a su recámara. Se instaló a media cama, cruzando las piernas en forma de flor de loto, y vació sobre el colchón el tesoro recién encontrado.

La mujer saboreó la dicha de no tener que compartir ese momento con sus hermanos. Hacía pocos días que Joseph había estado en El Mentidero ayudándole a organizar las pertenencias de su difunto padre. El hombre, un ser práctico, aventaba al piso todo lo que consideraba que era ocioso guardar y podía serle de utilidad a otros. Cuando Marie vio el cerro de ropa y objetos que utilizó su padre, se abalanzó sobre ellos llorando. Tomaba las prendas, las abrazaba, frotaba las telas en su rostro, las olía. El aroma a vainilla seguía impregnado en todas. Le reprochó al hermano que se estuviera deshaciendo de sus recuerdos, ahí estaban desde el traje con el que la entregó en la iglesia hasta pañuelos bordados con sus iniciales. ¿Qué, acaso tenía el corazón fosilizado? Joseph, al darse cuenta de que el gesto de ayudarla había salido contraproducente, se retiró del lugar, aliviado por tener que ahorrarse el tiempo y el esfuerzo. Ya habían pasado varios meses desde la muerte de François, pero allá ella si quería conservar hasta el lodo de sus botines, que lo hiciera, total, él no vivía ahí.

Marie leyó algunas de las notas anónimas que Ricard le envió a Catherine; al no comprender bien su contenido, las dejó a un lado y tomó el cuadernillo, que parecía haber sido utilizado como

una especie de diario. Le gustaba correr las páginas de los libros y revistas presionándolas con el pulgar y comenzar a leer en la primera que se detuviera.

«Yo fui el que la encontré. La había dejado tirada como a un perro. Sentí ganas de matarlo, pero qué podía hacer sino huir. Tenía catorce años. También podía acabar conmigo».

¿Qué era esto? ¿Quién era el demonio del que hablaba? ¿Quién lo había escrito, su padre? La mujer sintió una extraña curiosidad que la impulsó a continuar indagando, a sabiendas de que el resultado podía ser desagradable. Abrió la página inicial en busca de alguna pista, pero al no encontrar fecha ni datos relevantes, examinó con rapidez la última. *Merde*, ¡no estaba firmado! ¿Alguno de esos papeles lo estaba? Intentó regresar al texto que comenzó a leer, pero no lo localizaba. Estaba cerca, lo sabía; sin embargo un párrafo desvió su atención.

«No volvimos a hablar del asunto. Me abrazó tan fuerte que sentí crujir mis entrañas. Estaba quebrado por dentro, había perdido a mi madre y descubierta que él no era mi padre».

¿A qué madre había perdido, a Catherine? La mujer, nerviosa, se llevó el diario al pecho. Presentía que estaba ante el descubrimiento más importante de su vida. Ahí debía de estar la clave sobre el origen de esa maldición que corría en forma líquida por sus venas. Si ese diario y esos papeles tenían relación con su abuela, podría comprender mejor lo que a ella le estaba sucediendo. «Dios, ¿ante qué me estás enfrentando?», pensó angustiada. Tomó una carta al azar, la desdobló con rapidez y comenzó a leer. Nada, seguía sin entender. Escogió otra y otra más, hasta que en el cuarto intento la certeza que buscaba le fue revelada. Mientras sostenía el papel con su temblorosa mano, su vista recorrió las temidas palabras:

«Mi padre me enseñó a rezar y a no cuestionar, pero yo nací con el corazón podrido y la sangre envenenada por Satanás. Gustosa te habría seguido hasta el infierno si me lo hubieras propuesto, total, el destino de mi alma ya había sido dictaminado. Pero no, solo regresaste a inquietarme, a demostrar tu hombría sin que te importaran un ápice mis sentimientos. Ver lo que alguna vez fue tuyo, probarte que podía seguir siéndolo y luego marcharte. Tienes razón, somos igual de despreciables. No sé si nos volvamos a ver, presiento que esta vez no regresarás. Ya no me pesa, solo lamento no haberte exigido que dejaras de jugar al hombre misterioso y respondieras a mis dudas, pues moriré sin saber cuál era el gran secreto que guardabas y que nos impidió estar juntos».

¿Catherine? ¿La abuela estuvo enamorada de un hombre que se fue y después regresó, alguien que guardaba un secreto? Con seguridad un imbécil casado. ¿Y se sentía maldita? ¡Sí, sí, ahí lo dice con claridad! ¿La historia se había repetido? Solo leyendo la totalidad de las notas, pensamientos y el diario lo podría saber.

Muchos fueron los ratos que Marie se dedicó a leer, releer y analizar el contenido de los textos. Descubrió cierto paralelismo entre la historia de la abuela y la suya con Claude. Dos versiones de una misma tragedia, la de vivir anhelando un amor que llega a ratos pero no permanece, como chispazos que iluminan el mundo deseado, que lo muestran, que lo hacen visible para después apagarse y sumirte en la peor de las tinieblas. Dos historias donde la pasión arrasante y clandestina estuvo presente. Dos historias de lucha, de sobrevivencia y de vainilla. No, ella no terminaría como Catherine.

—Marie, ¿y si dejas esto aquí? —preguntó el hombre al tiempo que tomaba con suavidad el pequeño cofre de madera que ahora resguardaba los secretos familiares.

—No, Alphonse —contestó la mujer, que sintiendo el ligero jalón regresó a la realidad—. Las llevaré conmigo —agregó, asiéndose al baúl con fuerza.

—Suelta el pasado, *ma chérie*, nosotros, al igual que tus abuelos, dejaremos todo y nos embarcaremos en una aventura, pero será muy distinta, te lo aseguro —dijo el hombre, mientras se acercaba para besarle una mejilla.

—Precisamente por eso quiero llevarlas. Para que me recuerden el camino que elegí.

—No te entiendo, *mon coeur*, pero ¿sabes? Da igual. Yo también elegí un camino y es a tu lado.

—¿De verdad fue por las palabras del nevero que decidiste seguir intentándolo? —preguntó Marie risueña, al recordar la anécdota.

—¡Sí, te lo he contado mil veces! —respondió carcajeándose—. ¡Al escucharlo me di cuenta de que no había luchado por ti lo suficiente!

—Y qué bueno que lo hiciste —dijo, mientras dejaba el baúl sobre un mueble cercano y daba un paso hacia él—. Me hubiera perdido de un hombre maravilloso, que tenía cualidades muy bien escondidas —agregó, al tiempo que le recorría el pecho con su dedo índice.

—Ey, Marie, que los niños están en el coche y se pueden impacientar.

—¿Y si nos esperan un poco más? —propuso mientras le desabotonaba la camisa.

—Si encuentras algún lugar donde nos falte hacer el amor, tal vez deberíamos despedirnos de tu casa como debe ser, ¿no crees? Le dijo jalándola hacia él por la cintura.

Despedirse. Frédéric los esperaba en la capital para ayudarlos a montar un restaurante en las cercanías del mercado de La Merced. El hermano pequeño de Marie, que se había convertido en un próspero bodeguero, continuaba siendo el soltero alegre, dicharachero e inatrapable de antaño. Tenía una buena casa en la calle de Mesones, ahí los hospedaría en lo que el negocio comenzaba a ser rentable. El hombre no había erradicado el egoísmo de su vida, pero los años añorando el cariño de su familia habían provocado que desarrollara una peculiar generosidad, muy a su estilo.

«Despedirse», le repetía su voz interior. Marie había decidido distanciarse del pasado para construir un nuevo destino al lado de Alphonse, un hombre gentil y comprensivo, con el que había desarrollado una deliciosa conexión. ¡Vaya que la disfrutaba!, en especial en la cama, donde los amantes se transformaban en un par de viajeros dedicados a explorar, descubrir, recorrer y deleitarse.

Despedirse, debía despedirse. Lo único que se llevaba era un poco de ropa, a sus hijos y el cofre con las cartas. La hora se acercaba. Tomó el baúl y comenzó a caminar hacia la puerta. Al cruzar el umbral observó a Alphonse con sus pequeños sonriéndole. ¿Bastaría con su voluntad para lograrlo? Atrás quedarían El Mentidero y su infancia, Claude y el espíritu de Adélaïde, un destrozado Tolín, el aroma de la vainilla y la desesperanza.

NORMA BLANCO MAASBERG - Nació en 1973 en el estado de Veracruz. Desde pequeña siente la impetuosa necesidad de escribir por lo que, a pesar de la resistencia familiar, decide estudiar Ciencias de la Comunicación y dedicarse al periodismo. Finalmente la vida la lleva por otros derroteros hasta que comienza a tomar un taller de creación literaria. *Te querré más todavía* es su primera novela, con la que brinda homenaje al lugar donde pasó su infancia y juventud.